

ISBN: 978-84-480-3865-6

•

*A Phil y Debra Pizzolat,
y a sus hijos, Joey, Nicolette, Philip y Adriana,
quienes constantemente me recuerdan el valor de la vida
al llevar su amor y risas a la mía.*

Aquellos que han venido aquí a odiar deberían
marchar ahora, pues en su odio no hacen más
que traicionarse a sí mismos.
Traducido de *El libro de la vida*

Capítulo 1

Kahlan permanecía de pie sin hacer ruido en las sombras, observando, mientras el mal llamaba con suavidad a la puerta. Acurrucada bajo el saliente, un poco aparte, esperó que nadie respondiera a aquella llamada. Por mucho que deseara pasar la noche a cubierto, fuera de la lluvia, no deseaba que personas inocentes tuvieran problemas. De todos modos, sabía que no tenía voz ni voto en la cuestión.

La luz de un único farol titilaba débilmente a través de las finas ventanas a cada lado de la puerta, reflejando un pálido resplandor brillante en el suelo húmedo del pórtico. El letrero situado sobre sus cabezas, colgado de dos aros de hierro, emitía chirridos y quejidos cada vez que se balanceaba de un lado a otro. Kahlan pudo distinguir la blanca figura espectral de un caballo pintada en el oscuro letrero mojado. La luz procedente de las ventanas no era suficiente para permitirle leer el nombre, pero debido a que las tres mujeres que iban con ella apenas habían hablado de otra cosa durante días, Kahlan sabía que el nombre sería la Hostería del Caballo Blanco.

Por el olor a estiércol y heno mojado, juzgó que uno de los edificios oscuros que había cerca tenía que ser un establo. Gracias a los destellos de los relámpagos distantes, podía vislumbrar brevemente los voluminosos salientes de las oscuras construcciones que se alzaban igual que espectros más allá de las arremolinadas cortinas de lluvia. A pesar del constante rugir del diluvio y el retumbar del trueno, parecía que el pueblo estaba profundamente dormido. A Kahlan no se le ocurría un lugar mejor en el que estar en una noche tan oscura y espantosa que bien abrigada bajo cobertores, a salvo, y caliente.

Un caballo en el cercano establo relinchó cuando la hermana Ulicia llamó por segunda vez, más fuerte, con más insistencia, a todas luces con la intención de hacerse oír por encima de la lluvia, pero no tan fuerte como para sonar hostil. La hermana Ulicia, una mujer propensa a dejarse llevar por impulsos temerarios, parecía estar optando por una actitud deliberadamente comedida. Kahlan no sabía la razón, pero imaginó que tenía que ver con el

motivo por el que estaban allí; también podría no deberse a otra cosa que a la naturaleza aleatoria de sus estados de ánimo. Igual que el relámpago, el latente mal genio de la mujer era no tan sólo peligroso sino imprevisible. Kahlan no podía decir nunca con exactitud cuándo iba a emprenderla contra alguien la hermana Ulicia, y el que no lo hubiera hecho hasta el momento no era indicio de que no fuese a hacerlo. Ninguna de las otras dos Hermanas estaba de mejor humor o menos predispuesta a perder los estribos. Kahlan supuso que muy pronto las tres estarían celebrando su reunión feliz y tranquilamente. Un relámpago centelleó lo bastante cerca como para que la cegadora pero vacilante incandescencia mostrara brevemente toda una calle de edificios amontonados alrededor de la calzada enfangada y llena de surcos. El trueno retumbó por la montañosa campiña e hizo temblar el suelo bajo sus pies.

Kahlan deseó que hubiese algo que pudiese ayudarle a iluminar los recuerdos ocultos de su pasado y sacar a la luz lo que escondía el tenebroso misterio de quién era ella del mismo modo que los relámpagos iluminaban lo oculto en la oscuridad. Ansiaba con ferocidad verse libre de las Hermanas, tenía un deseo ardiente de vivir su propia vida... de saber cuál era su vida en realidad. Eso sí lo sabía. Sabía, también, que sus convicciones tenían que estar basadas en experiencias. Tenía claro que debía de haber algo allí —personas y acontecimientos— que habían contribuido a convertirla en la mujer que era, pero por mucho que intentara recordarlos, le eran inaccesibles.

Aquel día terrible en que robó las cajas para las Hermanas, se había prometido que algún día descubriría la verdad de quién era, y sería libre.

Cuando la hermana Ulicia llamó una tercera vez, una voz apagada surgió del interior.

— ¡Ya os oí! —Era la voz de un hombre, y sus pies desnudos bajaron ruidosamente una escalera de madera—. ¡Enseguida estoy ahí! ¡Un momento, por favor!

La irritación por haber sido despertado en mitad de la noche quedaba recubierta por la deferencia forzada hacia unos clientes potenciales.

La hermana Ulicia dedicó una mirada hosca a Kahlan.

—Ya sabes que tenemos cosas que hacer aquí. —Alzó un dedo amonestador ante el rostro de la joven—. Ni se te ocurra causarnos el menor problema, o recibirás lo que recibiste la última vez.

Kahlan tragó saliva ante el recordatorio.

—Sí, hermana Ulicia.

—Será mejor que Tovi nos haya conseguido una habitación —se quejó la hermana Cecilia—. No estoy de humor para que me digan que el lugar está lleno.

—Habrá habitación —dijo la hermana Armina con tranquilizadora convicción, cortando por lo sano la costumbre que tenía la hermana Cecilia de ponerse siempre en lo peor.

La hermana Armina no era mayor, como la hermana Cecilia, sino casi tan joven y atractiva como la hermana Ulicia. Para Kahlan, no obstante, la belleza de aquellas mujeres era insignificante a la luz de su naturaleza interior. Para Kahlan eran víboras.

—De un modo u otro —añadió la hermana Ulicia por lo bajo mientras dirigía una mirada fulminante a la puerta—, habrá habitación.

Un relámpago surcó las turbulentas nubes, liberando un trueno ensordecedor.

La puerta se entreabrió ligeramente, y el rostro en sombras de un hombre atisbó fuera para mirarla mientras pugnaba por abotonarse los pantalones por debajo de la camisa de dormir.

Movió la cabeza un poco a cada lado para evaluar a las desconocidas y, juzgando que no eran peligrosas, abrió del todo la puerta y con un amplio ademán las hizo pasar al interior.

—Entrad —dijo—. Todas.

— ¿Quién es? —preguntó una mujer mientras bajaba la escalera, situada al fondo. Llevaba un farol en una mano y sujetaba en alto el dobladillo del camisón con la otra para no tropezar con él mientras descendía apresuradamente los peldaños.

—Cuatro mujeres viajando en mitad de una noche lluviosa —le dijo el hombre, con un tono áspero que indicaba lo que pensaba al respecto.

Kahlan se quedó petrificada en mitad del paso. Él había dicho «cuatro mujeres».

Ella había visto a las cuatro y había recordado tal cosa el tiempo suficiente para decirlo.

Hasta donde ella podía recordar, algo así no había sucedido nunca antes. Nadie excepto sus amas, las cuatro Hermanas —las tres que la acompañaban y aquella con la que habían venido a encontrarse—, recordaba nunca haberla visto.

La hermana Cecilia empujó a Kahlan por delante de ella, al parecer sin captar la relevancia del comentario.

—Vaya, por el amor del cielo —dijo la mujer a la vez que se apresuraba entre dos mesas de madera y chasqueaba la lengua en señal de desagrado por el tiempo—. Haz que entren y se pongan a cubierto, Orlan.

Serpentinas de gruesas gotas de lluvia las persiguieron al otro lado de la puerta, humedeciendo un trozo de suelo de pino. La boca del hombre se crispó con desagrado mientras empujaba la puerta para cerrarla ante una ráfaga de lluvia. Luego volvió a dejar caer la pesada barra de hierro en los soportes para atrancar la puerta.

La mujer, con el pelo recogido en un moño flojo, alzó su farol para ver a las huéspedes que llegaban a horas tan tardías. Desconcertada, entornó los ojos mientras pasaba la mirada sobre las empapadas visitantes. Abrió la boca pero luego pareció olvidar lo que había estado a punto de decir.

Kahlan había visto aquel semblante inexpresivo un millar de veces y sabía que la mujer sólo recordaba haber visto a tres visitantes. Nadie podía recordar a Kahlan, pues era igual que si fuese invisible. Kahlan pensó que, quizá debido a la oscuridad y la lluvia el hombre, Orlan, simplemente había cometido un error cuando había dicho a su esposa que había cuatro personas.

—Entrad y secaos —dijo la mujer mientras sonreía con calidez, y tiró del brazo de la hermana Ulicia—. Bienvenidas a la Hostería del Caballo Blanco.

Las otras dos Hermanas, inspeccionando descaradamente la hostería, se quitaron las capas y las sacudieron antes de arrojarlas sobre un banco situado ante una de las dos mesas. Kahlan reparó en que había una única entrada, oscura, al fondo, junto a la escalera. Una chimenea de piedras planas ocupaba la mayor parte de la pared de la derecha. El aire en la habitación débilmente iluminada era cálido y transportaba el apetecible aroma de un estofado que había en el puchero de hierro colgado de un aguilón retirado, a un lado del hogar. Carbones encendidos refulgían debajo de una gruesa capa de cenizas.

—Las tres estáis hechas una sopa. Debéis de sentirnos fatal. —La mujer se volvió hacia el hombre y le hizo un gesto—. Orlan, aviva el fuego.

Kahlan vio a una jovencita de unos once o doce años deslizarse escaleras abajo, justo la distancia suficiente para poder ver. El largo camisón blanco con puños de volantes tenía un poni bordado en burdo hilo marrón en la parte delantera, con una hilera de hebras sueltas de hilo oscuro formando las crines y la cola. La niña se sentó en los peldaños para observar, cubriéndose las huesudas rodillas con el camisón. Su sonrisa mostró unos dientes grandes a los que todavía no acompañaba el tamaño de su cuerpo. La llegada de desconocidos en plena noche aparentemente era una aventura en la Hostería del Caballo Blanco, y Kahlan deseó fervientemente que ésa fuese toda la aventura que tuviese lugar.

Orlan, un hombretón, se arrodilló ante el hogar y cogió unos cuantos leños. Sus gruesos dedos cortos hacían que las maderas casi pareciesen ramas.

— ¿Qué os ha hecho viajar, señoras, bajo la lluvia... de noche? —preguntó a la vez que les lanzaba una mirada.

—Tenemos prisa por alcanzar a una amiga nuestra —respondió la hermana Ulicia, ofreciendo una sonrisa vacía a la vez que mantenía el tono formal—. Tenía que reunirse con nosotras aquí. Se llama Tovi. Estará esperándonos.

El hombre posó una mano sobre la rodilla para alzarse.

—Los huéspedes que se alojan con nosotros... en especial en tiempos tan revueltos... son de lo más discreto. La mayoría no da nombres. —Enarcó una ceja en dirección a la hermana Ulicia—. De un modo muy parecidos a vosotras, señoras..., que no habéis dado nombres, quiero decir.

—Orlan, son huéspedes —reprendió la mujer—. Mojadas, y sin duda, están cansadas y hambrientas —Les dedicó una sonrisa—. La gente me llama Emmy. Mi esposo, Orlan, y yo llevamos El Caballo Blanco desde que fallecieron mis padres, hace años. —Emmy cogió tres escudillas de madera de un estante—. Debéis de estar hambrientas, señoras. Dejad que os sirva un poco de estofado. Orlan, coge unas tazas y tráeles un poco de té a estas damas. Orlan alzó una mano rolliza al pasar, indicando las escudillas que su esposa sujetaba con un brazo.

—Te falta una.

Ella lo miró arrugando la frente.

—No, tengo tres escudillas.

Orlan sacó cuatro tazones altos del estante superior de la alacena.

—Exacto. Tal y como dije, te falta una.

Kahlan apenas podía respirar. Algo no iba nada bien. Las hermanas Cecilia y Armina se habían quedado petrificadas, con los ojos como platos fijos en el hombre. La relevancia de la charla entre la pareja no les había pasado por alto.

Kahlan echó una ojeada al hueco de la escalera y vio a la niña de los escalones inclinándose hacia ellos, sujetando con fuerza la barandilla y mirando con atención, en un intento de comprender de qué hablaban sus padres.

La hermana Armina agarró la manga de la hermana Ulicia.

—Ulicia —dijo en un susurro apremiante—, él ve...

La hermana Ulicia la hizo callar, arrugando la frente en una siniestra mirada iracunda a la vez que dirigía su atención de vuelta al hombre.

—Estás equivocado —dijo—. Sólo somos tres.

Al mismo tiempo que hablaba dio un golpecito a Kahlan con la vara de roble que llevaba, empujándola más atrás, hacia las sombras situadas detrás, como si éstas fuesen a hacer que Kahlan resultase invisible para el hombre.

Kahlan no quería estar en las sombras. Quería permanecer bajo la luz... y ser vista. Algo así siempre había parecido un sueño imposible, pero de improviso se había convertido en algo real. Y eso había trastornado a las tres Hermanas.

Orlan miró a la hermana Ulicia con el ceño fruncido. Sujetando las cuatro tazas en una mano rolliza, usó la otra para señalar a cada visitante.

—Uno, dos, tres... —se inclinó a un lado, mirando alrededor de la hermana Ulicia, para indicar a Kahlan— cuatro. ¿Todas queréis té?

Kahlan pestañeó asombrada. Sentía el corazón en un puño. Él la veía... y la recordaba.

Capítulo 2

—No puede ser —musitó la hermana Cecilia mientras se retorció las manos y se inclinaba hacia la hermana Ulicia, moviendo los ojos rápidamente en todas direcciones—. Es imposible.

Su familiar sonrisa, constante pero falsa no aparecía por ninguna parte.

—Algo ha salido mal... —La voz de la hermana Armina se apagó cuando sus ojos azul cielo echaron una mirada a la hermana Ulicia.

—No es nada más que una anomalía —refunfuñó la hermana Ulicia por lo bajo a la vez que asestaba una mirada peligrosa a las dos.

Ninguna de las dos mostró indicios de querer discutir con su tempestuosa jefa.

En tres firmes zancadas, la hermana Ulicia recorrió la distancia que la separaba de Orlan y lo agarró por el cuello de la camisa de dormir. Con la otra mano agitó en el aire la vara de roble en dirección a Kahlan, de pie en las sombras que había al fondo, cerca de la puerta.

—¿Qué aspecto tiene?

—El de un gato remojado —respondió él de malhumor, evidentemente disgustado porque lo tuvieran cogido por el cuello de la camisa.

Kahlan sabía sin la menor duda que utilizar tal tono de voz con la hermana Ulicia era un error, pero la Hermana, en lugar de tener un estallido de cólera, pareció sentirse igual de asombrada que Kahlan.

—Eso ya lo sé, pero ¿qué aspecto tiene? Dime lo que ves.

Orlan se puso derecho y sacó de un tirón el cuello de la camisa de la mano de la mujer.

Tensó las facciones mientras evaluaba a la desconocida que sólo él y las Hermanas veían de pie bajo la débil luz.

—Pelo espeso. Ojos verdes. Una mujer muy atractiva. Tendría mucho mejor aspecto si estuviese seca, aunque esas prendas mojadas tienden a mostrar sus formas. —Empezó a sonreír de un modo que a Kahlan no le gustó ni un pelo, aun cuando estaba encantada de que la viera—. Tiene una figura imponente —añadió, más para sí que para la Hermana. La lenta y pormenorizada evaluación hizo que Kahlan se sintiera desnuda. A medida que su mirada vagaba por ella, el hombre se limpiaba la comisura de la boca con un pulgar, y ella pudo oír como éste se raspaba la barba. Uno de los trozos de madera de la chimenea prendió, iluminando más la habitación con su titilante resplandor y permitiendo al hombre ver aún más. Su mirada se alzó un poco, y entonces cayó en la cuenta de algo.

—Tiene el pelo tan largo como...

La sonrisa obscena de Orlan se evaporó.

Pestañeó sorprendido, y los ojos se abrieron de par en par.

—Queridos espíritus —musitó al mismo tiempo que el rostro se tornaba ceniciento, y doblaba una rodilla en tierra—. Perdonadme —dijo, dirigiéndose a Kahlan—. No reconocí...

Un chasquido resonó en la habitación al golpearle la hermana Ulicia en la cabeza con la vara de roble, haciéndole doblar ambas rodillas.

—¡Silencio!

—¿Qué os pasa? —exclamó la esposa del hombre mientras se precipitaba al lado de su esposo.

Se acuclilló, rodeándole con un brazo para sostenerlo mientras él gemía y colocaba una mano enorme sobre la herida de la cabeza. Su pelo, del color de la arena, se tornó oscuro y húmedo bajo los dedos.

— ¡Estáis locas! —Acunó la cabeza de su esposo contra el pecho, donde una mancha roja creció sobre el camisón; el hombre parecía haber perdido el sentido—. ¡A menos que viajéis en compañía de un espíritu, sólo sois tres! Cómo os atrevéis...

—Silencio —masculló la hermana Ulicia de un modo que provocó en Kahlan un gélido estremecimiento e hizo que la boca de la mujer se cerrara de golpe.

La lluvia tamborileaba en la ventana mientras a lo lejos el retumbar de un trueno recorría las arboladas colinas. Kahlan podía oír el letrero chirriando mientras se columpiaba a un lado y a otro cada vez que soplaba el viento. Dentro de la casa se había hecho un silencio sepulcral. La hermana Ulicia echó una mirada a la niña, ahora al pie de la escalera, donde permanecía inmóvil, aferrando el sencillo poste de madera.

La Hermana clavó en la niña una mirada iracunda que únicamente una hechicera de un humor de perros era capaz de conseguir.

— ¿Cuántos visitantes ves?

La muchacha permaneció con los ojos abiertos como platos, demasiado asustada para hablar.

— ¿Cuántos? —Volvió a preguntar la hermana Ulicia, en esta ocasión con los dientes apretados, en una voz tan amenazadora que hizo que la niña aferrara con más fuerza el poste de la escalera hasta que sus dedos resaltaron, blancos, en la oscura madera.

La jovencita finalmente respondió con una voz sumisa.

—Tres.

La hermana Armina, que parecía a punto de estallar como un trueno, se inclinó hacia su compañera.

—Ulicia, ¿qué sucede? Se supone que esto no es posible. No es posible en absoluto.

Lanzamos las redes de verificación.

—Exteriores —la corrigió la hermana Cecilia.

La hermana Armina miró a la mujer de más edad parpadeando.

— ¿Qué?

—Únicamente lanzamos redes de verificación exteriores. No llevamos a cabo una revisión interior.

— ¿Te has vuelto loca? —soltó la hermana Armina—. ¡En primer lugar no es necesario y en segundo lugar quién sería tan estúpido para ser la persona que llevase a cabo un análisis de una red de verificación desde una perspectiva interior! ¡Nadie hace nunca algo así! ¡No es necesario!

—Sólo digo...

Con una mirada fulminante, la hermana Ulicia acalló a ambas. La hermana Cecilia, con los mojados rizos pegados al cuero cabelludo, dio la impresión de ir a finalizar su queja, pero decidió permanecer callada.

Orlan parecía estarse recuperando, se había apartado del abrazo de su esposa y empezaba a ponerse en pie, tambaleante. Le corría sangre por la frente y a ambos lados de la ancha nariz.

—Si yo fuera tú, posadero —dijo la hermana Ulicia, devolviendo la atención a él—, permanecería de rodillas.

La amenaza le hizo detenerse sólo un momento. Estaba furioso mientras se alzaba en toda su estatura. Su espalda se irguió, su pecho se expandió y sus puños se tensaron. Kahlan pudo darse cuenta de que su furia podía más que su prudencia.

La hermana Ulicia indicó con su vara que quería que Kahlan retrocediese. Ésta, haciendo caso omiso de la indicación, se acercó más a la mujer, esperando cambiar el curso de los

acontecimientos antes de que fuese demasiado tarde.

—Por favor, hermana Ulicia, él responderá a vuestras preguntas... sé que lo hará. Dejadlo en paz.

Las tres Hermanas dirigieron miradas de desagradable sorpresa a Kahlan. No se le había hablado, ni pedido que hablase. Tal insolencia le saldría cara, ella lo sabía, pero también sabía lo que era probable que le sucediera al hombre, y le parecía que ella era la única que podía cambiar su destino.

Además, Kahlan sabía que ésta era su única oportunidad de descubrir algo sobre sí misma... de quizá descubrir quién era en realidad y tal vez incluso por qué podía recordar tan sólo las partes más recientes de su vida. Estaba claro que el hombre la había reconocido, y podría muy bien ser él la clave que podía revelar su pasado perdido. No se atrevía a dejar escapar la oportunidad... aun cuando tuviese que arriesgarse a padecer la cólera de las Hermanas.

Antes de que las Hermanas tuviesen ocasión de decir nada, Kahlan se dirigió al hombre.

—Por favor, maese Orlan, escuchad un momento. Buscamos a una mujer mayor llamada Tovi. Tenía que encontrarse con estas mujeres de aquí. Nos retrasamos, así que ella debería de estar ya aquí, esperándonos. Por favor, responded a sus preguntas sobre su amiga. Esto podría quedar resuelto rápidamente si corrieseis escaleras arriba y les trajeseis a Tovi.

Luego, como esta tormenta pasajera, no tardaremos en desaparecer de vuestras vidas.

El hombre inclinó la cabeza reverentemente, como si una reina le hubiese pedido su ayuda.

Kahlan no sólo se sintió sorprendida, sino perpleja ante tal acto de deferencia.

—Pero no tenemos un huésped llamado Tovi, Mad...

La habitación se iluminó con un fogonazo cegador... un relámpago que no se parecía a ninguno de los de la tormenta que rugía fuera. La retorcida soga de calor líquido y luz que llameó desde las manos de la hermana Ulicia estalló sobre el pecho de Orlan antes de que éste pudiese finalizar el título que estaba a punto de usar. La vibrante sacudida producto de estar tan cerca de la explosiva detonación de un poder tan atronador martilleó en lo más profundo del pecho de Kahlan. El impacto arrojó a Orlan hacia atrás, haciendo que chocara contra una mesa y ambos bancos, aplastándolo contra la pared. El mortífero contacto con tal poder casi había partido en dos al hombre, y se elevaba una espiral de humo de lo que quedaba de su camisa. Un reluciente manchurrón escarlata señalaba la pared contra la que había golpeado antes de desplomarse al suelo.

Como consecuencia de la ensordecedora explosión, a Kahlan le zumbaron los oídos.

Emmy, con los ojos abiertos de par en par por el acontecimiento que en un instante había alterado para siempre el curso de su vida, gimió « ¡No! ».

Kahlan se llevó una mano a la boca y la nariz, no sólo en un gesto de repugnancia, sino para tapar el olor de la sangre y el hedor de la carne quemada. El farol que había estado sobre la mesa había sido arrojado al suelo y se había apagado, dejando la habitación en su mayor parte a las oscilantes sombras que proyectaba el fuego en el hogar.

De no haber sido ya una noche repleta de truenos y rayos, una explosión de aquel calibre sin duda habría despertado a todos los vecinos.

Las escudillas de madera que Emmy había estado sosteniendo repiquetearon sobre el suelo y rodaron. La mujer chilló horrorizada y corrió hacia su esposo.

La hermana Ulicia se desquició. Hecha una furia, interceptó a Emmy antes de que pudiese llegar junto a su esposo muerto.

— ¿Dónde está Tovi? —gritó la hermana Ulicia, estrellando a la mujer contra la pared—.

¡Quiero respuestas y las quiero ahora mismo!

Kahlan vio que la Hermana empuñaba su dagra. La sencilla arma no parecía más que un

mango de cuchillo con una varilla de metal afilada en lugar de cuchilla. Las tres Hermanas llevaban todas un dacra. Kahlan les había visto usar aquellas armas cuando habían encontrado exploradores de la Orden Imperial y sabía que una vez que el dacra había pinchado a una víctima, sin importar la poca importancia de la penetración, sólo era necesario un pensamiento por parte de la Hermana para matar a la víctima. Con el dacra no era la herida misma la que mataba, sino más bien la Hermana quien, mediante el arma, extinguía la chispa vital. Si la Hermana no retiraba el arma, junto con su intención de matar, no existía defensa, y ninguna posibilidad de salvación.

Un fogonazo de un relámpago iluminó la habitación a través de las estrechas ventanas que había junto a la puerta, arrojando largos picos de sombras por la habitación y contra las paredes mientras dos Hermanas agarraban a la aterrorizada mujer. Mientras la ráfaga del relámpago finalizaba y un oscuro manto descendía sobre la habitación, la tercera Hermana corrió escaleras arriba.

Kahlan fue directa hacia la niña.

Mientras ésta corría en dirección a su madre, Kahlan la interceptó, pasándole un brazo alrededor de la cintura y reteniéndola. Los ojos de la criatura se abrieron de par en par llenos de miedo, la mente incapaz de mantener el recuerdo de Kahlan ni siquiera el tiempo suficiente para ser consciente de quién o qué la había agarrado... Mucho peor, no obstante, era que acababa de ver cómo mataban a su padre, y Kahlan sabía que la niña jamás sería capaz de olvidar una visión tan terrible.

Por encima del constante golpeteo de la lluvia y el viento, Kahlan oyó las pisadas de la Hermana que estaba arriba, corriendo por el pasillo. La mujer efectuaba pausas intermitentes, deteniéndose ante cada habitación para abrir de golpe la puerta. Cualquiera huésped al que hubiese despertado el alboroto, y osara abandonar su cuarto para salir al oscuro pasillo, estaba a punto de encontrarse cara a cara con una Hermana de las Tinieblas dispuesta a destruirlo todo. Aquellos que siguiesen dormidos tras las puertas no correrían mejor suerte.

Emmy gritó de dolor. Kahlan sabía por qué.

— ¡Dónde está! —chilló la hermana Ulicia a la mujer—. ¿Dónde está Tovi?

Emmy gritó de dolor, suplicando que no hiciesen daño a su hija. Kahlan sabía que era un grave error revelar a un enemigo aquello que más temías.

En aquel caso, no obstante, supuso que tal información era irrelevante; no sólo resultaba muy claro lo que una madre temería, sino que las Hermanas ya contaban con tal ventaja. Ver a su madre aterrorizada sólo estaba sirviendo para asustar mucho más a la pequeña. Ésta forcejeaba vigorosamente, pero a pesar de sus frenéticos esfuerzos, una niña tan delgada no era rival para Kahlan.

Sujetando a la jovencita con fuerza, Kahlan tiró de ella hacia atrás, a través de la entrada que había junto a la escalera y al interior de la oscura habitación situada al otro lado. A la luz de los fogonazos de los relámpagos que penetraba por una ventana en la parte trasera, Kahlan vio que era una cocina con una despensa.

La niña gritaba presa de un pánico delirante.

—Tranquila —susurró Kahlan al oído de la jovencita, a la vez que la sujetaba con fuerza, intentando calmarla—. Te protegeré. Tranquila.

Kahlan sabía que era una mentira, pero no podía decirle la verdad.

La chiquilla toqueteó los brazos de Kahlan. Debía de darle la impresión de que la sujetaba un espíritu que la agarraba desde el inframundo. Incluso aunque viera a Kahlan, ésta sabía que la niña la olvidaría antes de que su mente pudiera transformar la percepción en

cognición. Asimismo, las palabras de consuelo de Kahlan se evaporarían de la memoria de la pequeña antes de que pudiera comprenderlas; al instante siguiente de haberla visto, nadie recordaba nunca a Kahlan.

Excepto Orlan. Y ahora estaba muerto.

Kahlan abrazó con fuerza a la aterrada niña. No sabía si lo hacía por ella misma o por la pequeña. En aquel momento, mantener a la niña lejos del terror de lo que les estaba sucediendo a sus padres era todo lo que Kahlan podía hacer. La niña se revolvía como loca en sus brazos, intentando escabullirse, como si la sujetase un monstruo dispuesto a cometer un sangriento asesinato. Kahlan odiaba aumentar el terror de la pequeña, pero permitirle escapar a la otra habitación sería peor.

Volvió a centellear un relámpago, lo que hizo que Kahlan mirase a la ventana. Ésta era lo bastante grande como para que pasara por ella. Estaba oscuro fuera, y el espeso bosque se hallaba muy pegado a los edificios. Tenía unas piernas largas; era fuerte y veloz, y sabía que podía, en pocos instantes, atravesar la ventana y hallarse en el interior del bosque. Pero había intentado escapar de las Hermanas antes y sabía que ni la noche ni el bosque podían ocultarla a mujeres con talentos tan siniestros. Arrodillada allí, con los brazos sujetando a la niña, Kahlan empezó a temblar. La simple perspectiva de un intento de huida era suficiente para que la frente se le cubriera de gotas de sudor por temor a que tal idea liberara en su interior las restricciones allí insertadas. La cabeza le dio vueltas vertiginosamente con el recuerdo de pasados intentos, con recuerdos del insoportable dolor; no podía aguantar tal dolor otra vez... y menos cuando no serviría de nada. Escapar de las Hermanas era imposible.

Cuando alzó la mirada, vio la figura oscura de una Hermana descendiendo la escalera.

—Ulicia —dijo la hermana Cecilia—. Las habitaciones de arriba están todas vacías. No hay huéspedes.

En la habitación delantera, la hermana Ulicia gruñó una siniestra imprecación.

La sombra de la hermana Cecilia abandonó la escalera para ocupar la entrada, como si la misma muerte volviera su mirada fulminante sobre los vivos. Más allá, Emmy gimió y lloró. En su confusión, pena, dolor y terror era incapaz de responder a las preguntas que le gritaba la hermana Ulicia.

— ¿Quieres que tu madre muera? —preguntó la hermana Cecilia desde la entrada con aquella voz suya tan sosegada.

No era menos cruel o peligrosa que la hermana Armina o la hermana Ulicia, pero tenía un modo sereno de hablar que de algún modo era más aterrador que los chillidos de la hermana Ulicia. Las claras amenazas de la hermana Armina eran simples y sinceras pero pronunciadas con un poco más de bilis. La hermana Tovi mostraba una especie de regocijo morboso en su modo de abordar la disciplina e incluso la tortura. No obstante, cuando alguna de ellas quería algo, Kahlan hacía tiempo que había aprendido que negárselo no acarrearía más que un padecimiento casi inimaginable, y al final obtendrían lo que habían querido en un principio.

— ¿Lo quieres? —repitió la hermana Cecilia con tranquilidad.

—Respóndele —musitó Kahlan al oído de la niña—. Por favor, responde a sus preguntas. Por favor.

—No —consiguió decir la niña.

—Entonces dínos dónde está Tovi.

En la habitación detrás de la hermana Cecilia, la madre de la niña jadeó con un violento estertor y luego calló. Kahlan oyó el golpear de sus huesos cuando la mujer chocó con el

suelo de madera. La casa quedó en silencio.

Saliendo de la tenue y titilante luz del otro lado de la entrada, otras dos sombras se acercaron majestuosamente hasta quedar detrás de la hermana Cecilia. Kahlan supo que Emmy ya no respondería a más preguntas.

La hermana Cecilia penetró en la cocina, quedando más cerca de la niña que Kahlan sujetaba con fuerza entre los brazos.

—Las habitaciones están todas vacías. ¿Por qué no hay huéspedes en vuestra posada?

—No ha venido ninguno —consiguió decir la niña a la vez que temblaba—. La noticia de la presencia de los invasores procedentes del Viejo Mundo ha ahuyentado a la gente.

Kahlan sabía que aquello tenía sentido. Tras abandonar el Palacio del Pueblo en D'Hara y viajar a toda velocidad al sur, en su mayor parte en una pequeña embarcación fluvial, todavía habían encontrado destacamentos de tropas del emperador Jagang en más de una ocasión, o pasado por asentamientos ribereños en los que habían estado aquellos animales. La noticia de tales atrocidades se habría extendido como un mal viento.

— ¿Dónde está Tovi? —preguntó la hermana Cecilia.

Sujetando a la niña, con gesto protector, Kahlan las contempló desafiante.

— ¡Es sólo una niña! ¡Dejadla en paz!

Sintió una violenta sacudida de dolor; fue como si le hubiesen desgarrado cada fibra de cada músculo. Por un instante, no supo dónde estaba ni qué sucedía. La habitación dio vueltas. Pucheros, sartenes y utensilios cayeron en cascada, rebotando y tintineando por el suelo de madera. Platos y vasos se hicieron añicos al caer estrepitosamente.

Kahlan cayó de bruces al suelo. Fragmentos de cerámica le acuchillaron las palmas al intentar detener su caída. Cuando sintió el extremo de algo afilado como una cuchilla presionando contra su lengua, comprendió que una esquila le había perforado la mejilla. Cerró con fuerza la mandíbula, partiendo el cristal entre los dientes para que no le rajara la lengua y, con un gran esfuerzo, consiguió escupir el pedazo de cristal ensangrentado y afilado como una daga.

Quedó tumbada cuan larga era sobre el suelo, aturdida, incapaz de recuperar por completo el sentido. De su garganta escaparon gruñidos mientras intentaba infructuosamente moverse. Descubrió que, a medida que aquellos sonidos escapaban, era incapaz de tomar aire. Cada soplo de aire que salía de sus pulmones era un soplo de aire que perdía. Sus músculos se esforzaron por volver a llevar el aliento a los pulmones, pero el dolor que le alanceaba la cintura era paralizante.

Jadeó llena de desesperación, consiguiendo por fin inhalar una apremiante bocanada.

Escupió más sangre y esquirlas de cristal. Empezaba a sentir ya la punzada de dolor procedente de un fragmento incrustado aún en la mejilla. Kahlan parecía incapaz de hacer que sus brazos se moviesen, de izarse del suelo y mucho menos de alzar la mano para extraer el pequeño fragmento de cristal.

Levantó la vista para mirar arriba. Pudo distinguir las formas oscuras de las Hermanas acercándose para rodear a la niña. La levantaron y la empujaron contra una pesada mesa de trincar de madera situada en el centro de la cocina. Una Hermana le sujetaba cada brazo mientras la hermana Ulicia se acuclillaba ante la niña para encontrarse con su mirada aterrada.

— ¿Sabes quién es Tovi?

— ¡La anciana! —gritó la niña—. ¡La anciana!

—Sí, la anciana. ¿Qué más sabes sobre ella?

La niña tragó aire, casi incapaz de pronunciar las palabras.

—Grande. Era grande. Vieja y grande. Era demasiado grande para poder andar bien.

La hermana Ulicia se inclinó más cerca, agarrando el delgado cuello de la niña.

— ¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí? Tenía que reunirse con nosotras aquí. ¿Por qué se ha ido?

— ¡No está! —chilló la niña—. ¡Se ha ido!

— ¿Por qué? ¿Cuándo estuvo aquí? ¿Cuándo se fue? ¿Por qué se fue?

—Hace unos días. Estuvo aquí. Se alojó con nosotros un tiempo. Pero se marchó hace pocos días.

La hermana Ulicia, con un grito de cólera, levantó a la niña y la arrojó contra la pared.

Usando todas sus fuerzas, Kahlan se alzó con gran dificultad sobre manos y rodillas. La niña se estrelló contra el suelo. Kahlan gateó por el suelo, a través de esquirlas de cristal y cerámica, y se arrojó sobre el cuerpo de la niña para protegerla. La pequeña, no sabiendo qué sucedía, chilló aún más.

Unas pisadas fueron hacia ella. Kahlan vio una cuchilla de carnicero caída en el suelo, a poca distancia. La niña chilló y forcejeó para escapar, pero Kahlan la mantuvo contra el suelo para resguardarla.

Al mismo tiempo que las sombras de la mujer se acercaban más, los dedos de Kahlan se cerraron alrededor del mango de madera de la cuchilla. No pensaba, simplemente actuaba: amenaza... arma... Casi era como contemplar a otra persona haciéndolo.

Pero experimentó una profunda satisfacción interior al tener un arma en la mano. Su puño se cerró alrededor del mango manchado de sangre. Un arma era vida. Centellearon relámpagos en el acero.

Cuando las mujeres estuvieron lo bastante cerca, Kahlan alzó de repente el brazo para atacar, pero entonces sintió un golpe devastador, como si la hubiese embestido el extremo de un leño. La potencia del golpe la lanzó a través de la habitación.

El impacto contra la pared la aturdió. Parecía como si la habitación estuviese muy lejos, al otro extremo de un largo túnel oscuro. El dolor la inundó. Intentó alzar la cabeza pero no pudo. La oscuridad la arrastró.

Cuando Kahlan abrió los ojos, vio a la niña encogiéndose ante las Hermanas a medida que éstas se erguían imponentes por encima de ella.

—No lo sé —decía—. No sé por qué se fue. Dijo que tenía que ponerse en camino hacia Caska.

El silencio se adueñó de la habitación.

— ¿Caska? —preguntó por fin la hermana Armina.

—Sí, eso es lo que dijo. Tenía que llegar a Caska.

— ¿Llevaba alguna cosa con ella?

— ¿Con ella? —lloriqueó la niña, todavía temblando—. No comprendo. ¿Qué queréis decir, con ella?

— ¡Con ella! —chilló la hermana Ulicia—. ¡Qué llevaba con ella! Tenía que transportar cosas... una mochila, un odre de agua. Pero tenía otras cosas. ¿Viste alguna de las otras cosas que llevaba con ella?

Cuando la niña vaciló, la hermana Ulicia la abofeteó con tal fuerza que se le aflojaron los dientes.

— ¿Viste si llevaba algo con ella?

Un largo hilillo de sangre procedente de la nariz de la niña descansaba sobre la mejilla de ésta.

—Cuando cenaba una noche, fui a llevarle toallas limpias y vi algo en su habitación. Algo

extraño.

La hermana Cecilia se inclinó hacia ella.

— ¿Extraño? ¿Como qué?

—Era, era como una... una caja. La tenía envuelta en un vestido blanco, pero el vestido era suave como la seda y había resbalado en parte fuera de la caja. Era como una caja... toda negra. Pero no negra como pintura. Era negra como la noche misma. Negra como si pudiese quitarle la luz directamente al día.

Las tres Hermanas se irguieron y permanecieron de pie en silencio.

Kahlan sabía exactamente de qué hablaba la niña. Kahlan había entrado y cogido aquellas tres cajas del Jardín de la Vida del Palacio del Pueblo; del palacio de lord Rahl.

Cuando había sacado la primera, la hermana Ulicia se había enfurecido con Kahlan por no sacar las tres a la vez, pero eran más grandes de lo que suponían y no tenía espacio suficiente para ocultarlas todas en su mochila, así que Kahlan había sacado sólo una al principio. La hermana Ulicia había envuelto aquella cosa repugnante en el vestido blanco de Kahlan y se la había entregado a Tovi, diciéndole que se apresurase y se pusiera en camino, que ya se reunirían todas más tarde.

— ¿Por qué iba Tovi a Caska? —preguntó la hermana Ulicia.

—No lo sé —lloró la niña—. No lo sé, juro que no lo sé. Únicamente, sé que le oí decir a mis padres que tenía que dirigirse a Caska. Se marchó hace unos cuantos días.

En el silencio, tumbada en el suelo, Kahlan pugnó por respirar. Cada inhalación le provocaba atroces punzadas en las costillas, y sabía que eso sólo iba a ser el principio.

Cuando las Hermanas terminaran con la niña, dirigirían su atención hacia ella.

—Quizá sería mejor que durmiésemos un poco a cubierto —sugirió finalmente la hermana Armina—. Podemos ponernos en marcha temprano.

La hermana Ulicia, con el puño que sujetaba el dacra sobre la cadera, paseó de un lado a otro, entre la niña y la mesa de trincar, pensando. Fragmentos de cerámica crujieron bajo sus botas.

—No —dijo a la vez que se volvía hacia las demás—. Algo no va bien.

— ¿Te refieres a la configuración del hechizo? ¿Lo dices por el hombre? La hermana Ulicia agitó una mano desdeñosamente.

—Una anomalía. Nada más. No, algo no va bien. ¿Por qué se iría Tovi? Tenía instrucciones explícitas de encontrarse con nosotras aquí. Y estaba aquí... pero se fue. No había otros huéspedes, ni tropas de la Orden Imperial en la zona, sabía que veníamos de camino y, sin embargo, se fue. No tiene sentido.

— ¿Y por qué a Caska? —preguntó la hermana Cecilia—. ¿Por qué se dirigiría a Caska? La hermana Ulicia se volvió de nuevo hacia la niña.

— ¿Quién visitó a Tovi mientras estaba aquí? ¿Quién vino a verla?

—Ya os lo dije, nadie. Nadie en absoluto vino aquí mientras la anciana se hospedaba con nosotros. No tuvimos otros visitantes ni huéspedes. Era la única que estaba aquí.

La hermana Ulicia reanudó su deambular.

—No me gusta. Algo no encaja, pero no puedo decir el qué.

—Estoy de acuerdo —dijo la hermana Cecilia—. Tovi no se iría por las buenas.

—Y sin embargo, lo hizo. ¿Por qué? —La hermana Ulicia fue a detenerse ante la niña—.

¿Dijo alguna cosa más, o dejó un mensaje... quizá una carta?

La niña, sorbiendo un sollozo, negó con la cabeza.

—No tenemos elección —refunfuñó la hermana Ulicia—. Vamos a tener que seguir a Tovi a Caska.

La hermana Armina hizo una seña en dirección a la puerta.

— ¿Esta noche? ¿Bajo la lluvia? ¿No crees que deberíamos aguardar hasta la mañana?

La hermana Ulicia, absorta en sus pensamientos, alzó los ojos hacia la mujer.

— ¿Y si aparece alguien? No necesitamos más complicaciones si queremos llevar a cabo nuestra tarea. No nos conviene que Jagang o sus tropas se huelan que estamos por aquí. Es necesario que lleguemos hasta Tovi y que consigamos esa caja; todas sabemos lo que está en juego. —Calibró las expresiones solemnes de ambas mujeres antes de seguir adelante—. Lo que no necesitamos son testigos que puedan informar de que estuvimos aquí y de lo que buscamos.

Kahlan sabía perfectamente adónde quería llegar la hermana Ulicia.

—Por favor —consiguió decir mientras se izaba sobre sus brazos temblorosos—, por favor, dejadla estar. Es sólo una niña. No sabe nada que tenga ningún valor para nadie.

—Sabe que Tovi estuvo aquí. Sabe lo que Tovi llevaba con ella. —El entrecejo de la hermana Ulicia se frunció—. Sabe que hemos estado aquí buscándola.

Kahlan pugnó por dar fuerza a su voz.

—No es nada para vosotras. Sois hechiceras. Ella no es más que una criatura. No puede haceros ningún daño.

La hermana Ulicia dirigió una breve ojeada a la niña, volviendo la cabeza.

—También sabe adónde vamos.

La mujer miró al interior de los ojos de Kahlan. Sin volverse hacia la niña que tenía detrás, y con repentina fuerza, echó hacia atrás el dagra y se lo clavó a la chiquilla en el estómago.

La niña exhaló un jadeo.

Todavía mirando fijamente a Kahlan, la hermana Ulicia sonrió como únicamente podía sonreír el mal. Kahlan pensó que aquello debía de ser como mirar al interior de los ojos del Custodio de los Muertos en su guarida, en las profundidades más oscuras de la eternidad del inframundo.

La hermana Ulicia enarcó una ceja.

—No tengo intención de dejar ningún cabo suelto.

Pareció centellear luz desde el interior de los ojos abiertos como platos de la niña, y ésta se quedó flácida y cayó pesadamente al suelo. Sus brazos quedaron desmadejados en extraños ángulos. Su mirada sin vida estaba clavada en Kahlan, como para censurarla por no mantener su palabra.

Su promesa a la niña —«te protegeré»— resonó en la mente de Kahlan.

Lanzó un grito de impotente furia a la vez que golpeaba el suelo con los puños.

Y luego volvió a gritar al ser arrojada hacia atrás, contra la pared. En lugar de estrellarse contra el suelo, permaneció pegada allí como si la sujetara una fuerza enorme. Esa fuerza, lo sabía, era la magia.

No podía respirar. Una de las Hermanas usaba su poder para oprimirle la garganta. Kahlan hizo un esfuerzo supremo, intentando conseguir aire, a la vez que arañaba el collar de hierro que le rodeaba el cuello.

La hermana Ulicia se aproximó y acercó el rostro al de Kahlan.

—Hoy has tenido suerte —dijo con voz ponzoñosa—. No tenemos tiempo para hacerte lamentar tu desobediencia... por ahora. Pero no creas que esto va a quedar así y que no vas a sufrir las consecuencias de tus actos.

—No, Hermana —consiguió decir Kahlan con gran esfuerzo; sabía que no responder sólo serviría para empeorar las cosas.

—Imagino que eres demasiado estúpida para comprender lo insignificante e impotente que

eres ante tus superiores. A lo mejor cuando se te dé otra lección, incluso alguien tan humilde e ignorante como tú lo comprenderá.

—Sí, Hermana.

Aun cuando sabía muy bien lo que le harían soportar para darle esa lección, Kahlan habría vuelto a hacer lo mismo. Únicamente lamentaba no haber podido proteger a la niña, como había prometido. El día que había sacado aquellas tres cajas del palacio de lord Rahl, había dejado en su lugar su posesión más preciada: una estatuilla de una mujer orgullosa, con los puños a los costados, la espalda arqueada y la cabeza echada hacia atrás, como si se enfrentara a fuerzas que querían sojuzgarla pero no podían.

Kahlan había cobrado fuerzas aquel día en el palacio de Richard Rahl. De pie en el jardín, mirando atrás, a la orgullosa estatua que había tenido que abandonar allí, Kahlan había jurado que recuperaría su vida. Recuperar su vida significaba pelear por la vida, incluso por la vida de una niña que no conocía.

—Vamos —refunfuñó la hermana Ulicia mientras iba hacia la puerta, esperando que todas la siguieran.

Las botas de Kahlan golpearon sordamente el suelo cuando la fuerza que la presionaba contra la pared la soltó de improviso.

Cayó de rodillas, y se acarició la garganta con las ensangrentadas manos mientras respiraba con dificultad. Los dedos encontraron el odiado collar mediante el cual las Hermanas la controlaban.

—Muévete —le ordenó la hermana Cecilia en un tono que hizo que Kahlan se levantara apresuradamente.

Echó una ojeada atrás y vio los ojos muertos de la pobre niña mirándola con fijeza, observándola marchar.

Capítulo 3

Richard se puso en pie de improviso. Las patas de la silla de madera en la que había estado sentado chirriaron al resbalar hacia atrás en el áspero suelo de piedra. Las yemas de sus dedos siguieron descansando sobre el borde de la mesa donde el libro que había estado leyendo yacía abierto ante el farol de plata.

Algo le pasaba al aire.

No tenía que ver con la forma en que olía, con la temperatura o con la humedad. Era el aire mismo. Algo parecía no estar bien en el aire.

A Richard no se le ocurría por qué lo había asaltado un pensamiento como aquél, ni tenía la más remota idea de cuál podría ser la causa de esa sensación tan curiosa. No había ventanas en el pequeño cuarto de lectura, de modo que no podía saber qué tiempo hacía fuera: si estaba despejado, si hacía viento, si había tormenta. Únicamente sabía que era muy entrada la noche.

Cara, no muy lejos detrás de él, se levantó de la silla de cuero marrón donde, también ella, había estado leyendo. Aguardó, pero no dijo nada.

Richard le había pedido que leyera varios volúmenes históricos que había encontrado.

Cualquier cosa que pudiera hallar sobre la época remota en la que se había escrito el libro *Cadena de fuego* podría resultar útil. Ella no se había quejado de la tarea. Cara raras veces se quejaba de nada, siempre y cuando no le impidiera protegerle. Puesto que podía permanecer en el cuarto con él, no tenía inconveniente en leer los libros que le había dado. Una de las otras mord-sith, Berdine, sabía leer el d'haraniano culto y en el pasado había

sido de mucha ayuda con cosas escritas en ese antiguo idioma, pero Berdine estaba lejos, en el Palacio del Pueblo. Eso dejaba a Cara innumerables volúmenes escritos que revisar. Cara le observó pasar una mirada escrutadora por las paredes revestidas de madera, su vista recorría metódicamente los estantes: las cajas lacadas con dibujos incrustados en plata, las figurillas de bailarines talladas en hueso, los lisas piedras que descansaban en cajas forradas de terciopelo y los jarrones de cristal.

—Lord Rahl —preguntó por fin—, ¿sucede algo malo?

Richard echó un vistazo atrás.

—Sí. Algo le pasa al aire.

Sólo después de ver la tensa preocupación en el semblante de la mord-sith comprendió que debía de haber sonado absurdo decir que le pasaba algo al aire.

Para Cara, no obstante, sin importar lo absurdo que pudiera haber sonado, todo lo que realmente importaba era que él pensaba que existía algún problema, una amenaza potencial. El traje de cuero crujió cuando empuñó el agiel. Con el arma lista, paseó la mirada detenidamente por toda la habitación, explorando las sombras como si un fantasma pudiese saltar en cualquier momento.

Su entrecejo se frunció más.

— ¿La bestia?

Richard no había considerado aquella posibilidad. La bestia que Jagang había ordenado a las Hermanas de las Tinieblas cautivas que conjurasen y enviasen tras él era siempre una amenaza potencial, y había habido varias ocasiones en el pasado en que había parecido surgir del aire mismo.

Por mucho que lo intentara, Richard no podía decir con precisión qué era lo que no iba bien. Aunque no podía señalar el origen de la sensación, parecía como si tal vez fuese algo que debería recordar, algo que debería saber, algo que debería reconocer. No era capaz de decidir si tal sensación era real o tan sólo producto de su imaginación.

Meneó la cabeza.

—No... no creo que sea la bestia. No es algo que no esté bien en ese sentido.

—Lord Rahl, además de todas las otras cosas, habéis estado levantado la mayor parte de la noche leyendo. A lo mejor es simplemente que estáis agotado.

Había momentos en los que se despertaba con un sobresalto justo cuando empezaba a dormirse, confuso y desorientado por el creciente descenso al pozo de pesadillas que jamás recordaba al despertar. Pero esta impresión era diferente; no era algo surgido del embotamiento del sueño. Además, a pesar de su fatiga, no había estado a punto de dormirse. Estaba demasiado ansioso.

Hasta el día anterior no había convencido, por fin, a los demás de que Kahlan era real, que existía y no era un invento de su imaginación o un delirio provocado por una herida.

Finalmente, ellos sabían que Kahlan no era un sueño absurdo. Ahora que disponía de alguna ayuda, su urgencia por encontrarla lo empujaba y lo mantenía totalmente despierto. No podía soportar dedicar tiempo a descansar... no ahora que poseía algunas piezas del rompecabezas.

Cuando habían estado en las proximidades del Palacio del Pueblo, interrogando a Tovi justo antes de que ésta muriera, Nicci había averiguado los terribles detalles de cómo aquellas cuatro mujeres —las hermanas Ulicia, Cecilia, Armina y Tovi— habían invocado un acontecimiento Cadena de Fuego, y cómo, al liberar poderes que durante miles de años habían estado ocultos en un libro antiguo, el recuerdo que todo el mundo —excepto Richard— tenía de Kahlan había quedado borrado en un instante. De algún modo, a él la

espada le había protegido la mente, pero si bien él conservaba su recuerdo de Kahlan, más tarde había tenido que renunciar a la espada en sus esfuerzos por encontrar a su amada. El hechizo Cadena de Fuego había tenido su origen en magos de la antigüedad, que habían estado buscando un método que pudiera permitirles deslizarse siendo ignorados u olvidados entre fuerzas enemigas. Postularon que existía un método para alterar la memoria de las personas mediante poder de Resta de un modo que todas las partes inconexas resultantes de los recuerdos de una persona se reconstruirían y conectarían ellas mismas entre sí, siendo la consecuencia directa la creación de una memoria errónea para llenar los vacíos que se habían creado al ser borrado el sujeto del conjuro de las mentes de la gente.

Al final, los magos que habían ideado el proceso habían acabado por creer que desencadenar un acontecimiento así podría engendrar una avalancha de acontecimientos que no podrían predecirse ni controlarse. Especularon que, de un modo muy parecido a un fuego arrasador, seguiría ardiendo a través de conexiones con otras personas cuya memoria no había sido alterada en un principio. Al final, habían caído en la cuenta de que, con unas consecuencias tan incalculables, radicales y desastrosas, un hechizo Cadena de Fuego poseía el potencial para deshilar la vida, por lo que jamás se atrevieron a ponerlo en práctica.

Aquellas cuatro Hermanas de las Tinieblas sí lo habían hecho... con Kahlan. A ellas no les importaba si deshilaban la vida. De hecho, ése era su objetivo final.

Richard no tenía tiempo para dormir. Ahora que por fin había convencido a Nicci, Zedd, Cara, Nathan y Ann de que no estaba loco y de que Kahlan existía en el mundo real aunque ya no lo hiciera en sus recuerdos, éstos se habían comprometido a ayudarlo.

Necesitaba ayuda desesperadamente. Tenía que encontrar a Kahlan. Ella era su vida; lo era todo para él. La inteligencia excepcional de aquella mujer le había cautivado desde el primer momento en que la conoció. El recuerdo de sus hermosos ojos verdes, su sonrisa, su contacto, lo obsesionaba. Cada momento de vigilia era una auténtica pesadilla que le decía que había algo más que debería de estar haciendo.

Mientras nadie más fuera capaz de recordar a Kahlan, Richard no podía pensar en otra cosa. A menudo sentía como si él fuese la única conexión que ella tenía con el mundo y que si dejaba de recordarla, de pensar en ella, finalmente, de una vez por todas... Kahlan dejaría realmente de existir.

Pero comprendía que si quería conseguir algo, si quería encontrar algún día a Kahlan, de vez en cuando tenía que obligarse a no pensar en ella para concentrarse en las cuestiones que tenía entre manos.

Volvió la cabeza hacia Cara.

— ¿No percibes nada raro?

Ella enarcó una ceja.

—Estamos en el Alcázar del Hechicero, lord Rahl, ¿quién no se sentiría raro? Este lugar me pone la piel de gallina.

— ¿Un poco más que de costumbre?

Ella suspiró a la vez que hacía descender la mano por la larga trenza rubia que descansaba sobre su hombro.

—No.

Richard agarró un farol.

—Vamos.

Abandonó, a toda prisa el pequeño cuarto y penetró en el largo corredor recubierto de gruesas alfombras. En su mayoría eran diseños clásicos tejidos en colores apagados, pero

unas pocas que asomaban por debajo las componían amarillos y naranjas intensos. Las alfombras amortiguaban el sonido de sus botas mientras pasaba ante puertas dobles a cada lado que daban a habitaciones oscuras. Cara, con sus largas piernas, no tenía problemas para mantener su paso. Richard sabía que varias de las habitaciones eran bibliotecas, mientras que otras eran estancias esmeradamente decoradas que no parecían cumplir otro propósito que conducir a otras habitaciones, que conducían a su vez a otras habitaciones, algunas sencillas y algunas recargadas, todo ello una parte del inescrutable y complejo laberinto que era el Alcázar.

En una intersección, Richard tomó a la derecha, por un corredor con paredes revocadas con dibujos en forma de espiral que se habían suavizado con el paso de los siglos hasta adquirir un cálido marrón dorado. Cuando llegaron a un hueco de escalera, Richard se precipitó escaleras abajo. Al echar una ojeada a lo alto de la escalera, pudo ver como ésta ascendía alrededor del hueco, perdiéndose en la oscuridad que había más arriba, en los confines superiores del Alcázar.

— ¿Adónde vamos? —preguntó Cara.

A Richard lo sobresaltó un tanto la pregunta.

—No lo sé.

Cara le lanzó una mirada sombría.

—¿Simplemente se os ha ocurrido que debíamos registrar un lugar con miles y miles de habitaciones, un lugar tan grande como una montaña, un lugar construido parcialmente en el interior de una montaña, hasta que por casualidad deis con algo?

—Le sucede algo al aire. Me limito a seguir esa percepción.

—Estáis siguiendo al aire —dijo Cara en un tono categórico y burlón, y sus suspicacias volvieron a aparecer—. ¿No estáis intentando usar magia, verdad?

—Cara, sabes tan bien como cualquiera que no sé cómo usar mi don. No podría invocar magia ni aunque quisiera.

Y desde luego no quería hacerlo.

Si invocara su don, la bestia lo tendría más fácil para encontrarlo. A Cara, siempre protectora, le preocupaba que él llevase a cabo negligentemente algo que llamara a la bestia, que había sido conjurada siguiendo órdenes del emperador Jagang.

Richard volvió la atención al problema que tenía entre manos e intentó discernir qué era lo que tenía el aire que le parecía tan extraño. Puso la mente a analizar con minuciosidad qué percibía; aquel aire le parecía como el de tormenta eléctrica. Poseía aquella cualidad tensa e inquietante.

Al llegar al final de la escalera, tras descender varios tramos, salieron a un pasillo hecho de bloques de piedra. Siguieron el pasaje directamente a través de varias intersecciones y se detuvieron mientras Richard contemplaba unos oscuros peldaños de piedra que descendían en espiral. Cara lo siguió cuando inició el descenso. Una vez abajo cruzaron un pasadizo corto con un techo abovedado de tablas de roble antes de ir a parar al interior de una habitación que era el centro de una confluencia de corredores. La habitación redonda tenía pilares de granito gris que sostenían dinteles dorados por encima de cada corredor que se perdía en la oscuridad.

Richard alargó el farol al frente, entornando los ojos mientras intentaba ver el interior de los oscuros pasadizos. No reconocía la habitación redonda, pero sí reconocía que estaban en una parte del Alcázar que era en cierto modo distinta; distinta de un modo que le hacía comprender a lo que se refería Cara cuando decía que el lugar le ponía la carne de gallina. Uno de los pasillos, a diferencia de los otros, descendía en un ángulo bastante pronunciado

a lo largo de una rampa larga, al parecer en dirección a alguna de las zonas más profundas del Alcázar. Se preguntó por qué tendría que haber una rampa, en lugar de una escalera.

—Por aquí —indicó a Cara, conduciéndola rampa abajo y al interior de la oscuridad.

La rampa parecía interminable. Por fin, no obstante, fue a desembocar en un pasillo imponente, que si bien no tenía más de tres metros y medio de ancho, debía de tener unos veinte de alto. Richard se sintió como una hormiga en el fondo de una hendidura. A la izquierda se alzaba una pared de roca natural en tanto que bloques enormes de piedra perfectamente encajados formaban la pared de la derecha. Pasaron ante una serie de habitaciones en la pared de bloques mientras seguían adelante por lo que parecía una grieta interminable a través de la montaña. Mientras avanzaban sin pausa, la luz del farol no era lo bastante potente para revelar ningún final a la vista.

Richard reparó de improviso en qué era lo que percibía. La sensación en el aire era la que de vez en cuando podía percibirse en la zona inmediata que rodeaba a ciertas personas que él conocía que poseían un don muy poderoso. Recordó el modo en que el aire mismo parecía chisporrotear alrededor de sus antiguas maestras, las hermanas Cecilia, Armina, Merissa y en especial Nicci. Recordaba momentos en que parecía como si el aire alrededor de Nicci pudiera inflamarse, tan grande era el poder que irradiaba de ella. Pero aquella sensación siempre se había dado estando muy próximo al individuo. Jamás había sido un fenómeno que lo invadía todo.

Aun antes de que viese la luz saliendo de una de las habitaciones situadas a lo lejos, percibió el aire que surgía del lugar. Medio esperó ver cómo el aire de todo el pasillo empezaba a centellear.

Las puertas estaban abiertas, conduciendo al interior de lo que parecía ser una biblioteca poco iluminada. Supo que ése era el lugar.

Nada más atravesar aquellas puertas cubiertas con elaborados símbolos grabados, Richard paró en mitad de su zancada y abrió los ojos de par en par, atónito.

Un relámpago parpadeante penetró a través de una docena de ventanas e iluminó una hilera tras otra de estanterías distribuidas por la tenebrosa estancia. Las ventanas, que se alzaban dos pisos, discurrían a lo largo de la pared del fondo. Los pequeños cuadrados de cristal que componían las altísimas ventanas no eran transparentes, sino espesos y formados por numerosos anillos. Al centellear, los relámpagos hacían que el cristal pareciese iluminarse a su vez. Faroles dispuestos por toda la habitación proporcionaban al lugar un suave resplandor cálido y su luz se reflejaba en los lustrosos tableros de las mesas aquí y allí, entre el confuso desorden de libros abiertos por todas partes.

Las estanterías no eran lo que Richard había esperado en un principio. Claro que había libros en algunas de ellas, pero otros estantes contenían objetos: desde telas centelleantes pulcramente dobladas, a espirales de hierro, pasando por redomas de cristal verde, objetos complejos hechos de madera, rollos de vitela, y huesos que Richard no reconoció.

Cuando volvía a relampaguear, las sombras de los parteluces de las ventanas al discurrir sobre todo lo que había en la habitación, derramándose sobre mesas, sillas, columnas, librerías y escritorios, producían la impresión de que todo el lugar se resquebrajaba.

—Zedd... ¿se puede saber qué haces?

—Lord Rahl —dijo Cara con voz queda a su oído—. Creo que vuestro abuelo debe de estar loco.

Zedd volvió la cabeza para escudriñar brevemente a Richard y a Cara, que permanecían en la entrada. El blanco pelo del anciano, que sobresalía en todas direcciones, tenía un pálido tono anaranjado a la luz de las lámparas, pero era blanco como la nieve cada vez que

relampagueaba.

—Estamos un poco ocupados justo ahora, muchacho.

En el centro de la habitación, Nicci flotaba justo por encima de una de las sólidas mesas. Richard pestañeó, intentando asegurarse de que, realmente, veía lo que estaba viendo. Los pies de Nicci estaban a un palmo de distancia de la mesa, y la hechicera permanecía suspendida en el aire, totalmente inmóvil.

Por imposible y asombrosa que fuese tal visión, eso no era lo peor. En el tablero de la mesa estaba trazado un dibujo mágico conocido como una Gracia.

Parecía haber sido dibujado con sangre.

Igual que una cortina que rodease a Nicci, líneas inmóviles colgaban también suspendidas en el aire por encima de la Gracia. Richard había visto a varias personas con el don de dibujar formas de hechizo con anterioridad, de modo que estaba más que seguro de qué era lo que veía, pero jamás había visto nada que se aproximase a aquel laberinto que flotaba en el aire.

De una complejidad consumada, compuesto por líneas de resplandeciente luz verde, flotaba en el aire como un hechizo tridimensional.

En el centro de aquel intrincado esquema geométrico, Nicci flotaba tan inmóvil como una estatua. Sus facciones exquisitas parecían petrificadas. Tenía una mano alzada hacia fuera, y los dedos de la otra mano, al costado, estaban extendidos.

Sus pies no estaban a la misma altura, sino que estaban suspendidos como si se hallase en pleno salto. Su melena rubia estaba levemente alzada, como si en mitad de aquel salto los cabellos se hubiesen elevado, justo antes de que volvieran a bajar... y en aquel preciso instante la hubiesen convertida en piedra.

No parecía estar viva.

Capítulo 4

Richard se quedó paralizado, contemplando fijamente a Nicci suspendida en el aire justo por encima de la mesa de la biblioteca, con una red de refulgentes líneas geométricas enredada alrededor. Nada en ella se movía. No daba la menor impresión de respirar. Sus ojos azules miraban a lo lejos, como si observaran un mundo que sólo ella podía ver. Sus familiares y exquisitas facciones se distinguían a la perfección bajo el tinte verdoso que despedían las líneas refulgentes.

Richard pensó que parecía más muerta que viva, con el mismo aspecto que tenía un cadáver en un ataúd antes de darle sepultura.

Era una visión increíblemente hermosa y al mismo tiempo alarmante. La hechicera no parecía ser otra cosa que una estatua inánime hecha de carne y luz. Guedejas de cabello rubio en suaves arcos retorcidos, incluso cabellos individuales, sobresalían inmóviles en el aire. Richard seguía esperando que, de un modo repentino, ella acabase cayendo a la mesa. Cuando advirtió que contenía la respiración, se obligó a espirar.

Como en solidaridad con la intensidad de los relámpagos que brillaban al otro lado de las ventanas, el aire de la estancia chisporroteaba con el poder que se había concentrado dentro de lo que era a todas luces, incluso para un lego en la materia como Richard, un conjuro extraordinario. Había sido aquella rara cualidad en el aire lo que había atraído su atención allí.

Por más que lo intentara, Richard no era capaz de imaginar qué sucedía, cuál podría ser el propósito de un uso así de la magia. Estaba a la vez fascinado y desconcertado. Más que

nada, no obstante, encontraba la visión siniestramente aterradora.

Al haberse criado en la Tierra Occidental, donde no había existido magia, en ocasiones se preguntaba qué se había perdido; en especial en momentos como éste, en que se sentía un auténtico ignorante. Pero en otras ocasiones, como cuando se habían llevado a Kahlan, odiaba la magia y deseaba no volver a tener nada que ver con ella jamás.

Aquellos que estaban consagrados a las enseñanzas de la Orden Imperial hallarían una cínica satisfacción ante el hecho de que tales pensamientos sobre la magia provinieran del lord Rahl.

A pesar de haber crecido sin conocer la existencia de la magia, con el tiempo, Richard había aprendido unas cuantas cosas sobre ella. Por lo pronto sabía que la Gracia dibujada debajo de Nicci era un dispositivo poderoso que usaban los que poseían el don; también sabía que dibujarla con sangre era algo que raras veces se hacía, e incluso entonces tan sólo en las circunstancias de mayor gravedad.

Mientras echaba una ojeada a las refulgentes líneas de sangre que constituían la forma de la Gracia, Richard advirtió algo que hizo que se le erizaran los pelos del codo. Uno de los pies de Nicci estaba suspendido sobre el centro de la Gracia... la parte que representaba la luz del Creador, de donde emanaba no tan sólo vida sino los rayos que representaban el don que pasaba a través de la vida, el velo, y luego proseguía al interior de la eternidad del inframundo.

El otro pie de Nicci, sin embargo, estaba paralizado a unos centímetros de la mesa, más allá del círculo exterior del dibujo; sobre la parte que representaba el inframundo.

Nicci estaba suspendida entre el mundo de la vida y el mundo de los muertos. Richard sabía que tal cosa no era precisamente irrelevante.

Concentró la vista más allá de la sorprendente visión de Nicci flotando en el aire, y en las sombras situadas más allá vio a Nathan y a Ann iluminados de vez en cuando por destellos de relámpagos, igual que espectros que aparecieran y desaparecieran con un titileo.

También ellos contemplaban con expresión solemne a Nicci en el centro del brillante hechizo.

Zedd, con una mano sobre una cadera huesuda, la otra pasando un dedo por su afeitada mandíbula, rodeaba lentamente la mesa, observando el cada vez mayor y más intrincado dibujo de refulgentes líneas verdes.

Fuera, a través de las altas ventanas, los relámpagos seguían centelleando en cegadoras ráfagas, pero los retumbos de los truenos quedaban amortiguados por la gruesa piedra del Alcázar.

Richard alzó la mirada hacia el rostro de Nicci.

— ¿Está... está bien?

Zedd miró hacia él como si hubiese olvidado que Richard había entrado en la habitación.

— ¿Qué?

— ¿Está ella bien?

Las pobladas cejas de Zedd se juntaron.

— ¿Cómo podría yo saberlo?

Richard alzó los brazos al techo y los dejó caer en atónita alarma.

— Por lo más sagrado, Zedd, ¿no eres tú quién la puso ahí?

— No exactamente — rezongó Zedd, frotándose las palmas mientras seguía moviéndose.

Richard se acercó más a la mesa situada debajo de Nicci.

— ¿Qué está pasando? ¿Está bien Nicci? ¿Corre peligro?

Finalmente, Zedd miró atrás y suspiró.

—No lo sabemos exactamente, muchacho.

Nathan abandonó las sombras y fue hacia la mesa, al interior de la luz verdosa. Los oscuros ojos zarcos del alto profeta estaban claramente atribulados. Abrió las manos en un gesto tranquilizador, con la larga cabellera blanca rozándole los hombros cuando se encogió de hombros.

—Creemos que está bien, Richard.

—Debería estar perfectamente —le aseguró Ann al tiempo que se reunía con Nathan.

El profeta de amplias espaldas resultaba imponente junto a ella, que, con su sencillo vestido de lana y cabellos canosos recogidos en un moño, parecía aún menos agraciada al lado de Nathan. Richard pensó que prácticamente cualquiera parecería poco agraciado al lado de Nathan.

Richard hizo un ademán, indicando la red de líneas geométricas que recubría a Nicci.

—¿Qué es esta cosa?

—Una red de verificación —dijo su abuelo.

Richard frunció el entrecejo.

—¿Verificación? ¿Verificación de qué?

—De la Cadena de Fuego —le respondió Zedd en un tono lúgubre—. Estamos intentando deducir exactamente cómo funciona un hechizo Cadena de Fuego, de modo que podamos ver si existe un modo de invertirlo.

Richard se rascó la sien.

—¡Oh!

Cada vez le gustaba menos todo aquello. Deseaba con desesperación encontrar a Kahlan, sin embargo, estaba profundamente preocupado por lo que podría sucederle a Nicci en un intento como aquél de desentrañar aquellos misteriosos poderes creados por antiguos magos. Como Primer Mago, Zedd poseía habilidades y talentos que Richard no podía ni por asomo comprender, pero aquellos magos de tiempos remotos superaban ampliamente el don de Zedd. Pese a lo mucho que Zedd, Nathan, Ann y Nicci sabían, poderosos como eran todos ellos, no hacían más que coquetear con cosas en las que no tenían experiencia, cosas fuera de su capacidad, cosas que incluso aquellos antiguos magos temían. Pero ¿qué elección tenían?

Además de importarle muchísimo Nicci, Richard necesitaba que le ayudase a encontrar a Kahlan. Mientras que los demás podrían, en ciertos aspectos, ser más poderosos o estar mejor informados que Nicci, la suma de lo que había en ella la colocaba en una categoría diferente. Probablemente, era la hechicera más poderosa que había existido nunca. Lo que otras podían hacer con un gran esfuerzo, Nicci podía llevarlo a cabo sin pestañear. Pero, para Richard era probablemente una de las cosas menos extraordinarias en Nicci. Aparte de Kahlan, no conocía a nadie que pudiese concentrarse en un objetivo con tanta tenacidad como Nicci. Cara podía ser igual de resuelta en cuanto a defenderlo, pero Nicci era capaz de centrar aquella clase de tenacidad en cualquier cosa que se propusiera. En la época en que había peleado contra él, su temeraria determinación la había convertido no tan sólo en brutalmente eficaz sino en profundamente peligrosa.

Richard se alegraba de que todo aquello hubiese cambiado. Desde el inicio de la búsqueda de Kahlan, Nicci había pasado a ser su amiga más íntima y firme. La hechicera sabía, no obstante, que el corazón de Richard pertenecía a Kahlan y que eso no podría cambiar jamás.

Richard se pasó los dedos por los cabellos.

—Bueno, ¿por qué está ahí arriba en medio de esa cosa?

—Es la única de nosotros que sabe usar Magia de Resta —respondió Ann con sencillez—. Un hechizo Cadena de Fuego necesita elementos de Resta para iniciarlo y luego hacerlo funcionar. Estamos intentando comprender todo el hechizo... tanto los componentes de Suma como los de Resta.

Richard supuso que tenía sentido, pero eso no le hacía sentirse mejor al respecto.

—¿Y Nicci estuvo de acuerdo?

Nathan carraspeó.

—Fue idea suya.

Por supuesto que lo había sido. A veces, Richard pensaba que aquella mujer tenía ganas de morir.

Era en momentos así cuando deseaba poder saber más sobre tales cosas. Volvía a sentirse ignorante, de modo que señaló la refulgente trama que flotaba por encima de la mesa.

—Jamás caí en la cuenta de que las redes de verificación utilizaban a personas. Quiero decir, que nunca supe que tales redes se lanzaban alrededor de alguien de ese modo.

—Tampoco nosotros, exactamente —repuso Nathan con aquella voz suya profunda y autoritaria.

Richard se sintió incómodo bajo la mirada del profeta, de modo que se volvió hacia Zedd.

—¿Qué queréis decir?

Zedd encogió los hombros.

—Ésta es la primera vez que cualquiera de nosotros ha hecho un análisis de una red de verificación desde una perspectiva interior. Hacerlo requiere Magia de Resta, por lo que es probable que no se haya lanzado una red de verificación como ésta en miles de años.

—En ese caso, ¿cómo sabíais la manera de hacerlo?

—El simple hecho de que ninguno de nosotros haya hecho nunca tal cosa —dijo Ann—, no significa que no hayamos estudiado varias descripciones.

Zedd indicó con un ademán una de las otras mesas.

—Hemos estado leyendo el libro que encontraste: *Cadena de Fuego*. Es más complicado que ninguna cosa que hayamos visto nunca, así que quisimos intentar comprenderlo todo sobre él. Si bien nunca antes habíamos realizado una perspectiva interior, en realidad no es más que una extensión de lo que ya sabemos. Mientras sepas cómo llevar a cabo una red de verificación, y poseas los elementos necesarios del don, puedes ejecutar el análisis desde una perspectiva interior. Eso es lo que Nicci está haciendo. Por eso tenía que ser ella quién lo hiciese.

—Si existe un proceso estándar, entonces, ¿por qué ha sido necesario este método?

Zedd alzó una mano en dirección a las líneas que rodeaban a Nicci.

—Se dice que una perspectiva interior muestra la configuración del hechizo de un modo más pormenorizado... llegando hasta un nivel más elemental... del que ves en el proceso de verificación estándar. Puesto que muestra más de lo que se puede averiguar en el proceso estándar, y Nicci era capaz de iniciarlo, todos decidimos que sería una ventaja hacerlo de este modo.

Richard empezaba a respirar un poco más tranquilo.

—Así pues, usar a Nicci de este modo es simplemente un análisis abstracto. No significa nada más.

Zedd desvió la mirada de los ojos de Richard mientras se frotaba levemente los surcos de la frente.

—Esto es sólo un proceso de verificación, Richard, no una puesta en marcha del acontecimiento en sí, así que, en cierto sentido, no es real. Lo que el hechizo real hace en

un instante, esta forma inerte lo alarga en un prolongado proceso de verificación para permitir un análisis exhaustivo. Aunque no carece de riesgos, no es el hechizo mismo lo que ves alrededor de Nicci.

Se aclaró la garganta.

—Cuando se lanzó el hechizo auténtico, en lugar de Nicci, estaba Kahlan, y fue de lo más real.

Richard sintió que se le ponía la carne de gallina. Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar y sentía el corazón martilleándole en el pecho. Deseó que aquello no fuese verdad.

—Pero has dicho que necesitabais a Nicci para poder conjurar esta red. Has dicho que sólo podíais hacerlo porque ella puede llevar a cabo Magia de Resta. Kahlan no habría sido capaz de hacer eso para las Hermanas... y en cualquier caso no habría cooperado.

Zedd negó con la cabeza.

—Las Hermanas llevaron a cabo el hechizo real con Kahlan. Ellas contaban con poder de Resta y no habrían necesitado la cooperación de Kahlan. Nosotros necesitábamos que Nicci lo hiciese funcionar desde dentro, usando tanto los aspectos de Suma como los de Resta, de modo que podamos intentar determinar cómo funciona. Las dos cosas no son análogas.

—Bien, cómo...

—Richard —dijo su abuelo, interrumpiéndolo con delicadeza—, como he dicho, estamos un tanto ocupados. Ahora no es el momento de discutirlo. Tenemos que observar el proceso para que podamos deducir el comportamiento del hechizo. Déjanos hacer nuestro trabajo, ¿quieres?

Richard deslizó las manos al interior de sus bolsillos traseros.

—Claro.

Echó una mirada atrás, a Cara. Ésta mostraba lo que la gente podría considerar como un semblante inexpresivo, pero a Richard, con lo bien que la conocía, le revelaba muchas cosas. Se volvió hacia su abuelo.

— ¿Estáis teniendo alguna clase de... problemas?

Zedd lanzó a los otros una mirada de soslayo y se limitó a gruñir antes de regresar al estudio de las formas geométricas que rodeaban a la mujer que flotaba ante él.

Richard conocía a su abuelo lo bastante bien para saber por sus facciones contraídas que o bien se sentía contrariado o bien muy preocupado, y no creía que ninguna de tales perspectivas augurase nada bueno. Empezó a preocuparse él mismo... por Nicci.

Mientras los demás retrocedían para asimilarlo todo, con el entrecejo fruncido mientras meditaban sobre el modo en que la red de verificación continuaba trazando líneas nuevas a través del espacio, Richard se acercó más. Rodeó la mesa despacio, estudiando finalmente —por primera vez en realidad—, las líneas que se entrecruzaban en el aire alrededor de Nicci.

A medida que se acercaba más y rodeaba la mesa, reparó en que las líneas en realidad formaban un cilindro en el espacio, con Nicci dentro de aquel cilindro. Eso significaba que todas las líneas eran simplemente un dibujo bidimensional, Richard aplanó mentalmente aquella forma cilíndrica, de un modo muy parecido a desenrollar un pergamino, para poder verla en su cabeza como un dibujo lineal más tradicional. Al hacerlo, empezó a advertir que había algo curiosamente familiar en el sistema de líneas.

Cuánto más lo estudiaba Richard, más era incapaz de dejar de mirarlo fijamente, como si el dibujo lo estuviera atrayendo... arrastrándolo al interior del conjunto de líneas, ángulos y arcos. Parecía haber algo que él debería reconocer, pero no conseguía averiguar qué.

Pensó que a lo mejor debería considerar la configuración de hechizo que habían colocado

alrededor de Kahlan como algo maligno, pero no lo sentía así. La configuración de hechizo existía; carecía de la cualidad de ser buena o mala.

Las que habían colocado la telaraña mágica alrededor de Kahlan eran las auténticas malvadas. Eran aquellas cuatro Hermanas las que habían usado el hechizo para sus fines maléficos. Lo habían usado como parte de su plan para obtener las cajas del Destino y liberar al Custodio del inframundo; para desatar la muerte sobre los vivos. Todo a cambio de seductoras promesas de inmortalidad.

Contemplando las líneas, Richard empezó a escrutar el ritmo de aquellas líneas, sus pautas, el modo en que fluían. Al tiempo que lo hacía, empezó a tener una ligera idea de su relevancia.

Empezó a ver un propósito en el dibujo.

Señaló un lugar cerca del brazo derecho extendido de Nicci, justo debajo del codo.

—Este lugar, aquí, está mal —dijo mientras contemplaba con el entrecejo fruncido la estructura tejida con luz.

Zedd paró en seco.

— ¿Mal?

Richard no había advertido que lo había dicho en voz alta.

—Sí. Está mal.

Capítulo 5

Richard regresó al estudio de las líneas, ladeando la cabeza para poder seguirlas mejor: dibujaban una compleja intersección de rutas que daban la vuelta desde todas direcciones para finalizar ante el estómago de Nicci. Empezaba a captar el significado de aquellas rutas y el diseño del diseño.

—Creo que falta una estructura de sostén. —Apuntó con un dedo hacia su izquierda—.

Parece que debería haber empezado aquí atrás, ¿no te parece? Es como si este lugar, aquí, debiera tener una línea ascendiendo por aquí y luego de vuelta a este punto cerca del codo.

Con la atención clavada en el ritmo de las líneas, Richard era en gran parte ajeno al resto de la habitación.

—Es imposible que tú sepas tal cosa —dijo Ann en tono categórico. No lo desanimó el escepticismo de la mujer.

—Cuando alguien te muestra un círculo mellado, sabes que está mal, ¿no es cierto? Puedes ver el dibujo que se quería hacer y sabes que la parte mellada está mal.

—Richard, esto no es un simple círculo. Ni siquiera sabes qué miras. —Se contuvo antes de que su voz se alzara más, entrelazó las manos ante ella e inspiró profundamente antes de proseguir—: Simplemente intento señalar que hay muchas complejidades involucradas aquí de las que no eres consciente. Los tres ni siquiera hemos empezado a ser capaces de desentrañar el mecanismo que hay tras la configuración de hechizo, y poseemos una preparación exhaustiva en tales cosas. A pesar de nuestra preparación y conocimientos, no está ni con mucho lo bastante finalizada como para que comprendamos el modo en que funciona. No sabes absolutamente nada sobre estos diseños complejos.

Sin volverse hacia ella, Richard desestimó esas palabras con un gesto de la mano.

—No importa. La forma es emblemática.

Nathan ladeó la cabeza.

— ¿Es qué?

—Emblemática —murmuró Richard a la vez que estudiaba una intersección de líneas,

intentando identificar el ramal primario a través de la arquitectura del bosquejo.

—¿Así pues? —farfulló su abuelo después de que Richard volviera a sumirse en una silenciosa preocupación.

—Entiendo el lenguaje de los emblemas —repuso él, distraídamente, a la vez que hallaba la trama principal y le seguía el rastro a lo largo de la espiral del diseño—. Ya os lo conté.

—¿Cuándo?

—Cuando estuvimos con la gente barro. —Richard se sumergió en el flujo del diseño, intentando percibir el curso ascendente por entre los ramales menores—. Kahlan estaba allí. También Ann.

—Me temo que no lo recordamos —admitió Zedd tras ver que Ann negaba con la cabeza con frustración, y a continuación suspiró, entristecido—. Un recuerdo más que tiene que ver con Kahlan que hemos perdido debido a lo que hicieron esas Hermanas.

Richard no lo oyó realmente. Cada vez más agitado, meneó un dedo de un lado a otro ante una brecha en las líneas, justo debajo del codo de Nicci.

—Os lo estoy diciendo, falta una línea, aquí. Estoy seguro.

Se volvió hacia su abuelo, y vio entonces que todos lo miraban fijamente.

—Justo aquí —les dijo al tiempo que volvía a señalar—, desde el final de este arco que asciende, hasta esta intersección de triángulos, debería haber una línea.

—¿Una línea? —preguntó Zedd, frunciendo el entrecejo.

—Sí.

No sabía por qué no lo habían descubierto antes. Estaba totalmente claro para Richard, igual que si en una canción faltara una nota de la melodía.

—Falta una línea. Una línea importante.

—Importante... —repitió Ann con cansina exasperación. Zedd suspiró.

—Richard, ¿de qué hablas?

—No hay modo de que puedas saber algo así —se mofó Ann, la paciencia agotándosele por momentos.

—Mirad —dijo Richard—, es un emblema, un dibujo.

Zedd se rascó la nuca, y echó un vistazo a la ventana cuando una descarga de relámpagos particularmente violenta llameó tan cerca que liberó un trueno que dio la impresión de que podría aflojar los muros de piedra del Alcázar.

Se volvió otra vez hacia Richard.

—Y el dibujo... ¿te dice algo, Richard?

—Sí. Un dibujo así es como otro idioma. En cierto modo, es lo que intentáis comprender al llevar a cabo esta red de verificación. Esta forma define un concepto de un modo muy parecido a como una ecuación expresa la proporción de una circunferencia. Las formas emblemáticas pueden ser una especie de lenguaje, también, del mismo modo en que las matemáticas son una forma de lenguaje. Ambas son capaces de revelar algo sobre la naturaleza de las cosas.

Zedd se alisó el pelo hacia atrás.

—¿Ves los emblemas como una forma de lenguaje?

—En cierto modo. Tomad la Gracia que hay debajo de Nicci, por ejemplo. Eso es un emblema. El círculo exterior representa el inicio del inframundo mientras que el círculo interior representa los límites del mundo de la vida. El cuadrado que los separa representa el velo entre esos mundos. En el centro hay una estrella de ocho puntas, que es una representación de la Luz del Creador. Las ocho líneas que irradian de los puntos de esa estrella y continúan a través del círculo exterior representan el don, que discurre a través de

la vida desde la Creación, pasa al otro lado del velo y luego más allá, hasta la muerte. Todo ello es un emblema; cuando ves ese emblema, ves un concepto completo. Podrías decir que comprendes su lenguaje.

»Si, durante el conjuro de un hechizo, alguien con el don no dibuja la Gracia correctamente... no ha hablado el idioma correctamente... ésta no funcionará como se deseaba y podría incluso ocasionar problemas. Digamos que ves una Gracia con una estrella de nueve puntas, o a la que le falta uno de los círculos, ¿no sabrías que está mal? Si el cuadrado que representa el velo estuviese dibujado incorrectamente, en las circunstancias correctas, podría incluso en teoría abrir una brecha en el velo y permitir que los mundos se mezclaran.

»Es un emblema. Comprendes el concepto que representa. Sabes qué aspecto debería de tener. Si está mal dibujada, te das cuenta de que está mal.

Al cesar los fogonazos de los relámpagos, la habitación pareció desolada bajo la débil luz de lámparas. Truenos lejanos retumbaron ominosamente ascendiendo desde el valle.

Zedd, de pie, totalmente inmóvil, estudió a Richard con más atención de la que había dedicado al estudio de la red de verificación.

—Jamás lo había visto exactamente de ese modo, Richard, pero reconozco que podrías tener razón.

Nathan enarcó una ceja.

—Desde luego que la tiene.

—Tal vez —dijo Ann con un suspiro.

Richard dio la espalda a sus semblantes adustos para volver a contemplar las refulgentes líneas.

—Ésta mal, justo aquí —dijo, haciendo una seña—, está mal.

Zedd estiró el cuello para escudriñar las líneas.

—Digamos que tienes razón. ¿Qué crees que significa?

A Richard le latió el corazón con fuerza mientras rodeaba la mesa, rastreando líneas a través del hechizo. Mantuvo un dedo justo por encima de las líneas de luz, para rastrear las sendas principales, las curvas del diseño, la estructura de la forma.

Encontró lo que esperaba.

—Aquí. Mirad aquí, en esta estructura recién formada que se ha desarrollado alrededor de estas líneas originales más antiguas. Mirad la naturaleza desordenada de este nuevo conglomerado; son una variable, pero en este emblema de líneas todo debería de ser una constante.

— ¿Variable...? —farfulló Zedd, como si tras haber pensado que seguía el razonamiento de Richard, de improvisto hubiese descubierto que estaba totalmente perdido.

—Sí —dijo Richard—. No es emblemática. Es una forma biológica. Las dos son claramente distintas.

Nathan se pasó ambas manos por los blancos cabellos a la vez que suspiraba.

El rostro de Ann había enrojecido.

— ¡Es una configuración de hechizo! ¡Es inerte! ¡No puede ser biológica!

—Ése es el problema —repuso Richard, respondiendo a su argumento más que a su cólera—. No podéis tener estas clases de variables contaminando lo que se supone que es una constante. Sería como una ecuación matemática en la que cualquiera de los números pudiese cambiar espontáneamente de valor. Algo así haría que la matemática fuese inválida e impracticable. Los símbolos algebraicos pueden variar... pero incluso entonces existen variables relacionales específicas. Los números, no obstante, son constantes. Lo mismo

sucede con esta estructura; los emblemas tienen que construirse con constantes inertes. Una variable interna vicia la constante de una forma emblemática.

—No lo sigo —admitió Zedd.

Richard señaló la mesa.

—Dibujasteis la Gracia con sangre. La Gracia es una constante. La sangre es biológica.

¿Por qué lo hicisteis de ese modo?

—Para hacer que funcionara —soltó Ann—. Teníamos que hacerlo de ese modo para poder iniciar una perspectiva interior de la red de verificación. Así es como se hace. Ése es el método.

Richard alzó un dedo.

—Exactamente. Introdujisteis deliberadamente una variable biológica controlada... sangre... dentro de lo que es una constante... una Gracia. Tened presente, no obstante, que permanece fuera de la configuración del hechizo; es simplemente un agente que otorga poder, un catalizador. Creo que tal variable en una Gracia permite que el hechizo que iniciasteis siga su curso sin ser influenciado por una constante: la Gracia. ¿Veis? Da a la red de verificación no sólo el poder invocado por la Gracia, sino la libertad obtenida a través de la variable biológica para permitirle crecer y así poder revelar su auténtica naturaleza y propósito.

Cuando Zedd miró hacia ella, Cara dijo:

—No me mires. Siempre que empieza con cosas así me limito a asentir y sonreír, y esperar hasta que empiezan los problemas.

Zedd puso mala cara. Con una mano sobre una cadera, se alejó unos pasos antes de volverse.

—Jamás en todos los años de mi vida he oído una explicación como esa de una red de verificación. Es un modo totalmente excepcional de contemplarla. Lo más perturbador es que, en realidad, tiene sentido. No digo que piense que tienes razón, Richard, pero ciertamente es una idea inquietante.

—Si tienes razón —dijo Nathan—, significaría que hemos sido niños jugando con fuego todos estos años.

—Eso si él tiene razón —añadió Ann en un susurro—. Me suena un poquitín demasiado ingenioso.

Richard alzó los ojos para clavarlos en la mujer congelada en el espacio, la mujer que en aquel momento no podía hablar.

—¿Qué sangre usasteis para dibujar la Gracia? —preguntó a los otros que estaban detrás de él.

—La de Nicci —contestó Nathan—. Lo sugirió ella misma. Dijo que era el método adecuado y el único modo de hacer que funcionase. Richard se volvió hacia ellos.

—La de Nicci. ¿Usasteis la sangre de Nicci?

Zedd asintió.

—Así es.

—¿Creasteis una variable... con su sangre... y la pusisteis dentro de ella?

—Además de ser lo que Nicci nos contó que tenía que hacerse —dijo Ann—, disponemos de muchas razones para tener la seguridad de que ése es el método apropiado para iniciar una perspectiva interior.

—Estoy seguro de que tienes razón... en circunstancias normales. Puesto que todos conocéis el método apropiado para llevar a cabo tales cosas, eso sólo puede significar que la corrupción que está ocurriendo es muy distinta de cualquier problema corriente que

podiera preverse. —Se pasó los dedos hacia atrás por los cabellos—. Tendría que ser algo... No sé. Algo inimaginable.

Zedd se encogió de hombros.

— ¿Realmente crees que tener a Nicci ahí dentro siendo ella la fuente de la sangre que proporciona poder a la red podría ser problemático, Richard?

Richard se pellizcó el labio inferior mientras daba vueltas.

—Quizá no si la configuración de hechizo originaria que verificabais fuese pura. Pero ésta no lo es. Está contaminada por otra variable biológica. Creo que proporcionar la fuente de la variable de control... Nicci... podría conceder a la contaminación toda la rienda suelta que necesita.

— ¿Lo que significa? —preguntó Nathan.

Richard gesticuló mientras paseaba.

—Lo que significa que es como arrojar queroseno a un fuego.

—Creo que la tormenta está permitiendo que nuestra imaginación se desborde —indicó Ann.

— ¿Qué variable biológica podría contaminar una red de verificación? —preguntó Nathan.

Richard se dio media vuelta y contempló con atención las líneas, siguiéndolas hasta llegar a aquel arco terrible que finalizaba cuando debería de estar sostenido.

—No lo sé —admitió finalmente.

Zedd se acercó más.

—Richard, tus ideas son originales, y ciertamente dan que pensar, te lo concedo. Y es posible que puedan proporcionarnos información útil que nos ayude a comprender más de lo que habríamos comprendido de otro modo. Pero no todo lo que dices es correcto. Parte de ello, sencillamente, está mal.

Richard echó una ojeada atrás.

— ¿De verdad? ¿Cómo qué?

Zedd se encogió de hombros.

—Bueno, por una parte, las formas biológicas pueden ser emblemáticas a su vez. ¿No es biológica una hoja de roble? ¿No reconoces esa forma emblemática? ¿No es una serpiente algo que se puede expresar con un emblema? ¿Acaso no se puede representar emblemáticamente toda una entidad, digamos un árbol o un hombre?

Richard pestañeó.

—Tienes razón. Jamás lo pensé de ese modo, pero tienes razón.

Regresó a la configuración de hechizo, contemplando la zona de contaminación biológica con ojos nuevos. Escudriñó la confusa masa, intentando entenderla, intentando distinguir una pauta. Por mucho que lo intentaba, no obstante, parecía inútil. No había una pauta. Pero ¿por qué no? Si su trazado era biológico en origen, como sabía que era, entonces, según Zedd, debería existir alguna clase de pauta fuente expresada dentro del trazado. Pero no había ninguna. No era nada más que una masa confusa enmarañada en un nido de líneas sin sentido.

Y entonces advirtió que le parecía reconocer una porción pequeña dentro de esa maraña. Parecía... líquida en cierto modo. Pero eso carecía de sentido, porque otra parte parecía casi lo opuesto, y aquel otro fragmento parecía más una representación emblemática del fuego. A menos que hubiera más de un elemento en ello. Un árbol podía tener una hoja de roble como emblema, una bellota... o la forma que representaba a todo el árbol. Y quién decía que no podían ser tres cosas distintas, todas juntas lo que estaba contaminando la configuración de hechizo.

Tres cosas.

Los vio, entonces..., cada uno de aquellos tres elementos.

Agua. Fuego. Aire.

Estaban todos allí, todos enmarañados entre sí.

—Queridos espíritus —musitó Richard, y los ojos se le abrieron de par en par.

Se irguió. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sacadla de ahí.

—Richard —dijo Nathan—, está perfectamente...

— ¡Sacadla de ahí! ¡Sacadla ya!

—Richard... —empezó a decir Ann.

— ¡Os lo dije... la configuración de hechizo tiene un defecto!

—Bueno eso es lo que estamos intentando descubrir, ahora, ¿no es así? —dijo Ann con exagerada paciencia.

—No comprendéis. —Richard indicó con un ademán la barrera de líneas que refulgían tenuemente—. Éste no es la clase de defecto que uno buscaría. Éste la matará. El hechizo ya no está inerte... está mutando. Se está volviendo viable.

— ¿Viable? —El semblante de Zedd se crispó con incredulidad—. ¿Cómo podría...?

— ¡Tenéis que sacarla de ahí! ¡Sacadla ya!

Capítulo 6

Aunque no podía moverse, ni podía hablar, Nicci era consciente de todo lo que se decía, si bien las voces sonaban huecas, distantes, como si provinieran de algún mundo remoto más allá del velo verdoso.

Quería chillar: « ¡Hacedle caso!» Pero, totalmente inmovilizada como estaba en el seno del conjuro, no podía.

Más que nada, quería abandonar la terrible maraña de poder aplastante que la recubría.

No había comprendido el auténtico significado de una perspectiva interior antes de aquello.

Ninguno de ellos lo había hecho. Ninguno de ellos podía haber adivinado cuál era la realidad. Únicamente tras iniciar el proceso había descubierto que tal perspectiva no era simplemente un modo de examinar una red de verificación con más detalle, como había pensado, sino más bien un medio de que la persona que efectuaba el análisis lo experimentara en su interior. La parte que rodeaba a Nicci era la simple aura del poder conjurado que había despertado dentro de ella. En un principio había sido una revelación que rayaba en lo divino.

No obstante, poco después de que lo hubiesen iniciado, algo ya había empezado a ir mal.

Lo que había sido una forma de visión profundamente hermosa había degenerado en una terrible agonía. Cada línea nueva que hendía el espacio a su alrededor le hacía sentir como si le estuviese acuchillando el alma.

Al principio había descubierto que el placer era parte del mecanismo mediante el que una percibía el hechizo a medida que éste se desplegaba. De un modo muy parecido a como el placer podía confirmar aspectos de la vida saludables y apropiados, éste revelaba la intrincada naturaleza de la configuración de hechizo en toda su gloria. Era como contemplar un amanecer particularmente hermoso, o saborear un dulce delicioso, o mirar al interior de los ojos de alguien a quien amabas y que ellos te devolvieran la mirada del mismo modo. O, al menos, era como lo que imaginaba que sería la sensación de verles devolverte la mirada de ese modo.

También había descubierto que, como en la vida, el dolor indicaba siempre que ocurría algo grave.

Nicci jamás habría imaginado que tal método se hubiese utilizado comúnmente en el pasado para analizar el funcionamiento interior de un hechizo construido... de evaluar su salud interna. Jamás habría imaginado la complejidad o vastedad de lo que el método podía revelar, y jamás habría adivinado lo mucho que podía doler cuando algo dentro del hechizo se torcía.

Se preguntó si habría insistido en hacer tal cosa de haberlo sabido. Supuso que lo habría hecho, si implicaba una posibilidad de ayudar a Richard.

En aquel momento, no obstante, pocas otras cosas le importaban aparte del dolor, que estaba más allá de cualquier otro que hubiese experimentado nunca. Ni siquiera el Caminante de los Sueños había sido capaz de causarle tanto dolor, y le era casi imposible pensar en nada que no fuese su deseo de verse libre de aquella agonía atroz. Tan grande era la magnitud de la mácula que había dentro del hechizo que no le cabía la menor duda de que experimentarlo sería, para ella, fatal.

Richard les había mostrado el lugar donde había empezado a ir mal. Había indicado el defecto fundamental. Aquella contaminación oculta en el interior del hechizo la estaba despedazando y podía sentir cómo su vida se escurría más allá del terrible círculo exterior de la Gracia. Aquella Gracia, dibujada con su sangre, se había convertido en su vida, y sería su muerte.

Por el momento, Nicci estaba entre dos mundos, ninguno de los cuales era del todo real para ella. Si bien todavía en el mundo de la vida, podía sentir cómo se deslizaba inexorablemente al interior de aquel vacío oscuro situado más allá.

Y durante todo ese tiempo, el mundo de la vida que la rodeaba iba perdiendo su vitalidad. En aquel momento deseaba soltarse, deslizarse para siempre al interior de la eternidad de la inexistencia, si eso significase que el dolor finalizaría. A pesar de que no podía moverse, Nicci podía verlo todo en la habitación; no con los ojos, sino con su don. Incluso más allá del padecimiento, reconocía tal extraña visión como una experiencia extraordinaria. La visión sólo a través de su don poseía una cualidad singular que se aproximaba a la omnisciencia. Podía ver más de lo que los ojos le habían permitido ver jamás. A pesar de su terrible sufrimiento, había una sosegada majestuosidad en todo ello.

Más allá de la red de líneas verdosas, Richard paseaba la mirada de un rostro sobresaltado a otro.

— ¿Qué os pasa? ¡Tenéis que sacarla de ahí!

Antes de que Ann se embarcara en un sermón, Zedd hizo una seña a ésta para que no hablara. Una vez seguro de que los labios de la mujer permanecerían sellados, devolvió la atención a su nieto.

Otra línea abandonó una intersección y trazó una senda por el espacio. Nicci la sintió como una aguja en su alma, llevando el dolor atroz de aquella hebra de luz a través de ella, a la vez que la condenaba aún más a una muerte siniestra. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo para permanecer consciente. La rendición cada vez parecía más dulce.

Zedd la indicó con un ademán.

—No podemos, Richard. Estas cosas tienen que seguir un curso. La red de verificación extiende sus conexiones y de ese modo revela información sobre su naturaleza. Una vez iniciado el proceso de verificación, es imposible detenerlo. Tiene que seguir hasta su finalización, y luego se extingue.

Nicci sabía que aquélla era la desagradable verdad.

Richard agarró el brazo de su abuelo.

— ¿Cuánto tiempo? —Zarandeo al anciano como si fuese un muñeco de trapo—. ¿Cuánto dura el proceso?

Zedd se arrancó los dedos de Richard del brazo.

—Nunca hemos visto un hechizo como éste. Es difícil de decir. Pero con lo complejo que está demostrando ser no puedo imaginar que tarde menos de tres o cuatro horas. Ella lleva ahí dentro sólo una hora.

Nicci sabía que no le quedaban horas. Le quedaban simples instantes antes de que la contaminación la arrastrara para siempre más allá del velo y al interior del mundo de los muertos.

Pensó que era un modo extraño de acabar su vida. Tan inesperado... Tan poco interesante... Tan inútil... Le habría gustado al menos que fuese un final que de algún modo hubiese ayudado a Richard, o que hubiese sido después de que supiesen que habían conseguido algo. Deseó que su muerte al menos le hubiese podido proporcionar a él algo valioso.

Richard alzó la vista hacia ella.

—No durará ese tiempo. Tenemos que sacarla ahora.

Interiormente, a través del terrible padecimiento, ella sonrió. Hasta el final. Richard pelearía hasta el final contra la muerte.

—Richard —dijo Zedd—, no se me ocurre cómo es posible que sepas tal cosa, y no digo que no te crea, pero no podemos apagar una red de verificación.

— ¿Por qué no?

—Bueno —dijo Zedd a la vez que suspiraba—, la verdad es, que ni siquiera sé si tal cosa es posible, pero incluso si lo fuera, ninguno de nosotros sabe cómo hacerlo. El proceso de verificación construye salvaguardas para protegerse de manipulaciones. Esta trama es una disposición de magnitudes muy complejas y enrevesadas.

—Es semejante a intentar desmontar en mitad del galope mientras se corre a lo largo del borde de una cresta montañosa —indicó el tallado profeta—. Tienes que esperar hasta que el caballo haya dejado de correr antes de saltar, o no harás más que saltar a una muerte cierta.

Richard regresó a la mesa, estudiando frenéticamente la estructura construida de luz. Nicci se preguntó si él reparaba en que, si bien era tangible hasta cierto punto, lo que veía existía principalmente como una simple aura que representaba el poder auténtico que rugía dentro de ella.

Mientras otra línea avanzaba desde una intersección en un ángulo que estaba espantosamente mal, Nicci lanzó un grito ahogado interiormente. Sintió que algo vital dentro de ella era rasgado lentamente, y el dolor que le produjo la atravesó hasta el tuétano de sus huesos. Vio cómo se depositaba una capa de oscuridad sobre la habitación, y supo que veía dentro de otro mundo, un mundo tenebroso donde no habría más dolor.

Empezó a permitirse flotar en dirección a aquel mundo.

Y entonces vio algo en las sombras del otro mundo. Se contuvo. Se mantuvo alejada del oscuro borde de la muerte.

Algo con ojos incandescentes, como tizones, miraba fijamente desde las oscuras sombras, y la malévola intención de aquella mirada abrasadora estaba fijada en Richard.

Nicci pugnó desesperadamente por gritar una advertencia. Le partió el corazón no poder hacerlo.

—Mirad —musitó Richard mientras alzaba los ojos hacia ella—, le corre una lágrima por la mejilla.

Ann meneó la cabeza, entristecida.

—Probablemente porque no está pestañeando, eso es todo.

Las manos de Richard se cerraron con fuerza en un gesto de frustración mientras daba vueltas a la mesa, intentando descifrar el significado de las líneas.

—Tenemos que encontrar un modo de apagar esta cosa. Tiene que existir una manera.

El abuelo de Richard posó una mano con delicadeza sobre la parte posterior del hombro de su nieto.

—Te lo juro, Richard, haría lo que quieres si pudiera, pero no conozco ningún método para detener una red de verificación. Y ¿qué es lo que te tiene tan enardecido, después de todo? ¿Por qué esta repentina urgencia? ¿Qué crees que está contaminando la configuración de hechizo?

La atención de Nicci estaba trabada en la criatura que la acechaba desde el tenebroso mundo de los muertos. Cada vez que fulguraban los relámpagos, iluminando la habitación, la criatura de ojos refulgentes desaparecería. Únicamente cuando la oscuridad volvía a descender sobre la habitación podía verla.

Los ojos de Richard pasaron del estudio de las líneas a la contemplación del rostro de Nicci. Nada deseaba más Nicci que Richard alargara la mano y la sacara de la agonía de aquel hechizo, pero sabía que no podía hacerlo. Justo entonces, la hechicera habría dado de buen grado la vida por un momento en sus brazos.

La respuesta de Richard llegó por fin en forma de una queda resignación.

—Los repiques.

Ann puso los ojos en blanco. Nathan soltó un suspiro de alivio, como si ahora supiera que Richard simplemente imaginaba cosas.

La frente de Zedd se alzó.

—¿Los repiques? Richard, me temo que esta vez estás equivocado. Eso sencillamente es imposible. Los repiques son elementos del inframundo. Si bien no hay duda de que ansían penetrar en nuestro mundo, no pueden hacerlo. Están atrapados para siempre en el inframundo.

—Sé muy bien lo que son los repiques —replicó Richard casi en un susurro—. Kahlan los liberó. Los liberó para salvarme la vida. —No es posible que supiese hacer tal cosa.

—Nathan le contó cómo hacerlo, le dijo sus nombres: Reechni, Sentrosi, Vasi. Agua, fuego, aire. Llamarlos fue el único modo que tenía de salvarme la vida. Fue un acto de desesperación.

Nathan se quedó boquiabierto por la sorpresa, pero no lo discutió. Ann alzó una mirada iracunda en dirección al profeta.

Zedd extendió las manos.

—Richard, puede que pensara que los invocaba, pero te aseguro que tal cosa es monumentalmente compleja. Además, sabríamos si los repiques andan libres por nuestro mundo. Puedes estar tranquilo respecto a eso al menos. Los repiques no andan sueltos.

—Ya no —repuso Richard con lúgubre irrevocabilidad—. Los desterré de vuelta al inframundo. Pero Kahlan siempre creyó que, debido a que sin darse cuenta los había traído a nuestro mundo, se había engendrado el principio de la destrucción de la magia misma; el efecto cascada, como tú nos lo describiste en una ocasión.

Zedd se sintió desconcertado.

—El efecto cascada... sólo podrías haber oído eso de mí.

Richard asintió mientras su mirada se perdía en los recuerdos.

—Ella intentó convencerme de que la magia había quedado contaminada por la presencia

de los repiques, y que desterrarlos de vuelta al inframundo no detendría esa contaminación. Jamás supe si tenía o no razón. Ahora lo sé.

Señaló arriba, a aquel lugar horrible delante de Nicci, a aquel centro del dolor de la mujer, de su agonía, de su fin.

—Ahí está la prueba. No los repiques, sino la corrupción que provocó su presencia: la contaminación de la magia. Esa contaminación ha infectado este mundo. Ha infectado el hechizo Cadena de Fuego y matará a Nicci si no la sacamos de ahí.

La habitación se había oscurecido más aún. Nicci apenas podía ver a través del velo de dolor. Pero todavía podía ver aquellos ojos siniestros detrás de Richard, en las sombras, observando, aguardando. Nadie excepto Nicci sabía que estaba allí, en aquel lugar espectral entre mundos.

Richard jamás sabría qué la atacó.

Nicci no tenía modo de advertirlo.

Sintió que le rodaba otra lágrima por el rostro.

Richard, al ver gotear aquella lágrima de la mandíbula de la mujer, se inclinó más cerca y, con tranquila determinación, usó un dedo para rastrear las sendas primarias, las juntas de sostén y el entramado principal del emblema, como él lo llamaba.

—Debería de ser viable —insistió.

Ann parecía fuera de sí pero permanecía en silencio. Nathan observaba con pétrea resignación.

—Richard, es imposible apagar una red de verificación normal, y mucho menos una como ésta —dijo Zedd, subiéndose un poco las mangas.

—No, no lo es —repuso él con irritación—. Aquí. ¿Ves aquí? Tienes que interrumpir esta ruta, la que hay aquí, primero.

—Córcholis, Richard, ¿cómo voy a hacer tal cosa? El hechizo se protege a sí mismo. Esta red la impulsa magia tanto de Resta como de Suma. Posee escudos integrales construidos por ambas.

Richard contempló fijamente el rostro rojo como la grana de su abuelo por un momento antes de volver a girar hacia el laberinto de líneas. Volvió a echar una ojeada a Nicci y luego con sumo cuidado insertó una mano a través de la red de líneas para tocar el vestido negro de la hechicera.

—No le dejaré hacerse contigo —le susurró.

Jamás habían sonado más dulces unas palabras, aun cuando ella supiera que él no podía comprender lo imposible que era cumplir su promesa.

Cuando el dedo de Richard le tocó el vestido, los diseños pasaron de formas bidimensionales a tridimensionales, que parecían más un alambre espino que una configuración de hechizo.

Nicci sintió como si acabasen de retorcerle un cuchillo en las tripas. Pugnó por permanecer consciente, y concentró la atención en los ojos incandescentes que había en las sombras.

Tenía que hallar un modo de advertir a Richard.

Él detuvo la mano, y la retiró con cuidado. El dibujo se aplanó para convertirse en bidimensional.

Nicci habría suspirado aliviada de haber podido respirar.

—¿Has visto eso? —preguntó Richard.

Zedd asintió.

—Claro que lo he visto.

Richard echó una mirada a su abuelo.

— ¿Debería hacer eso?

—No.

—Ya pensaba yo que no. Se supone que tiene que ser inerte, pero la variable biológica que lo contamina ha cambiado la naturaleza de la configuración del hechizo.

La expresión de Zedd se tensó a medida que lo consideraba.

—Parece muy obvio que lo que sea que está sucediendo, está cambiando el modo en que funciona el hechizo.

Richard asintió.

—Peor, es una variable aleatoria. La contaminación provocada por la presencia de los repiques en este mundo es biológica... evoluciona. Probablemente para así poder atacar diferentes clases de magia. Este hechizo indudablemente continuará mutando.

Probablemente no hay modo de predecir cómo cambiará, pero por la evidencia que tenemos aquí, da la impresión de que lo único que hará es volverse más virulento. Como si el Cadena de Fuego no causara ya bastantes problemas, esto podría empeorarse. Incluso podría darse el caso de que todos los afectados por él desarrollen problemas más allá de la pérdida de los recuerdos que giran en torno a Kahlan.

— ¿Qué te hace decir eso? —preguntó Zedd.

—Simplemente observa que habéis perdido muchos recuerdos de hechos únicamente tangenciales a Kahlan. Los recuerdos perdidos podrían ser el medio por el que la contaminación infecta a aquellas personas afectadas por el hechizo Cadena de Fuego. Como si la liberación del hechizo Cadena de Fuego sobre el mundo no fuese lo bastante letal, ahora parecía catastrófico más allá de lo imaginable.

Toda Ann era furia reprimida; la mujer apretó los dientes.

— ¿Dónde aprendiste tales sandeces?

Zedd le lanzó una mirada de pocos amigos.

—Permanece callada.

—Te lo dije, comprendo los dibujos emblemáticos. Y éste es un desastre.

Nathan echó una ojeada a las ventanas cuando éstas se iluminaron con unos relámpagos.

Una vez que la habitación volvió a sumirse en la oscuridad, Nicci pudo volver a ver a la criatura que observaba desde un mundo siniestro.

— ¿Y sinceramente crees que está lastimando a Nicci? —preguntó Zedd.

—Sé que lo hace. Mira esta divergencia, justo aquí. Una cosa así es letal incluso sin esta brecha de aquí. Sé mucho sobre diseños figurativos letales.

Zedd dedicó a Richard una mirada adusta.

—Necesito saber de qué estás hablando, qué quieres decir con «diseños figurativos letales».

—Más tarde. Tenemos que sacarla de ahí, primero, y tenemos que sacarla ahora.

Zedd sacudió la cabeza con resignación.

—Ojalá conociera un modo, Richard, te lo digo en serio, pero como he dicho, no lo conozco. Si intentas extraerla de ahí antes de que la verificación haya finalizado su curso, eso la matará sin la menor duda. Eso sí lo sé.

— ¿Por qué?

—Porque su vida está en cierto modo en suspenso. ¿No te das cuenta de que no respira? La configuración de hechizo que la rodea sustenta su vida mientras la red lleva a cabo la verificación. Ella es ahora, en cierto modo, una parte del hechizo mismo. Sácala, y la estarás sacando del mecanismo que la mantiene con vida.

A Nicci se le cayó el alma a los pies. Por un momento había empezado a creer a Richard, a creer que él podía hacerlo. No iba a ser así.

Todo el tiempo, los ojos incandescentes siguieron observándola, y ahora ella podía verlo, allí, de pie en las oscuras sombras junto a una estantería alta. Parecía como un hombre que hubiesen retorcido para convertirlo en una bestia temible, toda ella nervio y poderoso músculo. Los ojos brillaban desde la oscuridad como la misma muerte.

Era la bestia que perseguía a Richard. La bestia enviada por Jagang, el Caminante de los Sueños.

Habría hecho cualquier cosa para detenerla, para mantenerla lejos de Richard, pero no podía mover ni un músculo. Cada nueva línea de luz la cosía más y más fuerte a su destino, tiraba inexorablemente de ella al interior de la oscuridad.

—Aun cuando esté mutando —dijo Richard como si pensara en voz alta—, sigue teniendo elementos que la mantienen mientras crece.

—Richard, una red de verificación se autogenera. Aun cuando esté mutando como tú dices, no hay modo de detener una actividad de esa clase.

—Si se puede apagar —murmuró Richard—, la liberará...

Suspirando, Zedd meneó la cabeza como si pensara que Richard no había comprendido absolutamente nada de lo que había dicho.

Richard estudió las líneas una última vez, luego repentinamente alargó la mano y colocó el dedo en una intersección que había sido creada mucho antes que la zona contaminada.

La línea se extinguió en contacto con el dedo.

—Queridos espíritus —dijo Nathan al mismo tiempo que se inclinaba al frente.

La sombra dio un paso al frente. Nicci pudo verle los colmillos ahora. La línea que se había extinguido parecía como si le estuviese arrancando las tripas con ella. Nicci luchó para aferrarse a la vida. Si él realmente podía hacerlo, si realmente podía apagar el hechizo, tenía que advertirle. Si es que ella podía resistir ese tiempo.

Richard retiró el dedo. La línea volvió a prender y la atravesó igual que una lanza afilada como una cuchilla. El mundo titiló.

— ¿Ves?

Zedd alargó la mano para repetir lo que Richard había hecho, pero apartó la mano con un gáñido de dolor como si le hubiesen quemado. —Está protegida con Magia de Resta —indicó Ann.

Zedd le lanzó una mirada asesina.

— ¿Y recuerdas los escudos del Palacio de los Profetas? —preguntó Richard a Ann—.

¿Recuerdas cómo era yo capaz de pasar a través de ellos?

Ann asintió.

—Todavía tengo pesadillas sobre ello.

Richard volvió a alargar la mano, rápidamente esta vez, y de nuevo interceptó la línea de luz. Ésta volvió a apagarse.

Richard puso entonces un dedo de la otra mano en una intersección que precedía a la línea oscurecida. En un abrir y cerrar de ojos, más líneas dejaron de brillar. Movié el primer dedo para insertarlo en otro punto clave, retrocediendo poco a poco a través del esquema y provocando que el hechizo girase sobre sí mismo.

La línea oscurecida corrió alrededor de Nicci, golpeando intersecciones, efectuando giros, recorriendo y oscureciendo arcos. La línea que Richard había extinguido dejó de existir en el esquema y su ausencia provocó una alteración en la vitalidad del ritmo.

Nicci se maravilló ante esa reacción, ya que podía percibir en detalle el proceso de su desmantelamiento, igual que una flor que cierra los pétalos.

La visión de la habitación volvió a dar la impresión de titilar; parecía como si llamearan

relámpagos. Pero ella sabía que no eran relámpagos.

Los ojos incandescentes escrutaban a su alrededor, como si el ser, también él, percibiera la fluctuación en el flujo de poder.

¿Es que nadie excepto Nicci advertía que Richard estaba usando su don para penetrar en tales escudos? ¿Estaban ciegos? El uso de su don sacaba a la bestia del inframundo.

Fuera, centelleaban relámpagos auténticos y retumbaban los truenos. La habitación parpadeaba no sólo por los relámpagos sino por la alteración del poder en la configuración de hechizo. Las ventanas oscilaban entre la luminosidad cegadora y la oscuridad total.

Nicci sentía como si ambas descargas retumbaran justo a través de ella, y no comprendía cómo seguía con vida. Sólo podía deberse a que Richard apagaba el hechizo sin destruirlo, a que lo extinguía metódicamente, igual que si apagara una hilera de mechas.

Ensimismado en la concentración, Richard bloqueó otra línea. Ésta se oscureció, discurriendo hacia atrás a través de la compleja matriz.

La sombra de la bestia empezó a salir del inframundo, penetrando parcialmente en el mundo de la vida, a la vez que ponía a prueba su musculatura. Brillaron unos colmillos a la luz de las lámparas cuando sus mandíbulas se abrieron en toda su amplitud.

Puesto que tenían la atención clavada en las líneas que rodeaban a Nicci, nadie lo advirtió. Sujetando una red de líneas, Richard insertó con cuidado un dedo para cerrar el esquema precedente.

Toda la red, habiendo perdido no sólo su estructura de sostén más importante, sino su integridad misma, empezó a desmoronarse. Se deshilaron intersecciones. Otras líneas chocaron, desencadenando fogonazos de luz blanca que provocaron que aún más líneas se apagarán.

Repentinamente, la red formada por las restantes líneas se vino abajo, igual que una cortina que cayera. Nicci pudo sentir cómo la red de poder que la surcaba por todas partes se desprendía. A medida que chocaban con la Gracia las líneas de luz se apagaban. En un instante habían desaparecido.

Libre de la maraña, Nicci cayó bruscamente a la mesa a la vez que inhalaba entrecortadamente, como un grito arrastrado hacia dentro. Sus piernas carecían de fuerzas para sostenerla y se encogió sobre sí misma, cayendo por el borde de la mesa.

Richard la atrapó en sus brazos mientras caía, y el peso muerto de la mujer le hizo doblar una rodilla en tierra. Consiguió mantener el equilibrio, evitando así que golpeará contra el suelo de piedra.

En el exterior, los relámpagos enloquecieron, iluminando la habitación con ráfagas de luz parpadeante.

Fue entonces cuando la bestia, una criatura desalmada creada para un único propósito, se materializó por completo, surgiendo del mundo de los muertos para penetrar en el mundo de la vida.

Y saltó directamente hacia Richard.

Capítulo 7

Colgando sin fuerzas y desvalida en los brazos de Richard, no obstante lo mucho que lo intentaba, Nicci sencillamente no podía advertirle que la bestia estaba a punto de abatirse sobre él. Habría dado su último aliento para hacer esa advertencia pero, justo entonces, no tenía ni un hálito.

Fue Cara quien desvió toda la fuerza del ataque, arrojando todo su peso sobre la criatura.

Los colmillos de la bestia atraparon sólo aire al estrellarse más allá de Richard, pero las zarpas desgarraron su omóplato. Perdido el equilibrio debido al placaje de Cara, la bestia pasó junto a Richard dando tropicónes y dio de cabeza con una de las gruesas estanterías. Huesos, libros y cajas se vinieron abajo.

La criatura se puso en pie como pudo, gruñendo, mostrando los colmillos y con los músculos en tensión. Al erguirse por un momento, resultó ser unos treinta centímetros más alta que Richard y tener unas espaldas que eran casi el doble de anchas. Protuberancias huesudas marcaban su encorvada columna y una carne oscura y correosa, como la de un cadáver desecado, le cubría los poderosos músculos.

Era una criatura que en realidad no estaba viva y, sin embargo, se movía y reaccionaba como si lo estuviera. Nicci sabía que no tenía alma, y que por ese motivo era mucho más peligrosa. La habían conjurado en parte a partir de las vidas y el han —el don— de hombres vivos, y actuaba según el único propósito que le habían inculcado sus creadoras: las Hermanas de las Tinieblas de la Jagang.

Puesto que se recuperó inmediatamente y volvió a ir a por Richard, Cara arremetió contra ella con el agiel. El arma no pareció lastimar en absoluto a la bestia, pero ésta frenó bruscamente y se retorció en dirección a la mord-sith con una velocidad y fuerza espantosas, asestándole un revés tan fuerte que la lanzó por los aires. La joven chocó con una librería, volcándola. Cara no se levantó del revoltijo de libros y madera astillada. Mientras un relámpago centelleaba fuera de las altas ventanas, Zedd usó la oportunidad para alargar una mano, liberando un reluciente rayo de poder que iluminó la habitación. Fragmentos de luz al rojo vivo estallaron contra el pellejo oscuro del pecho de la bestia, dejando líneas de hollín que irradiaban hacia fuera como prueba del contacto, que no pareció haberle causado ningún daño.

Nicci, después de que Richard la hubo depositado sobre el suelo, empezaba a poder llevar a sus pulmones el aire que necesitaba desesperadamente. Alargó un codo para sostenerse mientras daba boqueadas. Vio que a Richard le corría sangre por la espalda y que le descendía por el brazo. Éste se alzó para enfrentarse al atacante y alargó la mano para coger la espada, pero su espada ya no estaba allí.

Demorándose sólo un instante, sacó en su lugar un cuchillo de una funda que colgaba de su cinto y, al mismo tiempo que iba al encuentro de la amenaza que corría hacia él lanzó una cuchillada que envió a la criatura hacia atrás tambaleándose. Vacilando debido al golpe y perdido el equilibrio, aquella cosa trastabilló por el suelo de piedra, deteniéndose únicamente al colisionar con una de las macizas estanterías. Un trozo de carne correosa le colgaba como un banderín del hombro herido, pero, sin aminorar la velocidad, sin hacer una pausa, la bestia saltó dando una voltereta y aterrizó sobre los pies, lista para reanudar el ataque.

Tanto Ann como Nathan le lanzaron rayos abrasadores, pero las llamas conjuradas sólo rozaron a la bestia. Ileso, el ser rugió enfurecido. Los relámpagos centellearon en la afilada hoja que aguardaba preparada en el puño de Richard. La criatura parecía toda colmillos y zarpas cuando volvió a arremeter contra él.

Richard se hizo a un lado, y con un mandoble del revés le hundió el cuchillo a la bestia hasta la empuñadura en el centro del pecho. Fue un golpe ejecutado a la perfección. Por desgracia, pareció no tener más efecto que cualquiera de las otras cosas que se habían probado.

La criatura giró en redondo a una velocidad imposible y agarró la muñeca de Richard. Antes de que pudiera atraparlo en sus poderosos brazos, Richard se retorció bajo la tenaza y

surgió por detrás de su atacante. Apretó los labios al retorcer aquel poderoso brazo hacia arriba, tras la espalda nudosa. Nicci oyó chasquear articulaciones y partirse huesos. En vez de conseguir que la bestia fuese más despacio, el ser giró en redondo, blandiendo el brazo roto como un mayal. Richard se agachó y rodó lejos al tiempo que unas zarpas mortíferas segaban el aire junto a él.

Zedd utilizó la oportunidad para encender una esfera de fuego líquido. Incluso los relámpagos parecieron hacer una pausa ante el alumbramiento de un poder tan profundo. La habitación vibró con el aullido del mortífero infierno concentrado que liberó Zedd. El nudo de llamas arremolinadas lanzó un chillido a través de la oscura habitación, iluminando las mesas y sillas, las estanterías y las columnas, y los rostros de todos los que observaban su veloz carrera arrasadora.

La bestia echó una ojeada atrás, a la siseante conflagración amarilla que rodaba entre gemidos por la habitación y mostró desafiante los colmillos al fuego que se aproximaba. A Nicci le resultó una acción curiosa por parte de la criatura, casi como si no temiera el fuego conjurado por un mago. Le costó imaginar nada capaz de resistir un ataque así... o no temerlo. No se trataba de simple fuego, después de todo, sino de una amenaza que ardía con una ferocidad extraordinaria.

Un instante antes de que la culebreante esfera de fuego de mago alcanzara su objetivo, la criatura simplemente desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Al carecer de un objetivo, la esfera se estrelló en el suelo de piedra, estallando a través de las alfombras y mesas igual que una ola errante estrellándose contra la orilla. Nicci sabía que un fuego de mago desbocado podía fácilmente aniquilarlos a todos.

Antes de que pudiera destrozar la habitación o a cualquiera de los que había en ella, Zedd, Nathan y Ann lanzaron al momento aún más redes mágicas: Zedd haciendo todo lo que podía para llamar de vuelta a su poder mientras que los otros dos sofocaban las llamas antes de que se descontrolaran. Ascendieron nubes de vapor mientras todos trabajaban para contener cualquier gota errante del tenaz fuego. Fueron momentos de tensión hasta que supieron que habían tenido éxito.

Más allá de la neblina de vapor, Nicci vio a la bestia materializarse, surgiendo de la oscuridad.

Apareció detrás de Zedd, de vuelta en las sombras donde la había visto por primera vez. Nicci fue la única que reparó en que había regresado en un lugar distinto. Nunca antes había visto a la criatura deslizarse dentro y fuera del mundo de los muertos a voluntad, pero sabía que ése era el método por el que era capaz de rastrear y seguir a Richard a través de distancias enormes. También sabía que, sin importar qué forma adoptase, ésta no descansaría hasta tenerle.

Richard vio que la bestia iba a por él y gritó una advertencia a Zedd, que estaba parado directamente en el camino de la violenta embestida. Zedd le cerró el paso concentrando el aire en forma de escudo. El ardid desvió la trayectoria de la bestia justo lo suficiente, y Richard usó la diversión para acuchillar a su atacante. Antes de que el cuchillo pudiese tocarlo, la bestia volvió a desaparecer con un parpadeo, para regresar al cabo de un instante, más allá del cuchillo de Richard.

Casi parecía jugar con ellos, pero Nicci sabía que no era el caso. Simplemente empleaba estrategias en su desalmada búsqueda para hacerse con Richard. Incluso los rugidos aparentemente furiosos no eran más que una táctica pensada para debilitar a la víctima mediante el miedo, para de ese modo proporcionarle una oportunidad de atacar. Inculcarle la capacidad de sentir emociones habría producido limitaciones; por consiguiente las

Hermanas de Jagang las habían excluido. La bestia era incapaz de sentir cólera y se mostraba infatigable en su propósito.

Ann y Nathan liberaron un torrente de poder concentrado en miles de pequeños puntos mortíferos, duros como piedras, que habrían hecho jirones el pellejo de un buey, pero antes de que los fragmentos lanzados a toda velocidad pudiesen desgarrar a la criatura, ésta volvió a esquivar sin esfuerzo los ataques introduciéndose en una sombra y saliendo una vez más en otra parte.

Nicci comprendió que ninguno de ellos podría detener al ser.

Luchando para recuperar las energías, gateó por el suelo para ver cómo estaba Cara.

Todavía tumbada contra una pared, Cara se hallaba aturdida y tenía dificultades para recuperar el sentido. Nicci presionó los dedos sobre las sienes de la mord-sith, haciendo pasar un hilillo de magia para reanimarla. Agarró a la mujer por el traje de cuero cuando ésta intentó incorporarse a toda prisa.

—Escúchame —dijo Nicci—. Si quieres salvar a Richard, tienes que escucharme. No puedes detener a esa cosa.

No siendo de las que aceptaban bien las instrucciones, en especial cuando se trataba de proteger a Richard, Cara vio la amenaza inmediata y entró en acción. Cuando la bestia giró en redondo, con la atención fija en Richard, Cara se abalanzó sobre ella, bien agachada, rodando, y derribándola. Antes de que pudiera recuperarse, la mord-sith saltó sobre la espalda de la bestia, como si montara un caballo salvaje, y le apretó con fuerza el agiel contra la base del cráneo. Fue una acción que habría matado a cualquier hombre. Cuando la bestia se irguió sobre las rodillas, le colocó el arma contra la garganta.

Con el brazo bueno, la criatura agarró el agiel de Cara y sin el menor esfuerzo se lo arrancó de la mano. Cara saltó a por el arma y se la arrebató, pero le costó un golpe que volvió a enviarla dando tumbos a través del suelo.

Mientras todo el mundo retrocedía apresuradamente ante la criatura, intentando mantenerse fuera del alcance de sus mortíferas zarpas, ésta echó la cabeza atrás y rugió. El sonido fue tan ensordecedor que todos dieron un respingo. Brillaron relámpagos al otro lado de las ventanas, proyectando una cegadora luz y un revoltijo de sombras confusas a través de la habitación casi a oscuras, haciendo que fuese difícil ver nada.

Zedd, Nathan y Ann conjuraron escudos de aire y los utilizaron para obligar a la amenaza a retroceder, pero la bestia consiguió abrirse paso a través de los escudos y arremeter contra sus creadores, obligándoles a echarse a un lado.

Nicci sabía que los tres no podían detener una amenaza como aquélla con el poder que poseían. Tampoco veía cómo podría hacerlo Richard.

Mientras los demás proseguían la pelea con todas las habilidades e ingenio a su disposición, la hechicera volvió a agarrar un trozo del traje de cuero de Cara a la altura del hombro y tiró de la mord-sith para acercarla más.

—¿Estás preparada para hacerlo a mi modo? ¿O quieres que Richard muera?

Cara, jadeando por el esfuerzo, parecía lista para escupir fuego, pero hizo caso de las palabras de Nicci.

—¿Qué quieres que haga?

—Prepárate para ayudarme. Prepárate para hacer exactamente lo que pida.

Tras recibir un cabeceo afirmativo como respuesta, Nicci volvió a subir a la mesa. Puso un pie en el centro de la Gracia dibujada con su propia sangre, y el otro más allá del círculo exterior.

Zedd, Nathan y Ann arrojaban todo lo que podían conjurar contra la bestia devastadora:

telarañas de poder que describían arcos capaces de cortar piedra, fuerza intensamente concentrada capaz de doblar hierro, una andanada de aire comprimido en nódulos lo bastante duros para pulverizar hueso... Nada de ello tuvo el menor efecto sobre la criatura. En algunos casos no le afectó el poder, mientras que en otras ocasiones dio zarpazos a los ataques, apartándolos, o los esquivó por completo esfumándose para reaparecer una vez pasada la amenaza.

El ser volvió una vez más su atención a su propósito y embistió en dirección a Richard, quien saltó a un lado y volvió a usar el cuchillo para desgarrar el duro pellejo de la criatura, intentando seccionarle un brazo. Nicci sabía que tampoco eso serviría de nada.

Mientras los demás chillaban instrucciones, intentando hallar un modo de destruir la amenaza, Cara, dividida entre ayudar a Richard y seguir instrucciones, volvió la cabeza y alzó los ojos para mirar con atención a Nicci.

— ¿Qué haces?

Nicci, que no tenía tiempo para contestar, señaló con el dedo.

— ¿Puedes alzar ese candelabro?

Cara echó un vistazo atrás. El objeto estaba hecho de pesado hierro forjado y sostenía docenas de velas, ninguna de ellas encendida.

— Probablemente.

— Úsalo como una lanza. Empuja a la bestia hacia atrás en dirección a las ventanas...

— ¿De qué va a servir?

La bestia se abalanzó sobre Richard, intentando rodearle con los brazos. Richard se escabulló torciendo el cuerpo y mientras lo hacía le asestó una potente patada en la cabeza que no consiguió más que hacerla oscilar momentáneamente.

— Límitate a hacer lo que digo. Úsalo como una lanza para hacer retroceder a la criatura. Y asegúrate de que los demás se mantienen atrás y bien lejos.

— ¿Crees que si puedo darle un porrazo con el candelabro eso la detendrá?

— No. Aprende. Esto será algo nuevo. Simplemente hazla retroceder. Debería sentirse momentáneamente confundida, o al menos cautelosa. En cuanto la obligues a retroceder, arrójale el candelabro y luego aléjate.

Cara, con los labios bien apretados en contrariada furia, lo consideró sólo un instante. Era una mujer que sabía que la vacilación podía ser perjudicial. Agarró el pesado pie del candelabro con ambas manos y lo alzó con un gran esfuerzo. Las velas cayeron de los soportes, rebotando y rodando por el suelo de piedra. Nicci tenía muy claro lo pesado que era el pie de hierro, pero pensaba, no obstante, que Cara poseía fuerza suficiente para manejarlo. No había duda de que el temple sí lo tenía.

Pero Nicci ya no podía preocuparse por Cara. Dejó de pensar en ella y estiró ambos brazos, con las manos en dirección a la sangrienta representación de la Gracia que tenía debajo. Hizo caso omiso de sus dudas, sus temores, y, como había hecho innumerables veces con anterioridad, hizo retroceder su mente al interior del núcleo del han que había dentro de ella. En esta ocasión, encima de la Gracia, fue como replegarse al interior de un estanque helado de poder.

Sin tener en cuenta el destino al que se condenaba, giró las palmas hacia arriba y alzó las manos, usando aquel helado estanque de poder de su interior para empezar a llevar la red de verificación de vuelta a su punto de inducción. Desde el interior del dominio de la Gracia, Nicci se concentró en una imagen mental de retirada de los bloqueos compensatorios del hechizo que lo mantenían contenido e inerte. Con deliberada premeditación, una vez que hubo dejado al descubierto el campo interior, que únicamente ella podía ver, usó ambos

lados de su poder para conectar las conexiones opuestas.

En un instante, las líneas verdes volvieron a empezar su sinuosa ascensión, igual que una enredadera voraz hecha de luz. En un santiamén, la red de líneas le llegaba ya a los muslos. Cara lanzaba estocadas y cuchilladas a la bestia. En varias ocasiones estableció contacto sólido con aquella arma tan difícil de manejar, haciendo retroceder a la criatura. Cada vez que ésta daba un paso atrás, ella inmediatamente volvía a lanzar el arma al frente, obligándola a retroceder otro paso, luego otro. Nicci había tenido razón: la criatura reaccionaba con cautela a la inesperada naturaleza del ataque.

La hechicera esperó que Cara consiguiera empujar hacia atrás a la bestia no sólo lo bastante lejos sino a tiempo.

Los relámpagos describían arcos a través del cielo nocturno, iluminando las ventanas de grueso cristal. Comparadas con las fuerzas de la tormenta, las lámparas de aceite proporcionaban tan poca iluminación que resultaban casi inservibles. Los fogonazos que iban de un lado a otro dificultaban la visión.

A medida que las refulgentes luces verdosas del milenario hechizo tejían su camino alrededor de ella, aquella configuración de hechizo volvió a prender, traspasándola mucho más deprisa de lo que lo había hecho la primera vez. Nicci no había estado del todo preparada para ello y quedó ciega antes de lo que esperaba. Luchó por respirar mientras aún podía, mientras aún poseía un resto de control.

La visión que le proporcionaba el don empezó a titilar de un lado a otro entre ambos mundos, entre la luz de la vida y la oscuridad eterna. El oscuro vacío situado más allá iba y venía a fogonazos, de un modo muy parecido a los relámpagos fuera de la ventana. A horcajadas entre ambos mundos, Nicci sentía como si le estuviesen desgarrando el alma. Hizo caso omiso del dolor y se concentró en la tarea que tenía entre manos.

Sabía que no podía destruir una bestia como aquélla sólo con su poder. Al fin y al cabo, las Hermanas de las Tinieblas la habían creado con la ayuda de poderes antiguos que no podía ni remotamente comprender. La criatura conjurada podía con cualquier cosa que Nicci supiera invocar. Haría falta algo más que simple hechicería.

Cerca de las ventanas, la bestia finalmente se plantó. Cara la azuzó con el candelabro, pero la enfurecida bestia se negó a retroceder más. Cara tenía dificultades para manejar el pesado pie de candelabro de hierro, pero cuando Richard empezó a ir en su ayuda, la mordisith les chilló a todos que retrocedieran. Cuando Richard no obedeció, giró en redondo el candelabro, obligándole a saltar hacia atrás a la vez que le hacía saber que hablaba en serio. Poniendo todas las energías en el intento, Nicci levantó las palmas, preparándose para hacer lo imposible.

Tenía que encontrar el vértice entre la nada y la ignición del poder. No necesitaba poder, sino su precursor.

Las líneas verdes ascendieron más alrededor de la hechicera en su decidida tarea de embutirla en la totalidad del hechizo. Nicci intentó tomar aire, pero sus músculos no quisieron responder. Necesitaba el aire... simplemente tomar aire una vez.

Cuando el mundo de la vida centelleó de vuelta en la visión que le daba el don, inhaló con todas las fuerzas y por fin consiguió aquella bocanada de aire.

— ¡Ahora, Cara!

Sin una vacilación, Cara arrojó el pesado candelabro. La bestia atrapó con facilidad el macizo pie de candelabro de hierro en una zarpa, alzándolo en alto. Detrás de ella, a través de las ventanas, los relámpagos chisporrotearon y retumbaron.

Nicci hizo una pausa, aguardando un lapso de calma entre los fogonazos.

Cuando llegó, cuando la habitación volvió a sumirse en la oscuridad, lanzó... no poder, sino su antecedente.

El lanzamiento del hechizo bañó a la bestia en una agonizante nada aún no completa, en una inductiva ignición de poder... en la que estaban ausentes las llamas, y su contraparte. Pudo ver que la criatura sentía una extraña sensación de profundo vacío... no del todo conjurado, no descargado aún. Parpadeó confusa, sin estar segura de si realmente sentía algo, queriendo actuar, aunque sin saber qué sentía o contra qué actuar.

La bestia pareció decidir que la hechicera había fallado y volvió a alzar desafiante el candelabro por encima de la cabeza, como un trofeo obtenido en combate.

—Ahora —gritó Zedd a Ann y a Nathan a la vez que se precipitaba al frente—, mientras está distraída.

Estaban a punto de estropearlo todo. Nicci no podía hacer nada para detener su interferencia, pero Cara, que no era de las que se andaban con remilgos en el cumplimiento del deber, sí que hizo algo. Empujó a los tres hacia atrás igual que un perro pastor conduciendo ovejas descarriadas. Ellos protestaron mientras retrocedían, exigiéndole que se quitara de en medio.

Nicci contempló cómo sucedía todo ello desde un lugar distante, en el vértice entre mundos. Ya no podía ayudar a Cara. Tendría que apañárselas sola. En algún punto en el remoto mundo de la vida, Zedd echó chispas contra la mord-sith e intentó lanzar un ataque, pero Cara usó la amenaza de embestirlo con un hombro para hacerle retroceder, haciéndole perder no sólo el equilibrio, sino distrayéndole también de sus intenciones.

En aquel otro mundo, el mundo oscuro más allá de la vida, lo que Nicci había creado deliberadamente era un vacío, una causa sin consecuencia, una liberación casi material de su siniestro poder.

El tiempo mismo parecía inmóvil, aguardando lo que debía de ser pero no quería venir.

La tensión en el aire alrededor de Nicci era palpable. Las líneas verdes que la rodeaban corrían cada vez más deprisa a través del aire en un esfuerzo por restablecer completamente la red de verificación, por mantener en suspenso la vida de la hechicera.

La oscuridad, igual que una araña en su tela, la esperaba.

Nicci sabía que disponía sólo de un momento antes de ser incapaz de hacer nada.

En esta ocasión, su fin conseguiría algo valioso.

Nicci transmitió al campo que rodeaba a la bestia un vacío aún mayor. La tensión entre lo que existía y lo que no existía aún, y no quería existir, era insufrible.

En un instante, aquel vacío terrible e intolerable, aquella vacuidad de poder que Nicci había creado en ambos mundos, se llenó con la ensordecedora liberación de un relámpago que entró violentamente a través de la ventana, mientras su gemelo, procedente del mundo situado más allá del mundo de la vida, irrumpía a través del velo, atraído por la necesidad insatisfecha que rodeaba a la bestia, forzado a completar lo que Nicci había empezado pero no quería finalizar. Esta vez no existía seguridad en la huida a otro mundo. Ambos mundos habían liberado su furia juntos.

Una lluvia de cristal hecho añicos recorrió la habitación. El atronador retumbo sacudió los muros de piedra del Alcázar. Pareció como si el mismo sol hiciese explosión a través de la ventana.

Las líneas que corrían alrededor de Nicci se alzaron como una mortaja.

Mediante la visión que le proporcionaba el don vio cómo se completaba la conexión que había establecido, vio cómo el rayo encontraba el vacío alrededor de la bestia y hacía realidad el terrible vacío que ella había creado.

La explosión de aquel rayo estuvo más allá de cualquier cosa que hubiese visto nunca. Aquel rayo tenía el poder de ambos mundos, de Suma y de Resta, creador y destructor, entrelazado en una única descarga desastrosa.

Nicci estaba paralizada por el hechizo, y no pudo cerrar los ojos ante el cegador fogonazo de luz y oscuridad que se enredaron la una con la otra, golpeando los dos extremos del candelabro y detonando a través de la bestia.

En la violenta corona de chisporroteante luz blanca, la criatura se hizo pedazos, convertida en polvo y vapor por la intensidad del calor y el poder concentrado que Nicci había creado.

Un temporal de lluvia y viento penetró con un ruido infernal por la ventana hecha añicos.

Fuera, más relámpagos titilaron entre las turbulentas nubes, y cuando los relámpagos del exterior iluminaron la habitación, todos pudieron ver que la bestia se había ido.

Por el momento, al menos.

A través de la red de líneas verdes, Nicci vio Richard atravesando la habitación a la carrera hacia ella.

Aquella habitación parecía tan lejana...

Vio como el mundo oscuro se cerraba a su alrededor.

Capítulo 8

Cuando su caballo relinchó y pateó el suelo con los cascos, Kahlan deslizó la mano por las riendas, más cerca del bocado, para mantener quieto al nervioso animal. Al caballo le gustaba tan poco lo que olía como a Kahlan, quien alzó la mano y acarició con dulzura la barbilla del animal mientras aguardaba detrás de las hermanas Ulicia y Cecilia.

Ligeras ráfagas ondulaban las hojas de los chopos sobre sus cabezas, haciendo que rielaran bajo la luz del mediodía. A la sombra de aquellos chopos enormes, una luz solar moteada danzaba sobre la cima de la colina cubierta de hierba, mientras en lo alto unas algodonosas nubes blancas salpicaban el cielo, de un cegador azul resplandeciente. Cuando la brisa cambió y les llegó por detrás, les trajo alivio, no tan sólo del calor sofocante. Kahlan se permitió una inhalación más profunda.

Utilizó un dedo para limpiar el sudor y la mugre de debajo del collar de metal que llevaba sujeto al cuello y deseó poder tomar un baño, o al menos zambullirse en un arroyo o un lago. El calor del verano y el polvoriento viaje habían conspirado para convertir su larga melena en una maraña que le picaba intensamente. Sabía, no obstante, que a las Hermanas no les importaba lo incómoda que se sintiera y que no les complacería que les pidiese si podía tener la posibilidad de bañarse, tal y como ellas hacían a menudo. A las Hermanas no les importaban en absoluto las necesidades de Kahlan, y mucho menos su comodidad. Era su esclava, nada más; no importaba si el collar que llevaba alrededor del cuello le rozaba y se lo dejaba en carne viva.

Mientras Kahlan aguardaba, su mente erró hacia la estatuilla a la que había renunciado, la estatuilla que había tenido que dejar en el palacio de lord Richard Rahl. Si bien no tenía ningún recuerdo de su pasado, había memorizado cada línea de aquella figura con cabellos y túnica ondulantes. Había algo sosegadamente noble en su espíritu, en el modo en que la figura permanecía en pie con la espalda arqueada, las manos cerradas con fuerza y la cabeza echada atrás, como desafiando a fuerzas invisibles que querían sojuzgarla.

Kahlan sabía de sobra qué sensación producía tener a fuerzas invisibles sojuzgándola a una. Desde la silenciosa cima de la colina observaron mientras la hermana Armina cruzaba el terreno despejado situado abajo. No se veía a nadie más. Los largos pastos parecían casi

líquidos mientras se ondulaban e inclinaban en la brisa. La hermana Armina, finalmente, hizo trotar a su yegua colina arriba, la obligó a describir un círculo y fue a detenerse junto al resto de ellas.

—No están ahí —anunció.

—¿Qué delantera nos llevan? —preguntó la hermana Ulicia. La hermana Armilla alzó un brazo para señalar.

—No fui mucho más allá de esas colinas de ahí. No quería correr el riesgo de que me descubriera cualquiera de las personas con el don que tiene Jagang. Lo más que puedo decir, no obstante, es que los rezagados y los que siguen al campamento no hace más de un día o dos que se han puesto en marcha.

La brisa aflojó a sus espaldas y permitió que el olor volviera a flotar colina arriba. Kahlan arrugó la nariz. La hermana Ulicia reparó en ello pero no hizo comentarios. A las Hermanas no parecía molestarles en absoluto el hedor.

La hermana Ulicia se volvió bruscamente e introdujo una bota en un estribo.

—Vayamos a echar una mirada al otro lado de las colinas situadas más allá —dijo a la vez que se daba impulso para colocarse sobre la silla.

Kahlan montó y siguió a las otras tres mujeres mientras éstas hacían trotar sus caballos colina abajo. Le parecía curioso que las Hermanas estuvieran nerviosas. Tendían a ser arrogantemente audaces en cualquier cosa que hacían, pero ahora se mostraban cautas.

A la izquierda se alzaban imponentes las escarpadas formas de unas montañas majestuosas. Las laderas y precipicios rocosos eran tan impresionantes que existían pocos lugares donde los árboles pudieran encontrar un punto de apoyo. Algunos de los picos eran tan altos que tenían nieve en las cumbres a pesar de ser verano. Kahlan y las Hermanas habían seguido aquellas montañas en dirección sur desde que encontraron un lugar para cruzarlas tras abandonar el Palacio del Pueblo. En aquellos trayectos, las Hermanas habían evitado acercarse a gente siempre que podían.

Kahlan dio un poco más de rienda a su caballo. Las colinas que cruzaban estaban surcadas de barrancos que dificultaban el viaje en ocasiones. Kahlan sabía que probablemente habría calzadas abajo, pero por lo general, a las Hermanas no les gustaba viajar por carreteras y se mantenían bien lejos de ellas siempre que era posible. Mientras avanzaban a través de los altos pastos entre los dispersos árboles, permanecieron al abrigo encubridor de los pliegues del terreno.

Antes de que Kahlan pudiera ver nada de lo que había más adelante, el inconfundible hedor de la muerte se volvió tan terrible que apenas podía respirar. Al coronar una colina, finalmente vio la ciudad extendida abajo. Todas pararon, bajando la mirada a las calzadas vacías, los edificios quemados y los cuerpos de lo que parecían caballos.

—Démonos prisa —dijo la hermana Ulicia—. Tomaremos la carretera principal en el otro lado durante un tiempo y nos acercaremos lo suficiente para asegurarnos de dónde están y en qué dirección van exactamente.

Espolearon los caballos a un medio galope mientras cabalgaban en silencio para descender de las colinas y penetrar en la periferia de la ciudad. El lugar parecía haber sido construido alrededor de una curva serpenteante de un río y los cruces de varias carreteras que probablemente eran rutas comerciales. El más grande de los dos puentes de madera había sido quemado. Mientras cruzaban el angosto segundo puente en fila india, Kahlan echó una ojeada al agua. Cadáveres abotargados que flotaban boca abajo se habían acumulado en los juncos. Antes de que los hubiese visto, el hedor a muerte había sido tan intenso en el aire que había perdido todo interés por darse un baño. Simplemente quería abandonar el lugar.

Mientras cabalgaban entre los edificios, Kahlan sostuvo un pañuelo sobre su nariz y boca. No sirvió de gran cosa, y se dijo que podría vomitar debido al olor de la carne putrefacta. Parecía raro que fuese tan fuerte.

Pronto descubrió el motivo.

Pasaron ante calles laterales donde los cadáveres estaban apilados a cientos. Unos cuantos perros y mulas yacían muertos entre ellos, con las patas de las mulas sobresaliendo rígidas. Por el modo en que los cuerpos estaban metidos en las angostas calles, Kahlan pensó que a las personas debían haberlas conducido a espacios reducidos de los que la huida era imposible y luego las habían matado en masa. La mayor parte de los muertos, animales y humanos, estaban destripados con heridas terribles. A algunos de los muertos les sobresalían lanzas rotas, mientras que a otros los habían matado flechas. La mayoría, de todos modos, parecían haber sido asesinados a hachazos. Kahlan reparó en otra cosa: todos eran gente mayor.

Muchos de los edificios en una zona de la ciudad estaban reducidos a cenizas. Únicamente en algunos lugares todavía ascendían en espiral volutas de humo desde algunos de los montones de escombros más gruesos.

Haciendo pasar los caballos por la estrecha calle de adoquines que había entre edificios de dos plantas, que se alzaban a ambos lados de la calzada, miraron con detenimiento a su alrededor. Los edificios todavía en pie habían sido saqueados. Las puertas estaban echadas abajo o yacían en la cercana calle. Kahlan no vio una sola ventana que no hubiese sido rota. Había cortinas echadas sobre unos cuantos de los diminutos balcones que daban a la calle. Unos pocos de aquellos balcones contenían un cuerpo. Además de trozos de madera procedentes de marcos de puertas y los cristales rotos, las calles estaban cubiertas de objetos triviales: prendas de cualquier índole; una bota ensangrentada; pedazos de mobiliario; armas rotas; trozos de carros. Kahlan vio una muñeca con hilo amarillo por pelo que yacía boca abajo, con la espalda aplastada por la huella de un casco de caballo. Todos los objetos daban la impresión de haber sido examinados por varias manos y, tras ser considerados sin valor, desechados.

Atreviéndose a mirar al interior de oscuros edificios ante los que pasaban, Kahlan vio los auténticos horrores. No eran simplemente los cuerpos de los lugareños asesinados. Eran los cuerpos de personas que parecían haber sido asesinadas por diversión, o por pura brutalidad. A diferencia de los cuerpos amontonados en las calles laterales, estas personas no eran mayores. Daba la impresión de que podrían haber sido hombres y mujeres que intentaban proteger sus tiendas u hogares. A través de un escaparate roto vio que a un individuo, que llevaba la clase de delantal que usaban los zapateros remendones, lo habían clavado a una pared por las muñecas. Del centro del pecho sobresalían docenas de flechas, lo que le daba el aspecto de un alfiletero grotesco; la boca y los dos ojos los habían atravesado también con flechas. Al hombre no sólo lo habían usado para prácticas de tiro, sino como objeto de un humor monstruoso.

En otros edificios oscuros, Kahlan vio a mujeres que era del todo evidente que habían sido violadas. La manga de una camisa en un brazo era todo lo que cubría a una mujer caída en un suelo. Le habían mutilado los pechos. En otro lugar, una jovencita, que no parecía ser todavía una mujer, estaba tendida sobre una mesa, con el vestido subido hasta la cintura. Le había cortado la garganta hasta dejar la columna al descubierto. Sus piernas estaban separadas, con el palo de una escoba dentro de ella como un último acto de desprecio.

Kahlan se sintió aturdida a medida que veía una visión espantosa tras otra, cada una de una crueldad tan escabrosa que no conseguía imaginar la clase de hombres que podían haber

cometidos tales acciones.

Por el modo en que vestían muchos de los muertos, los hombres parecían ser simples trabajadores. No eran soldados, pero los habían masacrado por el delito de intentar proteger sus hogares y negocios.

Al pasar ante un edificio pequeño, Kahlan vio, contra una pared de ladrillo, un montón de niños pequeños... en su mayoría bebés. Recordaba el modo en que las hojas de otoño se acumulaban en un rincón, salvo que todos ellos habían sido en una ocasión seres vivos con una vida por delante. La sangre seca de la pared de ladrillo delataba dónde les había partido las cabezas. Quedaba bien manifiesto que los asesinos habían querido despacharlos con la mayor eficiencia posible. Durante el silencioso paseo a través de la ciudad, Kahlan vio varios lugares más donde a los muy pequeños los habían amontonado tras asesinarlos de un modo que se veía que sólo podía describirse como una diversión para los más monstruosos de los hombres.

No había muchas mujeres entre los muertos. Y Kahlan no vio ninguna que estuviese totalmente vestida. Las que sí vio eran o bien de edad o bastante jóvenes, y el tratamiento recibido había sido bestial, más allá de lo imaginable, y sus muertes, lentas.

Kahlan tragó el nudo que sentía en la garganta a la vez que se secaba los ojos. Quería chillar. Las tres Hermanas no parecían afectadas por la carnicería. Vigilaban las calles laterales y contemplaban las colinas circundantes, preocupadas por si había alguna señal de una amenaza.

Kahlan jamás se había sentido tan contenta de abandonar un lugar como lo estuvo cuando finalmente se encaminaron fuera de la ciudad y tomaron una carretera que iba en dirección sudeste. La carretera resultó no ser la huida de las atrocidades de la ciudad que ella pensó que sería. A lo largo de la calzada las cunetas estaban repletas aquí y allí de cuerpos de jóvenes y muchachos, probablemente ejecutados por intentar escapar, resistiéndose a la idea de la esclavitud, a modo de lecciones para los demás, o simplemente por el placer de matar.

Kahlan se sentía mareada y acalorada, y temía que podría vomitar. El modo en que oscilaba sobre la silla no hacía más que empeorar sus náuseas. El hedor a muerte y a carne carbonizada las siguió bajo la brillante luz del sol mientras cabalgaban entre las colinas. El olor era tan penetrante que daba la impresión de que le había empapado la ropa e incluso surgía junto con su sudor.

Dudó que pudiera volver a dormir jamás sin tener pesadillas.

No sabía cuál había sido el nombre de la ciudad, pero ésta ya no existía. No había quedado ni una sola persona viva. Cualquier cosa de valor había sido destruida o robada. Por el número de cadáveres, enorme como había sido, supo que muchos de los habitantes de la ciudad, en su mayoría mujeres, las que tenían la edad adecuada, al menos, habían sido capturados como esclavos. Tras haber visto lo sucedido a las que habían dejado sin vida en la ciudad, Kahlan podía imaginar vívidamente lo que les sucedería a las que se habían llevado.

El llano, cada vez más amplio, y las colinas a ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista de Kahlan, habían sido pisoteados por lo que tenían que ser mucho más que unos cientos de miles de hombres. Aquellos pastos no habían sido aplastados simplemente por innumerables botas, cascos y ruedas de carros, sino que habían quedado triturados hasta convertirse en polvo bajo el peso de un número inconcebible de gente. La visión daba una dimensión de la magnitud de las masas que habían atravesado la ciudad, y en cierto modo resultaba más horripilante que las espantosas escenas de muerte. Una fuerza bélica tan

enorme competía con las de la naturaleza misma, destrozándolo todo implacablemente a su paso.

Más entrado el día, cuando se aproximaban a la cima de una colina, las Hermanas maniobraron cuidadosamente para quedar en una posición que colocaba el sol bajo a sus espaldas. La hermana Ulicia aminoró el paso y se levantó en los estribos, estirándose para echar una cuidadosa mirada, luego indicó al resto que desmontaran. Todas ataron sus caballos a los restos de un viejo pino esmirriado que un rayo había partido en dos. La hermana Ulicia indicó a Kahlan que permaneciera cerca, detrás de ellas.

En el borde de la colina, mientras se agazapaban en silencio en los pastos, finalmente obtuvieron una fugaz visión de lo que había atravesado la destruida ciudad. En la borrosa distancia, desplegada a través del brumoso horizonte, había lo que en un principio pareció ser un mar fangoso, pero que, en realidad, era la oscura mácula de un ejército tan numeroso que era imposible contar a los hombres. Transportado por el viento, en el silencioso aire del atardecer, Kahlan pudo distinguir tenuemente lejanos y espeluznantes alaridos, gritos de mujeres, y carcajadas estridentes.

El simple peso de multitudes como aquéllas habría aplastado las defensas de cualquier ciudad. Cualquier oposición armada apenas habría sido advertida por un ejército tan extenso como aquél. A hombres reunidos en tales cantidades no los detenía nada.

Pero por mucho que aquel ejército pareciera una masa, una turba, sabía que estaba mal pensar en él en tales términos. Eran individuos. Aquellos hombres no habían nacido siendo monstruos. Cada uno había sido en el pasado un bebé indefenso acunado por los brazos de su madre. Cada uno había sido un niño con temores, esperanzas y sueños. Mientras que alguna que otra vez un individuo aberrante podía, debido a una mente enferma, crecer para convertirse en un asesino despiadado, no había sido así en el caso de todos aquellos individuos. Cada uno era un asesino por fidelidad a una causa, un asesino por elección, todos unidos bajo un estandarte de creencias depravadas.

Todos eran individuos a los que al planteárseles la elección habían abandonado voluntariamente la nobleza inherente a la vida, y elegido ser siervos de la muerte.

A Kahlan le había horrorizado la carnicería que había visto allá en la ciudad, había sentido náuseas ante las cosas que había visto. Durante un tiempo apenas había sido capaz de respirar, no sólo por el hedor de la muerte, sino por su llorosa desesperación ante tal brutalidad sin sentido, ante tal depravación. Tuvo una sensación de temor escalofriante por aquellas almas indefensas que aún tenían que enfrentarse a la horda y a la aplastante pérdida de cualquier esperanza de que la vida pudiese ser digna de ser vivida, de que pudiese alguna vez ser algo razonado y seguro, y mucho menos jubiloso.

Pero en aquellos momentos, ante la visión de lo que había originado tal masacre, el gran ejército de hombres que habían perpetrado tales atrocidades, todos aquellos sentimientos desolados se disiparon. En su lugar se encendió una cólera que ardía a fuego lento, la clase de rabia interior que no creía que una persona sintiera muy a menudo en su vida.

Recordando a los ancianos que habían sido despedazados a golpes de machete, a los niños que habían matado destrozándoles la cabeza y el salvaje trato dado a las mujeres, Kahlan apenas podía pensar en otra cosa que no fuese su ardiente deseo de vengar a los silenciosos muertos.

Aquella sensación de cólera bulló a través de ella, una cólera tan terrible que pareció cambiar para siempre algo en su interior. En aquel momento sintió una profunda afinidad con la estatuilla que había tenido que dejar en el tranquilo jardín de Richard Rahl, una comprensión de su espíritu que no había tenido antes.

—Ya lo creo que es Jagang —dijo por fin la hermana Cecilia con amargura.

La hermana Armina asintió.

—Y tenemos que pasar por su lado si queremos llegar a Caska.

La hermana Ulicia indicó con un ademán la barrera de montañas situada a la izquierda.

—Su ejército, con todos sus caballos, carros y suministros, no puede cruzar los angostos pasos entre esos picos, pero nosotras sí. Con lo despacio que Jagang se mueve, podemos fácilmente franquear los pasos y luego llegar a Caska mucho antes de que ellos puedan viajar al sur para dejar atrás las montañas y luego ascender al interior de D'Hara.

La hermana Cecilia clavó la mirada a lo lejos a la línea del horizonte.

—El ejército d'haraniano no tiene la menor posibilidad contra eso.

—Ése no es nuestro problema —repuso la hermana Ulicia.

—Pero ¿qué hay de nuestro vínculo con Richard Rahl? —preguntó la hermana Armina.

—No somos nosotras quienes atacamos a Richard Rahl —replicó la hermana Ulicia—.

Jagang es quien va tras él, buscando destruirle, no nosotras. Nosotras somos las que esgrimiremos el poder de las cajas y luego concederemos a Richard Rahl lo que solamente nosotras tendremos el poder de conceder. Eso es suficiente para preservar nuestro vínculo y protegernos del Caminante de los Sueños. Jagang y su ejército no son nuestro problema y lo que se proponen hacer no es nuestra responsabilidad.

Kahlan recordó estar en el Palacio del Pueblo y preguntarse cómo era aquel hombre.

Incluso aunque no lo conocía, temía por él y por su gente, que tenían que enfrentarse a lo que iba a por ellos.

—Será nuestro problema si llegan a Caska antes que nosotras —dijo la hermana Cecilia—.

Además de tener que alcanzar a Tovi, Caska es el único otro emplazamiento principal en el que podemos entrar por ahora.

La hermana Ulicia desechó la idea con un movimiento de la mano.

—Están muy lejos de Caska. Podemos fácilmente acortar distancias y dejarles atrás franqueando las montañas en lugar de ir por abajo, rodeándolas, y luego volver a subir como tendrán que hacer ellos.

—¿No crees que podrían acelerar el paso? —inquirió la hermana Armina—. Al fin y al cabo, Jagang podría estar ansioso por acabar con lord Rahl y las fuerzas d'haranianas.

La hermana Ulicia lanzó un bufido.

—Jagang sabe que el ejército d'haraniano no tiene ningún otro sitio al que ir. Richard Rahl no tiene otra elección ahora que plantar cara y pelear. El asunto puede considerarse decidido. Es únicamente una cuestión de tiempo.

»El Caminante de los Sueños no tiene prisa, no podría tenerla... no con un ejército tan enorme y pesado. E incluso si pudieran acelerar el paso tienen que recorrer una distancia mucho más grande, de modo que no podrá llegar a Caska antes que nosotras. Además, el ejército de Jagang es ahora como ha sido desde que se apoderaron del Viejo Mundo hace décadas, y como ha sido a lo largo de toda esta guerra. Jamás apresuran la marcha. Son como las estaciones: avanzan muy despacio.

Dirigió una significativa mirada a las otras dos Hermanas.

—Además, acaban de despojar a la ciudad de mujeres. Los hombres de Jagang estarán ansiosos por disfrutar de sus nuevos botines.

La sangre desapareció del rostro de la hermana Armilla.

—Y bien que sabemos nosotras eso.

—Jagang y sus hombres jamás se cansan de utilizar a sus cautivas —dijo la hermana Cecilia, medio para sí.

El color regresó a la hermana Armina en una roja avalancha.

—Me encantaría colgar a Jagang de una cuerda y divertirme con él.

—A todas nos gustaría darles unas cuantas lecciones a esos hombres —repuso la hermana Ulicia mientras su mirada se perdía a lo lejos—, pero tenemos cosas mejores que hacer. —Sonrió con suficiencia—. Algún día, no obstante...

Las tres Hermanas permanecieron en silencio un tiempo mientras contemplaban la inmensa horda desplegada a través de la línea del horizonte.

—Algún día —dijo la hermana Cecilia con voz baja y preñada de rencor— abriremos las cajas del Destino y tendremos el poder para hacer que ese hombre se retuerza en el viento. La hermana Ulicia se volvió y se encaminó de vuelta a los caballos.

—Si queremos llegar a abrir una de las tres cajas, tenemos que llegar primero hasta Tovi y la última caja... y a lo que sea la otra cosa que hay en Caska. Olvidaos de Jagang y su ejército. Ésta es la última vez que tenemos que verlos... hasta que llegue el día en que hayamos dado rienda suelta al poder de las cajas y podamos divertirnos un poco aplicando nuestro castigo al Caminante de los Sueños.

Capítulo 9

Nicci abrió los ojos. Únicamente vio formas vagas.

—Zedd está enfadado contigo.

Incluso a pesar de que sonó como si proviniera de algún lugar lejano y nebuloso, supo que era la voz de Richard. Le sorprendió oírla. De hecho le sorprendió oír alguna cosa, pues pensaba que debería de estar muerta.

Cuando su visión empezó a enfocar con claridad, Nicci giró la cabeza a la derecha y lo vio sentado, acurrucado, en una silla que habían acercado hasta el lado mismo de la cama.

Inclinado al frente, con los codos sobre las rodillas, los dedos pulcramente entrelazados, la observaba con atención.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Con semblante aliviado por verla despierta, él volvió a recostarse en la sencilla silla de madera y le dedicó aquella sonrisa maliciosa suya que a ella le encantaba.

—Porque rompiste la ventana allá en aquella habitación.

A la luz de la lámpara que brillaba con suavidad bajo la pantalla de un blanco lechoso, vio que estaba tapada hasta los hombros con una colcha dorada lujosamente bordada que tenía un luminoso fleco verde. Llevaba un camisón satinado que no reconoció. Las mangas descendían hasta las muñecas, y era de un rosa pálido.

Se preguntó de dónde había salido el camisón y, más en concreto, quién la había desvestido y se lo había puesto. Allá en el Palacio de los Profetas, mucho tiempo atrás, Richard había sido la primera persona que había conocido que no esperaba jamás tener derecho a su cuerpo o a algún otro aspecto de su vida. Aquella actitud la había ayudado a iniciar el proceso de razonamiento que finalmente la había llevado a desechar una vida de enseñanzas de la Orden. A través de Richard, había llegado a ver realmente que su vida le pertenecía únicamente a ella, y junto con aquella comprensión, había descubierto desde entonces la dignidad y la autoestima.

Justo en aquel momento, no obstante, tenía otras preocupaciones que el encontrarse vestida con un camisón de color rosa. Sentía la dolorida cabeza increíblemente pesada.

—Técnicamente —dijo—, el rayo rompió la ventana. No yo.

—No sé por qué —repuso Cara desde otra silla, inclinada hacia atrás contra la pared que

había junto a la puerta—, pero no creo que la distinción vaya a convencerlo.

—Supongo que no —respondió Nicci con un suspiro—. Esa habitación está en la sección más insensibilizada del Custodio.

La frente de Richard se crispó momentáneamente.

— ¿Está dónde?

La hechicera guiñó los ojos en un esfuerzo por enfocarle mejor el rostro.

—Esa sección del Alcázar es un lugar especial. Está insensibilizada contra interferencias deliberadas así como contra acontecimientos aberrantes.

Cara cruzó los brazos.

— ¿Te importaría traducir?

La mujer llevaba puesto el traje de cuero rojo. Nicci se preguntó si eso significaba que había más problemas en la zona o si simplemente se mostraba arisca debido a la visita que les había hecho la bestia.

—Es un campo de contención —dijo Nicci—. Sabemos muy poco sobre la antigua y desconcertantemente intrincada composición del hechizo Cadena de Fuego. Es arriesgado incluso estudiar tales componentes inestables, todos ellos enmarañados entre sí del modo en que lo están en éste. Por eso usábamos ese lugar para llevar a cabo la red de verificación. Esa habitación está en el centro original del Alcázar; un santuario importante utilizado para tareas con material anómalo. Varias clases tanto de conjuros contruidos como de estructura libre tienen tendencia a contener fugas tangenciales innatas que pueden acarrear violaciones de dominio, de modo que cuando se trabaja con ellos es mejor confinar tales componentes potencialmente peligrosos a un campo de contención.

—Ah, bueno, gracias por la traducción —replicó Cara en tono cortante—. Está todo muy claro, ahora. Es un campo de éstos.

Nicci asintió lo mejor que pudo.

—Sí... un campo de contención. —Al ver que la cara de pocos amigos de Cara no hacía más que acrecentarse, Nicci añadió—: Hacer magia ahí dentro es como mantener una avispa en una botella.

— ¡Oh! —Cara soltó un suspiro, captando por fin el concepto—. Imagino que eso explica por qué Zedd está tan gruñón.

—A lo mejor puede volver a dejarlo tal y como estaba —sugirió Richard—. Aunque parezca sorprendente, la habitación no está destrozada. Es principalmente la ventana rota lo que le tiene irritado.

Nicci alzó una mano en un débil ademán.

—No lo pongo en duda. El cristal que hay ahí es único. Tiene propiedades insertadas para contener magia conjurada e impedir que escape... y para impedir ataques por parte de gentes con el don. Su función es muy parecida a la de los escudos.

Richard reflexionó un momento.

—Bueno —dijo por fin—, no impidió un ataque por parte de la bestia.

Nicci clavó la mirada a lo lejos, en los estantes empotrados en la pared que había frente a la cama.

—Nada puede —dijo—. En este caso la bestia no entró a través de las ventanas o las paredes... entró a través del velo, emergiendo del inframundo directamente al interior de la habitación. No le hizo falta atravesar ningún escudo, campo de contención o cristal refractario.

La silla de Cara descendió al suelo con un fuerte golpe.

—Y casi os arrancó el brazo. —Sacudió un dedo en dirección a Richard—. Estabais usando

vuestro don. La atrajisteis hacia vos. De no haber estado Zedd ahí para curaros, probablemente os habríais desangrado hasta morir.

—Vaya, Cara, cada vez que cuentas la historia resulta que sangro más. Sin duda, la próxima vez me habrán partido en dos y vuelto a coser con hilo mágico.

La mujer cruzó los brazos a la vez que volvía a inclinar la silla contra la pared.

—Podríais haber sido partido en dos.

—No resulté tan malherido como das a entender —Richard se inclinó un poco al frente y oprimió la mano de Nicci—. Al menos tú la detuviste.

Ella cruzó la mirada con él.

—Por ahora —repuso—. Eso es todo.

—Por ahora es suficiente. —Sonrió con tranquila satisfacción—. Lo hiciste bien, Nicci.

Los ojos grises de Richard reflejaron su íntima satisfacción. De algún modo, el mundo siempre parecía mejor cuando Richard estaba complacido porque alguien había conseguido hacer algo difícil. Siempre parecía valorar los logros de las personas... siempre parecía deleitarse en sus triunfos. Se sentía invariablemente estimulada cuando él estaba complacido con algo que ella había hecho.

Desvió la mirada de su rostro y reparó en la estatuilla de pie sobre la mesa, justo detrás de él. La luz de la lámpara realzaba los ondulantes cabellos y túnica que Richard había tallado en una ocasión con tanto cuidado en la figura del espíritu de Kahlan. La reluciente estatua, hecha en nogal, se erguía como en silencioso desafío a alguna fuerza invisible que intentaba reprimir su espíritu.

—Estoy en tu habitación —dijo Nicci, medio para sí.

Una expresión de curiosidad arrugó brevemente la frente de Richard.

— ¿Cómo lo has sabido?

Nicci apartó la mirada de la estatua para mirar fuera, por la pequeña ventana en arco que atravesaba la gruesa pared de piedra de la izquierda. Un delicado y pálido tono rosáceo resultaba apenas visible en los confines más inferiores de un cielo negro y repleto de estrellas a medida que el amanecer llegaba.

—Lo he acertado por pura casualidad —mintió.

—Estaba más cerca —explicó Richard—. Zedd y Nathan querían acostarte, hacer que estuvieses cómoda, de modo que pudiesen evaluar qué necesitaban hacer para ayudarte. Nicci supo por la persistente sensación gélida que le discurría por las venas que habían hecho algo más que una simple evaluación.

—Rikka y yo te desvestimos y te pusimos un camisón que Zedd encontró —explicó Cara a la pregunta no hecha que debía de haber visto en los ojos de Nicci.

—Gracias. —Nicci alzó una mano en un vago ademán—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Qué sucedió?

—Bueno —dijo Richard—, después de que volviesses a saltar al interior de aquella configuración de hechizo anteanoche e invocases el rayo para detener a la bestia, la red de verificación casi acabó contigo. Después de que te sacara, Zedd pensó que necesitabas descansar más que nada, así que hizo una cosita para que durmieras. Delirabas un poco debido al dolor que sentías. Dijo que te había ayudado a dormir para que no tuvieses que padecerlo. Nos dijo que dormirías todo el día de ayer y toda la noche, y luego despertarías cerca del amanecer de hoy. Acertó.

Cara se levantó para colocarse detrás de Richard y contemplar a Nicci.

—Nadie pensaba que lord Rahl sería capaz de sacarte la segunda vez. Pensaban que tu espíritu había penetrado demasiado en el inframundo para poder traerte de vuelta... pero lo

hizo. Consiguió que regresaras.

Nicci pasó la mirada de la sonrisa complacida de Cara a los ojos grises de Richard. Éstos no reflejaban nada de la dificultad de la tarea y ella tuvo problemas para imaginar cómo podría él haber llevado a cabo tal cosa.

—Lo hiciste bien, Richard —dijo, haciéndole sonreír.

Cara y él se volvieron al oír un quedo golpe en la puerta. Zedd la abrió con cuidado para echar un vistazo. Al ver que Nicci estaba despierta, abandonó cualquier prevención y entró con toda tranquilidad.

— ¡Ah! —observó—, de vuelta de entre los muertos, al parecer. Nicci sonrió.

—Una excursión espantosa. No os aconsejo una visita a ese lugar. Siento lo de las ventanas, pero era o bien...

—Mejor las ventanas que lo que podría haberle sucedido a Richard.

A Nicci le reconfortó oírle decir tal cosa.

—Eso pensé yo.

—En algún momento tendrás que explicarme exactamente qué hiciste y cómo. No sabía yo que un poder conjurado pudiese abrir una brecha en esas ventanas.

—No puede. Simplemente... invité a una confluencia de poder natural a entrar por las ventanas.

Zedd la contempló con una expresión ilegible.

—Respecto a las ventanas —dijo él por fin en un tono mesurado—, quizá podríamos usar tu habilidad con ambos lados del don para restaurarlas.

—Me encantaría.

Cara dio un paso al frente.

—Cuando Tom y Friedrich regresen de patrullar el territorio circundante estoy segura de que podrán ayudarte con la carpintería de la ventana. Friedrich, en especial, sabe trabajar la madera.

Zedd asintió a la vez que sonreía brevemente ante la sugerencia antes de volverse hacia su nieto.

— ¿Dónde has estado? Estuve buscándote esta mañana y no pude encontrarte. Llevó buscándote todo el día.

Nicci cayó en la cuenta de que las ventanas no eran precisamente su preocupación principal.

Richard dirigió una breve mirada a la estatua.

—Leí muchísimo anoche. Cuando se hizo de día, fui a dar un paseo para pensar sobre qué hacer a continuación.

Zedd suspiró ante la respuesta.

—Bueno, tal y como te conté después de que rompieras la primera configuración de hechizo que aprisionaba a Nicci, tenemos que hablar sobre algunas de las cosas que dijiste. Estaba claro que era una petición deliberada.

Richard se puso en pie para ayudar a ahuecar las almohadas que había detrás de Nicci cuando vio a ésta empezar a incorporarse. El dolor se iba convirtiendo en un simple recuerdo que se desvanecía. Evidentemente, Zedd había hecho algo más que ayudarla a dormir, pues empezaba a sentir la cabeza más clara. Reparó en que estaba hambrienta.

—Entonces habla —dijo Richard mientras volvía a sentarse.

—Necesito que me expliques con precisión cómo pudiste saber cómo desconectar una red de verificación... particularmente una tan compleja como la matriz de un hechizo Cadena de Fuego.

Richard pareció más que un poco cansado.

—Ya te lo dije, comprendo el lenguaje de los emblemas.

Zedd juntó las manos a la espalda al mismo tiempo que empezaba a pasear. Había inquietud en las líneas de su rostro.

—Sí, respecto a eso, mencionaste que sabes mucho sobre «diseños figurativos letales».

Necesito saber qué quieres decir con eso.

Richard inspiró profundamente, y soltó el aire despacio mientras se recostaba en la silla.

Puesto que había crecido con Zedd a su lado, era evidente que sabía muy bien que cuando Zedd quería saber algo era mucho más fácil limitarse a responder las preguntas.

Richard dio la vuelta a las muñecas sobre las rodillas. Símbolos extraños circundaban las muñequeras de plata con cuero acolchado que llevaba. En el centro de cada banda, en la parte interior de las muñecas, había una Gracia pequeña, y eso sólo ya era alarmante, ya que Nicci había visto a Richard usarlas para llamar a la sliph de modo que pudiesen viajar. No tenía ni la más remota idea de qué significaban los otros símbolos.

—Estas cosas que rodean las bandas... los emblemas, diseños y figuras... son imágenes que representan cosas. Como dije, son una especie de lenguaje.

Zedd meneó un dedo en dirección a los dibujos de las muñequeras.

—¿Y puedes ver un significado en ellos? ¿Como hiciste con la configuración de hechizo?

—Sí. La mayoría son modos de combatir con la espada. Así es como pude reconocerlos en primer lugar y como empecé a comprenderlos.

Los dedos de Richard buscaron distraídamente el confort de la empuñadura del arma, pero ésta ya no estaba allí sujeta a la cadera. Se contuvo y prosiguió.

—Muchos de éstos son idénticos a los dibujos que hay fuera del enclave del Primer Mago. Ya sabes... en aquellas placas de latón del entablamento sobre las columnas de jaspeada piedra roja, en los discos redondos de metal a lo largo del friso, y también están tallados en la piedra de la cornisa.

Miró a su abuelo.

—La mayoría de estos emblemas implican abiertamente el combate con una espada.

Nicci pestañeó, sorprendida, mientras escuchaba. Richard nunca le había hablado sobre los símbolos de las muñequeras. Como Primer Mago, Zedd había sido el custodio de la *Espada de la Verdad*, y era su deber nombrar al nuevo Buscador cuando era necesario, pero dada su reacción, la hechicera no creía que ni siquiera él hubiese estado enterado de eso. Supuso que era comprensible. La espada, al fin y al cabo, había sido forjada miles de años antes por magos con un poder prodigioso.

—Ése —Zedd dirigió con energía un dedo huesudo hacia un emblema en una de las muñequeras de Richard—. Ése está en la puerta del enclave del Primer Mago.

Richard giró la otra muñeca y dio un golpecito a un dibujo de un estallido de estrellas en la parte superior de la muñequera.

—Como sucede con este de aquí.

Zedd tiró de los brazos de Richard para acercarlos más a él, inspeccionando las muñequeras a la luz de las lámparas.

—Sí... están ambos en la puerta. —Entrecerró los ojos mirando a Richard con el entrecejo fruncido—. ¿Y tú crees de verdad que significan algo, y que has aprendido a interpretarlos?

—Sí, desde luego.

Zedd, con las hirsutas cejas descendiendo profundamente, seguía mostrando claras reservas.

—¿Qué crees que significan?

Richard tocó un símbolo de las muñequeras y uno parecido en las insignias de las botas. Señaló el mismo dibujo dentro de la banda dorada que circundaba la túnica negra. Hasta que él lo señaló, Nicci no había reparado en que estaba oculto allí, entre el resto de lo que no parecía otra cosa que una elaborada orla decorativa. El motivo parecían dos toscos triángulos con una doble línea que ondulaba sinuosamente alrededor y a través de ellos.

—Éste es una especie de ritmo usado para combatir cuando te superan en número.

Transmite una sensación como la de la cadencia de una danza, de movimientos sin una forma férrea.

Zedd alzó una ceja.

— ¿Movimiento sin una forma férrea?

—Sí, ya sabes, un movimiento que no es rígido, que no está prescrito ni es inflexible, pero que es deliberado, con una intención específica, así como objetivos precisos. Este emblema describe una parte integral de la danza.

— ¿La danza?

—La danza con la muerte —respondió Richard, asintiendo. Las mandíbulas de Zedd se movieron un momento en silencio antes de que éste recuperara la voz.

—Danza. Con la muerte... —Tartamudeó un momento más con los titubeantes inicios de un aluvión de preguntas antes de finalmente hacer una pausa y luego retroceder a algo más simple—. ¿Y qué tiene que ver esto con los símbolos en el enclave del Primer Mago?

Richard pasó un pulgar por las figuras de la muñequera izquierda.

—Los símbolos tendrían significado para un mago guerrero; es así, en parte, como lo averigüé. Los símbolos poseen significados en muchas profesiones. Los sastres pintan tijeras en sus ventanas, un fabricante de armas podría pintar el contorno de cuchillos sobre la puerta, una taberna podría tener un letrero con una jarra en él, un herrero un yunque, un herrador podría clavar herraduras. Algunos letreros, una calavera con huesos cruzados debajo por ejemplo, advierte de algo mortífero. De la misma manera, los magos guerreros colocaron letreros en el enclave del Primer Mago.

»Lo que es aún más importante, cada profesión posee su propia jerga, un vocabulario especializado específico para ese oficio. No es distinto con el mago guerrero. La jerga de su profesión tiene que ver con lo letal. Estos símbolos que hay aquí y fuera del enclave del Primer Mago son en parte el signo de su oficio: traer la muerte.

Zedd carraspeó, luego bajó los ojos y señaló otro símbolo en la muñequera de Richard.

—Este de aquí. Éste está en la puerta de mi enclave. ¿Conoces su significado? ¿Puedes explicarme su intención?

Richard giró ligeramente la muñeca a la vez que echaba un vistazo al símbolo del estallido de estrellas.

—Es una admonición para que no permitas que tu visión quede fija en una sola cosa. El estallido de estrellas es una advertencia para que mires a todas partes a la vez, que no contemples nada que signifique excluir todo lo demás. Es un recordatorio de que no debes permitir que el enemigo atraiga tu atención de un modo que dirija tu visión y haga que te decidas por una única cosa. Si lo haces, verás lo que él desea que veas. Hacerlo le permitirá cegarte, por decirlo de algún modo, y entonces irá contra ti sin que lo veas y lo más probable es que pierdas la vida.

»En su lugar, como este estallido de estrellas, tu visión debe abrirse a todo lo que hay, sin asentarse nunca, ni siquiera cuando hieres. Danzar con la muerte significa comprender y convertirte en uno con tu enemigo, entrar en su mente, de modo que conozcas su espada tan bien como la propia: su localización exacta, su velocidad y su movimiento siguiente antes

de que llegue sin tener que aguardar a verlo primero. Al abrir la visión de este modo, abriendo todos los sentidos, llegas a conocer perfectamente la mente de tu enemigo y te mueves como por instinto.

Zedd se rascó la sien.

—¿Intentas decirme que estos símbolos, signos específicos de los magos guerreros, son todos instrucciones para usar una espada?

Richard negó con la cabeza.

—La palabra «espada» está pensada para representar todas las formas de lucha, no simplemente el combate o la pelea con un arma. Es aplicable también a la estrategia y el liderazgo, entre otras cosas en la vida.

»Danzar con la muerte significa estar comprometido con el valor de la vida, comprometido con tu mente, corazón y alma, de modo que estés verdaderamente preparado para hacer lo que sea necesario para preservar la vida. Danzar con la muerte significa que eres la encarnación de la muerte, venida a cosechar a los vivos, para preservar la vida.

Zedd estaba estupefacto.

Richard pareció un tanto sorprendido por la reacción de Zedd. —Todo esto está muy en armonía con todo lo que me enseñaste, Zedd.

La luz de la lámpara proyectó fuertes sombras sobre el rostro anguloso del mago.

—Supongo que en cierto modo así es, Richard. Pero al mismo tiempo es muchísimo más.

Richard asintió a la vez que acariciaba con un pulgar la superficie plateada de una muñequera. Parecía buscar las palabras.

—Zedd, sé que tú habrías querido ser quien me instruyera sobre todas las cosas relacionadas con tu enclave... igual que quisiste ser quien me enseñara lo que es la Gracia. Como Primer Mago era tu deber. Quizá debería haber esperado.

Alzó un puño con convicción.

—Pero había vidas en juego y cosas que tenía que hacer. Tuve que aprenderlo sin ti.

—Recórcholis, Richard, ¿cómo podría enseñarte tales cosas? —repuso él con resignación—. El significado de esos símbolos ha estado perdido durante miles de años. Ningún mago desde, desde... bueno, ningún mago que conozca ha conseguido jamás descifrarlos. Me cuesta imaginar cómo lo hiciste.

Richard encogió un hombro con timidez.

—Una vez que empecé a caer en la cuenta, todo resultó muy evidente. Zedd lanzó una mirada inquieta a su nieto.

—Richard, crecí en este lugar. He pasado una gran parte de mi vida aquí. Fui Primer Mago cuando realmente había magos aquí a los que dirigir. —Sacudió la cabeza—. Todo ese tiempo esos diseños estuvieron en el enclave del Primer Mago, y jamás supe lo que significaban. Puede parecerte sencillo y obvio a ti, pero no lo es. Por lo que sé, simplemente puedes estar imaginando que comprendes los emblemas... simplemente inventando el significado que quieres que haya ahí.

—No imagino su significado. Me han salvado la vida innumerables veces. Aprendí mucho sobre cómo pelear con una espada comprendiendo el lenguaje de estos símbolos.

Zedd no lo discutió pero en su lugar indicó con un gesto el amuleto que Richard llevaba alrededor del cuello. En el centro, rodeado por un conjunto de líneas en oro y plata, había un rubí en forma de lágrima tan grande como la uña del pulgar de Nicci.

—Encontraste eso en mi enclave. ¿Tienes también alguna idea de lo que significa?

—Formaba parte de estas prendas, parte de las prendas que vestía un mago guerrero, pero a diferencia del resto de ello, como dijiste, esto se dejó bajo la protección del enclave del

Primer Mago.

— ¿Y su significado?

Los dedos de Richard rozaron con reverencia el amuleto.

—El rubí significa una gota de sangre. Los emblemas grabados en este talismán son la representación simbólica de cómo es el mandato primordial.

Zedd presionó los dedos contra la frente, como si estuviese desconcertado por otra confusa adivinanza más.

— ¿El mandato primordial?

La mirada de Richard parecía absorta en el amuleto.

—Significa únicamente una cosa, y todo: «Hiere.» Una vez comprometido a la lucha, hiere. Todo lo demás es secundario. Hiere. Ése es tu deber, tu propósito, tu ansia. No existe regla más importante, ningún compromiso que cancele ése: «Hiere.»

Las palabras de Richard surgían con suavidad, con una especie de seriedad cómplice y letal que le heló los huesos a Nicci.

Alzó el amuleto lejos del pecho, con la mirada fija en sus elaborados grabados.

—Las líneas grabadas son una representación de la danza y como tales tienen un significado específico. —Resiguió con un dedo los arremolinados dibujos, como si siguiera una línea de texto en un idioma antiguo—. Hiere desde el vacío, no desde el desconcierto. Hiere al enemigo tan deprisa y directamente como sea posible. Hiere con seguridad. Hiere con decisión, resueltamente. Ataca su fortaleza. Fluye a través de las brechas en su guardia. Hiérela. Acaba con él por completo. No le permitas un respiro. Aplástalo. Hiérela sin misericordia hasta lo más profundo de su espíritu.

Richard alzó los ojos para mirar a su abuelo.

—Es el equilibrio con la vida: la muerte. Es la danza con la muerte o, con más exactitud, el mecanismo de la danza con la muerte: su esencia reducida a forma, su forma prescrita mediante conceptos.

»Es la ley según la que un mago guerrero vive, o muere.

Los ojos color avellana de Zedd eran ilegibles.

—Así pues, estas marcas, estos emblemas, en última instancia contemplan al mago guerrero como un mero espadachín.

—El mismo principio dominante del que te hablé antes es válido para esto, igual como sucede con los otros símbolos. El mandato primordial no está pensado para simplemente transmitir el modo en que un mago guerrero pelea con un arma, sino, lo que es más importante, con la mente. Es una comprensión fundamental de la naturaleza de la realidad que tiene que abarcar todo lo que el mago hace. Al ser fiel al mandato primordial, cualquier arma es una extensión de su mente, un agente de sus propósitos. En cierto modo es lo que en una ocasión me contaste sobre ser el Buscador. No importa tanto el arma como el hombre que la empuña.

»El último hombre que lució este amuleto fue un Primer Mago. Se llamaba Baraccus. A su vez se daba la casualidad de que había nacido mago guerrero, como yo. También él fue al Templo de los Vientos, pero cuando regresó, entró en el enclave del Primer Mago, dejó esto ahí, salió y se suicidó saltando de uno de los muros del Alcázar.

La mirada de Richard derivó hacia visiones y recuerdos lejanos.

—Durante un tiempo, lo comprendí y anhelé reunirme con él. —Nicci se sintió aliviada cuando la expresión angustiada de sus ojos grises fue desterrada por el regreso de su espontánea sonrisa—. Pero recuperé el juicio.

El silencio resonó en la habitación, como si la muerte misma acabara de deslizarse sin hacer

ruido por la estancia, hubiese hecho una pausa y luego seguido su camino.

Zedd sonrió por fin mientras agarraba el hombro de Richard, para darle a su nieto una afectuosa sacudida.

—Me alegra saber que efectué la elección correcta al nombrarte Buscador, muchacho.

Nicci deseó que Richard tuviera aún la espada que pertenecía al Buscador, pero él la había sacrificado a cambio de información en un intento de encontrar a Kahlan.

—Así pues —dijo finalmente Zedd, regresando al asunto en cuestión—, debido a que conoces estos símbolos, crees que comprendiste los símbolos del interior de la configuración del hechizo Cadena de Fuego.

—Fui capaz de desconectarlo, ¿no?

Zedd volvió a entrelazar las manos a la espalda.

—En eso tienes razón. Pero eso no significa necesariamente que pudieses interpretar formas dentro del hechizo como emblemas, y mucho menos saber que la configuración de hechizo estaba corrompida por los repiques.

—No los repiques mismos —explicó Richard pacientemente—, sino la contaminación que quedó como resultado de la presencia de los repiques en este mundo. Esa corrupción es lo que infectó el hechizo Cadena de Fuego. Ésa es la cuestión.

Zedd se apartó, con el rostro oculto en sombras.

—Pero con todo, Richard, incluso si tú realmente comprendes algo de los emblemas que tienen que ver con magos guerreros, ¿cómo puedes estar seguro de que comprendes con exactitud ese, ese... —gesticuló en la dirección de la habitación donde todo había sucedido— ese otro asunto con el hechizo Cadena de Fuego y los repiques?

—Lo sé —insistió Richard en una voz calmada—. Vi la marca de la naturaleza de la corrupción. La provocaron los repiques.

Sonaba cansado. Nicci se preguntó cuánto tiempo llevaba levantado. Por el timbre árido de la voz y la levísima inestabilidad en los movimientos del joven, sospechó que, probablemente, no había dormido en días. No obstante lo agotado que podría haber estado, parecía resuelto en su convicción. La hechicera sabía que era su preocupación por Kahlan lo que le impelía a seguir adelante.

Nicci, debido a que él la había sacado de la configuración de hechizo dos veces, no estaba dispuesta a descartar tan fácilmente su teoría. Más que eso, había llegado a comprender que Richard poseía una comprensión de la magia que era muy diferente de la sabiduría convencional. En un principio había creído que su percepción de cómo la magia funcionaba, en parte a través de conceptos artísticos, era un producto de haber sido criado sin haber recibido instrucción sobre magia, sin haber estado expuesto a ella, pero desde entonces había llegado a comprender que aquella comprensión única, junto con su singular intelecto, le habían permitido captar una naturaleza esencial de la magia que era fundamentalmente distinta de las enseñanzas ortodoxas.

Nicci había llegado a creer que Richard podría de verdad comprender la magia de un modo que nadie había imaginado desde épocas remotas.

Zedd se dio la vuelta, con el rostro iluminado por el resplandor cálido de luz de lámpara en un lado y, en el otro, la tenue luz fría del amanecer.

—Richard, digamos que tienes razón sobre el significado de los símbolos en esas muñequeras y los que hay en el enclave del Primer Mago. Entender esas cosas no significa que puedas entender las líneas del interior de la red de verificación. Es un contexto completamente distinto y único. No estoy poniendo en duda tu capacidad, muchacho. De verdad que no, pero tratar con configuraciones de hechizo es un asunto infinitamente

complejo. No puedes sacar precipitadamente la conclusión...

— ¿Has visto un dragón en el último par de años?

Todos en la habitación se sumieron en un atónito silencio ante el repentino cambio de tema de Richard... y no a cualquier tema, si no a uno que tan sólo podía describirse como extraño en el mejor de los casos.

— ¿Un dragón? —dijo Zedd, por fin, como un hombre adentrándose poco a poco sobre un lago recién congelado.

—Sí, un dragón. ¿Recuerdas haber visto un dragón desde que abandonamos nuestro hogar en la Tierra Occidental y vinimos a la Tierra Central?

Zedd alisó hacia atrás algunos de los ondulados mechones de la blanca cabellera. Dirigió una breve ojeada tanto a Cara como a Nicci antes de responder.

—Bueno, no, la verdad es que no puedo decir que recuerde haber visto ningún dragón, pero ¿qué tiene eso que ver...?

— ¿Dónde están? ¿Por qué no has visto ninguno? ¿Por qué se han ido? Zedd parecía estar perplejo. Extendió las manos.

—Richard, los dragones son criaturas muy escasas.

Richard se recostó en su silla, cruzando una pierna sobre la otra rodilla.

—Los dragones rojos lo son. Pero Kahlan me contó que los otros tipos son relativamente comunes, y que a algunos de los más pequeños se les cría para la caza y cosas así.

La expresión de Zedd se tornó suspicaz.

— ¿Adónde quieres ir a parar?

Richard gesticuló con un amplio movimiento de la mano.

— ¿Dónde están los dragones? ¿Por qué no hemos visto ninguno? A eso es a lo que quiero ir a parar.

Zedd cruzó los brazos sobre el pecho.

—Me rindo. ¿De qué hablas?

—Bien, por un lado, no lo recuerdas... de eso es de lo que hablo. El hechizo Cadena de Fuego ha afectado a más cosas que simplemente a tu recuerdo de Kahlan.

—No recuerdo ¿qué? —farfulló Zedd—. ¿A qué te refieres?

En lugar de responder a su abuelo, Richard miró atrás por encima del hombro.

— ¿Has visto un dragón? —preguntó a Cara.

—No recuerdo a ninguno. —La mirada de la mujer permaneció fija en él—. ¿Estáis sugiriendo que debería?

—Rahl el Oscuro tenía un dragón. Puesto que era el lord Rahl por entonces, tú habrías estado por allí de modo que, probablemente, lo habrías visto.

Zedd y Cara compartieron una mirada preocupada.

Richard dirigió su mirada de ave rapaz a Nicci.

— ¿Y tú?

Nicci carraspeó.

—Siempre pensé que eran criaturas míticas. No hay ninguno en el Viejo Mundo. Si alguna vez los hubo, no han existido desde hace una eternidad. Ninguna anotación desde la gran guerra hace la menor mención a ellos.

— ¿Y desde que llegaste al Nuevo Mundo?

Nicci vaciló ante la idea de dar cuenta de lo que recordaba. Comprendió, no obstante, por el modo en que él aguardaba pacientemente y en silencio a que respondiera, que no iba a dejar pasar el tema, y sabía que cualquiera que fuese la críptica ecuación en cuya solución estuviese trabajando no tendría que ver con nada trivial. Bajo el silencioso escrutinio de

Richard, Nicci sintió no tan sólo una compulsión a responder, sino una sensación creciente de aprensión.

Arrojó los cobertores atrás y sacó los pies por el lado de la cama, posándolos en el suelo. No quería seguir allí tumbada... en especial si hablaba de aquella época. Agarrando la barra lateral, trabó la mirada con Richard.

—Cuando te sacaba de aquí para llevarte al Viejo Mundo, antes de que abandonásemos el Nuevo Mundo, nos encontramos con unos huesos descomunales. Yo no llegué a bajar del caballo para mirarlos, pero recuerdo verte andar por entre aquellos huesos de costillas... huesos de costillas que tenían más del doble de tu altura. Jamás había visto nada igual. Dijiste que creías que eran los restos de un dragón.

»Yo pensé que debían de ser huesos antiguos. Tú dijiste que no lo eran, que todavía tenían trozos de carne. Señalaste todas las moscas que zumbaban alrededor de aquello como prueba de que era lo que quedaba de un cuerpo putrefacto.

Richard asintió ante el recuerdo.

Zedd se aclaró la garganta.

—¿Y has visto un dragón alguna vez, Richard? Uno que estuviese vivo, quiero decir.

—*Escarlata*.

—¿Qué?

—Ése era su nombre: *Escarlata*.

Zedd pestañeó con incredulidad.

—¿Has visto un dragón... y tiene un nombre?

Richard se levantó y fue a la ventana. Posó las manos en la abertura de piedra, apoyando el peso del cuerpo sobre ella a la vez que contemplaba el exterior.

—Sí —dijo por fin—. Su nombre era *Escarlata*. Me ayudó, hace un tiempo. Era una bestia noble.

Dio la espalda a la ventana.

—Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que tú la conociste, también. Las cejas de Zedd se alzaron.

—¿Conocí a ese dragón?

—No tan bien como Kahlan o yo, pero la conociste. El acontecimiento Cadena de Fuego evidentemente ha corrompido tu recuerdo de ello. Se suponía que el hechizo Cadena de Fuego haría que todo el mundo olvidase a Kahlan, pero todo el mundo está olvidando otras cosas también, cosas que estaban relacionadas con ella.

»Por todo lo que sé, es posible que en una ocasión conocieras los significados de los emblemas que hay fuera del enclave del Primer Mago mejor que yo. Si así era, has perdido ese recuerdo. ¿Cuántas muchas otras cosas se han perdido? No sé mucho sobre los distintos modos de usar la magia, pero cuando peleábamos contra la bestia la otra noche, me pareció que, en el pasado, todos vosotros usabais hechizos y poderes con mucha más inventiva que las cosas que probasteis contra la amenaza; excepto tal vez lo que Nicci hizo al final.

»Eso es lo que los hombres que idearon el hechizo Cadena de Fuego temían más. Por esa razón jamás quisieron ponerlo en marcha. Por eso jamás osaron ponerlo a prueba. Temían que una vez iniciado un acontecimiento así éste pudiera propagarse, destruyendo conexiones que estaban muy lejos del objetivo primordial del hechizo: en este caso Kahlan. Tu recuerdo de Kahlan se ha perdido. Tu recuerdo de *Escarlata* se ha perdido. Tu recuerdo incluso de haber visto dragones, aparentemente, también se ha perdido.

Nicci se puso en pie.

—Richard, nadie discute que el hechizo Cadena de Fuego sea terriblemente peligroso.

Todos sabemos eso. Todos sabemos que nuestros recuerdos han sido dañados por la puesta en marcha de un hechizo Cadena de Fuego. ¿Tienes alguna idea de lo perturbador que es ser consciente de que todos hicimos cosas, supimos cosas y conocimos personas que ahora no podemos recordar? ¿Te das cuenta de lo inquietante que es vivir temiendo constantemente qué recuerdos se habrán perdido, y qué otros podrían perderse? ¿Qué la propia mente se está erosionando? ¿Adónde quieres ir parar?

—Justo a eso... qué más se está perdiendo. Creo que la destrucción se expande por la memoria de todo el mundo... que las mentes se erosionan, como tú has dicho. No creo que Cadena de Fuego simplemente implique olvidar a Kahlan. Creo que el hechizo, una vez activado, es un proceso continuo. Creo que la pérdida de memoria de todo el mundo sigue extendiéndose.

Zedd, Cara y Nicci apartaron todos la vista de la mirada fija de Richard. Nicci se preguntó cómo podían ayudarle si ninguno de ellos era capaz, de un modo consciente, de utilizar su raciocinio, y aún menos conservar lo que todavía tenían de un día a otro.

¿Cómo podía Richard confiar en ninguno de ellos?

—Me temo que mala como es toda esa parte, todavía se vuelve más enrevesada y mucho peor —dijo Richard, y el acaloramiento había abandonado la voz—. Los dragones, como muchas criaturas de la Tierra Central, necesitan y utilizan magia para vivir. ¿Y si la corrupción provocada por los repiques extinguió la magia que necesitan para poder vivir? ¿Y si nadie ha visto dragones durante el último par de años porque ya no existen y con el hechizo Cadena de Fuego han quedado olvidados ahora? ¿Qué otras criaturas con magia podrían haber dejado de existir también?

Richard golpeó un pulgar contra el pecho.

—Nosotros somos criaturas que tenemos magia. Tenemos el don. ¿Cuánto tiempo falta para que la mácula dejada por los repiques empiece a destruirnos?

—Pero quizá... —La voz de Zedd se apagó cuando no se le ocurrió ningún argumento.

—El hechizo Cadena de Fuego mismo está contaminado. Todos visteis lo que le estaba haciendo a Nicci. Ella estaba dentro del hechizo y conoce la terrible verdad sobre ello. —Richard empezó a pasear de un lado a otro mientras hablaba—. No hay forma de saber el modo en que la contaminación que hay en el interior del hechizo podría cambiar su funcionamiento. Podría ser incluso que la contaminación sea la razón de que la pérdida de memoria de todo el mundo se esté propagando más allá de lo que lo habría hecho de otro modo.

»Pero lo que es aún peor, da la impresión de que la corrupción ha trabajado en conjunción con el hechizo Cadena de Fuego de un modo simbiótico.

Zedd alzó la mirada.

— ¿De qué hablas?

— ¿Cuál es el propósito insensato de los repiques? ¿Por qué fueron creados para empezar? Para una única función —dijo Richard en respuesta a su propia pregunta—, destruir la magia.

Richard dejó de pasear para mirar al resto de ellos mientras proseguía.

—La contaminación dejada por los repiques está destruyendo la magia. Las criaturas que necesitan magia para vivir... los dragones, por ejemplo... serían probablemente los primeros afectados. Esa cascada de acontecimientos continuará. Pero nadie es consciente de ello porque el hechizo Cadena de Fuego está destruyendo simultáneamente la memoria de todo el mundo. Creo que esto puede estar sucediendo porque el hechizo Cadena de Fuego está contaminado y provoca que todo el mundo olvide justo las cosas que se están perdiendo.

»De un modo muy parecido a como una sanguijuela anestesia a su víctima para que no note cómo le extrae la sangre, el hechizo Cadena de Fuego hace que todo el mundo olvide lo que se está perdiendo debido a la corrupción de los repiques.

»El mundo está cambiando espectacularmente y nadie se da cuenta siquiera. Es como si todo el mundo olvidara que éste es un mundo que está influido por la magia, y en muchos aspectos funciona a través de ella. Esa magia se está extinguiendo... y lo mismo le sucede al recuerdo que todo el mundo tiene de ella.

Richard volvió a apoyarse en el alféizar y miró por la ventana.

—Amanece un nuevo día, un día en el que la magia sigue muriendo, y nadie es consciente siquiera de que se está desvaneciendo. Cuando muera por completo, dudo que nadie la recuerde, recuerde lo que existió en una ocasión.

»Es como si todo lo que era este mundo estuviese pasando a un reino de simple leyenda. Zedd presionó los dedos contra la mesa mientras clavaba la vista a lo lejos. La luz de la lámpara acentuaba los profundos surcos de sus facciones demacradas. Su rostro había adquirido un tono ceniciento. En aquel momento, Nicci pensó que parecía muy viejo.

—Queridos espíritus —dijo el mago sin alzar los ojos—. ¿Y si estás en lo cierto?

Todos se volvieron al oír un educado golpe en la puerta. Cara abrió la puerta. Nathan y Ann aparecieron al otro lado del umbral.

—Llevamos a cabo la red de verificación estándar —dijo Nathan a la vez que entraba detrás de Ann, echando una ojeada a los semblantes sombríos. Zedd alzó los ojos expectante.

—¿Y?

—Y no muestra defectos —respondió Ann—. Está perfectamente intacto en todos los aspectos.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Cara—. Todos vimos los problemas que causaba la otra. Casi mató a Nicci... y lo habría hecho si lord Rahl no la hubiese sacado.

—Exactamente lo que pensamos nosotros —dijo Nathan. Zedd desvió los ojos al suelo.

—Se dice que una perspectiva interior es capaz de revelar más que el proceso estándar de verificación —explicó a Cara—. Ésa no es una buena señal. No es una señal nada buena. Aparentemente, la contaminación se enterró tan profundamente como le fue posible para poder ocultar su presencia. Por eso no se vio en la red de verificación estándar.

—O bien —brindó Ann a la vez que deslizaba las manos al interior de las mangas de su sencillo vestido gris—, en realidad no le pasa nada al hechizo. Al fin y al cabo, ninguno de nosotros ha efectuado nunca antes una perspectiva interior. Algo así no se ha hecho en miles de años. Es posible que hiciéramos algo mal.

Zedd negó con la cabeza.

—Ojalá fuese así, pero ahora creo que es lo contrario.

La frente de Nathan se arrugó con una expresión suspicaz, pero Ann habló antes de que él tuviera una oportunidad de hacerlo.

—Aun cuando las Hermanas que liberaron el hechizo hubiesen efectuado una red de verificación —dijo—, probablemente no habrían llevado a cabo una perspectiva interior, de modo que no habrían sospechado que estuviese contaminado.

Richard se frotó la frente con las yemas de los dedos.

—Aun cuando supieran que estaba contaminado, no creo que les importase. No les preocuparía qué daños podría provocar al mundo tal contaminación. Su objetivo, al fin y al cabo, era obtener las cajas y desencadenar el poder que contienen.

Nathan paseó la mirada de un rostro sombrío a otro.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha sucedido?

—Me temo que acabamos de enterarnos de que la memoria puede ser sólo el principio de lo que perdemos. —Nicci se sintió un tanto rara ante ellos vestida con un camisón de color rosa mientras declaraba la llegada del fin del mundo tal y como lo conocían—. Estamos perdiendo quiénes somos, lo que somos. Estamos perdiendo no tan sólo nuestro mundo, sino a nosotros mismos.

Richard ya no parecía prestar atención a la conversación. Estaba de pie, inmóvil, mirando fijamente por la ventana.

—Alguien sube por la calzada que lleva al Alcázar.

—Quizá sean Tom y Friedrich —dijo Nathan.

Zedd meneó la cabeza mientras iba hacia la ventana.

—No regresarían de una patrulla por los alrededores tan pronto.

—Bueno, podría ser que ellos...

—No son Tom y Friedrich —dijo Richard a la vez que empezaba a dirigirse a la puerta—. Son dos mujeres.

Capítulo 10

¿Qué pasa? —gritó Rikka cuando Richard, Nicci y Cara corrieron hacia ella.

Nathan y Ann ya habían quedado muy rezagados. Zedd estaba entre los unos y los otros.

—Vamos —le gritó Richard mientras pasaba a la carrera.

—Sube alguien por la calzada del Alcázar —gritó Cara, volviendo la cabeza, a la vez que Rikka se les unía.

Richard rodeó una larga mesa de piedra colocada contra la pared debajo de un cuadro enorme de un lago. Podían verse senderos a través de las profundas sombras de un bosque de coníferas. A lo lejos, entre una neblina azulada, montañas majestuosas se alzaban para alcanzar pinceladas de dorada luz solar. Era una escena que hacía que Richard anhelara estar de vuelta en sus bosques de Ciudad del Corzo. Más que nada, no obstante, la pintura siempre le recordaba el mágico verano que había pasado con Kahlan en el hogar que había construido para ella en un lugar recóndito de las montañas.

El verano de la recuperación de Kahlan de sus terribles heridas, mientras él le mostraba la belleza natural de su mundo boscoso y la salud volvía a florecer en ella, había sido uno de los más felices de su vida. Había finalizado demasiado súbitamente al llegar Nicci de repente y llevárselo de allí; pero de todos modos, sabía que de no haberlo interrumpido Nicci, alguna otra cosa lo habría hecho. Había sido un tiempo de ensueño que tenía que finalizar. Hasta que detuvieran la amenaza de la Orden Imperial que se cernía sobre ellos, nadie podía vivir sus sueños, pues, todos serían barridos por la misma pesadilla.

Rodearon un pilar de mármol verde con un capitel y una base dorados y todos se precipitaron hacia abajo por un tramo en espiral de escalones de granito, con Richard y Nicci en cabeza, y las dos mord-sith pegadas a sus talones. El hueco de la escalera era pequeño para el Alcázar, pero empequeñecía cualquier cosa que Richard hubiese visto en la Tierra Occidental.

Al llegar abajo frenó con un patinazo, haciendo una pausa momentánea para decidir cuál sería la ruta más rápida; en el Alcázar no era siempre la que parecía obvia. Además de eso, era tan fácil perderse allí como en un bosque de abedules.

Cara se abrió paso entre Richard y Nicci, no sólo para asegurarse de que hubiese una guardiana vestida de rojo a cada lado de él, sino con objeto de que fuese ella quien se

hallase por delante de él. Por lo que Richard sabía, no existían rangos entre las mord-sith, pero Rikka, igual que las otras mord-sith, aunque no lo expresara en palabras, siempre reconocía la autoridad tácita de Cara.

Richard reconoció el excepcional dibujo de franjas negras y doradas que bordeaban ambos lados del revestimiento de caoba de uno de los corredores. Desde que había aprendido a andar, Richard había usado los detalles de su entorno para orientarse. Al igual que había hecho en los bosques, donde reconocía alguna peculiaridad, como una rama retorcida, un bulto o unas marcas, había aprendido a moverse a través del Alcázar y lugares como él mediante detalles arquitectónicos.

Indicó con la mano.

—Por aquí.

Cara salió a la carrera por delante de él.

Mientras corrían, el golpear de sus botas resonaba en los suelos de piedra. Nicci iba descalza, y a él le sorprendió un tanto que sin llevar zapatos pudiera seguirles el ritmo corriendo por la tosca piedra. Nicci no era la clase de mujer que Richard imaginaría nunca corriendo descalza. Pero incluso así, todavía tenía en cierto modo un aspecto... regio.

No hacía tanto, Richard no imaginaba que Nicci volviera a correr jamás. Todavía le sorprendía haber sido capaz de sacarla de la configuración de hechizo después del estallido del rayo a través de la ventana. Durante un tiempo estuvo seguro de que la habían perdido. De no haber estado Zedd allí para ayudar una vez que Richard hubo desconectado la red de verificación, muy bien podrían haber sido así.

Doblaron por otro pasillo; largas alfombras acallaron su carrera y finalmente los condujeron entre dos columnas de mármol rojo y al interior de la antesala de forma ovalada. Una galería, sostenida por pilares y arcos, recorría el perímetro de la habitación.

Richard descendió a saltos los cinco peldaños de la habitación delimitada por las columnas y pasó corriendo ante la gran fuente en forma de hoja de trébol colocada en el centro. El agua de la fuente caía en cascada por los sucesivos cuencos festoneados, cada vez más amplios, para finalizar en un estanque retenido por un murete de mármol blanco que llegaba a la altura de la rodilla. Treinta metros por encima, una claraboya inundaba la habitación de calidez y luz.

Cuando llegó al otro extremo de la habitación, Richard se adelantó a Cara y abrió de par en par una de las puertas dobles. Se detuvo en lo alto de la docena de amplios escalones de granito. Nicci se paró junto a él, a su izquierda, con Rikka al otro lado de la hechicera. Cara ocupó una posición defensiva muy cerca del lado derecho de Richard. Todos ellos estaban aún sin resuello por la breve pero veloz carrera a través del Alcázar.

La hierba en el cercado situado enfrente se veía exuberante a la luz de las primeras horas de la mañana. Más allá del cercado, la pared del Alcázar se alzaba, haciendo que el patio interior pareciese un desfiladero acogedor. El transcurrir de milenios había dejado la imponente pared de piedra oscura manchada de sedimentos de color canela, y el goteo de depósitos de calcio daba la impresión de que la roca se deshacía lentamente.

Dos caballos chacolotearon a través de la oscura abertura en arco de la izquierda que daba acceso al patio interior. Richard no podía decir de quién se trataba, ocultas como estaban allá en las profundas sombras de la amplia y baja arcada, pero quienquiera que fuesen debían de saber adónde iban y al parecer no les asustaba penetrar en una zona interior del Alcázar que sólo usaban magos y aquellos que habían trabajado con ellos en el complejo. Pero de eso hacía mucho tiempo. Con todo, Richard rememoró su propia inquietud la primera vez que se aventuró cautelosamente tan al interior de los terrenos del Alcázar. Se le

erizaron los pelos de la nuca al pensar en quién podría ser tan audaz para cabalgar directamente al interior de tal lugar.

Cuando los dos jinetes salieron a la luz, Richard vio que uno de ellos era Shota.

La bruja trabó la mirada con él y sonrió con aquella sonrisa sosegada y cómplice que lucía con tanta naturalidad. Como siempre le ocurría con Shota, Richard no confió del todo en que la sonrisa fuese significativa, y mucho menos sincera. Por lo tanto, no podía estar seguro de que augurase nada bueno.

No reconoció a la mujer, quizá unos diez o quince años mayor, que cabalgaba medio cuerpo por detrás de Shota. Un pelo corto y rubio rojizo enmarcaba el rostro afable de la desconocida, y sus ojos eran de un azul tan intenso como el cielo en un día despejado de otoño. A diferencia de Shota, no lucía ninguna sonrisa. Mientras cabalgaban, su cabeza giraba y aquellos ojos azules escudriñaban, como si temiera un inminente ataque de demonios que pudiesen materializarse surgiendo de la nada.

Shota, en contraste con ella, parecía tranquila y segura de sí misma.

Cara se inclinó por delante de Richard en dirección a Nicci.

—Shota, la bruja —susurró.

—Lo sé —respondió Nicci sin apartar los ojos de la hermosa mujer que cabalgaba hacia ellos.

Shota detuvo el caballo muy cerca de los peldaños. A la vez que erguía los hombros posó con indiferencia las muñecas sobre el pomo de la silla.

—Necesito verte —dijo a Richard como si fuese el único allí de pie; la sonrisa, sincera o no, había desaparecido—. Tenemos mucho de lo que hablar.

— ¿Dónde está tu sanguinario compañero, Samuel?

Shota, que montaba a mujeriegas, se deslizó fuera del caballo del mismo modo que lo haría un espíritu, si los espíritus montaran a caballo.

Un atisbo de indignación entornó los ojos casi almendrados de la bruja.

—Ésa es una de las cosas de las que es necesario que hablemos.

La otra mujer desmontó también y tomó las riendas del caballo de Shota cuando la bruja las alzó a un lado, de un modo muy parecido a como lo haría una reina, sin saber ni importarle quién se haría cargo de ellas, pero esperando sin la menor duda que alguien lo haría. La mirada de Shota permaneció fija en Richard mientras se acercaba a los anchos peldaños de granito. Su espesa cabellera color caoba caía por encima de sus hombros y centelleaba bajo la luz de primeras horas de la mañana. El atrevido vestido, confeccionado con una tela etérea de color beige que se complementaba a la perfección con el color de su pelo, parecía flotar con sus fluidos pasos, pegándose a cada una de sus curvas, al menos aquellas que cubría.

La mirada de Shota abandonó por fin a Richard para evaluar a Nicci con una mirada que decía: «Te desafío.» Era la clase de mirada que habría fulminado a cualquiera, pero que no consiguió en absoluto fulminar a Nicci. A Richard se le ocurrió que posiblemente estaba en presencia de las dos mujeres vivas más peligrosas del mundo, y medio esperó que oscuros nubarrones hicieran su aparición y centellearan los relámpagos, pero el cielo permaneció desafiadoramente despejado.

La mirada de Shota volvió a recaer finalmente en Richard. —A tu amigo Chase lo han herido de gravedad.

Richard no sabía qué había esperado que dijera Shota, pero eso era lo último que podría haber imaginado.

— ¿Chase...?

Zedd llegó precipitadamente y se abrió paso a empujones entre Richard y Cara.

— ¡Shota! —exclamó con un resoplido. Tenía el rostro enrojecido y no era por la carrera—. ¡Cómo osas entrar en el Alcázar! Primero le quitas a Richard la espada, y luego...

Richard alzó un brazo ante el pecho de su abuelo para impedir que se abalanzara sobre ella.

—Zedd, tranquilízate. Shota dice que han herido de gravedad a Chase.

— ¿Cómo cree ella que...?

La voz de Zedd se cortó de golpe cuando las palabras de Richard hicieron por fin mella en él. Los desorbitados ojos volvieron a girar hacia Shota.

—Chase, ¿herido? Queridos espíritus... ¿cómo?

De repente, Zedd vio a la otra mujer un poco más atrás, sosteniendo las riendas de los caballos. Entrecerró los ojos para protegerlos de la brillante luz.

— ¿Jebra? ¿Jebra Bevinvier?

La mujer sonrió afectuosamente.

—Ha transcurrido bastante tiempo. No estaba segura de que me recordaseis, mago Zorander.

Esta vez Richard no intentó detener a Zedd cuando éste se apresuró a descender los peldaños. El anciano abrazó a la mujer con un cálido y protector abrazo.

—Mago Zorander...

—Zedd, ¿recuerdas?

Ella se echó hacia atrás para alzar la vista e inspeccionarle el rostro. Una sonrisa se abrió paso entre la tristeza que abrumaba terriblemente su mirada. La sonrisa se esfumó.

—Zedd, mi visión se ha oscurecido.

— ¿Oscurecido? —Con la preocupación tensándole las facciones, se irguió y la agarró por los hombros—. ¿Cuánto hace?

Una angustia terrible volvió a aflorar a los ojos azules de la mujer. —Casi dos años.

—Dos años... —dijo Zedd, su voz se fue apagando por el desaliento.

—Ahora te recuerdo —dijo Richard a la vez que bajaba los escalones—. Kahlan me habló de ti.

Jebra miró a Richard, frunciendo el entrecejo.

— ¿Quién?

—El fantasma que persigue —dijo Shota, con la férrea mirada fija en él como si le desafiara a discutirlo.

—La mujer que busca no es ningún fantasma —dijo Nicci, atrayendo la atención de Shota—. Gracias en parte a las costosas y más bien ambiguas sugerencias que le ofreciste, hemos descubierto la verdad sobre lo que Richard nos ha estado contando todo este tiempo. Al parecer, tú todavía no tienes ni idea sobre ello.

La mirada gélida de Nicci recordó a Richard que en una ocasión había sido conocida como la Señora de la Muerte. La fría autoridad de su voz se correspondía con su mirada. Había pocas mujeres en el mundo tan temidas como lo había sido Nicci en el pasado... con la excepción tal vez de Shota. El porte de Nicci indicaba que todavía era claramente una mujer a temer.

Shota, sin inmutarse, estudió toda la longitud del camisón rosa de Nicci. Richard esperó ver una sonrisita presuntuosa, pero en lugar de ello, una mirada ardiente relampagueó en los ojos de Shota.

—Has estado durmiendo en su lecho. —Lo dijo casi sorprendida por sus propias palabras, como si la información le hubiese acudido a la mente de improviso.

Nicci encogió los hombros con satisfacción ante la ira de Shota. —Así es.

Una levísima sonrisa curvó las comisuras de la boca de la bruja.

—Pero no has conseguido acostarte con él aún. —La sonrisa se ensanchó—. ¿Lo has intentado, querida? ¿O temes el aguijón de su rechazo?

—No lo sé, ¿por qué no me cuentas qué sentiste cuando te rechazó a ti?, entonces tomaré una decisión.

Richard hizo retroceder con suavidad a Nicci antes de que las dos mujeres hicieran algo estúpido... como intentar sacarse los ojos. O reducirse mutuamente a cenizas.

—Dijiste que estaba aquí por un motivo, Shota. Es mejor que no sea éste.

Shota exhaló un suave suspiro.

—Encontré a tu amigo Chase. Estaba gravemente herido.

—Eso dijiste. ¿Cómo resultó herido?

La mirada de Shota no eludió la suya.

—Fue herido por una espada que debería resultarte bastante conocida.

Richard pestañeó estupefacto.

—¿A Chase le hirió la *Espada de la Verdad*? ¿Samuel atacó a Chase? —Eso me temo.

Zedd agitó un dedo huesudo en dirección a Shota.

— ¡Esto es cosa tuya!

—Tonterías.

También Shota alzó un dedo cuando Zedd se acercó más, pero en señal de advertencia más que de acusación. El gesto, y sus palabras, impidieron que Zedd diera otro paso.

—No necesito ninguna espada para provocar daño. —Enarcó una ceja—. ¿Te gustaría verlo, mago?

— ¡Basta ya!

Richard descendió los escalones de dos en dos y se colocó entre Shota y su abuelo. Dirigió una mirada iracunda a Shota.

— ¿Qué está pasando?

Ella suspiró con tristeza.

—Me temo que no lo sé del todo.

—Le diste a Samuel mi espada. —Richard intentaba controlar la cólera, impedir que se percibiera su ira, pero temía que no lo estaba haciendo muy bien—. Te advertí sobre su carácter. A pesar de mi advertencia, insististe en que él la tuviera. Quiero saber qué trama. ¿Dónde está Chase? ¿Hasta qué punto está malherido? ¿Y dónde está Rachel?

La frente de Shota se crispó.

— ¿Rachel?

—La niña que estaba con él... la niña que adoptó. Los dos iban de regreso a la Tierra Occidental. Chase iba a traer a su familia al Alcázar. ¿Quieres decir que la niña no estaba allí, con él?

—Lo encontré gravemente herido. —Por primera vez, Shota parecía desconcertada—. No había ninguna niña con él.

Mientras observaba cómo Rikka tomaba las riendas de los dos caballos y tiraba de ellos en dirección al cercado, Richard intentó imaginar qué estaba sucediendo, por qué Rachel no había permanecido con Chase. Le preocupaban las posibles razones, le preocupaba lo que podría haberle sucedido a la niña. Sabiendo lo imaginativa y leal que era, Richard se preguntó si habría ido en busca de ayuda y vagaba ahora por ahí sola.

Otra idea le pasó por la mente.

— ¿Y cómo fue que te tropezaste con Chase?

Shota se humedeció los labios. Parecía reacia a decir algo que era evidente que le resultaba

desagradable, pero finalmente contestó:

—Iba tras Samuel.

Sorprendido, Richard dirigió una rápida ojeada a Nicci. El semblante de la hechicera no mostró ninguna reacción y sus facciones aparecieron tan desprovistas de emoción que por un instante recordó a Richard una expresión similar que había visto de vez en cuando en Kahlan. Un rostro de Confesora, lo había llamado ella. Alguna que otra vez, las Confesoras se despojaban de toda emoción para llevar a cabo las cosas terribles que debían hacer en ocasiones.

—¿Cómo está Chase? —preguntó Richard, más calmado.

Quería saber por qué Shota iba tras Samuel, pero de momento tenía preocupaciones más importantes.

—¿Se repondrá?

—Eso creo —repuso Shota—. Le habían atravesado con una espada...

—Con mi espada.

Shota no lo discutió.

—No soy una sanadora, pero sí poseo ciertas habilidades y pude invertir su viaje hacia la muerte. Encontré a unas personas que podían cuidar de él y ayudarle a recuperarse. Creo que está a salvo por el momento. Pasará algún tiempo antes de que pueda volver a ponerse en pie.

—¿Y por qué no lo mató Samuel? —preguntó Cara desde el peldaño superior.

—Apuñaló a Tovi del mismo modo —dijo Nicci—. No la mató, tampoco.

—Samuel es ciertamente capaz de asesinar —indicó Richard. Shota entrelazó las manos ante sí.

—Samuel aparentemente fue incapaz de armarse del valor necesario para matar con la espada. Ha hecho eso en el pasado... cuando la espada era suya... y por lo tanto conoce el dolor que causa cuando se utiliza para matar. —Enarcó las cejas hacia Richard—. Estoy segura de que sabes bien de qué hablo.

—Es un arma que no puede estar en las manos equivocadas —dijo Richard.

Shota hizo caso omiso de la pulla y siguió diciendo:

—El suyo es el modo de actuar de un cobarde. Un cobarde a menudo dejará que la persona muera por su cuenta, lejos de su vista.

—Sufren más de ese modo —indicó Zedd—. Es más cruel. A lo mejor ésa fue su razón. La bruja movió negativamente la cabeza.

—Samuel es un cobarde y un oportunista. Los cobardes no planean necesariamente las cosas. Actúan impulsados por el capricho. Quieren lo que quieren cuando lo quieren.

»Samuel rara vez se molestará en considerar las consecuencias de sus acciones; simplemente agarra algo cuando ve una oportunidad para ello, cuando ve algo que desea. Retrocede ante el dolor que le causaría matar con la espada y, por lo tanto, no consigue completar el asesinato iniciado debido a un impulso. Si la persona que hiere padece un final atroz y prolongado, a Samuel no le importa porque él no está por allí para presenciarlo. Está fuera de su vista, fuera de su mente. Eso es lo que hizo a Chase.

—Y tú le diste la espada —dijo Richard, incapaz de disimular la cólera—. Sabías cómo era él y con todo hiciste posible que hiciera esto. Shota lo contempló por un momento antes de contestar:

—No es así como fue, Richard. Le di la espada porque pensé que le haría sentirse contento. Creí que se daría por satisfecho con tenerla de nuevo en su poder. Pensé que suavizaría su rencor por habérsela arrebatado de un modo tan brusco.

Shota lanzó una mirada breve pero asesina a Zedd.

—Así pues, no consideraste las consecuencias de tus acciones —dijo Richard—.

Simplemente querías lo que querías cuando lo querías.

La mirada de la mujer volvió a deslizarse hacia Richard.

—¿Tras todo este tiempo, y con todo lo que te ha sucedido, sigues siendo tan petulante como siempre?

Richard no estaba de humor para disculparse.

—Me temo que hay algo más en esto —repuso Shota, con algo menos de indignación—, más de lo que comprendí en su momento. Zedd se restregó la barbilla mientras consideraba la situación.

—Samuel debe de haber acuchillado a Chase y luego secuestrado a Rachel.

A Richard le sorprendió la sugerencia de Zedd; no se le había ocurrido eso. Había supuesto que Rachel había ido en busca de ayuda.

Dedicó una expresión ceñuda a Shota.

—¿Por qué haría Samuel algo así?

—Me temo que no tengo ni idea. —Shota alzó los ojos hacia Nicci, que seguía parada en lo alto de los escalones de granito—. ¿Quién es esa mujer que dices que acuchilló? ¿Esa Tovi?

—Era una Hermana de las Tinieblas. Y no es una acusación vana. Tovi no conocía a la persona que la hirió, no sabía quién era Samuel, pero desde luego conocía la *Espada de la Verdad*; en una ocasión fue una de las maestras de Richard allá en el Palacio de los Profetas. Justo antes de morir me contó que ella y otras tres Hermanas de las Tinieblas habían puesto en marcha un conjuro de Cadena de Fuego alrededor de Kahlan para hacer que todo el mundo la olvidara. Luego utilizaron a Kahlan para robar las cajas del Destino del Palacio del Pueblo.

La frente de Shota se arrugó. Parecía verdaderamente perpleja.

—Las cajas del Destino están en funcionamiento —añadió Richard. Shota agitó una mano displicentemente a la vez que fijaba la vista a lo lejos, abstraída.

—Esa información ha llegado a mi conocimiento. Pero no sabía cómo había sucedido.

Richard se preguntó cuánto más sabía de la historia, pero la contó de todos modos.

—Tovi se llevaba una de las cajas del Destino del Palacio del Pueblo, en D'Hara, cuando Samuel la asaltó, la atravesó con la espada y luego robó la caja que llevaba.

Shota volvió a parecer sorprendida, pero la expresión fue rápidamente desterrada por una callada furia mientras consideraba en silencio lo que le habían contado.

—He conocido a Chase toda mi vida —dijo Richard—. Si bien cualquiera puede cometer un error, jamás he sabido que lo cogiera por sorpresa alguien que estuviese al acecho. No puedo imaginar que sea mucho más fácil tender una emboscada a las Hermanas de las Tinieblas. Son personas poseedoras del don, con mucho talento y habilidad; pueden percibir si hay personas a su alrededor.

Shota alzó los ojos hacia él.

—¿Y lo que quieres decir es?

—Samuel fue capaz de sorprender a una Hermana de las Tinieblas, y a un guardián del Límite. —Richard cruzó los brazos sobre el pecho—. Lo que es más, cada vez que Samuel intenta llevar a cabo algo malvado tú siempre actúas como si te sorprendieras mucho y niegas tener cualquier conocimiento de lo que tramaba. ¿Qué parte tienes en todo esto, Shota?

—Ninguna. No tenía ni idea de lo que tramaba.

—No es propio de ti ser tan ignorante.

Las mejillas de la bruja se tiñeron de rubor.

—No sabes ni la mitad. —Le dio finalmente la espalda y fue hacia los peldaños—. Ya te lo dije, tenemos mucho de lo que hablar.

Richard le agarró el brazo, haciéndola volverse.

—¿Tuviste algo que ver con que Samuel fuese capaz de acercarse a hurtadillas a Chase o sorprender a Tovi y robar esa caja? Aparte de proporcionarle el arma para llevar a cabo la acción y sin duda contárselo todo sobre el poder que contienen las cajas del Destino, quiero decir.

Ella le escrutó los ojos durante un rato.

—¿Deseas matarme, Richard?

—¿Matarte? Shota, he sido el mejor amigo que has tenido nunca.

—Entonces dejarás de lado tu ira y escucharás lo que he venido a contarte. —Se desasió de la mano que le sujetaba el brazo y volvió a iniciar la marcha hacia los escalones—.

Entremos y pongámonos a cubierto de este tiempo asqueroso.

Richard echó un vistazo al cielo azul.

—Este tiempo es magnífico —dijo, mientras la observaba ascender los peldaños.

En lo alto, ella paró para compartir una breve mirada iracunda con Nicci antes de darse la vuelta para mirar abajo, a Richard. Fue la clase de mirada perturbadora, eterna y angustiada que imaginó que sólo una bruja podía conjurar.

—No en mi mundo —dijo ella con lo que era casi un susurro—. En mi mundo está lloviendo.

Capítulo 11

Shota descendió majestuosamente los peldaños para ir a detenerse ante la fuente. El tejido diáfano del vestido que cubría su figura escultural se movió levemente, como mecido por una suave brisa. Las aguas que caían a borbotones en cascada danzaban y centelleaban bajo la luz de la claraboya. Shota las contempló distraídamente por un momento, como ensimismada en sus propios pensamientos, y luego giró hacia el pequeño grupo que aguardaba justo dentro de las enormes puertas dobles. Todos permanecían de pie en silencio, observándola, como si aguardasen la declaración de una reina.

Detrás de Shota, el agua de la fuente roció el aire a gran altura; luego la lluvia de gotas cesó de repente, y el resto del agua alcanzó su cenit, en un líquido arco moribundo, y volvió a caer como si le hubiesen dado muerte. Las docenas de riachuelos uniformes de agua que se desbordaban por las hileras de cuencos fueron frenando hasta detenerse y finalmente quedaron en silencio.

Zedd fue hasta el borde de los peldaños, a la vez que una expresión ominosa se instalaba en su rostro. Al detenerse, el remolino de la sencilla túnica que llevaba le envolvió las piernas. En aquel momento, a Richard se le ocurrió que su abuelo tenía todo el aspecto de quien era, el Primer Mago, y que si había pensado que Nicci y Shota parecían peligrosas, ahora reparaba en que Zedd no lo era menos. En aquel momento, su abuelo era un nubarrón que albergaba rayos ocultos.

—No permitiré que manipules nada de este lugar. Me muestro indulgente contigo porque has venido aquí por razones que pueden ser importantes para todos nosotros, pero no toleraré que enredes con nada de lo que hay aquí.

Shota efectuó un movimiento con la mano, desechando la advertencia.

—Asumí que no consentirías que fuese más allá de esta habitación. La fuente es ruidosa.

No quiero que Richard deje de oír nada de lo que Jebra o yo tenemos que decir.

Alzó un brazo en dirección a Ann, de pie junto a Nathan, que observaba casi sin ser vista, en las sombras de la galería.

—Es sobre una cuestión que has llevado en el corazón durante la mitad de tu vida, Prelada.

—Ya no soy Prelada —repuso Ann con una voz sosegadamente autoritaria que dio toda la impresión de que aún lo era.

—¿Por qué ibas tras Samuel? —preguntó Cara, atrayendo la atención de la bruja.

—Porque no tenía que haber abandonado mi valle en las Fuentes del Agaden. Es más, no debería haber podido hacerlo sin mi permiso expreso.

—Y sin embargo, lo hizo —dijo Richard.

Shota asintió.

—Así pues, fui en su busca.

Richard entrelazó las manos a la espalda.

—¿Cómo es, Shota, que no te diste cuenta de que Samuel iba a dejarte? Quiero decir, teniendo en cuenta tu poder, tus amplios conocimientos y todo eso que me has explicado sobre que una bruja puede ver el camino por el que fluyen los acontecimientos en el tiempo. ¿Cómo consiguió hacerlo sin tu consentimiento?

Shota no rehuyó la pregunta.

—Sólo existe un modo.

Richard contuvo el comentario sarcástico que le vino a la mente y en su lugar preguntó:

—¿Y cuál es?

—A Samuel lo han embrujado.

Richard no estaba seguro de haberla oído correctamente.

—Embrujado. Pero tú eres la bruja. Eres tú quien lleva a cabo los embrujos.

Shota juntó las manos, mirando al suelo un momento.

—Lo embrujó otra persona.

Richard descendió los cinco escalones.

—¿Otra bruja?

—Sí.

Richard inspiró profundamente mientras echaba un vistazo a su alrededor y vio que los demás intercambiaban miradas de preocupación. Nadie parecía inclinado a preguntar, así que lo hizo él:

—¿Lo que dices es que hay otra bruja por ahí, y que te arrebató a Samuel mediante un embrujo?

—Pensaba que me había explicado con toda claridad.

—Bien... ¿dónde está ella?

—No tengo ni idea. Ciertas cuestiones en el flujo del tiempo son cosa mía... me he ocupado de ello. Para que yo esté ciega hasta ese punto respecto a acontecimientos tan cercanos a lo que es de mi competencia, otra bruja ha tenido que ocultar deliberadamente esos acontecimientos a mis percepciones.

Richard introdujo las manos en sus bolsillos traseros mientras intentaba encontrarle una explicación. Paseó de un lado a otro antes de volverse otra vez hacia ella.

—A lo mejor no fue una bruja. A lo mejor fue una Hermana de las Tinieblas o alguien así. Una persona con el don. A lo mejor incluso un mago. Jagang también tiene de éstos.

—Manipular a una bruja está muy lejos de resultar una tarea fácil. —Lanzó una breve mirada iracunda a Zedd—. Pregunta a tu abuelo.

Shota indicó con gestos a algunas de las personas de la habitación antes de devolver la

mirada a Richard.

—Una persona con el don, incluso como éstas, sin importar el talento que posea, no podría ni remotamente conseguir un engaño tan completo. Únicamente otra bruja podría escabullirse sin ser vista en mis dominios. Únicamente otra bruja podría correr un velo sobre mi visión y luego embrujar a Samuel para que hiciera lo que ha hecho.

—Si tu visión está velada —preguntó Cara—, ¿cómo puedes estar tan segura de que han embrujado a Samuel? Quizá actuaba por sí solo. Por lo que he visto de él, no necesita que ninguna maga misteriosa le induzca a ser impulsivo. Parecía la mar de traicionero por sí mismo.

Shota negó lentamente con la cabeza.

—Sólo tienes que considerar lo que me habéis contado para ver que esto implica no simplemente astucia sino un conocimiento que está más allá de la capacidad de Samuel. Una Hermana de las Tinieblas fue atacada; se robó una caja del Destino. En primer lugar, ¿cómo podría estar enterado Samuel de que esa mujer tenía algo de valor? Yo misma no lo sabía porque eso forma parte de lo que se me ha mantenido oculto, así que no podía habérselo contado... ni siquiera distraídamente, de un modo negligente, sin querer, que es lo que pensáis. Así pues, Samuel no lo supo por mí. Si por casualidad se tropezase con un tesoro de alguna clase, no hay duda de que Samuel es totalmente capaz de hacer cualquier cosa para apoderarse de él. Eso sí se lo concedo.

—¿Te refieres al modo en que obtuvo la *Espada de la Verdad*? —preguntó Zedd.

Shota trabó la mirada con él brevemente pero decidió regresar al tema que estaban tratando en lugar que hacer frente al desafío.

—En segundo lugar, ¿cómo sabría Samuel dónde podía encontrar a una Hermana que llevase consigo una caja del Destino? No podéis sugerir que simplemente deambulaba por ahí... muy lejos de D'Hara... y por casualidad tropezó con esa Hermana de las Tinieblas, la apuñaló y le robó lo que transportaba, que luego resultó ser una de las cajas del Destino.

—Tengo que admitir —repuso Richard— que jamás he creído demasiado en las coincidencias. Ciertamente, tampoco parece verosímil en este caso.

—Justo lo que yo pensaba —dijo Shota—. Y luego está Chase. Debido a su grave estado no pude averiguar mucho de él, pero pude descubrir que le habían tendido una emboscada. Otra coincidencia... ¿Samuel atacando casualmente a alguien que resulta ser otra persona a la que conoces? Me cuesta mucho creerlo. Eso deja la cuestión de por qué estaría Samuel acechando a alguien que tú conoces. ¿Por qué tendría que atacarlo? ¿Qué cosa de valor tenía Chase?

—Rachel —respondió Zedd a la vez que miraba al vacío, frotándose la barbilla con aire pensativo.

—Pero ¿qué iba a hacer él con una niña? —preguntó Cara, y cuando varias personas le dirigieron una veloz mirada con semblantes preocupados, añadió—. Quiero decir, esa niña en particular.

—No lo sé —respondió Shota—. Y ése es el problema. Tal y como he dicho, se me impide el acceso a los acontecimientos que rodean todo esto, pero se me impide de un modo que no reconocí, de modo que no era sabedora de que se estuviese ocultando nada. Es evidente que existe una mano que dirige a Samuel. Esa mano sólo podría ser la de otra bruja.

—¿La conoces? —preguntó Richard—. ¿Sabes quién es, o quién podría ser?

Shota lo contempló con la expresión más formidable que jamás había visto adornar unas facciones tan femeninas.

—Ella es un completo misterio para mí.

— ¿De dónde ha salido? ¿Tienes alguna idea de eso?

La expresión de enojo de Shota no hizo más que acentuarse.

— ¡Oh, me parece que sí! Creo que ascendió desde el Viejo Mundo. Cuando destruiste la gran barrera hace varios años, sin duda vio una oportunidad y se trasladó a mi territorio; de un modo muy parecido a como la Orden Imperial vio una oportunidad de invadir y conquistar el Nuevo Mundo. Al embrujar a Samuel está enviando un mensaje de que está ocupando mi lugar, tomando lo que es mío... incluido mi territorio...

Richard se volvió en dirección a Ann, que estaba más allá, junto a la antesala.

— ¿Estás enterada de la existencia de una bruja en el Viejo Mundo?

—Dirigí el Palacio de los Profetas, guiando a magos jóvenes y a todo un palacio repleto de Hermanas en dirección al camino de la Luz. Presté gran atención a las profecías durante esa tarea pero, aparte de las profecías, no me interesé realmente por los sucesos del resto del Viejo Mundo. De vez en cuando oí rumores sobre una bruja, pero nada más que rumores. Si era real, jamás asomó la cabeza para que pudiera saber de ella.

—Yo tampoco supe nunca nada de una bruja —añadió Nathan con un suspiro—. Ni siquiera oí jamás los rumores sobre tal mujer.

Shota cruzó los brazos.

—Somos una gente bastante reservada.

Richard deseó saber más, aunque conocer a una bruja había demostrado ser en más de una ocasión suficientemente problemático y daba la impresión de que ahora el problema podría ser por partida doble.

—Se llama Seis —dijo Nicci a la silenciosa antesala.

Todo el mundo la miró con asombro.

La frente de Shota se arrugó.

— ¿Qué has dicho?

—La bruja que había allá, en el Viejo Mundo, se llama Seis, como el número. —El semblante de Nicci tenía aquella fría ausencia de emociones otra vez, las facciones tan quietas como un charco del bosque al amanecer después de la primera helada—. Jamás la conocí, pero las Hermanas de las Tinieblas hablaban de ella en voces muy quedas.

—Tenían que ser esas Hermanas... —rezongó Ann.

Los brazos de Shota cayeron lentamente a los costados mientras se alejaba un paso de la fuente, hacia donde Nicci permanecía de pie. — ¿Qué sabes de ella?

—No gran cosa. Únicamente he oído su nombre, Seis. Sólo lo recuerdo porque era poco común. Algunas de mis superiores de la época...

Hermanas de las Tinieblas... al parecer sí la conocían. Oí mencionar su nombre varias veces.

El semblante de Shota se había vuelto tan siniestro y peligroso como el de una víbora con los largos colmillos al descubierto.

— ¿Qué hacían unas Hermanas de las Tinieblas con una bruja?

—No lo sé en realidad —respondió Nicci—. Puede que tuvieran tratos con ella, pero si los tenían, jamás supe nada de ellos. No siempre me incluían en sus intrigas. Puede ser que únicamente conocieran su existencia. Es posible que nunca se encontraran con ella.

—O es posible que la conocieran bien.

Nicci se encogió de hombros.

—Quizá. Tendrías que preguntárselo. Sugiero que te des prisa. Samuel ya ha matado a una de ellas.

Shota hizo caso omiso de la pulla y le dio la espalda para clavar la mirada en las inmóviles

aguas de la fuente.

—Debes de haberles oído decir algo sobre ella.

—Nada muy específico —repuso Nicci.

—Bien —dijo Shota con exagerada paciencia a la vez que volvía a girarse—, ¿cuál era la índole general de lo que decían sobre ella?

—Únicamente pude deducir dos cosas. Oí que la bruja, Seis, vivía muy al sur. Las Hermanas mencionaron que vivía mucho más abajo en el Viejo Mundo, en alguno de los bosques pantanosos sin senderos. —Nicci miró a Shota con decisión—. Y que le tenían miedo.

La bruja volvió a cruzar los brazos sobre el pecho.

—Le tenían miedo... —repitió en un tono apagado.

—Te r r r.

Shota evaluó los ojos de Nicci durante un rato antes de finalmente volver a clavar la vista en la fuente, como si esperara ver revelado algún secreto en las plácidas aguas.

—No hay nada que indique que sea la misma mujer —dijo Richard—. No hay pruebas que indiquen que es esa bruja, Seis. Shota volvió a echar una veloz mirada por encima de su hombro.

— ¿Tú, precisamente, sugieres que es una mera coincidencia? —Su mirada volvió a buscar solaz en las aguas—. No importa en realidad si lo es o no. Importa sólo que se trata de una bruja y que está empeñada en causarme problemas.

Richard se acercó más a Shota.

—Me resulta realmente difícil creer que esa otra bruja te haya arrebatado a Samuel mediante un embrujo simplemente para ponerte en evidencia y hacerse con lo que es tuyo. Tiene que haber más en todo esto.

—Quizá es un desafío —dijo Cara—. Quizá te está retando a salir y pelear.

—Eso requeriría que se diese a conocer —respondió Shota—. Ha hecho justo lo contrario. Permanece oculta de un modo deliberado y calculador, de modo que no pueda combatirla. Mientras cavilaba sobre ello, Richard apoyó una bota sobre el murete de mármol que rodeaba la fuente.

—Sigo diciendo que tiene que haber algo más en esto. Hacer que Samuel robe una de las cajas del Destino tiene implicaciones más siniestras.

—La respuesta más probable no señala a otra cosa que no sea tu propia mano, Shota. —Las palabras de Zedd atrajeron la atención de todos—. Esto parece otro más de tus sofisticados engaños.

—No puedo comprender por qué tendrías que pensar eso, pero si eso fuese cierto, entonces, ¿por qué vendría yo aquí a contároslo? La mirada iracunda de Zedd no titubeó.

—Para hacer que parecieses inocente cuando realmente eres una de las sombras que dirige los acontecimientos.

Shota puso los ojos en blanco.

—No tengo tiempo para tales juegos infantiles, mago. No he estado dirigiendo la mano de Samuel. Mi tiempo lo he dedicado a otras cuestiones más importantes.

— ¿Por ejemplo?

—He estado en Galea.

— ¡Galea! —Zedd lanzó un resoplido de incredulidad—. ¿Qué hacías tú en Galea?

Jebra posó una mano sobre el hombro de Zedd.

—Vino a rescatarme. Yo estaba en Ebinissia, fui atrapada por la invasión y luego me convirtieron en esclava. Shota me liberó.

Zedd dirigió una mirada suspicaz a Shota.

— ¿Fuiste a la ciudad real de Galea a rescatar a Jebra?

Shota dirigió un breve vistazo a Richard, una mirada entristecida cargada de significado.

—Era necesario.

— ¿Por qué? —insistió Zedd—. Es un alivio para mí que Jebra haya sido rescatada por fin de ese horror, por supuesto, pero ¿exactamente qué quieres decir cuando dices que era necesario?

Shota atrapó un pico de su vestido cuando éste se elevó con suma suavidad, igual que un gato arqueando el lomo, reclamando una suave caricia de la mano de su ama.

—Los acontecimientos avanzan hacia una conclusión nefasta. Si el rumbo de tales acontecimientos no cambia, vamos a ser condenados al dominio de los invasores, confinados bajo el mandato de personas cuya convicción, entre otras cosas, es que la magia es una corrupción diabólica que hay que erradicar del mundo. Creen que la humanidad es pecaminosa y corrupta, y que el ser común y corriente está indefenso ante la naturaleza. A aquellos de nosotros que poseemos magia, precisamente porque no somos gente común y corriente ni estamos indefensos, se nos dará caza y destruirá.

La mirada de Shota paseó entre los que la contemplaban.

—Pero ésa es simplemente nuestra tragedia personal, no el auténtico azote de la Orden.

»Si el curso de los acontecimientos no cambia, entonces las creencias monstruosas que la Orden impone se asentarán como una mortaja sobre todo el mundo. No habrá ningún lugar seguro, ningún refugio. Sojuzgarán a todos aquellos que queden con vida. Para dar la falsa ilusión de un bien común, bajo la forma de consignas elevadas e ideas insustanciales que incitan a la muchedumbre irresponsable a anhelar lo inmerecido, se sacrificará todo lo bueno y noble, insensibilizando a los hombres civilizados para convertirlos en poco más que una turba organizada de saqueadores.

»Pero una vez que todo lo de valor haya sido saqueado, ¿qué quedará de sus vidas? Debido a su desprecio de lo que es magnífico y su desdén por todo lo que es bueno, abrazan lo mezquino y lo ordinario. Debido a su odio virulento por cualquier hombre que sobresalga, las creencias de la Orden condenarán a todos los hombres a escarbar en la inmundicia para sobrevivir.

»La inquebrantable creencia en la maldad inherente de la humanidad será la fe colectiva. Su legado será el descenso de la humanidad a una era oscura de padecimiento y miseria de la que puede que jamás vuelva a emerger. Ése es el terror de la Orden; no la muerte, sino la vida bajo sus creencias. —Las palabras de Shota proyectaron una sombra sobre la habitación—. Los muertos, al fin y al cabo, no pueden sentir, no pueden sufrir. Únicamente los vivos pueden.

La bruja se volvió hacia las sombras, donde permanecía Nathan. — ¿Y qué dices tú, profeta? ¿Dice lo contrario la profecía, o digo la verdad?

Nathan, alto y adusto, respondió con voz sosegada:

—En lo referente a la Orden Imperial, me temo que la profecía no puede ofrecer ningún testimonio de lo contrario. Has descrito acertadamente y de un modo sucinto varios miles de años de predicciones.

—Obras tan antiguas no son fáciles de comprender —intervino Ann—. La palabra escrita puede ser muy ambigua. La profecía no es un tema para inexpertos. Para el que carece de preparación puede parecer...

—Sinceramente espero que eso sea un juicio frívolo basado en mi aspecto físico, Prelada, no en mi talento.

—Yo únicamente... —empezó a decir Ann.

Shota agitó una mano con gesto displicente a la vez que se apartaba. Posó la mirada en Richard, como si fuese la única persona en la habitación, y habló como si se dirigiese sólo a él.

—Nuestras vidas pueden ser las últimas que se vivan en libertad. Esto puede muy bien ser el fin para siempre de lo mejor que puede existir, de esforzarse, del potencial de cada uno de nosotros para alzarse y obtener algo mejor. Si el curso de los acontecimientos no cambia, estamos contemplando ahora el alba de lo peor que puede existir, de una era donde, a menos que alguien ose vivir mejor mediante su propio esfuerzo y para sus propios fines, la humanidad se verá reducida a vivir la esclavizada vida que propugna la Orden.

—Todos sabemos eso —dijo Richard, apretando los puños—. ¿No comprendes lo duro que hemos estado peleando para impedir precisamente eso? ¿Tienes alguna idea de la lucha que todos hemos soportado? ¿Exactamente por qué piensas que he estado peleando?

—No lo sé, Richard. Afirmas que estás comprometido y, sin embargo, no has conseguido cambiar el curso de los acontecimientos, no has conseguido poner freno a la oleada de la Orden Imperial. Dices que comprendes, pero aun así los invasores llegan, sojuzgando a más y más personas cada día que pasa.

»Pero ni siquiera va de eso. Esto trata del futuro. Y en el futuro, nos estás fallando.

Richard apenas podía creer lo que oía. No estaba simplemente enojado sino consternado al oír decir tal cosa a Shota. Era como si todo lo que había hecho, cada sacrificio realizado, cada esfuerzo, careciera de sentido para ella... no tan sólo en aquel momento, sino en el futuro.

— ¿Has venido a contarme tu profecía de que fracasaré?

—No. He venido a decirte que, por el modo en que está todo ahora, a menos que cambies las cosas, todos fracasaremos en esta lucha.

Shota dio la espalda a Richard y alzó una mano en dirección a Nicci.

—Tú le has mostrado la muerte en vida que resulta de las creencias que sostiene la Orden. Le has mostrado la desolada existencia que acarrea su dogma de que el único propósito de la vida es ser un medio para alcanzar un fin espiritual.

»En eso, nos has hecho a todos un gran servicio y tienes nuestra gratitud. En verdad has cumplido con tu papel como maestra de Richard, incluso aunque no fuese del modo que habías esperado. Pero eso, también, es únicamente una parte.

Richard no comprendía cómo su cautiverio —que le hubiesen obligado a vivir una vida de penurias allá en el Viejo Mundo— podía ser considerado un servicio. No había necesitado vivir aquello para comprender la futilidad de la vida bajo el dominio de la Orden Imperial. No cuestionaba una sola palabra de las palabras pronunciadas por Shota sobre lo que les acaecería si no vencían, pero lo enfurecía que ella pareciese pensar que necesitaba volver a oírlo, como si él no supiera bien por lo que peleaban y, por consiguiente, no consiguiera estar totalmente comprometido con su causa.

Richard no supo cómo había sucedido, porque no la había visto moverse pero, de repente, Shota estaba justo ante él, con el rostro a unos centímetros del suyo.

—Y sin embargo, todavía no conoces la totalidad de ello, todavía no estás resuelto del modo que es esencial.

Richard le lanzó una mirada iracunda.

— ¿No resuelto...? ¿De qué hablas?

—Necesitaba encontrar un modo de hacerte comprender, Buscador, de hacerte ver la realidad de todo ello. Necesitaba encontrar un modo de hacer que vieses lo que le espera a

la población de no tan sólo el Nuevo Mundo, sino del Viejo Mundo también... lo que le espera a la humanidad.

— ¿Cómo es posible que pienses que yo...?

—Tú eres el elegido, Richard Rahl. Tú eres quien conduce a las últimas fuerzas que se oponen a las ideas destructivas de la Orden Imperial. Por las razones que sean, tú eres quien nos lidera en esta lucha. Puede que creas en aquello por lo que luchas, pero no estás haciendo lo que es necesario para cambiar el rumbo de la guerra o, de lo contrario, lo que veo en el flujo de acontecimientos más adelante en el tiempo no sería como es.

»Tal y como está ahora, estamos sentenciados.

»Es necesario que oigas cuál va a ser el destino de tu gente, el destino de toda la gente. Así que fui a Galea en busca de Jebra para que ella pueda contarte lo que ha visto. Para que una vidente pueda ayudarte a ver.

Richard pensó que tal vez debería haberse sentido enojado por el sermón, pero ya no podía.

—Ya sé lo que sucederá si fracasamos, Shota. Ya sé cómo es la Orden Imperial. Ya sé lo que nos aguarda si perdemos esta contienda. Shota sacudió la cabeza.

—Sabes cómo es después. Sabes lo que es ver a los muertos. Pero los muertos ya no pueden sentir. Lo muertos no pueden chillar. Los muertos no pueden gritar aterrados. Los muertos no pueden suplicar misericordia.

»Sabes lo que es ver los destrozos la mañana siguiente a la tormenta. Necesitas oírlo de alguien que estaba allí cuando la tormenta estalló. Necesitas oír cómo fue cuando las legiones llegaron. Necesitas oír la realidad de cómo será para todo el mundo. Necesitas saber qué les sucederá a aquellos que estén con vida si no consigues hacer lo que solamente tú puedes hacer.

Richard alzó los ojos hacia Jebra. El brazo reconfortante de Zedd le rodeaba los hombros, pero corrían lágrimas por el rostro ceniciento de la mujer, que temblaba de pies a cabeza.

—Queridos espíritus —musitó Richard—, ¿cómo puedes ser tan cruel como para pensar por un instante que no sé ya la verdad de nuestro destino en el caso de que perdamos?

—Veo el flujo del futuro en esto —dijo Shota en una voz queda pensada sólo para que él la oyera—. Y lo que veo es que no has hecho suficiente para cambiar lo que será, o, de lo contrario, no sería como lo veo. Es así de simple. No hay en mis palabras ninguna crueldad, simplemente son la verdad.

—Exactamente ¿qué esperas que haga, Shota?

—No lo sé, Richard. Pero sea lo que sea, no lo estás haciendo ahora, ¿verdad? Mientras todos nos deslizamos al interior de un horror inimaginable, tú no haces nada para detenerlo. En su lugar te dedicas a perseguir fantasmas.

Capítulo 12

Richard quiso contar a Shota mil cosas. Quiso contarle que la Orden Imperial no era precisamente la única amenaza que pendía sobre ellos. Quiso contarle que con las cajas del Destino en funcionamiento, si no se las detenía, las Hermanas de las Tinieblas liberarían un poder que destruiría el mundo de la vida y los entregaría a todos al Custodio de los Muertos. Quiso contarle que si no hallaba un modo de invertir el hechizo Cadena de Fuego, éste podía muy bien ocasionar la destrucción de los recuerdos y las mentes de todo el mundo. Quiso contarle que si no encontraban un modo de purificar al mundo de la contaminación dejada por los repiques, toda la magia se extinguiría, y que esa contaminación podía muy bien haber engendrado ya un efecto cascada que, si no se detenía,

poseía el potencial, por sí mismo, de destruir toda la vida.

Quiso contarle que no sabía nada en absoluto sobre la mujer que él amaba, la mujer que le era tan querida. Quiso contarle lo mucho que Kahlan significaba para él, lo mucho que temía por ella, lo mucho que la echaba en falta, y que su terror a lo que le estuviesen haciendo le impedía dormir.

Quiso contarle que justo en aquel momento la Orden Imperial era sólo uno de los espantosos problemas a los que se enfrentaban. Pero, al ver a Jebra allí de pie, temblando bajo el reconfortante refugio del brazo de Zedd, pensó que habría un mejor momento para sacar a relucir todas aquellas cuestiones.

Richard extendió una mano, haciendo una seña a Jebra para que se adelantara. Los ojos azul cielo de la mujer estaban llenos de lágrimas. Finalmente, con un titubeo, la mujer descendió los peldaños hacia él. Richard no conocía los detalles concretos de las cosas aterradoras por las que había pasado, pero la tensión que había padecido estaba claramente escrita en su rostro demacrado. Las arrugas que había allí daban silencioso testimonio de las penurias que había soportado.

Cuando ella le tomó la mano, él la cubrió dulcemente con la otra.

—Has viajado una gran distancia y apreciamos tu ayuda a nuestros esfuerzos. Por favor, cuéntanos lo que sabes.

Tenía el rostro manchado de lágrimas cuando asintió.

—Lo haré lo mejor que pueda, lord Rahl.

Bajo la mirada vigilante de Shota, Richard condujo a Jebra hacia la fuente y la hizo sentar sobre el murete de mármol que retenía las aquietadas aguas.

—Regresaste con la reina Cyrila al hogar de ésta —le dijo Richard para instarla a hablar—. Te estabas ocupando de ella porque estaba enferma... enloquecida por el tiempo pasado en el pozo con aquellos hombres terribles. Tenías que ayudarla a recuperarse y aconsejarla. Jebra asintió.

—Así pues... ¿cuando regresó a su hogar empezó a mejorar? —preguntó Richard, a pesar de que eso ya lo sabía por Kahlan.

—Sí. Permaneció en un estupor tan prolongado que pensamos que jamás mejoraría, pero tras un tiempo finalmente empezó a volver en sí. Al principio sólo era consciente de los que la rodeaban durante períodos breves. No obstante, cuánto más reconocía entornos familiares, más se prolongaban aquellos momentos de claridad. Poco a poco, ante el júbilo de todos, pareció regresar a la vida. Con el tiempo emergió de su letargo... igual que un animal saliendo de un estado de hibernación. Pareció sacudirse de encima su largo sueño y regresar a la normalidad. Estaba llena de energía, llena de entusiasmo por estar de vuelta en casa.

—La reina Cyrila era la reina de Galea —dijo Shota a Richard—. Heredó la corona, en lugar de...

—El príncipe Harold —finalizó Richard a la vez que alzaba los ojos hacia la bruja—. El hermano de Cyrila era Harold. Harold rehusó la corona, prefiriendo liderar el ejército galeano.

Shota enarcó una ceja.

—Pareces saber mucho sobre la monarquía de Galea.

—Su padre era el rey Wyborn —repuso Richard—. El rey Wyborn también era el padre de Kahlan. Kahlan es hermanastra de Cyrila. Es el motivo de que sepa tanto sobre la monarquía de Galea.

Si a Shota le sorprendió oírlo, o si no lo creyó porque Kahlan estaba involucrada, no delató

ninguna de ambas cosas. Finalmente rompió el contacto visual con él y reanudó su deambular, permitiendo a Jebra proseguir su relato.

—Cyrila volvió a asumir su puesto en el trono como si jamás se hubiese ido. La ciudad parecía eufórica por tenerla de vuelta. Galea había estado luchando por recuperarse de aquella época horrenda en que la avanzadilla del ejército de la Orden Imperial había saqueado la ciudad real. Aquel ataque había sido una tragedia enorme con un tremendo número de víctimas.

»Pero como aquellos invasores habían desaparecido hacía mucho, las reparaciones de la destrucción ocasionada llevaban en marcha algún tiempo. Incluso se estaban reconstruyendo edificios quemados. La actividad comercial había vuelto a empezar. Una vez más, la gente volvía a acudir a la ciudad desde todo Galea para labrarse una vida mejor, y las familias habían comenzado a crecer y cohesionarse otra vez. Mediante un duro trabajo, la prosperidad regresaba. Tener a la reina de nuevo, parecía fortalecer el espíritu de la ciudad, y hacer que el mundo volviera a estar bien.

»La gente decía que habían aprendido las lecciones y que una tragedia así jamás sucedería otra vez. A este fin, se construyeron defensas nuevas, y se reclutó un ejército mucho mayor. Cyrila, como la mayoría de la población de Galea, dejó aquella época atroz tras ella y estaba ansiosa por dedicarse a su país. Aceptó dar audiencias y se mantuvo al tanto de las cuestiones de Estado. Se metió de lleno en toda clase de actividades, desde la mediación en disputas comerciales a la asistencia a bailes oficiales, con dignatarios.

»El príncipe Harold, puesto que era el jefe del ejército galeano, la mantenía al corriente de las últimas noticias sobre la invasión del Nuevo Mundo, de modo que era muy consciente de que la horda penetraba a borbotones en los confines meridionales de la Tierra Central. Yo siempre sabía cuándo había recibido los últimos informes: la encontraba retorciendo su pañuelo, farfullando para sí, mientras paseaba por una habitación oscura sin ventanas. Casi me parecía que buscaba el oscuro escondite del interior de su mente... el estupor en el que había estado antes... pero no podía encontrarlo, no podía regresar a su interior. Jebra indicó con un gesto al anciano.

—Zedd me dijo que velara por ella, que le diera los consejos que pudiera. Aun cuando ella podía haber parecido exteriormente que era la de antes, y no volvió a sumirse en aquel aturdimiento, yo me daba cuenta de que seguía al borde de la demencia. Mis visiones no eran claras, probablemente debido a eso, porque, si bien parecía normal otra vez, todavía la angustiaban temores terribles. Era algo muy parecido a lo que ocurría en Galea: las cosas parecían normales pero, con la Orden Imperial en el Nuevo Mundo, las cosas no podían ser normales precisamente. Siempre existía una oscura tensión subyacente.

»Cuando nos enteramos por los exploradores que la Orden ascendía por el valle del Callisidrin, subiendo por el centro de la Tierra Central con la intención de dividir el Nuevo Mundo, aconsejé a la reina que debía apoyar al ejército d'haraniano, que debía enviar al ejército galeano a pelear con las fuerzas que se habían unido al Imperio d'haraniano. Intenté decirle, como hizo el príncipe Harold, que nuestra única posibilidad de una defensa real estaba en la unión con las fuerzas que se oponían a la Orden.

»No quiso saber nada. Dijo que era su deber como reina de Galea proteger sólo a Galea, no a otros pueblos u otros territorios. Intenté hacerle ver que si Galea se alzaba sola, no tenía ninguna posibilidad. Cyrila, no obstante, había oído relatos sobre otros lugares que habían sido invadidos, relatos de la brutalidad despiadada de la Orden. La aterraban los hombres de la Orden. Le dije que sólo estaría a salvo si ayudábamos a detener a los invasores antes de que alcanzaran Galea.

»Recibimos peticiones desesperadas de tropas. Haciendo caso omiso de aquellas peticiones, Cyrila ordenó en su lugar al príncipe Harold que llamara a las armas a todos los hombres que pudiera y usara el ejército para proteger Galea. Dijo que el deber del príncipe, el deber del ejército galeano, era para con Galea solamente. Ordenó que a los invasores no se les permitiera cruzar las fronteras, que no se les permitiera poner el pie en suelo galeano.

»El príncipe Harold, que al principio había intentado aconsejarla sobre el camino a seguir más sensato, dejó de lado lo que él mismo pensaba y en un acto de lealtad inútil accedió a sus deseos. La reina ordenó que se colocasen defensas para proteger Galea costara lo que costase, y el príncipe Harold fue a ocuparse de que se cumpliesen sus instrucciones. A ella no le importaba si el resto de la Tierra Central, o todo el Nuevo Mundo, caían bajo la Orden, siempre y cuando el ejército galeano...

—Sí, sí. —Shota hizo girar con impaciencia una mano mientras paseaba por delante de la mujer—. Todos sabemos que la reina Cyrila estaba chiflada. No te traje hasta aquí para que describas la vida bajo una reina chalada.

—Lo siento. —Incómoda, Jebra carraspeó y siguió—: Bueno, Cyrila perdió la paciencia conmigo, con mis insistentes consejos. Me dijo que su decisión era definitiva.

»Aquello determinó los acontecimientos, determinó nuestro futuro y nuestro destino. Creo que por este motivo me asaltó por fin una visión impactante. Empezó como un sonido espeluznante que inundó mi mente. Aquel sonido terrible me hizo temblar. Con el aterrador sonido llegó una avalancha de visiones, visiones de los defensores siendo aplastados y superados, visiones de la caída de la ciudad, visiones de la reina Cyrila siendo entregada a las aullantes bandas de hombres para ser... para ser usada como prostituta y objeto de diversión.

Con una mano posada sobre el abdomen, Jebra se limpió las lágrimas de una mejilla. Dedicó una breve sonrisa a Richard, una sonrisa tímida que era incapaz de contener el horror que él podía ver claramente en sus ojos.

—No os estoy contando todas las cosas terribles que vi en esa visión. Pero se las conté a ella.

—Supongo que no serviría de nada —repuso Richard.

—No, no sirvió. —Jebra jugueteó con un mechón de pelo—. Cyrila se enfureció. Hizo venir a la guardia real. Cuando todos ellos penetraron en tropel por aquellas altas puertas dobles, azules y doradas, alargó un dedo hacia mí y me declaró traidora. Ordenó que me arrojaran a un calabozo. La reina ordenó a gritos a los guardias mientras éstos me agarraban que si yo pronunciaba ni que fuese una palabra sobre mis visiones... mi blasfemia, como ella lo llamó..., tenían que cortarme la lengua.

Una risita castañeteó, una risa incongruente con la barbilla temblorosa y la frente arrugada. Las palabras surgieron con un gemido de disculpa:

—Yo no quería que me cortaran la lengua.

Zedd, que había descendido los escalones, posó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

—Desde luego que no, querida, desde luego que no. En ese momento, no te habría hecho ningún bien haber insistido sobre el tema. Nadie esperaría que fueses más allá de lo que hiciste. No habría servido de nada. Hiciste todo lo que pudiste; le mostraste la verdad. Ella efectuó la elección consciente de no quererla ver.

Jugueteando con los dedos, Jebra asintió.

—Imagino que su demencia jamás la abandonó en realidad. —Aquellos que están lejos de estar locos a menudo actúan de un modo irracional. No excuses acciones tan conscientes y deliberadas con una explicación tan conveniente como la demencia. —Cuando ella le

dirigió una mirada de perplejidad, Zedd abrió las manos en un ademán de apenada frustración ante un viejo dilema que había contemplado demasiado a menudo—. Muchas personas que desean intensamente creer en algo con frecuencia no están dispuestas a ver la verdad, sin importar lo evidente que sea. Efectúan esa elección.

—Supongo —dijo Jebra.

—Da la impresión, de que más que hacer caso de la verdad, ella creyó una mentira que quería creer —indicó Richard, recordando parte de la Primera Norma de un mago, que había aprendido de su abuelo.

—Así es. —Zedd efectuó un amplio movimiento con el brazo en una sombría parodia de un mago concediendo un deseo—. Decidió qué deseaba que sucediera y luego presupuso que la realidad se doblegaría a sus deseos. —El brazo cayó—. La realidad no complace deseos. —De modo que la reina Cyrila se enfadó con Jebra por decir la verdad —dijo Cara—. Y luego la castigó por hacerlo.

Zedd asintió a la vez que frotaba el hombro de Jebra con las yemas de sus dedos. Los ojos cansados de la mujer se habían cerrado bajo su caricia.

—Las personas que, por cualquiera que sea el motivo, no quieren ver la verdad pueden ser extremadamente hostiles a ella y muy violentas en su rechazo de la misma. A menudo se revuelven violentamente contra quienquiera que ose señalar esa verdad.

—Eso difícilmente consigue hacer desaparecer la verdad —dijo Richard.

Zedd se encogió de hombros.

—Para aquellos que buscan la verdad, es una cuestión de simple y racional interés personal mantener siempre a la vista la realidad. La verdad tiene sus orígenes en la realidad, al fin y al cabo, no en la imaginación.

Richard posó la base de la mano sobre la empuñadura de nogal del cuchillo que llevaba al cinto. Echaba de menos no tener la espada a mano, pero la había intercambiado por información que al final le había conducido al libro *Cadena de Fuego* y a la verdad de lo que había acontecido a Kahlan, de modo que valía la pena. Con todo, echaba muchísimo de menos la espada y le preocupaba para qué podría usarla usando Samuel.

Pensando en la *Espada de la Verdad*, preguntándose dónde estaba, Richard dijo como para sí:

—Parece difícil comprender cómo las personas pueden rechazar ver lo que va en su propio interés.

—Así es, no obstante. —La voz de Zedd había pasado de emplear un tono de conversación trivial a aquel timbre atiplado que indicaba a Richard que había algo más en su cabeza—. Ahí reside el meollo de todo ello.

Cuando Richard miró en su dirección, la mirada de Zedd se concentró en él.

—Dar la espalda deliberadamente a la verdad es traicionarse a uno mismo.

Shota, con los brazos cruzados, hizo una pausa en su deambular para inclinarse en dirección a Zedd.

—¿Una norma de un mago, mago?

Zedd enarcó una ceja.

—La décima, a decir verdad.

Shota dirigió una significativa mirada a Richard.

—Un sabio consejo.

Tras mantener sobre él aquella mirada férrea durante un incómodo largo rato, la bruja reanudó su paseo por la habitación.

Richard imaginó que Shota pensaba que él hacía caso omiso de la verdad; la verdad sobre

el ejército invasor de la Orden Imperial. Él no hacía en absoluto caso omiso de la verdad, simplemente no sabía qué más esperaba ella que pudiera hacer él para detenerlos. Si los deseos bastasen, haría ya tiempo que él los habría desterrado de vuelta al Viejo Mundo. Si al menos supiera qué hacer para detenerlos, lo haría. Pero no lo sabía. Ya era bastante malo conocer el horror que se aproximaba y sentirse impotente para detenerlo, pero le enfurecía que Shota pareciera pensar que se limitaba a no hacer algo al respecto; como si la solución estuviese al alcance de su mano.

Echó una ojeada a la escultural mujer que lo observaba. Incluso con un camisón de color rosa parecía noble y sabia. Si bien a Richard le habían criado personas que lo animaron a tratar con las cosas del modo en que realmente eran, a ella la habían adoctrinado personas a las que impulsaban las creencias de la Orden. Era necesario ser un individuo excepcional, tras toda una vida de dogmas, para estar dispuesto a ver la verdad.

Miró al interior de sus ojos azules durante un buen rato, preguntándose si él habría tenido su valor... el valor de captar la naturaleza y magnitud de los errores terribles que ella había cometido, para luego abrazar la verdad y cambiar. Muy pocas personas poseían esa clase de valor.

Richard se preguntó si también ella pensaba que descuidaba la invasión de la Orden Imperial por razones irracionales y egoístas. Se preguntó si también ella pensaba que no estaba haciendo algo vital que salvaría a personas inocentes de padecimientos horribles. Esperaba encarecidamente que no. Había momentos en que el apoyo de Nicci parecía la única cosa que le proporcionaba fuerzas para seguir adelante.

Se preguntó si ella esperaba que él renunciase a encontrar a Kahlan para poder dedicar toda su atención a salvar a un número mucho mayor de vidas, sin importar lo valiosa que fuese la vida de Kahlan para él. Richard se tragó la angustia; sabía que la misma Kahlan habría exigido eso. Sin importar lo mucho que lo había amado —allá, en la época en que ella recordaba quién era ella—, Kahlan no habría querido que fuese tras ella si eso significaba hacerlo a expensas de tantísimas personas que corrían un peligro mortal.

Cayó en la cuenta, de improviso, de lo que acababa de pensar: allá, en la época en que ella sabía quién era ella... quién era él. Kahlan ya no podía amarlo si no sabía quién era ella, si no sabía quién era él. Sintió que las rodillas se le doblaban.

—Así es como lo vi —dijo Jebra, abriendo los ojos y pareciendo despertar al retirar Zedd su reconfortante contacto—, que había hecho todo lo que podía para mostrarle la verdad. Pero no me gustó estar en aquel calabozo. No me gustó nada.

—¿Qué sucedió entonces? —Zedd se rascó la mejilla—. ¿Cuánto tiempo estuviste en el calabozo?

—Perdí la noción del tiempo. No había ventanas, así que al cabo de un tiempo ni siquiera sabía si era de día o de noche. No supe cuándo cambiaban las estaciones, pero supe que había estado allí lo bastante para que llegaran y pasaran. Empecé a perder la esperanza. »Me alimentaban... jamás lo bastante para sentirme satisfecha, pero lo suficiente para mantenerme con vida. Muy de vez en cuando dejaban una vela encendida en la sórdida habitación central al otro lado de la puerta de hierro. Los guardias no eran crueles conmigo, pero era aterrador estar encerrada en la oscuridad de aquella diminuta habitación de piedra. Yo sabía que era mejor no quejarse, de todos modos. Cuando los otros prisioneros maldecían o montaban un alboroto, se les advertía que estuviesen callados y, de vez en cuando, cuando un preso no seguía aquellas órdenes, podía oír cómo los guardias llevaban a cabo sus amenazas. En ocasiones, los prisioneros estaban allí sólo durante un corto tiempo antes de ser conducidos a su ejecución. De vez en cuando traían a nuevos hombres. Por lo

que pude ver cuando me asomaba a la diminuta ventana, los hombres que traían eran tipos violentos y peligrosos. Sus repugnantes juramentos en plena oscuridad en ocasiones me despertaban y provocaban pesadillas cuando volvía a dormirme.

»Todo el tiempo aguardé aterrada la llegada de una visión que me revelase mi destino final, pero tal visión jamás llegó. Tampoco era que necesitase una visión para saber qué deparaba el futuro. Sabía que, a medida que los invasores se acercaran, era probable que Cyrila llegara a considerarlo culpa mía. He tenido visiones toda la vida. Las personas a las que no gustan las cosas que les suceden a menudo me culpan por haberles contado lo que veía. En vez de usar esa información para hacer algo al respecto, es más fácil para ellas descargar su frustración sobre mí. A menudo creían que yo había causado sus problemas al contarles lo que había visto, como si lo que veía fuese por mi propia elección y se hiciese realidad merced a una mala intención por mi parte.

»Estar encerrada en aquella celda oscura era casi insoportable, pero no podía hacer otra cosa que soportarlo. Mientras permanecía sentada allí, pude comprender cómo haber sido arrojada al pozo había enloquecido a Cyrila. Al menos, yo no tenía que habérmelas con aquellos hombres brutales. Aquella clase de hombres estaban encerrados en las otras celdas. En cualquier caso, pensé que sin duda moriría allí, abandonada y olvidada. Perdí la cuenta de cuánto tiempo estuve encerrada lejos del mundo, de la luz, de los seres vivos.

»Durante todo ese tiempo no volví a tener más visiones. No sabía por entonces que jamás tendría otra.

»En una ocasión, la reina envió un emisario para preguntar si me retractaría de mi visión. Dije al hombre que vino a verme que contaría con mucho gusto a la reina cualquier mentira que desease oír con tal de que me dejara salir de allí. No debió de ser lo que la reina quería oír porque jamás volví a ver al emisario y nadie vino a liberarme.

Richard echó una ojeada y se encontró con que Shota lo observaba. Pudo leer en sus ojos su callada acusación de que él hacía eso mismo... querer que le contara alguna cosa distinta a lo que veía que aguardaba al mundo. Sintió una punzada de culpabilidad.

Jebra alzó la mirada a la claraboya, como empapándose de la sencilla maravilla que era la luz.

—Una noche... sólo más tarde me enteré de que arriba, en el mundo, era de noche también... un guardia vino a la diminuta ventana de la puerta de hierro de mi angosta celda. Susurró que las tropas de la Orden Imperial se aproximaban a la ciudad. Me dijo que la batalla estaba a punto de empezar.

»Parecía casi alegrarse de que la agonía de la espera hubiese finalizado ya, de que la realidad les eximiera de tener que fingir lo contrario para su reina. Era como si conocer la verdad de lo que se avecinaba, de algún modo los convirtiera en pérfidos traidores, pero esa traición a los deseos de la reina se transfiriera entonces a la realidad. Con todo, eso era únicamente parte de las falsas ilusiones de la reina.

»Le susurré que temía por los habitantes de la ciudad. Se mofó de mí, dijo que estaba chiflada, que no había visto combatir a los soldados galeanos. Expresó su confianza en que el ejército galeano, una fuerza muy por encima de cien mil hombres buenos, derrotaría de forma aplastante a los invasores y los haría huir a toda velocidad, tal y como la reina había dicho.

»Me mantuve callada. No me atreví a contradecir las vanas ilusiones de la reina sobre su invencibilidad, no me atreví a decir que sabía que el inmenso número de soldados de las tropas de la Orden Imperial que había visto en mi visión aplastaría al ejército defensor y que la ciudad caería. Encerrada en mi celda como estaba, ni siquiera podía huir.

»Y entonces volví a oír aquel extraño y siniestro sonido que había oído en mi visión. Me recorrieron escalofríos por la espalda. La carne se me heló. Por fin sabía lo que era: era el gemido de miles de cuernos de combate enemigos. Sonaban como aullidos de demonios surgidos del inframundo para devorar a los vivos. Ni siquiera los gruesos muros de piedra podían mantener fuera aquel sonido terrible. Era el sonido que anunciaba la llegada de la muerte, un sonido que habría hecho sonreír al mismísimo Custodio.

Capítulo 13

Jebra se frotó los hombros, como si el simple recuerdo del agudo toque de los cuernos de combate le hubiese vuelto a poner la carne de gallina. Inhaló profundamente para recuperar la calma antes de alzar los ojos hacia Richard y proseguir con su relato:

—Todos los guardias corrieron a las defensas de la ciudad, dejando sin vigilancia las mazmorras, aunque las puertas de hierro que cerraron con llave tras ellos eran más que suficientes para impedir que nadie escapara. Después de que se marcharan, algunos de los prisioneros lanzaron vítores a favor de la Orden Imperial, por la caída inminente de Galea, por lo que creían que sería su inmediata liberación. Pero pronto también ellos callaron a medida que gritos y alaridos aumentaban a lo lejos. El silencio se asentó en los oscuros calabozos del palacio.

»Pronto empecé a oír el entrecocar de armas, los gritos de hombres en combate mortal, acercándose cada vez más. El griterío de los soldados aumentó de volumen a medida que se obligaba a retroceder a los defensores. Y luego, el enemigo estaba ya en el palacio. Yo había vivido en el palacio durante un tiempo y había llegado a conocer a tantas de aquellas personas de allí arriba que estaban a punto de enfrentarse a...

Jebra hizo una pausa para secarse lágrimas de las mejillas.

—Lo siento —farfulló, y se sacó un pañuelo de la manga para pasárselo con suavidad por la nariz.

—No sé cuánto tiempo se prolongó la encarnizada batalla, pero llegó un momento en que oí el sonido retumbante de un ariete contra las puertas de hierro de lo alto. Cada golpe reverberó a través de los muros de piedra. Cayó una puerta, los sonidos se oyeron más próximos cuando la segunda puerta fue atacada a continuación, y también ésta fue derribada.

»Y entonces docenas de soldados, todos lanzando gritos de batalla, descendieron en tropel la escalera y penetraron en las mazmorras. Traían antorchas con ellos, inundando la habitación que había fuera de mi celda con una luz cruda. Probablemente buscaban una cámara del tesoro, para saquearla. En su lugar hallaron unas mugrientas mazmorras. Todos volvieron a correr escaleras arriba y nos abandonaron a la oscuridad, a un silencioso temor que hacía palpar con fuerza el corazón.

»Pensé que ya no volvería a verlos más, pero los soldados no tardaron en regresar. Esta vez traían con ellos a mujeres que chillaban aterradas, parte del personal del palacio. Al parecer, aquellos soldados querían estar solos con sus trofeos recién obtenidos, querían estar alejados de todos los otros hombres que podrían robárselos o pelear con ellos por tan valioso botín.

»Las cosas que oí me impulsaron a apretarme contra la esquina más alejada de mi celda, pero todavía podía oírlo todo. Era incapaz de imaginar qué clase de hombres reírían y aclamarían actos tan terribles como los que llevaban a cabo. Aquellas pobres mujeres... no tenían absolutamente a nadie que las ayudase, y ninguna esperanza de ser rescatadas.

»Una de las más jóvenes, al parecer, se desasíó del hombre que la sujetaba y, presa de desenfrenado pánico, corrió hacia la escalera. Oí voces que chillaban a otros que la atraparan. Ella era veloz y fuerte, pero los hombres la atraparon y la arrojaron al suelo. Cuando la oí suplicar por su vida, llorando «por favor no, por favor no», reconocí su voz. Mientras un hombre la mantenía contra el suelo, otro puso una bota sobre su rodilla y le alzó el pie hasta que oí cómo reventaba la rodilla. Mientras ella chillaba de dolor y terror, él hizo lo mismo con la otra pierna. Los hombres rieron, diciéndole que ahora que ya no huiría otra vez podía concentrarse en sus nuevos deberes. Y entonces se pusieron manos a la obra con ella. Jamás en la vida oí alaridos tan horribles.

»No sé cuántos hombres bajaron a las mazmorras, pero más y más fueron llegando. Aquello siguió durante una hora tras otra. Algunas de las mujeres lloraron y gimieron durante todo el tiempo que eran agredidas sexualmente. Tal comportamiento provocaba grandes estallidos de risa por parte de los hombres; pero en realidad no eran hombres, eran monstruos sin conciencia ni comedimiento.

»Uno de los soldados encontró un manojo de llaves y fue de un lado a otro abriendo las puertas de las celdas. Lanzaba risotadas mientras abría de par en par las puertas, declarando la liberación de los oprimidos, e invitaba a los prisioneros a ponerse en fila para obtener su venganza sobre quienes los habían perseguido y oprimido. La muchacha a la que habían roto las rodillas —Elizabeth se llamaba— jamás había oprimido a nadie en su joven vida. Siempre había sonreído mientras llevaba a cabo sus tareas porque se sentía muy dichosa por estar empleada en el palacio, y porque estaba locamente enamorada de un joven aprendiz de carpintero que también trabajaba allí. Los prisioneros salieron en tropel de sus celdas, más que ansiosos por tomar parte en todo aquello.

— ¿Por qué no te sacaron? —preguntó Richard.

Jebra hizo una pausa para tomar una bocanada de aire antes de continuar.

—Cuando abrieron de par en par la puerta de mi celda, yo me aplasté contra el rincón más oscuro del fondo. No había ninguna duda de lo que me sucedería si salía, o si me descubrían. Pero con todos los gritos de las mujeres, el alboroto de voces, las carcajadas de los soldados y las escaramuzas para hacerse con un puesto en la fila, no advertieron que me ocultaba en la oscuridad del fondo de mi celda. No había mucha luz abajo en la mazmorra. Debieron de pensar que mi celda estaba vacía, como lo estaban algunas de las otras, pues nadie se molestó en meter una antorcha dentro y echar una mirada; al fin y al cabo, el resto de los prisioneros eran todos hombres, todos criminales, y más que ansiosos por salir. Yo jamás había hablado con ellos, de modo que no sabían que había una mujer allí abajo o es evidente que habrían entrado en mi busca. Además, estaban todos... bastante absortos en otras cosas.

El rostro de Jebra, crispado por la angustia, se hundió en sus manos.

—No puedo ni remotamente contaros las cosas terribles que se les hacían a las mujeres que estaban a unos metros de mí. Tendré pesadillas el resto de mi vida. La violación era sólo parte del propósito de aquellos hombres. Su auténtico apetito estaba dirigido hacia la violencia, hacia un deseo salvaje de degradar a los indefensos, de disponer del poder de la vida y la muerte sobre ellos.

»Cuando las mujeres dejaron de forcejear, dejaron de chillar, dejaron de respirar, los hombres decidieron ir en busca de algo de comida y bebida para celebrar la victoria, y luego hacerse con más mujeres. Todos los hombres prometieron solemnemente que no descansarían hasta que no quedara una mujer en el Nuevo Mundo que no hubiesen hecho suya.

Con ambas manos, Jebra se echó el pelo atrás.

—Después de que salieran, todo quedó quieto y en silencio. Permanecí apretada contra el fondo de la celda, con el repulgo del vestido metido en la boca, para no emitir ningún sonido que me delatase mientras temblaba y lloraba de un modo incontrolable. Tenía los orificios nasales inundados del terrible olor de la sangre y de otras cosas. Es curioso cómo, tras un tiempo, la nariz deja de oler los olores que al principio te provocaban náuseas.

»De todos modos, no podía parar de temblar; no después de oír todas las cosas espantosas que se les habían hecho a aquellas mujeres. Me aterraba que me descubrieran y recibiera el mismo tratamiento. Mientras me ocultaba en la celda, temiendo salir, temiendo hacer cualquier ruido, pude comprender por qué Cyrila había enloquecido.

»Todo el tiempo podía oír los sonidos que llegaban de arriba, los sonidos de combates virulentos que proseguían, los sonidos de dolor y horror, los gritos de los que morían. Y olía a humo grasiento. Parecía como si la batalla, la matanza, fuese a seguir eternamente. Las mujeres tumbadas más allá de la puerta abierta de mi celda, sin embargo, no emitían ningún sonido. Yo sabía por qué. Sabía que estaban más allá de cualquier preocupación terrenal, y recé para que se hallaran en aquellos momentos en los brazos tiernos y reconfortantes de los buenos espíritus.

»Estaba agotada por mi estado de miedo constante, pero no podía dormir... no me atrevía a dormir. La noche transcurrió y, finalmente, vi luz que descendía por el hueco de la escalera; las puertas de hierro ya no estaban allí. Con todo, no me atreví a salir. No me atreví a moverme. Permanecí donde estaba todo el día, hasta que la noche volvió a sumir la habitación en una oscuridad total. Arriba, los desmanes y saqueos no amainaban. Lo que había empezado como una batalla había pasado a ser una celebración de asesinos borrachos. El amanecer no trajo la menor quietud arriba.

»Sabía que no podía permanecer donde estaba; el hedor de las mujeres muertas empezaba a ser insoportable, como lo era la idea de estar allí abajo, en aquel oscuro agujero, entre los cuerpos en putrefacción de personas que conocía. Aun así, tal era mi miedo a lo que me aguardaba arriba que permanecí donde estaba aquel día y luego otra vez toda la noche.

»Tenía tanta sed, tanta hambre, que empecé a ver copas de agua en el suelo junto a hogazas de pan. Podía oler el pan caliente a unos pocos centímetros de distancia; pero cuando alargaba la mano para cogerlas, ya no estaban.

»No recuerdo exactamente cuándo fue, pero llegó un momento en que deseé hasta tal punto poner fin al constante temor que me paralizaba que acabé por aceptar y casi dar la bienvenida a mi fin. Sabía perfectamente lo que me aguardaba, pero razoné que la agonía de mi terror terminaría por fin, y deseaba tanto que acabara... Sabía que tendría que soportar sufrimientos, humillaciones y dolor, pero también sabía que, del mismo modo que las mujeres que yacían muertas no muy lejos de mí, finalmente terminaría y ya no tendría que sufrir más.

»Así pues, por fin me atreví a salir de la oscuridad de mi celda. Lo primero que vi fueron los ojos muertos de Elizabeth clavados en mí, como si aguardara a que yo saliera, de modo que pudiese ver lo que le habían hecho. Su expresión parecía una súplica silenciosa de que yo testificara en nombre de la justicia. Pero no había nadie ante quien testificar, ninguna justicia que obtener, sólo mi silencioso testimonio de su desdichado fin.

»El verla, junto con la visión de las otras mujeres, me empujó de vuelta al interior. Al ver la naturaleza de las torturas a las que habían sido sometidas, pude por fin conectar aquellas atrocidades con mis recuerdos de sus chillidos. Aquello me hizo prorrumpir en un llanto incontrolable. Me encogí aterrada, imaginándome sometida a tales cosas.

»Y luego, abrumada por un pánico ciego, me tapé la nariz con el repulgo del vestido para protegerla del terrible olor y corrí a través de la maraña de extremidades y cuerpos retorcidos y desnudos. Subí disparada por la escalera, sin saber hacia qué corría, sabiendo únicamente de lo que huía. Todo el tiempo mientras corría, rezaba pidiendo la misericordia de una muerte rápida.

»Fue toda una impresión volver a ver el palacio. Había sido un lugar hermoso tras las concienzudas restauraciones finalizadas sólo recientemente. Ahora estaba más allá de ser una ruina. Me fue imposible comprender por qué unos hombres se tomarían la molestia de romper cosas del modo en que lo habían hecho, que pudieran disfrutar con tales actos de destrucción. Puertas espléndidas estaban arrancadas de sus goznes y hechas pedazos. Pilares de mármol habían sido derribados. Pedazos de mobiliario yacían desperdigados por todas partes. Los suelos estaban completamente cubiertos de los restos de lo que habían sido objetos magníficos: fragmentos de cerámica bellamente vidriada; trozos de pequeñas orejas y narices y de diminutos dedos procedentes de figurillas de porcelana; astillas de madera que mostraban una superficie tallada y dorada con esmero; mesas aplastadas; obras de arte hechas jirones o cuadros pateados. Todas las ventanas estaban rotas, los cortinajes arrancados y pisoteados, las estatuas desfiguradas o rotas, las paredes echadas abajo en algunos lugares, cubiertas de sangre en otros. Habían defecado en habitaciones primorosamente decoradas, y usado las heces para escribir palabras repugnantes en las paredes junto con juramentos de dar muerte a los opresores septentrionales de la Orden.

»Los soldados estaban por todas partes, manoseando los restos dejados por otros soldados, hurgando en los muertos, saqueando cualquier cosa que pudieran llevarse, haciendo trizas elegantes decoraciones por puro desprecio, bromeando mientras hacían fila fuera de habitaciones, a la espera de que fuese su turno de estar con las cautivas. Mientras avanzaba dando traspiés, aturdida, entre las ruinas del palacio, esperaba todo el tiempo ser agarrada y arrastrada a una de aquellas habitaciones. Sabía que no había modo de eludir mi destino.

»Nunca había visto hombres como aquéllos. Inspiraban un terror desenfrenado. Hombres enormes, de un aspecto descomunal y con corazas de cuero llenas de marcas y de sangre. La mayoría iban cubiertos de cadenas, cintos y correas claveteadas. Muchos llevaban las cabezas afeitadas, lo que les daba un aspecto más musculoso y amenazador. Otros miraban desafiantes por debajo de marañas de largos mechones enredados y grasientos. Todos tenían un aspecto salvaje, apenas humano. Sus rostros estaban ennegrecidos con hollín y surcados de sudor. El lenguaje era sonoro, ordinario, asqueroso.

»Ver a hombres como aquéllos merodeando por las magníficas habitaciones de tonos rosa o azul pastel parecía casi cómico, pero no había nada de gracioso en las hachas ensangrentadas que llevaban en los cintos, las espadas tintas en sangre, o los mayales, cuchillos y garrotes con púas de hierro que colgaban alrededor de sus cinturas.

»Pero eran los ojos los que te paraban en seco. Todos tenían esos ojos que no sólo se han acomodado a la visión de la matanza... sino que le han tomado un gusto lascivo. Todos contemplaban todo ser vivo con único criterio: «¿Es esto algo a lo que se puede matar?» Pero sus ojos tenían un aire aún más cruel cuando contemplaban a cualquiera de las cautivas. Aquella expresión era suficiente para dejar sin respiración a una mujer, si es que no le paraba el corazón.

»Eran hombres que habían abandonado toda civilización. No negociaban ni efectuaban trueques del modo en que lo hacían los hombres normales. Tomaban aquello que querían, e incluso peleaban unos con otros por el botín más insignificante. Aplastaban, destruían y mataban según se les antojaba, sin conciencia. Eran hombres que estaban más allá del

ámbito de la moralidad civilizada. Eran animales salvajes a los que habían soltado entre inocentes.

Capítulo 14

Si había soldados por todas partes, entonces, ¿por qué no te cogieron y se te llevaron? —preguntó Cara con la clase de franqueza despreocupada pero a la vez deliberada que sólo una mord-sith podía lograr sin tener que esforzarse.

La misma pregunta se le había ocurrido a Richard, pero no había sido capaz de darle voz. —Pensaron que la habían destinado a ser una sirvienta —dijo Nicci en voz baja—. Puesto que andaba por ahí sin problemas transcurrido tanto tiempo tras el asalto, habían asumido que había una buena razón, que los que estaban al mando la habían reservado para otros menesteres.

Jebra asintió.

—Es cierto. Un oficial que me descubrió enseguida me arrastró al interior de una habitación en la que había otros hombres que estaban reunidos alrededor de mapas desplegados sobre mesas. La habitación no había sido destrozada como había sucedido con la mayoría. Exigieron saber dónde estaba su comida, como si yo debiera saberlo.

»Tenían un aspecto igual de feroz que los demás y no habría sabido en un principio que eran los oficiales de no ser por la deferencia que les mostraban los soldados que iban y venían con informes. Algunos de esos oficiales eran un poco mayores y tenían un aire aún más duro, una expresión calculadora en los ojos, que los soldados corrientes. Cuando me miraron supe que eran hombres que esperaban respuestas inmediatas.

»Me aferré a aquel resquicio de esperanza... que tal vez podría vivir si les seguía la corriente. Me disculpé con una reverencia y les dije que me ocuparía de la comida al instante. Ellos dijeron que era mejor que así fuese, al parecer más interesados en comer que en imponer castigos. Me precipité a las cocinas, intentando actuar como si supiera lo que hacía a la vez que ponía cuidado en no correr por temor a que los hombres vieran a una mujer corriendo y reaccionaran como lobos ante un cervato que huye a ocultarse.

»Había cientos de personas en las cocinas, en su mayoría hombres y mujeres de más edad. A muchos de ellos los reconocí, ya que habían cocinado durante mucho tiempo para el palacio. Había hombres más jóvenes y fuertes también para las tareas que eran demasiado pesadas, tareas como el manejo de los cuerpos de las reses sacrificadas o hacer girar los pesados asadores. Todos trabajaban frenéticamente entre los fuegos y los pucheros humeantes, como si sus vidas dependieran de ello, y así era.

»Cuando entré en las cocinas, apenas advirtieron mi presencia, ya que todos iban apresuradamente de un lado a otro, absortos en distintas tareas. Viendo que todo el mundo trabajaba de un modo febril, agarré una gran bandeja de fiambres y ofrecí llevársela a los oficiales. La gente de la cocina estuvo encantada de que hubiese alguna otra persona dispuesta a salir entre los soldados.

»Cuando regresé con la comida, los oficiales que me habían enviado abandonaron lo que habían estado haciendo. Parecían estar muertos de hambre. Saltaron de los sofás y las sillas, y usaron sus mugrientas manos para coger los fiambres de la bandeja. Mientras yo depositaba la pesada bandeja sobre una de las grandes mesas, uno de los hombres me miró con atención mientras masticaba un bocado. Preguntó por qué no tenía yo un aro en el labio. No supe de qué me hablaba.

—Colocan aros atravesando el labio inferior de los esclavos —dijo Nicci—. Eso los marca

como propiedad de hombres con rango e impide que los soldados los cojan como botín. Da a aquellos que están al mando sirvientes para que lleven a cabo trabajos ingratos.

Jebra asintió.

—El oficial gritó órdenes. Un hombre me agarró y me inmovilizó mientras otro se adelantaba. Tiró hacia fuera de mi labio y pasó un aro de hierro a través de él.

Nicci clavó la mirada a lo lejos.

—Usan el hierro como referencia a las marmitas de hierro. Un aro de hierro significa trabajadores de la cocina y cosas así.

Richard vio la mirada vidriosa de rabia contenida de los ojos azules de Nicci. También ella había lucido en una ocasión un aro en el labio inferior, aunque el suyo había sido de oro, para denotar que era propiedad personal del emperador Jagang. No era ningún honor. A Nicci la habían utilizado para cosas mucho peores que tareas ingratas.

—Tienes razón sobre eso —repuso Jebra—. Después de que me pusieran el aro en el labio me enviaron de vuelta a las cocinas para que les trajera más comida y bebida. Reparé entonces en que las otras personas de la cocina también llevaban aros de hierro. Estaba totalmente aturdida mientras corría de acá para allá para conseguirles a los oficiales lo que exigían. Tomé disimuladamente un trago de agua o un bocado de comida siempre que pude. Fue suficiente para evitar que me desplomase.

»Me encontré formando parte de otras personas asustadas que ahora trabajaban en el palacio y que recibían órdenes de los oficiales. Apenas tuve tiempo de reflexionar sobre cómo había conseguido escapar a un destino peor. No obstante el dolor punzante que producía y lo mucho que sangraba, me alegré de tener aquel aro de hierro atravesando mi labio, porque, cuando cualquier soldado lo veía, cambiaba de idea sobre sus intenciones y me dejaba en paz.

»Al poco ya me enviaban fuera con pesadas bolsas al hombro llenas de comida y bebida para oficiales de otras zonas de la ciudad. En el campo que circundaba la ciudad empecé a descubrir la auténtica vastedad del horror que se había abatido sobre Ebinissia.

Cuando Jebra se sumió en una aturdida mirada distante, Richard preguntó:

— ¿Qué viste?

Ella alzó los ojos hacia él, como si casi hubiera olvidado que estaba relatando su historia, pero entonces volvió a tragarse la angustia y prosiguió:

—Fuera de las murallas de la ciudad había decenas de miles de caídos en la batalla. El terreno hasta donde alcanzaba la vista estaba cubierto de cadáveres mutilados, muchos amontonados. El espectáculo parecía irreal, pero ya lo había visto antes... en mi visión.

»Lo peor, no obstante, era que había varios soldados galeanos aún con vida, aunque gravemente heridos. Yacían aquí y allí en el campo de batalla junto a sus camaradas muertos, heridos e incapaces de moverse. Algunos gemían quedamente mientras yacían próximos a la muerte. Otras estaban más alerta, pero eran incapaces de moverse por una razón u otra. Un hombre estaba atrapado, con las piernas aplastadas bajo el peso de un carro roto. A otro lo había inmovilizado en el suelo una lanza que le atravesaba las tripas. Incluso a pesar del gran dolor que sentía, deseaba con tal desesperación vivir que no se atrevía a extraerse del asta y dejar libre lo que ésta mantenía en su lugar. Otros tenían piernas o brazos rotos de un modo tan terrible que eran incapaces de arrastrarse por encima del caos de soldados muertos, caballos y escombros. Como había soldados patrullando constantemente, sabía que si me detenía para ofrecer algo de consuelo o ayudar a aquellos hombres heridos, me verían y me matarían.

»En mis idas y venidas tenía que atravesar aquel horrible campo de batalla. Las colinas

donde había tenido lugar aquel combate estaban salpicadas de cientos de personas que se abrían paso lentamente entre los muertos, escarbando entre sus pertenencias. Más tarde averigüé que eran un ejército pequeño de personas que iban siguiendo a cierta distancia a las tropas de la Orden Imperial y subsistían a partir de las sobras que los soldados de la Orden dejaban tras ellos. Estos buitres humanos hurgaban en los bolsillos y demás cosas de los soldados muertos, viviendo de la muerte y la destrucción.

»Recuerdo que una mujer de edad, cubierta con un sucio chal blanco, tropezó con un soldado galeano todavía vivo. Entre otras heridas, tenía un tajo en la pierna que dejaba el hueso al descubierto. Las manos le temblaban con el interminable y solitario esfuerzo de mantener la enorme herida cerrada. Parecía un milagro que siguiera con vida.

»Mientras la anciana del chal daba tirones a su ropa, buscando cualquier cosa de valor, él le suplicó que le diera un sorbo de agua. Ella hizo como si no lo oyera mientras le desgarraba la camisa para ver si llevaba alguna cadena colgada al cuello con una bolsa de monedas, como hacían algunos soldados. Con una voz débil y ronca, él volvió a suplicar un sorbo de agua. Ella sacó una larga aguja de hacer calceta del cinturón y, mientras él yacía indefenso, la introdujo en la oreja del hombre. La lengua de la mujer asomaba por un lado de la boca por el esfuerzo de retorcer la larga aguja de metal en el interior del cerebro del herido. Los brazos del hombre se estremecieron y luego quedaron inmóviles. La mujer volvió a sacar la aguja de hacer calceta y la limpió en la pernera del pantalón del cadáver, a la vez que mascullaba que aquello lo mantendría en silencio. Volvió a guardar la aguja en el cinturón y reanudó el registro de la ropa. Me impresionó la mucha práctica que la anciana parecía tener en aquella tarea espeluznante.

»Vi a otros usar una roca para romperle la cabeza a cualquier hombre que encontraban vivo sólo para asegurarse de que éste no los sorprendería con un ataque cuando estuviesen ocupados buscando algún botín. Algunos de tales carroñeros no se molestaban en hacer nada al herido a menos que éste pudiese aún usar las manos e intentase rechazarles; si estaba vivo, pero incapaz de oponer resistencia, simplemente se agenciaban lo que podían encontrar y luego seguían adelante. Pero había personas que alzaban un puño en el aire y lanzaban gritos de triunfo cada vez que encontraban a un soldado caído todavía vivo, uno al que podían despachar, como si hacer eso los convirtiera en héroes. De vez en cuando, los había que disfrutaban torturando a los heridos de los modos más espantosos, divertidos por el hecho de que los hombres no podían ni huir ni defenderse. No obstante, fue sólo cuestión de unos pocos días más que todos los soldados heridos supervivientes murieran, o sucumbiendo a sus heridas o siendo finalmente eliminados por los que seguían al campamento.

»Durante las semanas siguientes los soldados de la Orden Imperial celebraron su gran victoria con una orgía de violencia y saqueos. Entraron y registraron a conciencia todos los edificios. Cualquier cosa de valor era robada. Aparte del reducido número de personas como yo que habíamos sido designadas para ser sirvientes, ningún varón se libró de la tortura y ninguna mujer escapó de las garras de aquellos hombres repugnantes.

Jebra lloró mientras hablaba.

—Ninguna joven debería tener que padecer jamás lo que se les hizo a aquellas pobres criaturas. Los soldados galeanos capturados, así como los hombres y muchachos de la ciudad, eran muy conscientes de lo que les estaba sucediendo a sus madres, esposas, hermanas e hijas. Las tropas de la Orden se ocupaban de que así fuera. Varias veces, grupos pequeños de cautivos que ya no podían soportarlo se alzaron para intentar parar los abusos. Los masacraron.

»No mucho después a los cautivos los enviaron en grandes grupos a cavar fosas aparentemente interminables para los muertos. Cuando acabaron de cavar las fosas les obligaron a recuperar todos los cadáveres putrefactos para un entierro masivo. Los que se resistieron acabaron en las fosas también.

»Una vez que se hubo recogido y arrojado a las fosas a todos los muertos, los prisioneros tuvieron que cavar entonces largas zanjas. Tras eso, empezaron las ejecuciones. Casi todos los varones por encima de los quince años fueron ejecutados. Había decenas de miles de personas que habían quedado atrapadas en la red de la Orden. Supe que harían falta semanas para matarlas a todas.

A las mujeres y los niños les obligaron a punta de espada a contemplar cómo ejecutaban a sus padres y maridos y los arrojaban a las enormes fosas abiertas. Mientras observaban se les informaba de que era un ejemplo de lo que les sucedía a los que se resistían a la ley, justa y moral, de la Orden Imperial. Se les sermoneaba a lo largo de las interminables ejecuciones que era una blasfemia contra el Creador vivir como habían estado viviendo, únicamente en bien de sus propios fines egoístas. Les decían que había que purificar a la humanidad de tal corrupción y que ésta estaría mejor después de esa purificación.

»A algunos hombres los decapitaron. A otros los hicieron arrodillarse ante las fosas y luego soldados fornidos con garrotes recubiertos de hierro pasearon a lo largo de la fila y con un poderoso golpe partieron las cabezas de cada hombre mientras un par de cautivos encadenados iban detrás de ellos, arrojando cada nuevo cadáver a la zanja. A algunos de los prisioneros los usaron para prácticas de tiro con flechas o lanzas. Los soldados se reían y se burlaban si alguno de ellos no conseguía una muerte limpia. Era un juego para ellos.

»Creo, no obstante, que la magnitud de la espeluznante tarea provocó un estado de ánimo sombrío en algunos de los soldados de la Orden Imperial y recurrieron a la bebida como un modo de encubrir su repugnancia, de modo que pudieran tomar parte, tal y como se esperaba de ellos. Al fin y al cabo, una cosa es matar en el ardor del combate, pero otra muy diferente es matar a sangre fría. Pero sí mataban a sangre fría. A medida que las víctimas caían al interior de las zanjas eran cubiertas de tierra por aquellos que no tardaban en unirse a ellas.

»Recuerdo un día lluvioso en que tuve que llevar comida a unos oficiales que se guarecían bajo un toldo que sostenían unas lanzas. Estaban allí para contemplar una ejecución que estaba siendo organizada en forma de complejo espectáculo. A las aterradas mujeres que tenían que ser testigos de cómo se llevaban a cabo las sentencias de muerte las trajeron sus captores directamente de las salas de violación. Muchas de las mujeres todavía estaban sólo medio vestidas.

»Por los muchos gritos de reconocimiento y nombres chillados, no tardó en ser evidente que los interrogadores de la Orden habían identificado a los esposos de las mujeres y los habían seleccionado. Las parejas eran reunidas en un encuentro macabro, separadas pero a plena vista unos de otros.

»A las mujeres, apelonadas e impotentes, se les obligó a contemplar cómo ataban las muñecas de sus hombres a la espalda con tiras de cuero. A los hombres los obligaron a arrodillarse cerca de las zanjas recién abiertas, de cara a las mujeres. Soldados recorrían la fila y por turno levantaban la cabeza de cada hombre por el pelo y luego le rebanaban la garganta. Recuerdo que los músculos de los verdugos relucían bajo la lluvia. Sosteniendo a sus víctimas por el pelo, tras cortarles el cuello, echaban cada cuerpo al interior de las fosas antes de pasar al siguiente desgraciado.

»Los hombres que aguardaban para ser asesinados lloraban y temblaban mientras gritaban

los nombres de sus seres queridos, gritaban su amor imperecedero. Las mujeres hacían lo mismo mientras contemplaban cómo asesinaban a sus hombres y luego los arrojaban sobre montones de otros hombres que todavía se debatían y daban boqueadas en su agonía. Era más horroroso, más desgarradoramente doloroso, que nada que haya contemplado jamás.

»A medida que veían asesinar a sus seres queridos, muchas de las mujeres se desmayaban, desplomándose sobre el suelo enlodado, cubierto de vómitos. Mientras la lluvia caía ininterrumpidamente, otras, presas de salvaje terror, aullaban el nombre del hombre que iba a ser ejecutado y forcejeaban para desasirse de la férrea sujeción de los guardias, quienes reían mientras se llevaban a rastras a las mujeres por turno, gritando los detalles de sus intenciones al esposo que estaba a punto de morir. Era una forma retorcida de crueldad que infligía sufrimiento a una escala que no puedo ni remotamente transmitir.

»No tan sólo se destrozaban familias para siempre, sino que las eliminaban. ¿Oísteis alguna vez esa vieja pregunta: "Cómo crees que finalizará el mundo?" Así es como lo hará. Eso era el fin del mundo para miles y miles de personas... sólo que acababa con una persona cada vez. Fue un prolongadísimo agostamiento de vidas, el fin definitivo del mundo de cada individuo.

Richard se sujetó las sienes entre el pulgar y los dedos de una mano con tanta fuerza que pensó que iba a aplastarse el cráneo. Con gran dificultad consiguió controlar la respiración y la voz.

— ¿Consiguió escapar alguien? —preguntó en el resonante silencio—. Durante todas esas violaciones y ejecuciones, ¿escapó alguien? Jebra asintió.

—Sí. Creo que unos cuantos consiguieron escapar, pero no lo sé con seguridad.

—Escaparon los suficientes —declaró Nicci en voz queda. — ¿Los suficientes? —gritó Richard a la vez que dirigía su furia sobre ella.

Contuvo su ramalazo de ira y volvió a bajar la voz:

— ¿Los suficientes para qué?

—Los suficientes para sus propósitos —repuso Nicci, mirándolo a los ojos—. La Orden sabe que hay personas que escapan. Durante el punto álgido de la brutalidad, lo peor de los horrores, relajan deliberadamente la seguridad para asegurarse de que unos pocos, al menos, escaparán.

Richard sentía como si su mente fuese a la deriva, con un millar de pensamientos desolados.

— ¿Por qué?

Nicci intercambió una larga mirada con él antes de responder por fin.

—Para extender tal miedo que el terror atenace a la siguiente ciudad. Ese terror asegurará que la gente que se encuentre en el camino del ejército se rendirá para no enfrentarse a ese tratamiento brutal. De este modo, la victoria llega sin que la Orden tenga que pelear cada centímetro del camino. El terror que propagan las personas huidas que cuentan a otras lo que vieron es un arma poderosa que hace pedazos el valor de aquellos a los que aún no se ha atacado.

Tal y como le palpitaba a él el corazón, Richard podía comprender el terror de aguardar el ataque de la Orden. Se pasó los dedos hacia atrás por el cabello mientras volvía a dirigir su atención a Jebra.

— ¿Asesinaron a todos los cautivos?

—Unos pocos hombres..., unos que no fueron considerados una amenaza por una u otra razón..., fueron enviados junto con otras personas de la ciudad al campo, en cuadrillas, para trabajar en las granjas. Jamás supe qué les sucedió a esas personas, pero supongo que

siguen ahí, trabajando duro como esclavos para la Orden.

La mirada de Jebra descendió mientras echaba hacia atrás unos mechones que le habían caído sobre el rostro.

—La mayoría de las mujeres que sobrevivieron se convirtieron en propiedad de la tropa. A algunas de las más jóvenes y atractivas les pusieron un aro de cobre en el labio inferior y se reservaron para los hombres que tenían un rango. Frecuentemente deambulaban carretas por el campo, recogiendo los cuerpos de mujeres que habían muerto mientras abusaban de ellas. Ningún oficial puso nunca la menor objeción al tratamiento brutal que esas mujeres recibían en las tiendas donde estaba la tropa. A los cadáveres los llevaban a las zanjas y los arrojaban dentro. A nadie, ni siquiera a los soldados de la Orden Imperial que morían, se le enterraba jamás con el nombre inscrito en un indicador. A todos los enterraban en sepulturas comunes. La Orden no cree en la importancia de ningún individuo y no deja constancia de su defunción.

— ¿Qué hay de los niños? —preguntó Richard—. Dijiste que no mataron a los muchachos más jóvenes.

Jebra inhaló profundamente antes de volver a empezar.

—Bueno, desde el principio, a los chicos los habían juntado y organizado por edades en grupos. Y los consideraban, no como galeanos capturados, no como conquistados, sino como miembros jóvenes de la Orden Imperial liberados de las personas que los habrían oprimido y corrompido las mentes. La culpa por la maldad que hizo necesaria la invasión se adjudicaba a las generaciones mayores, no a esos jóvenes, que decían que eran inocentes de los pecados de sus mayores. Por consiguiente fueron separados física y espiritualmente de los adultos, y se inició su adiestramiento.

»A los chicos se les instruía casi con juegos, aunque debe haber resultado algo muy sombrío para muchos. Los trataban relativamente bien y los mantenían ocupados en todo momento en competencias de fuerza y habilidad. No se les permitía añorar a sus familias; eso se consideraba una muestra de debilidad. La Orden se convirtió en su familia, tanto si les gustaba como si no.

»Por la noche, mientras oía los gritos de las mujeres, también oía a los chicos mientras cantaban juntos, bajo la dirección de oficiales de adiestramiento. —Hizo un gesto como en un aparte—. Tenía que llevar a aquellos oficiales comida y cosas así, de modo que tuve una oportunidad de ver lo que les sucedía a los muchachos a medida que transcurrían las semanas y luego los meses.

»Tras recibir preparación durante un tiempo, los muchachos empezaron a obtener rangos dentro de su grupo, ya fuese por juegos de habilidad y fuerza, o memorizando sus lecciones sobre las virtuosas prácticas de la Orden. Mientras iba de un lado a otro a toda prisa cumpliendo mis deberes, veía a los muchachos en posición de firmes, recitando las cosas que les habían enseñado, hablando de lo glorioso que era formar parte de la Orden, de su honorable deber de ser parte de un mundo nuevo dedicado a la mejora de la humanidad, y de su disposición a sacrificarse por ese bien mayor.

»Aun cuando realmente nunca tuve la oportunidad de averiguar las cosas concretas que les enseñaban a aquellos muchachos, recuerdo una frase gritada incesantemente mientras permanecían firmes: "No puedo ser nada solo. Mi vida tiene sentido sólo a través de la dedicación a otros. Juntos todos somos uno, con una misma mente, para un mismo propósito."

»Tras mítines con una fuerte carga de emotividad, llevaban a los muchachos en grupos a contemplar ejecuciones de "traidores a la humanidad". Se les animaba a lanzar vítores

cuando cada "traidor" moría. Sus líderes de la Orden permanecían muy erguidos y orgullosos ante los muchachos, de espaldas al baño de sangre, diciendo: "Sed fuertes jóvenes héroes. Esto es lo que les sucede a los que traicionan egoístamente a la humanidad. Sois los futuros salvadores de la humanidad. Sois los futuros héroes de la Orden, así que sed fuertes."

»Cualquiera que fuese la inquietud que los muchachos pudieran haber tenido al principio, bajo el largo e incesante adoctrinamiento, guía, y constante ánimo de los oficiales, aquellos niños lanzaban aclamaciones. Incluso si no eran sinceras al principio, parecieron acabar siéndolo al final. Vi como los chicos empezaban a creer... con auténtico fervor... las cosas que les enseñaban los adultos.

»A los muchachos se les animaba a usar cuchillos que se les entregaban para apuñalar a los "traidores" recién ejecutados. Éste era sólo uno de los modos en que se les insensibilizaba a la muerte. Al final, los muchachos obtenían rangos participando en las ejecuciones. Permanecían en pie ante cautivos de mirada vacía y les sermoneaban sobre sus costumbres egoístas, su traición al prójimo y al Creador. El muchacho condenaba entonces a aquel cautivo concreto a muerte y a veces llevaba a cabo la ejecución. Sus camaradas aplaudían su celo para ayudar a purgar a la humanidad de aquellos que se resistían a las sagradas enseñanzas de la Orden, aquellos que habían dado la espalda a su Creador y a su divino deber de servir al prójimo.

»De este modo, casi cada uno de aquellos chicos había tenido algo que ver en la eliminación de cautivos. Se los elogiaba como a "héroes" de la Orden. Por la noche, en sus barracones, los pocos muchachos que no estuvieron de acuerdo en participar en las ejecuciones se convertían en parías y acababan siendo estigmatizados como cobardes o incluso como simpatizantes de las viejas prácticas, como egoístas que no estaban dispuestos a apoyar a su prójimo... Lo más corriente era que su propio grupo los apaleara hasta matarlos.

»Estos pocos muchachos, a mis ojos, eran los héroes. Morían solos a manos de sus compañeros, muchachos que una vez habían jugado y reído con ellos pero que ahora se habían convertido en el enemigo. Habría dado casi cualquier cosa por haber podido dar a aquellas pocas almas nobles al menos un abrazo y mi musitado agradecimiento por no haberse unido a aquello, pero no pude, de modo que murieron solos como parias entre sus antiguos amigos.

»Era demencial. Me daba la impresión de que todo el mundo se había vuelto loco, que nada tenía sentido ya, que la vida misma ya no tenía sentido. Dolor y sufrimiento se convirtieron en la definición de la vida: no había nada más. Recuerdos de cualquier clase de alegría parecían vagos sueños y dejaban de ser reales. La vida transcurría penosamente, día tras día, estación tras estación, una vida que giraba alrededor de la muerte.

»Al final, los únicos habitantes de Galea que quedaron con vida fueron los muchachos y las mujeres que no murieron durante las brutales violaciones y luego como prostitutas de los soldados. Al final, los muchachos mayores participaban en las violaciones como parte de su iniciación y como recompensa por su entusiasmo en el cumplimiento de sus tareas, incluidas las ejecuciones.

»Muchas de las mujeres, desde luego, consiguieron matarse. Cada mañana, en las calles de adoquines, se hallaban los cuerpos rotos de mujeres que, no viendo otro futuro que unos malos tratos degradantes, habían conseguido arrojararse por ventanas o desde tejados. No sé cuántas veces llegué a encontrarme con una mujer en alguna esquina oscura, con las muñecas abiertas por su propia mano, su vida apagada junto con cualquier esperanza. No

puedo decir que las culpase por su elección.

Richard permanecía inmóvil con las manos entrelazadas a la espalda, mirando fijamente al interior de las quietas aguas de la fuente, mientras Jebra seguía detallando con infinito detalle los acontecimientos que siguieron a la gran victoria de los valientes hombres de la Orden Imperial. El sin sentido de todo ello era casi demasiado monumental para comprenderlo, mucho menos soportarlo.

Los haces de luz que penetraban por la claraboya del techo se deslizaron lentamente sobre el murete de mármol que rodeaba el estanque, sobre el suelo. La piedra roja como la sangre de las columnas resplandeció a medida que la luz del sol ascendía sin pausa, progresivamente, mientras Jebra narraba todo lo que sabía de lo que había sucedido durante el tiempo que había sido cautiva de la Orden.

Shota permaneció sin moverse casi todo el tiempo, por lo general con los brazos cruzados, sus hermosas facciones petrificadas en una expresión vagamente sombría, observando a Jebra contar su historia, u observando a Richard escuchándola, como asegurándose de que la atención de éste no se desviaba.

—Galea tenía reservas de comida en abundancia para sus ciudadanos —explicó Jebra—, pero no para el número de invasores que ocupaban la ciudad en aquellos momentos, que no llevaban abundantes provisiones. Las tropas desvalijaron todos los depósitos de comida. Vaciaron todas las despensas, todos los almacenes. Todos los animales en kilómetros a la redonda, incluidas las innumerables ovejas que se criaban para obtener lana y las vacas lecheras, fueron sacrificados para comérselos. En lugar de conservar a las gallinas para tener un suministro constante de huevos, también a ellas las mataron y se las comieron. »A medida que la comida escaseaba los oficiales enviaron mensajeros con peticiones cada vez más apremiantes de reabastecimiento. Transcurrieron meses sin que llegaran provisiones... sin duda debido en buena parte a que había llegado el invierno y ello retrasaba su llegada.

Jebra vaciló, y luego tragó saliva, antes de proseguir.

—Recuerdo el día... fue durante una fuerte nevada... en que nos ordenaron cocinar carne fresca que los soldados de la Orden Imperial entregaron en las cocinas. Eran cuerpos humanos, destripados y decapitados, que acababan de matar.

Richard se volvió abruptamente para mirar atónito a Jebra. Ella alzó los ojos hacia él como temerosa de ser condenada por lo que sabía que era totalmente inaceptable. Los ojos azules se le llenaron de lágrimas que suplicaban perdón, como si temiera que fuese a matarla por lo que estaba a punto de confesar.

— ¿Habéis tenido que trocear un cuerpo humano para cocinarlo? Nosotros tuvimos que hacerlo. Asamos la carne, o la arrancamos de los huesos para hacer estofados. Secamos tiras y tiras de carne para los soldados. Si tenían hambre y no había nada con lo que alimentarlos, se entregaban cadáveres en las cocinas... Hicimos de todo para alargar las provisiones que teníamos. Hicimos sopas y estofados con hierbajos, si podíamos encontrarlos bajo la nieve. Pero, sencillamente, no había comida suficiente para alimentar a todos los hombres.

«Presencié muchas cosas que me producirán pesadillas el resto de mi vida. Contemplar a aquellos soldados despiadados mientras arrojaban aquellos cuerpos al suelo de la cocina será una de las cosas que me perseguirá eternamente.

Richard asintió y musitó.

—Comprendo.

—Y entonces, a principios de la pasada primavera, los carros de provisiones finalmente

empezaron a llegar. Traían grandes cantidades de alimentos para los soldados. Supe, a pesar del número aparentemente interminable de carros llenos de provisiones, que no durarían mucho tiempo.»Además de las provisiones, había también refuerzos para reemplazar a los hombres que habían muerto en la batalla para aplastar Galea. El número de soldados de las tropas de la Orden que ocupaban Ebinissia era ya abrumador, los refuerzos parecieron aumentar mi entumecida desesperanza.

»Oí por casualidad a oficiales recién llegados informando de que llegarían más provisiones, junto con más hombres aún. A medida que llegaban en tropel desde el sur, a muchos los enviaban a realizar misiones para asegurar otras zonas de la Tierra Central. Había otras ciudades que tomar, otros lugares que capturar, otras bolsas de resistencia que aplastar, otras personas que esclavizar.

»Junto con los suministros y las tropas de refresco llegaron cartas de personas que estaban en el Viejo Mundo. No eran cartas para ningún soldado específico, desde luego, puesto que la Orden Imperial no tenía modo de saber cómo localizar a ningún soldado concreto dentro de sus enormes ejércitos, ni tampoco le habría preocupado, ya que los individuos, como tales, carecían de importancia a sus ojos. Más bien, eran cartas enviadas para ser entregadas de modo generalizado a los "valientes" que combatían por los que estaban en casa, que combatían por su Creador, que combatían para derrotar a los infieles del norte, que combatían para llevar a personas de ideas atrasadas la salvación de la Orden.

»Por la noche, cada noche durante semanas, las cartas que habían llegado con las provisiones se leían a grupos de hombres reunidos a tal efecto. La mayoría no sabía leer. Eran cartas de todas clases, desde personas que contaban los grandes sacrificios que habían hecho para poder enviar comida y mercancías a sus combatientes, a cartas ensalzando los grandes sacrificios que los soldados realizaban para fomentar la divina doctrina de la Orden, pasando por cartas de muchachas prometiendo sus cuerpos a los valientes soldados cuando regresaran de derrotar al incivilizado e ignorante enemigo del norte. Como podéis imaginar, estas cartas eran muy populares y se leían una y otra vez entre silbidos y salvajes aclamaciones.

»Las gentes del Viejo Mundo incluso enviaban recuerdos: talismanes para proporcionar la victoria; dibujos para decorar las tiendas de sus combatientes; galletas y pasteles que hacía mucho que se había podrido; calcetines, mitones, camisas y gorras; hierbas para todo, desde para preparar té a vendajes; pañuelos perfumados de mujeres ansiosas por ofrecerse a sí mismas a los soldados; cintos de armas y cosas parecidas confeccionados por las unidades de muchachos que se adiestraban hasta que llegara el día en que también pudieran ir al norte a aplastar a las gentes que se oponían a la sabiduría del Creador y a la justicia de la Orden Imperial.

»Antes de que regresaran al Viejo Mundo para obtener más provisiones, las largas columnas de carros de suministros eran cargadas con botines de guerra para llevarlos a las ciudades del Viejo Mundo que suministraban la comida y los artículos que necesitaba el ejército. Era como un círculo de transacciones: botín a cambio de suministros, suministros a cambio de botín. Supongo que la visión de interminables carros cargados de riquezas robadas fluyendo al sur también tenía el propósito de servir como un incentivo para que siguieran sustentando lo que tenía que ser el enorme coste de la campaña solidaria de la población civil.

»El ejército que nos había invadido era demasiado grande para caber en la ciudad, desde luego, y con los refuerzos que llegaban con cada caravana de provisiones, el interminable mar de tiendas se extendió aún más allá por la campiña, cubriendo las colinas y valles de

los alrededores. Hasta una considerable distancia, los árboles habían desaparecido para ser usados como leña durante todo el invierno anterior, dejando el paisaje que rodeaba la ciudad con un aspecto desierto y muerto. Los pastos nuevos jamás llegaron a crecer bajo las ingentes masas de hombres, los incontables caballos y las caravanas, de modo que parecía como si hubiesen convertido a Galea en un mar de lodo.

»A los hombres que venían del Viejo Mundo los organizaban en unidades que eran enviadas a atacar otros lugares, a extender el gobierno de la Orden Imperial. Parecía haber un suministro infinito de hombres con los que esclavizar al Nuevo Mundo.

»Yo trabajaba hasta el agotamiento alimentando a todos los oficiales, de modo que estaba con frecuencia cerca del personal al mando y a menudo no podía evitar escuchar planes de invasión e informes de ciudades que habían caído, recuentos de prisioneros capturados, relaciones del número de esclavos enviados al Viejo Mundo. De vez en cuando, algunas de las mujeres más atractivas eran conducidas allí para el disfrute de los oficiales. Los ojos de aquellas mujeres estaban aterrados ante lo que iba a ser de ellas. Yo sabía que aquellos ojos no tardarían en adquirir una mirada opaca que anhelaba la liberación de la muerte. Todo aquello me parecía de un salvajismo infinito que no mostraba señales de parar nunca.

»Desde luego, para entonces la ciudad había quedado vacía casi por completo de las personas que la habían considerado su hogar en otro tiempo. Casi todo varón de más de quince años había sido ejecutado hacía tiempo y a los pocos que no lo habían sido los habían enviado lejos como esclavos. A muchas de las mujeres... las que eran demasiado viejas o demasiado jóvenes para poder ser útiles a la Orden... las habían matado si molestaban, pero a muchas sencillamente las habían dejado que se murieran de hambre. Vivían como ratas en la ciudad. El pasado invierno vi legiones de ancianas y niñas que parecían esqueletos cubiertos con una pálida pátina de carne que mendigaban restos de comida. Me partió el corazón, pero alimentarlas sólo acabaría significando la ejecución para ellas y para mí. Con todo, si podía hacerlo sin ser vista, a veces les pasaba comida...

»Al final era como si a la población de la ciudad real de Galea, cientos de miles de personas, la hubiesen hecho desaparecer por completo. Lo que una vez fue el corazón de Galea ya no existe, y ahora está ocupado por soldados que suman cientos de miles. Los que siguen al campamento empezaron a establecer sus hogares en los lugares saqueados tiempo atrás, por el simple método de apoderarse de lo que era de otro. Más personas procedentes del Viejo Mundo empezaron a derivar hacia allí para ocupar casas y vivir en ellas como si fuesen suyas.

»Las únicas galeanas que quedaban con vida eran en su mayoría esclavas utilizadas por los soldados como prostitutas. Al cabo de un tiempo, muchas quedaron embarazadas y dieron a luz hijos engendrados por los soldados de la Orden Imperial. Estos hijos están siendo criados para ser futuros defensores de la Orden. Prácticamente, los únicos niños que quedaron con vida tras el primer año de ocupación fueron los varones.

»Instruidos sin pausa en las prácticas de la Orden, esos muchachos se convirtieron a los dogmas de la Orden. Hacía mucho que habían olvidado las costumbres de sus progenitores o de su país, o incluso la mínima decencia. Ahora eran reclutas de la Orden Imperial: monstruos de reciente acuñación.

»Tras meses de adiestramiento enviaron a grupos de los muchachos de más edad a atacar otras ciudades. Iban a ser la carne que embotase las espadas de los infieles. Marcharon llenos de entusiasmo.

»En una ocasión había creído que los animales que conforman la Orden Imperial eran una raza salvaje de personas claramente diferenciada, distinta de las gentes civilizadas del

Nuevo Mundo. Tras ver cómo cambiaron esos muchachos y en lo que se convirtieron, comprendí que las personas que forman la Orden no son en realidad distintas del resto de nosotros, salvo en sus creencias y en las ideas que las motivan. Una idea loca, quizá, pero parece que mediante algún mecanismo misterioso cualquiera es susceptible de quedar atrapado por las prácticas de la Orden.

Jebra meneó la cabeza con desaliento.

—Jamás comprendí de verdad cómo pudo llegar a suceder una cosa así, cómo los oficiales pudieron enseñar a los muchachos tales lecciones_ cómo pudieron dictarles que debían ser desinteresados, que debían vivir una vida de sacrificio por el bien de otros, y luego, como por arte de magia, esos muchachos desfilaban cantando canciones alegremente, esperando morir en combate.

—La premisa es de lo más simple en realidad —dijo Nicci con indiferencia.

— ¿Simple? —Jebra enarcó una ceja—. No puedes hablar en serio.

Capítulo 15

— ¡Oh, sí, simple! —Nicci descendió los escalones de uno en uno con paso lento y acompasado—. La Fraternidad de la Orden les enseña las mismas cosas tanto a los niños como a las niñas del Viejo Mundo, y del mismo modo.

Fue a detenerse no lejos de Richard y cruzó los brazos a la vez que suspiraba... no por cansancio, sino más bien por abatimiento desesperanzado.

—Excepto que con ellos empiezan no mucho después de que nazcan. Empiezan con lecciones sencillas, desde luego, pero esas lecciones se amplían y refuerzan a lo largo de toda su vida. No es insólito ver a ancianos aguantando los sermones de hermanos de la Fraternidad de la Orden.

»En su mayoría la gente se siente atraída hacia una estructura social ordenada y ansía saber en qué modo encajan en el orden más amplio del universo. La Fraternidad de la Orden le proporciona una sensación de estructura integral; en otras palabras, les dice el modo correcto de pensar así como un modo adecuado de vivir sus vidas. Pero es más efectivo cuando se empieza por los niños. Si se moldea una mente joven según los dogmas de la Orden entonces ésta, por lo general, se vuelve inflexible de por vida_ Por consiguiente, cualquier otro modo de pensar... la capacidad misma de razonar... se marchita, muere a una edad temprana y se pierde para siempre. Cuando una persona así llega a la vejez, todavía arrastrará las mismas lecciones básicas, todavía dependerá de cada palabra que le hayan inculcado.

— ¿Simple? —inquirió Jebra—. ¿Has dicho que la premisa es de lo más simple? Nicci asintió.

—La Orden enseña que este mundo, el mundo de la vida, es finito. La vida es fugaz. Nacemos, vivimos durante un tiempo y morimos. La otra vida, en contraste, es eterna. Al fin y al cabo, todos sabemos que la gente muere, pero nadie regresa jamás de la muerte. La muerte es para siempre. Por lo tanto, la otra vida es lo importante.

»Alrededor de este postulado central, la Fraternidad de la Orden inculca incesantemente a las personas la creencia de que uno debe ganarse su eternidad en la gloria de la luz del Creador. Esta vida es un medio de ganar esa eternidad; una prueba, en cierto modo.

Jebra pestañeó con incredulidad.

—Pero con todo, la vida es... No sé, es vida. ¿Cómo puede ser nada más importante que tu propia vida? —Suavizó su escepticismo con una sonrisa—. Sin duda eso no va a convencer

a la gente para que siga las prácticas brutales de la Orden, no va a convencerla para que le den la espalda a la vida.

— ¿Vida? —Con una repentina amenaza en su airada mirada, Nicci se inclinó un poco hacia Jebra—. ¿No te importa tu alma? ¿No crees que lo que le suceda a tu alma durante toda la eternidad debería ser un motivo de seria preocupación para ti?

—Bueno, claro que yo, yo... —Jebra enmudeció.

A la vez que se erguía, Nicci se encogió de hombros con un gesto burlón y displicente.

—Esta vida es finita, transitoria, así pues, ante una vida eterna después de la muerte, ¿hasta qué punto puede ser importante una vida fugaz en este mundo miserable? ¿Qué propósito podría tener esta existencia breve, aparte de servir como juicio al alma?

Jebra pareció incómodamente dudosa pero a la vez reacia a poner en entredicho las palabras de Nicci al formularlo ella de aquel modo.

—Por esa razón —dijo Nicci—, el sacrificio ante cualquier sufrimiento, cualquier carencia, cualquier necesidad de tu prójimo es un humilde reconocimiento de que esta vida carece de sentido, una demostración de que reconoces que la eternidad es un asunto trascendental. Al sacrificarte estás reconociendo que no valoras el reino del hombre por encima de la eternidad, el reino del Creador. Por lo tanto, el sacrificio es el precio, el pequeño precio, la miseria, que pagas por la gloria eterna de tu alma. Es la prueba que das al Creador de que eres digno de esa eternidad con Él.

Richard se quedó pasmado ante la facilidad con que un razonamiento así —pronunciado por Nicci con seguridad y autoridad— intimidaba a Jebra y la hacía callar. Mientras escuchaba al tiempo que Nicci se alzaba imponente ante ella, Jebra había dirigido ojeadas a los demás, a Zedd, a Cara, a Shota, incluso a Ann y a Nathan; pero al ver que ninguno de ellos presentaba ninguna objeción, los hombros se le empezaron a hundir a medida que deseaba poder desaparecer en el interior de una grieta del suelo de mármol.

—Si restringes tus inquietudes a ser feliz en esta vida... —Nicci extendió un brazo e indicó el mundo a su alrededor mientras se deslizaba majestuosamente a un lado y a otro ante ellos—, si osas deleitarte con las banalidades sin sentido de este mundo desdichado, de esta breve existencia insensata, eso es un rechazo a tu vida eterna y, por lo tanto, un rechazo al plan perfecto del Creador para tu alma.

» ¿Quién eres tú para cuestionar al Creador de todo el universo? ¿Cómo te atreves a colocar tus deseos insignificantes, tu patética vida sin importancia, por delante de su gran propósito de prepararte para toda la eternidad?

Nicci hizo una pausa, cruzando los brazos de una forma que daba a entender un desafío. Toda una vida de adoctrinamiento le proporcionaba la habilidad de expresar los postulados cuidadosamente elaborados de la Orden con precisión demoledora. Verla allí, con su camisón de color rosa, de algún modo sólo parecía subrayar su escarnio de la banalidad de la vida. Richard recordaba muy bien a Nicci pronunciando aquel mismo mensaje ante él, sólo que en aquel momento lo había dicho muy en serio. Jebra evitó la mirada taladrante de Nicci, fijando los ojos en sus manos, que tenía colocadas en el regazo.

—Para inculcar esas ideas de la Orden a otras personas, a Galea por efecto —dijo Nicci a la vez que reanudaba el sermón y su paseo de un lado a otro—, muchos de los soldados de la Orden tuvieron que morir. —Encogió los hombros—. Pero ése es el sacrificio supremo... la propia vida... por llevar la iluminación a aquellos que aún no saben cómo seguir la única senda correcta y auténtica que lleva a la gloria en el otro mundo. Si una persona sacrifica su vida en nombre de la Orden para llevar la salvación a personas atrasadas e ignorantes, obtiene la eternidad con Él en el otro mundo.

La hechicera alzó un brazo, enfundado en el satinado tejido del camisón, como para revelar algo magnífico pero invisible.

—La muerte es simplemente el camino que lleva a esa gloriosa eternidad.

Dejó caer el brazo.

—Porque una vida individual carece de importancia en el esquema de las cosas que realmente importan. Es evidente que al torturar y matar a individuos que se resisten, no haces más que ayudar a que las masas de los retrógrados se dejen iluminar, de modo que estás llevando la salvación a esas masas, sirviendo a una causa moral, conduciendo a las criaturas del Creador al hogar que es Su reino.

El semblante de Nicci adquirió un aspecto tan lúgubre como lo había sido su reivindicación.

—Las personas a las que se les enseña esto desde el momento de nacer acaban por creerlo con un celo tan ciego que ven a cualquiera que viva de cualquier modo que no sea según las enseñanzas de la Orden, en otras palabras, que no pague el justo precio del sacrificio a cambio de la salvación eterna... como merecedor de una eternidad de sufrimiento inimaginable en las oscuras y frías profundidades del inframundo, que es exactamente lo que les aguarda a menos que cambien de comportamiento.

»Muy pocas personas que crezcan bajo este adoctrinamiento poseen suficiente capacidad de razonamiento para poder pensar en un modo de salir de esta cautivadora trampa... ni quieren hacerlo. Para ellos, gozar de la vida, vivir por ellos mismos, es canjear la eternidad por un breve y pecaminoso retozar.

»Puesto que tienen que renunciar al disfrute de esta vida, se fijarán con suma rapidez en cualquiera que deje de sacrificarse como debería, que no viva según los cánones de la Orden. Además, reconocer lo pecaminoso en otros está considerado una virtud porque ayuda a dirigir a aquellos que descuidan su deber moral de vuelta al sendero de la salvación.

Nicci se inclinó en dirección a Jebra y bajó la voz hasta convertirla en un siseo siniestro:

—Por eso matar a no creyentes es una virtud.

Nicci se irguió.

—Los seguidores de la Orden desarrollan un intenso odio por aquellos que no creen en sus dogmas. Al fin y al cabo, la Orden enseña que los perversos pecadores que rehúsan arrepentirse son ni más ni menos que los discípulos del Custodio. La muerte no es más que lo que esos enemigos de los virtuosos merecen.

Nicci extendió los brazos en un ademán ominoso.

—No puede haber duda sobre nada de esto, ya que las enseñanzas de la Orden son, al fin y al cabo, meramente los deseos del Creador y, por lo tanto, verdad obtenida por inspiración divina.

Jebra estaba ahora demasiado acobardada para discutir.

Cara, por su parte, mostraba claramente no estar acobardada en absoluto.

—¿Vaya, de veras? —dijo con tranquilidad, pero con intención desafiante—. Me temo que hay una pequeña pega. ¿Cómo saben ellos todo eso? Quiero decir, ¿cómo saben que la otra vida es realmente algo parecido a como ellos la describen?

Juntó las manos a la espalda a la vez que se encogía de hombros.

—Por lo que yo sé, no han visitado el mundo de los muertos y luego regresado. ¿Cómo podrían saber lo que hay al otro lado del velo?

»Nuestro mundo es el mundo de la vida ¿Cómo osan degradarla haciendo que nuestra única vida sea el precio de algo incognoscible? ¿Cómo pueden ni remotamente afirmar que saben

algo sobre la naturaleza de otros mundos? A juzgar por lo que se sabe en realidad, el mundo de los espíritus podría ser un simple estado transitorio mientras nos deslizamos al interior de la no existencia de la muerte.

»Bien mirado, ¿cómo sabe la Fraternidad de la Orden que esos son los deseos del Creador... o que Él tiene algún deseo? —La frente de Cara se arrugó—. ¿Cómo saben siquiera que la Creación fue llevada a cabo por una mente consciente semejante a la de un rey?

Jebra pareció aliviada de ver que por fin alguien ponía objeciones. Nicci sonrió de un modo curioso y enarcó una ceja.

—Ahí está la pega.

Sin mirar hacia allí, alzó el brazo hacia atrás, en dirección a Ann, de pie en el otro lado de la habitación en las sombras.

—Es el mismo método por el que la Prelada y sus Hermanas de la Luz saben que su versión de la misma monserga es cierta. Los sumos sacerdotes, o alguna persona humilde pero sumamente devota ha escuchado los susurros íntimos de lo divino, o ha tenido una visión sagrada que Él les ha enviado, o ha recibido una visita en sueños. Existen incluso textos antiguos que manifiestan poseer el conocimiento infalible de lo que hay al otro lado del velo. Tal saber popular es en su mayor parte una colección de la misma clase de susurros, visiones y sueños que en el lejano pasado fueron establecidos como hechos y se han convertido en «irrefutables simplemente porque son antiguos».

» ¿Y cómo vamos a corroborar la veracidad de este testimonio? —Nicci movió el brazo en un gesto grandilocuente—. Cuestionar tales cosas es el pecado mayor de todos: ¡falta de fe!

»El hecho mismo de que lo incognoscible es incognoscible es lo que afirman que da fe a su virtud y la convierte en sacrosanta. Al fin y al cabo, ¿qué virtud existiría en la fe si aquello en lo que tenemos fe se pudiese conocer? Una persona que puede mantener una fe absoluta sin la menor prueba debe poseer una profunda virtud. En consecuencia, únicamente aquellos que dan el salto desde la fe a lo imperceptible son merecedores de una recompensa eterna.

»Es como si te dijeran que saltases por un precipicio y tuvieses fe en que puedes volar, pero que no debes agitar los brazos porque eso no haría más que delatar una fundamental falta de fe y cualquier falta de fe aseguraría indefectiblemente que caerías en picado al suelo.

Nicci se llevó los dedos atrás, al rubio cabello, y luego, con un suspiro, dejó caer los brazos.

—Cuanto más difíciles de creer son las enseñanzas, mayor es el nivel requerido de fe. Junto con el compromiso a un nivel superior de fe viene un vínculo más estrecho con aquellos que comparten la misma fe, una mayor sensación de inclusión en el grupo de los iluminados. Los creyentes, debido a que sus creencias son tan manifiestamente místicas, se distancian aún más de los «retrógrados», de aquellos que son sospechosos porque no quieren abrazar la fe. El término «no creyente» se convierte en una forma de condena, demonizando a cualquiera que decida... —Nicci se dio un golpecito con un dedo en la sien— seguir usando el razonamiento.

»La fe es la clave; la varita mágica que agitan sobre el burbujeante brebaje que han preparado para hacer que resulte «obvio».

Ann, no obstante la airada mirada de desdén a una Hermana de la Luz convertida en traidora a la causa, declinó entrar en la discusión. Richard lo consideró una elección excepcional por su parte, y una que en aquel momento era particularmente sabia.

—Ahí —dijo Nicci, agitando un dedo a la vez que caminaba de un lado a otro, descalza— está la grieta en el impresionante cúmulo de enseñanzas de la Orden. Ahí está el defecto fatal en el centro de todas esas convicciones. Tales cosas al final no son nada más sólido

que el intrincado producto del capricho y el autoengaño. Al final, sin la roca de la realidad, una persona demente que oye voces en su cabeza es igual de sincera e igual de creíble.

»Por eso la Orden alardea de la santidad de la fe y enseña que debes desechar el impulso perverso de usar la cabeza, y que, en su lugar, debes abandonarte a tus sentimientos. Una vez que entregas la vida a la fe ciega en la otra vida, afirman que entonces, y sólo entonces, la puerta de entrada a la eternidad se abrirá mágicamente para ti.

»En otras palabras, el conocimiento se consigue únicamente a través del rechazo de todo lo que en realidad encierra conocimiento.

»Por eso la Orden equipara fe con santidad, y por lo que su ausencia está considerada pecaminosa. Por eso cuestionar la fe es herético. »Sin fe, todo lo que enseñan se deshilacha. »Y puesto que la fe es el pegamento indispensable que une su torre de creencias, la fe acaba por engendrar brutalidad. Sin brutalidad para imponerla, la fe acaba siendo nada más que una ensoñación extravagante, o la creencia sin fundamento de una reina de que nadie atacará su trono, que ningún enemigo traspasará sus fronteras, que ninguna fuerza podrá vencer a sus defensores, si ella simplemente lo prohíbe.

»Al fin y al cabo, no necesito amenazaros para haceros ver que el agua de esa fuente está mojada o que las paredes de esta habitación están hechas de piedra, pero la Orden debe amenazar a la gente para hacerles creer que una eternidad en la que van a estar muertos será un placer eterno, pero sólo si hacen lo que se les dice en esta vida.

Mientras ella dedicaba una mirada feroz a las quietas aguas de la fuente, Richard pensó que los ojos de Nicci podrían transformar aquella agua en hielo. La fría ira de aquellos ojos era producto de cosas que había visto en su vida que él no podía ni remotamente imaginar.

Durante las oscuras y tranquilas veladas que había pasado a solas con ella, las cosas que le había confiado ya eran bastante terribles.

—Es muchísimo más fácil convencer a las personas de que mueran por tu causa si primero haces que estén ansiosas por morir —dijo Nicci con una voz llena de amargura—. Es muchísimo más fácil conseguir que muchachos desnuden sus pechos ante flechas y espadas si confían en que hacer eso es una acción desinteresada que hará que el Creador sonría y les dé la bienvenida a la gloria eterna.

»Una vez que la Orden enseña a las personas a ser auténticos creyentes, lo que han hecho en realidad es forjar monstruos que no tan sólo morirán por la causa, sino que matarán también por ella. Los auténticos creyentes están consumidos por un odio implacable hacia aquellos que no creen. No existe un individuo más peligroso, más despiadado, más brutal que el que ha quedado cegado por las creencias de la Orden. Tal creyente no está moldeado por la razón. En consecuencia, no existe ningún mecanismo de contención para su odio. Son asesinos que matarán con mucho gusto por la causa, con la absoluta seguridad de saber que hacen lo que es correcto y virtuoso.

Los nudillos de Nicci resaltaron blancos y sin sangre a medida que ésta apretaba los puños. El poder de sus palabras resonaba todavía en la mente de Richard. Pensó que la fuerza del aura que chisporroteaba alrededor de la hechicera podría provocar una repentina tormenta eléctrica dentro de la antesala.

—Como dije, la premisa es muy simple. —Nicci sacudió la cabeza en amarga resignación, la emoción esfumándose de su desolado dictamen—. Para la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo, y ahora los habitantes del Nuevo Mundo, no hay otra elección que seguir las enseñanzas de la Orden. Si su fe flaquea, se les recuerda con severidad la eternidad de padecimientos inimaginables que aguarda a los infieles. Si eso no funciona, entonces la fe se les inculca a punta de espada.

—Pero tiene que existir algún modo de rescatar a esas personas —dijo Jebra por fin—. ¿No hay un modo de hacerles entrar en razón y conseguir que abandonen las enseñanzas de la Orden?

Nicci desvió la mirada de Jebra para mirar a lo lejos.

—A mí me criaron desde que nací bajo las enseñanzas de la Orden y entré en razón.

Todavía con la mirada puesta en una oscura tempestad de recuerdos, enmudeció durante un instante, como si reviviera su lucha aparentemente interminable por agarrar la vida, por escapar a las garras de la Orden.

—Pero no puedes imaginar lo profundamente difícil que me resultó emerger de aquel reino de oscuras creencias. Dudo que nadie que no se haya perdido en el mundo asfixiante de las enseñanzas de la Orden pueda imaginar siquiera cómo es creer que tu vida no vale nada, o captar la sombra de terror que cae sobre ti cada vez intentas dar la espalda a lo que te han enseñado que es tu único medio de salvación.

La mirada llorosa de la hechicera vagó vacilante hacia Richard. Él lo sabía. Él había estado allí. Él sabía cómo era.

—Fui rescatada —musitó con la voz rota—, pero no fue nada fácil. Jebra pareció animada por lo que Richard sabía que no era un auténtico aliento.

—Pero funcionó contigo —dijo la mujer—, así a lo mejor funcionará con otros.

—Ella es diferente de la mayoría de aquellos que están bajo el hechizo de la Orden —indicó Richard a la vez que miraba a los ojos azules de Nicci, unos ojos que delataban lo mucho que él significaba para ella—. La empujó una necesidad de comprender, de saber, si lo que le habían enseñado que creyera era cierto o si la vida era algo más, si había algo por lo que valía la pena vivir.

»La mayoría de aquellos que han recibido las enseñanzas de la Orden no tienen tales dudas. Bloquean esas clases de dudas y en su lugar se aferran a sus creencias.

—Pero ¿qué os hace pensar que no cambiarán? —Jebra no parecía dispuesta a abandonar el hilo de esperanza—. Si Nicci cambió, ¿por qué no pueden cambiar otros?

Todavía mirando con fijeza a los ojos de Nicci, Richard respondió:

—Creo que son capaces de bloquear cualquier duda en lo que creen porque han interiorizado su adoctrinamiento, ya no lo ven como unas ideas que les han sido inculcadas. Empiezan a experimentar las ideas que les han enseñado como sentimientos, que evolucionan para adoptar la forma de una poderosa convicción emocional. Creo que ése es el truco del proceso. Están convencidos de que tienen un pensamiento original en lugar de las ideas que se les han ido enseñando a medida que crecían.

Nicci se aclaró la garganta a la vez que apartaba los ojos de la mirada de Richard y volvía a mirar a Jebra.

—Creo que Richard tiene razón. Yo era consciente de eso mismo dentro de mí, consciente de esa convicción interna que en realidad era producto de una forma de instrucción cuidadosamente elaborada.

»Algunas personas que secretamente valoran sus vidas tomarán parte en una revuelta si pueden ver que existe una posibilidad realista de ganar... eso es lo que sucedió en Altur'Rang... pero si no hay esa posibilidad, entonces saben que deben repetir las palabras que los seguidores de la Orden quieren oír o arriesgarse a perder su posesión más valiosa: la vida. Bajo el gobierno de la Orden, crees lo que te enseñan, o mueres. Es así de sencillo.

»Hay personas en el Viejo Mundo trabajando para reunir a aquellos que quieren rebelarse, trabajando para encender las hogueras de la libertad para aquellos que quieren aprovechar una oportunidad de controlar su propio destino. Así que hay quienes verdaderamente

quieren una oportunidad de tener libertad y actuarán para obtenerla. También Jagang está enterado de tales esfuerzos y ha enviado tropas para aplastar esas revueltas. Pero también sé muy bien que la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo jamás desecharan voluntariamente sus creencias; lo considerarían pecaminoso. Trabajarán para aplastar sin misericordia cualquier levantamiento. Si es necesario, se aferrarán a su fe hasta la misma tumba. Los que...

Shota alzó una mano con gesto irritado, interrumpiendo a Nicci. —Sí, sí, algunos lo harán, algunos no... Palabrería en muchos casos.

No importa. Esperar una revuelta carece de sentido. Son simples deseos inútiles de que la salvación surja de la nada.

»Las legiones de los soldados procedentes del Viejo Mundo están aquí, ahora, en el Nuevo Mundo, así que es del Nuevo Mundo del que tenemos que preocuparnos, no del Viejo Mundo. El Viejo Mundo, en su mayor parte, cree en la Orden, apoya a la Orden, y alienta a la Orden en sus conquistas.

Shota avanzó de forma majestuosa, dirigiendo una mirada elocuente a Richard.

—El único modo de que una civilización sobreviva es enviar a los soldados invasores de la Orden a su ansiada eternidad en el mundo de los muertos. No hay modo de redimir a aquellos cuyas mentes están embotadas por creencias por las que ansían morir. El único modo de detener a la Orden y sus enseñanzas es matar a suficientes de ellos de modo que no puedan seguir adelante.

—El dolor sí puede cambiar la forma de pensar de la gente —dijo Cara.

Shota dedicó a la mord-sith un aprobador asentimiento.

—Si de verdad acaban comprendiendo sin la menor duda que no vencerán, que sus esfuerzos los conducirán a una muerte cierta, entonces a lo mejor algunos abandonarán su credo y su causa. Podría muy bien ser que, no obstante su fe en las enseñanzas de la Orden, pocos de ellos realmente, en lo más profundo, quieran de verdad morir para ponerlas a prueba.

»Pero ¿y qué? ¿Realmente nos importa? Lo que sí sabemos es que muchísimos son tan fanáticos que dan la bienvenida a la muerte. Cientos de miles ya han muerto, demostrando que están dispuestos a hacer ese sacrificio. Al resto de esos hombres hay que matarlos o ellos nos matarán a todos y condenarán al resto del mundo a un prolongado y penoso descenso al salvajismo.

»Eso es a lo que nos enfrentamos. Ésa es la realidad.

Capítulo 16

Shota dirigió una ardiente mirada a Richard.

—Jebra te ha mostrado lo que sucederá a manos de esos soldados si no los detienes. ¿Crees que esos hombres albergan cualquier noción racional del significado de sus vidas? ¿O que podrían unirse a una revuelta contra la Orden si se les diera la oportunidad? Difícilmente.

»Estoy aquí para mostrarte lo que ya ha sucedido a muchos, de modo que comprendas lo que va a sucederles a todos los demás si no haces algo para detenerlo.

»Una comprensión precisa de cómo se crearon los soldados de la Orden, de las elecciones que han efectuado que les han conducido a arrasar las vidas de personas inocentes, y de las razones que hay tras esas elecciones, son cosas que están fuera de nuestra incumbencia.

Ellos son lo que son. Son asesinos. Están aquí. Eso es todo lo que importa ahora. Hay que detenerlos. Si están muertos, dejarán de ser una amenaza. Es así de sencillo.

Richard se preguntó cómo diantres esperaba ella que llevara a cabo algo tan «sencillo». Para el caso, también podría pedirle que arrancara la luna del cielo y la usara para aplastar a la Orden Imperial.

Como si le leyera la mente, Nicci volvió a hablar.

—Puede que todos estemos de acuerdo contigo, con todo lo que has venido aquí a decir... y de hecho no necesitábamos que vinieses a contarnos lo que ya sabíamos, como si nosotros fuésemos niños y sólo tú fueses sabia. Pero no comprendes lo que pides. El ejército que Jebra vio, el ejército que ascendió al interior de Galea y aplastó tan fácilmente sus defensas y mató a tantísima gente, es una unidad menor y más bien insignificante de la Orden Imperial.

—No puedes hablar en serio —replicó Jebra.

Nicci retiró por fin la airada mirada de Shota y miró a Jebra. — ¿Viste a alguien con el don?

— ¿Con el don? Pues, no, imagino que no —dijo ella tras pensarlo un momento.

—Eso es porque no merecían tener a sus órdenes a las personas con el don con las que cuentan —repuso Nicci—. De haber tenido a personas con el don, Shota no habría podido entrar allí con tanta facilidad y sacarte del lugar. Pero no tenían a personas con el don. Son una fuerza relativamente menor y como tal se la considera prescindible.

»Es el motivo de que los suministros tardaran tanto en llegarles. Todos los suministros fueron primero al norte, a la fuerza principal de Jagang. Una vez que ellos tuvieron lo que necesitaban, permitieron entonces que los suministros fueran a otras unidades, como la que había allí en Galea. Son únicamente uno de los cuerpos expedicionarios de Jagang.

—Pero no lo entiendes. —Jebra se irguió—. Eran un ejército enorme. Yo estaba allí. Los vi con mis propios ojos. —Se restregó las manos mientras paseaba la mirada por todos los presentes en la habitación—. Yo estaba allí, trabajando para ellos un mes tras otro. Vi el impresionante número de efectivos. ¿Cómo no podía darme cuenta de lo vasto de sus fuerzas?

Sin mostrarse impresionada, Nicci negó con la cabeza.

—No eran nada.

Jebra se humedeció los labios, a la vez que la aflicción aparecía en su rostro.

—Quizá no he llevado a cabo adecuadamente la tarea de describirlo, de dejar claro exactamente cuántos soldados de la Orden invadieron Galea. Lo siento si he fracasado en haceros comprender con qué facilidad aplastaron a todos aquellos defensores esforzados.

—Nos has contado con suma precisión lo que viste —dijo Nicci en un tono más amable a la vez que le apretaba el hombro a la mujer para tranquilizarla—. Pero sólo viste una parte de todo el conjunto. La parte que viste, aterradora como era sin duda, era insignificante comparada con el resto de todo ello. Lo que viste no puede siquiera prepararte para ver el ejército principal que conduce el emperador Jagang. He pasado mucho tiempo en los campamentos principales de Jagang. Sé de lo que hablo. Comparada con su fuerza principal, la que tú viste no puede considerarse impresionante.

—Tiene razón —dijo Zedd con voz lúgubre—. Odio admitirlo pero tiene razón. El ejército principal de Jagang es infinitamente más poderoso que el que invadió Galea. Combatí para retardar su ascensión a través de la Tierra Central mientras ellos nos hacían retroceder sin pausa hacia Aydingril, de modo que debería saberlo. Verles venir es igual que contemplar cómo se aproximan incontables esbirros del inframundo venidos a engullir a los vivos.

Tenía un aspecto estoico, de pie en lo alto de los cinco escalones, observando. Richard sabía, no obstante, que su abuelo era cualquier cosa menos indiferente. El modo de actuar

de Zedd a menudo era escuchar lo que otros tenían que decir antes de dar su opinión.

—Si las tropas de la Orden de Galea carecen de personas con el don —repuso Jebra—, entonces a lo mejor, si algunos de los que poseen el don fuesen allí, podríais eliminarlas. Quizá podríais salvar a esas pobres gentes que siguen con vida, que han soportado tanto. No es demasiado tarde para salvar al menos a algunas.

Richard pensó que lo que en realidad preguntaba, pero temía decir en voz alta, era que si aquélla era sólo una fuerza menor sin personas con el don entre ellos, entonces por qué no había hecho algo alguno de los presentes para detener la carnicería que había presenciado. Antes de que abandonase sus bosques de Ciudad del Corzo, Richard podría muy bien haber albergado el mismo resentimiento hacia aquellos que no habían hecho nada para salvarlos. Ahora sentía el tormento de saber las muchas más cosas que había implicadas en todo ello. Nicci sacudió la cabeza, descartando la idea.

—No es tan factible como podría parecer. Los que poseen el don podrían acabar con un gran número de enemigos y durante un tiempo crear gran confusión, pero incluso ese cuerpo expedicionario posee efectivos suficientes para resistir cualquier ataque de los que poseen el don. Zedd, por ejemplo, podría usar fuego de mago para segar filas de soldados, pero mientras se detenía para conjurar más, el enemigo enviaría una oleada tras otra de hombres contra él. Podrían perder una gran cantidad de hombres, pero no los disuaden unas bajas pasmosas. Seguirían marchando. Lanzarían una fila tras otra de hombres. A pesar de los muchos que muriesen, muy pronto podrían con alguien con tanto talento como el Primer Mago. Y luego, ¿dónde estaríamos nosotros?

»Incluso algo tan simple como una banda de arqueros podría eliminar a una persona con el don. —Dirigió una ojeada a Richard—. Todo lo que hace falta es una flecha que dé en el blanco, y una persona con el don morirá igual que cualquier otra.

Zedd extendió las manos en un gesto de frustración.

—Me temo que Nicci tiene razón. Al final, la Orden estaría en el mismo lugar, aunque fuese con menos hombres. Nosotros, por otra parte, estaríamos sin aquellos poseedores del don que enviamos contra ellos. Ellos pueden reponer sus tropas con refuerzos casi infinitos, pero no habrá legiones de personas con el don acudiendo en nuestra ayuda. Por insensible que pueda parecer, nuestra única posibilidad está no en desperdiciar nuestras vidas en una batalla infructuosa que sabemos que no tiene ninguna probabilidad de tener éxito, sino en ser capaces de pensar algo que tenga una auténtica posibilidad de funcionar.

Richard deseó creer que existía alguna solución, algún plan, que tuviera una auténtica posibilidad de funcionar. No pensaba, sin embargo, que pudiesen hacer nada más que prolongar el final.

Jebra asintió, su destello de esperanza se apagó con un chisporroteo. Las profundas arrugas que proporcionaban un aspecto marchito a su rostro junto con la permanente telaraña de arruguitas en las comisuras de sus ojos azules la hacían parecer mayor de lo que Richard sospechaba que era. Sus hombros estaban levemente encorvados, y sus manos ásperas y encallecidas por el duro trabajo. A pesar de que los hombres de la Orden no la habían matado, le habían socavado la vida, dejándola marcada para siempre por lo que había pasado y lo que había sido obligada a presenciar. ¿Cuántos más había, como ella, vivos pero consumidos para siempre, cascarones vacíos de su propio ser, vivos exteriormente pero sin vida por dentro?

Richard se sintió mareado. Apenas podía creer que Shota hubiera traído a Jebra desde tan lejos para convencerle de lo terrible que era la Orden en realidad. Él ya conocía la verdad de su brutalidad. Había vivido durante casi un año en el Viejo Mundo bajo la represión de

la Orden. Había estado allí en el inicio de la revuelta en Altur'Rang.

El testimonio de primera mano de Jebra, si acaso, sólo ayudaba a convencerle de lo que ya sabía: que no tenían la menor posibilidad contra Jagang y las fuerzas de la Orden Imperial. Todo el Imperio d'haraniano probablemente habría podido detener a la unidad que se había abatido sobre Galea, pero ésa no era nada comparada con el ejército principal de la Orden Imperial.

En la época en que había conocido a Kahlan, había luchado denodadamente para detener la amenaza que significaba para todo el mundo Rahl el Oscuro. Difícil como había sido, Richard había sido capaz de poner fin a aquella amenaza. Sabía, no obstante, que la actual amenaza era distinta. A pesar de lo mucho que odiaba a Jagang, Richard sabía que no podía pensar en aquello en los mismos términos. Incluso aunque pudiese matar a Jagang, eso no detendría la amenaza de la Orden Imperial. Su causa no estaba impulsada por las ambiciones de un individuo. Eso era lo que hacía que todo fuera tan desesperado.

La visión de Shota —el futuro sin esperanza que preveía para el mundo si no conseguían detener a la Orden Imperial— ciertamente no le parecía a Richard que hubiese requerido de un gran talento o una visión especial. No se necesitaba ser un profeta para ver lo espantosa que era la amenaza de la Orden. Si no se la detenía, gobernarían el mundo. Jebra, en aquel sentido, no le había contado nada nuevo, nada que no supiera ya.

Richard se daba perfecta cuenta de que, tal y como estaban las cosas, cuando las fuerzas del Imperio d'haraniano finalmente se encontraran con el ejército de Jagang en la batalla final, todos aquellos hombres valerosos, que eran todo lo que impedía el avance de la Orden, iban a morir. Después de eso, no habría oposición a la Orden Imperial, y ésta lo arrasaría todo sin obstáculos y al final gobernaría el mundo.

Shota no tenía nada de estúpida, así que era evidente que sabía todo eso, y tenía que saber que él también lo sabría.

En ese caso, se preguntó, ¿por qué estaba ella allí?

A pesar de su sombrío estado de ánimo por el aterrador relato de Jebra, Richard tuvo que pensar que era muy probable que Shota tuviese algún otro motivo para su visita.

Con todo, había sido difícil escuchar el relato de Jebra sin que éste no despertara no tan sólo su angustia, sino su ira. Richard se dio la vuelta y clavó la mirada en las aguas quietadas de la fuente. Sentía el peso del abatimiento aposentándose sobre sus hombros. ¿Qué podía hacer al respecto? Era como si aquello y todos los demás problemas que se apiñaban a su alrededor empujaran a Kahlan lejos de sus pensamientos, lejos de él.

En ocasiones, ella apenas le parecía real. Odiaba tener tal pensamiento. A veces, cuando recordaba el ingenio de Kahlan, o el modo en que sonreía con tanta facilidad cuando apoyaba las muñecas sobre sus hombros y entrelazaba los dedos detrás de su cuello y lo contemplaba, o aquellos hermosos ojos verdes, o su suave risa, o el contacto de sus manos, le parecía más un fantasma que existía exclusivamente en su imaginación.

La sola idea de que Kahlan no fuese real provocaba que un aguijonazo de temor hormigueante le recorriera las tripas. Había vivido con aquel miedo paralizante durante un período largo y oscuro, y había sido aterrador estar solo en su creencia de que ella existía, aterrador dudar de su propia cordura, hasta que por fin había descubierto la verdad del hechizo Cadena de Fuego y convencido a los demás de que ella era del todo real.

Se zarandeó a sí mismo mentalmente. Kahlan no era ningún fantasma. Tenía que hallar un modo de sacarla de las garras de la hermana Ulicia y las otras dos Hermanas de las Tinieblas. No ayudaba, de todos modos, que el hecho de pensar en Kahlan cautiva de mujeres tan despiadadas le provocase tal angustia que en ocasiones no podía soportar

pensar en ello, pensar en qué cosas terribles podrían hacerle a la mujer que amaba más que a la vida misma.

A pesar de lo que Shota creía que él debía hacer, Richard tenía que recordar que, además de estar perdida Kahlan en la vorágine del hechizo Cadena de Fuego, existían otros grandes peligros, como las cajas del Destino, que estaban en acción, y el daño que los repiques habían dejado tras ellos. No podía hacer caso omiso de todo lo demás simplemente porque la bruja se hubiese presentado allí para decirle lo que ella pensaba que él debía hacer. Incluso podía ser que el auténtico objetivo de Shota fuese alguna compleja confabulación, algún objetivo secreto, que implicase a aquella otra bruja, Seis. A saber qué era lo que Shota tramaba en realidad.

Con todo, Richard había llegado a sentir un gran respeto por ella, como lo había sentido Kahlan, aun cuando él no confiaba por completo en ella. Si bien Shota a menudo parecía ser una instigadora de problemas, no era necesariamente porque deseara causarle aflicción; en ocasiones, su intención era ayudarlo y en otras simplemente era una mensajera de la verdad. Y aunque siempre estaba en lo cierto en las cosas que le revelaba, esas cosas casi siempre resultaban ser ciertas en modos que Shota no había pronosticado... o al menos en modos que no había revelado. Como Zedd decía a menudo, una bruja jamás te decía algo que quisieras saber sin decirte también algo que no querías saber.

En el primer encuentro que tuvo con ella, Shota había dicho que Kahlan lo tocaría con su poder y que, por lo tanto, debería matarla para impedir que eso sucediera. Resultó que Kahlan sí usó el poder de su toque de Confesora con él, pero fue así como él pudo engañar a Rahl el Oscuro y derrotarlo. Shota había tenido razón, pero había sucedido de un modo que resultó ser infinitamente distinto a como ella lo había presentado. Incluso a pesar de que había estado en lo cierto, en un sentido estricto, si él hubiese seguido su consejo, Rahl el Oscuro habría sobrevivido para dar rienda suelta al poder de las cajas y gobernarlos a todos, o a los que hubiesen quedado con vida.

En el fondo de su cerebro acechaba la predicción que Shota había hecho de que si Richard se casaba con Kahlan, ella daría a luz un niño que sería un monstruo. Kahlan y él se habían casado. Seguramente, aquella predicción no resultaría ser tal y como Shota la había presentado. Seguramente, Kahlan no pariría a un monstruo.

Fue Zedd quien habló por fin, sacando a Richard de sus pensamientos privados.

— ¿Qué le sucedió a la reina Cyrila?

La habitación permaneció en un silencio sepulcral durante un tiempo antes de que Jebra respondiera.

— Fue como había sido en mi visión. La entregaron a los soldados de más baja estofa para que la utilizaran como quisieran. Ellos estaban ansiosos por hacerse con su premio. Le fue muy mal. Sus peores temores se hicieron realidad.

Zedd ladeó la cabeza, creyendo que el relato no acababa allí.

— ¿Así que ésa fue la última vez que la viste?

Jebra cruzó las manos ante sí.

— No exactamente. Un día, mientras me iba a toda prisa a entregar una bandeja de ternera recién asada, tropecé con un escandaloso grupo de hombres que participaban en un juego que a las tropas de la Orden Imperial les gusta mucho. Había dos equipos a los que los hombres congregados animaban con gritos y aullidos. Todos apostaban sobre qué equipo ganaría. No sé cuál era el juego...

— Jala — dijo Nicci, y cuando Jebra volvió la cabeza para mirarla, explicó —: El juego recibe el nombre de Jala. En teoría es un juego de capacidad atlética, destreza y estrategia.

En la práctica, con las reglas con las que lo juega la Orden, el Jala es todo eso y además es bastante brutal. El Jala es el deporte favorito de Jagang. Tiene su propio equipo. Recuerdo una ocasión en que perdieron. Ejecutaron a todo el equipo, y el emperador no tardó en tener un equipo nuevo con los jugadores más diestros, rudos y físicamente impresionantes que podían encontrarse. No perdieron. El nombre completo del juego es Jala dh Jin. En la lengua materna del emperador Jagang significa «el juego de la vida».

Jebra frunció el entrecejo, recordando.

—Sí, supongo que sí. Siempre lo vi jugar con una pelota pesada. Un pelota lo bastante pesada para, de vez en cuando, romperles los huesos a los jugadores.

—La pelota recibe el nombre de broc —indicó Richard sin volverse. Nicci dirigió una veloz mirada en su dirección.

—Así es.

—Bueno —dijo Jebra, reanudando su historia—, ese día concreto, mientras llevaba la bandeja a los oficiales, tuve que ir al lugar donde se estaba celebrando el juego. Había miles de soldados reunidos para observarlo. Me indicaron que fuese a un pequeño pabellón construido para los oficiales y tuve que abrirme paso entre el gentío que animaba a los jugadores. Fue un trayecto aterrador. Los hombres vieron el aro de hierro de esclava que llevaba en el labio, así que ninguno osó arrastrarme fuera de allí, a sus tiendas, pero eso no impidió que me tocaran. —La mirada de Jebra buscó el suelo—. Era algo que tenía que soportar con bastante frecuencia.

Finalmente alzó los ojos.

—Cuando llegué hasta los oficiales, muy cerca del campo de juego, vi que los hombres no utilizaban la pelota que acostumbraban a usar. —Carraspeó—. Utilizaban la cabeza de la reina Cyrila como pelota.

Jebra intentó llenar el incómodo silencio.

—De todos modos, la vida en Galea había sido alterada para siempre. Lo que en el pasado era un centro comercial es ahora poco más que un inmenso campamento militar desde el que se lanzan campañas continuas contra las zonas libres del Nuevo Mundo. Las granjas del campo, de las que se ocupan esclavos, no producen como antes. Las cosechas se estropean o son pobres. Las necesidades del vasto ejército que hay en Galea son enormes. La comida siempre escasea, pero los suministros que ascienden con regularidad desde el Viejo Mundo mantienen a los soldados lo bastante bien alimentados para seguir adelante. »Trabajaba día y noche para satisfacer las necesidades de los oficiales de la Orden Imperial. Nunca más tuve ninguna visión después de la que se refería a la reina Cyrila. Me parecía raro no tener mis visiones. Las he tenido toda la vida, pero tras aquella visión terrible sobre la reina Cyrila de hace un par de años, no llegó ninguna más. Mi don como vidente parece haber desaparecido. Mi visión se ha oscurecido.

Por la veloz mirada de Nicci, Richard supo que ella sospechaba lo que él pensaba.

—Al final —dijo Jebra—, fui arrebatada un día de en medio de aquellas tropas. Fue Shota quien me sacó. No estoy del todo segura de cómo sucedió. Sólo recuerdo que ella estaba allí, conmigo. Empecé a preguntar algo pero me dijo que mantuviera la boca cerrada y empezara a andar. Recuerdo haber vuelto la cabeza una vez para mirar, y ahí estaba el ejército desplegado por el valle y arriba en las colinas, pero estaban a una gran distancia por detrás de nosotras. No sé cómo sucedió, de veras, quiero decir, que estuviésemos tan lejos.

—Frunció el entrecejo examinando sus vagos recuerdos—. Simplemente andábamos. Y aquí estoy. Me temo, no obstante, que debido a que mis visiones se han oscurecido ya no puedo seros de ninguna ayuda.

Richard pensó que debía saber la verdad, así que le dijo:

—Tu visión probablemente se oscureció porque varios años atrás los repiques estuvieron en este mundo durante un tiempo. Fueron desterrados de vuelta al inframundo, pero el daño quedó hecho. Creo que la presencia de los repiques en el mundo de la vida inició la desintegración de la magia; debe de haber afectado a tu habilidad. La visión que te proporcionaba el don probablemente se ha perdido, o, incluso si regresa en parte o durante un tiempo, al final acabará por extinguirse.

Jebra pareció quedar aturdida por la noticia.

—Toda la vida he deseado no haber nacido con la visión de una vidente. En muchos aspectos me convertía en una marginada. A menudo lloraba por la noche, deseando quedar libre de mis visiones, deseando que me abandonasen.

»Pero ahora que me decís que mi deseo ha sido concedido, no creo que en realidad lo pensara nunca en serio.

—Ése es el problema con los deseos —dijo Zedd a la vez que suspiraba—. Acostumbran a ser cosas que...

— ¿Los repiques? —interrumpió Shota, y por el tono de su voz así como su entrecejo fruncido, Richard supo que no estaba interesada en oír hablar de deseos—. Si tal cosa fuese cierta, entonces, ¿por qué no ha habido otra evidencia de ello?

—La ha habido —repuso Richard con un encogimiento de hombros—. Criaturas mágicas, como los dragones, no han sido vistas en el último par de años.

— ¿Dragones? —Shota enrolló una larga guedeja de su pelo ondulado alrededor de un dedo mientras lo evaluaba en silencio durante un momento—. Richard, la gente puede vivir toda una vida y no ver jamás un dragón.

— ¿Y qué me dices de las visiones de Jebra? Después de que los repiques estuvieran en este mundo sus visiones cesaron. Al igual que otras cosas mágicas, su excepcional habilidad está apagándose. Estoy seguro de que ni siquiera tenemos conciencia de la mayoría de ellas.

—Yo sería consciente de ellas.

—No necesariamente. —Richard se echó los cabellos atrás, fuera de la frente—. El problema es, que Cadena de Fuego... que tú fuiste la primera que me lo mencionó... es un hechizo que activaron cuatro Hermanas de las Tinieblas para hacer que todo el mundo olvidase a Kahlan. Ese hechizo está contaminado por los repiques, así que además de a Kahlan, la gente está olvidando otras cosas también, tales como los dragones.

Shota no pareció convencida.

—Seguiría siendo consciente de tales cosas debido al modo en que fluyen en el tiempo.

— ¿Y qué hay de esa otra bruja? Pensaba que habías dicho que estaba entorpeciendo tu habilidad para ver el flujo del tiempo.

Shota hizo como si no oyera su pregunta y liberó de un tirón el dedo del mechón de pelo. A la vez que cruzaba los brazos, mantuvo los almendrados ojos fijos en él.

—Si la sombra de la Orden ensombrece a la humanidad, nada de esto importará, ya, ¿verdad? Pondrán fin a la magia, así como a toda esperanza.

Richard no contestó. En su lugar se volvió hacia las quietas aguas, a sus desasosegantes pensamientos.

Shotaladeó la cabeza, indicando con un ademán los peldaños a la vez que decía en voz baja a Jebra.

—Sube ahí y habla con Zedd. Necesito charlar con Richard.

Capítulo 17

Mientras se acercaba con paso majestuoso a Richard, Shota lanzó a Nicci una mirada desafiante, y él se preguntó por qué Shota no le había dicho también a Nicci que se fuera con Jebra para hablar con Zedd. Conjeturó que la bruja probablemente sabía que Nicci no seguiría tales órdenes. Ni que decir tiene que no quería verlas en una confrontación de voluntades. Tenía suficientes cosas de las que preocuparse sin que aquellos que estaban del mismo lado pelearan entre sí.

Cuando Richard echó una ojeada y vio a Jebra ascendiendo los peldaños, también vio que Ann y Nathan ya habían dado la vuelta a la habitación para ir a colocarse cerca de Zedd. Cuando Jebra llegó junto a él, éste le pasó un reconfortante brazo alrededor de los hombros a la vez que murmuraba palabras tranquilizadoras, pero su mirada estaba puesta en Richard. Éste agradeció que su abuelo velara por él y no perdiera de vista a la bruja por si acaso a ésta se le ocurría llevar a cabo uno de sus trucos. Probablemente, Zedd sabía mucho mejor que ninguno de ellos de lo que era capaz Shota. También albergaba una profunda desconfianza hacia aquella mujer, sin compartir en absoluto el punto de vista de Richard de que a Shota, en lo más íntimo, la impulsaba la misma convicción que a ellos.

Por mucho que él pudiese apreciar el propósito básico de la mujer, Richard era muy consciente de que Shota en ocasiones perseguía aquel propósito de formas que en el pasado le habían provocado un dolor infinito. Lo que ella consideraba una ayuda a veces acababa no siendo otra: cosa que problemas para él.

Era más que consciente de que Shota, de vez en cuando, también tenía sus propios planes; como cuando le había dado la espada a Samuel. Asimismo, Richard sospechaba que tramaba algo en aquellos momentos, simplemente no sabía qué. Se preguntó si podría tener algo que ver con eliminar a la otra bruja.

—Richard —dijo Shota en un tono quedo y comprensivo—, has oído la naturaleza del terror que desciende sobre nosotros. Eres el único que puede detenerlo. No sé por qué es así, pero sé que lo es.

Richard no empatizó con ella no obstante el dulce tono de voz de la bruja o su preocupación por su enemigo común.

—¿Te atreves a expresar tu profunda aflicción por el padecimiento y la muerte que acarrea la Orden y tu convicción de que únicamente yo puedo hacer algo para detener la amenaza y, sin embargo, conspiraste para ocultar información de modo que pudieses arrebatarme la *Espada de la Verdad*?

Ella no aceptó el reto.

—No hubo ninguna conspiración, como tú lo expresas. Fue un intercambio justo: una cosa de valor por una cosa de valor. —Su voz permaneció serena—. Además, la espada no te sería de ninguna ayuda en esto, Richard.

—Una pobre excusa para justificar que se la dieras a ese asesino de Samuel.

Shota enarcó una ceja.

—Y, por lo que se ve, de no haberlo hecho, entonces esas Hermanas de las Tinieblas que robaron las cajas del Destino probablemente se habrían reunido a estas horas. Con las tres cajas juntas, podrían haber abierto una, podrían haber liberado ya el poder de las cajas, podrían habernos entregado ya al Custodio. ¿De qué serviría la espada si el mundo de la vida finalizara? Parece ser que Samuel, por cualquiera que sea el motivo, ha impedido un cataclismo.

—Samuel también usó la espada para secuestrar a Rachel. Y al mismo tiempo que lo hacía

casi mató a Chase... y al parecer ésa era su intención.

—Usa la cabeza, Richard. La espada nos sirvió a todos para ganar tiempo, incluso si fue a un coste que a ninguno de nosotros nos gusta. ¿Qué vas a hacer con el tiempo que tienes ahora gracias a eso? Es más, ¿de qué te serviría la espada, ahora, contra la amenaza de la Orden?

»Además, con la espada cualquiera puede ser un Buscador... un fingido Buscador en cualquier caso. Un Buscador auténtico no necesita la espada para ser el Buscador.

Él sabía que tenía razón. ¿Qué haría él con la espada? ¿Intentar acabar con la Orden Imperial sin la ayuda de nadie? Lo que Nicci le había explicado a Jebra sobre que aquellos que poseían el don no podían vencer a tropas inmensas podía aplicarse a la espada. Con todo, Shota había dado la espada a Samuel, y ahora Samuel parecía estar actuando según las órdenes de una bruja distinta, una que aparentemente sólo miraba por su propio interés. Peor, ¿qué sentido tenía preocuparse por una única arma cuando tantos morían a manos de la Orden, cuando aquella única arma no protegería sus vidas o libertad? Richard sabía que la espada no era la auténtica arma. La mente que la dirigía era lo que realmente importaba. Él era el auténtico Buscador. Él era la auténtica arma. Samuel no podía coger eso.

Y sin embargo, no tenía ni idea de qué hacer para detener ninguno de los peligros que los iban rodeando.

Nicci permanecía en pie a poca distancia... lo bastante lejos para permitirle a Shota hablarle, pero lo bastante cerca para colocarse entre ellos en un instante si la conversación llegaba a las amenazas, o algo que a Nicci no le gustase.

Richard clavó la mirada en los ojos azules de la hechicera un momento antes de volver la cabeza para encontrarse con la mirada de Shota. — ¿Y exactamente qué esperas que haga? Sin haberse dado cuenta de que ella se acercaba más, advirtió de repente que podía notar el aliento de la mujer sobre su mejilla. Transportaba un leve aroma a lavanda. La fragancia dio la impresión de exorcizar su tensión al instante.

—Lo que espero —respondió Shota en un susurro íntimo a la vez que le rodeaba la cintura con el brazo— es que comprendas.

»Que comprendas de verdad.

Vagamente alarmado por lo que podría ser su velada intención, Richard pensó que debería retroceder fuera del firme abrazo de la mujer pero, antes de que pudiera mover un músculo, Shota le alzó la barbilla con un dedo.

En un instante estaba arrodillado en el barro.

El sonido de un aguacero rugía a su alrededor, repiqueteando sobre tejados y toldos, tamborileando en los charcos, salpicando lodo sobre las paredes de los edificios, sobre carretas rotas y sobre las piernas de la muchedumbre que pululaba. Soldados situados a lo lejos gritaban órdenes. Caballos esqueléticos, con las cabezas gachas y las patas cubiertas de barro, mostraban un aspecto mísero mientras permanecían de pie, impasibles, bajo la lluvia. Un grupo de soldados situado a un lado reían entre ellos mientras otros no muy lejos charlaban en una conversación trivial y aburrida. Carros cercanos retumbaban y se bamboleaban mientras pasaban lentamente por una calzada, en tanto que a lo lejos unos perros ladraban sin cesar.

Bajo la lúgubre luz del plomizo cielo cubierto de nubes todo tenía un sucio tono marrón grisáceo. Al echar un vistazo a su derecha, Richard vio que había otros hombres en fila, arrodillados en el lodo junto a él. Su ropa anodina y empapada colgaba flácida en sus hombros hundidos, y sus rostros estaban cenicientos, sus ojos enloquecidos por el miedo. Tras ellos acechaban las fauces de una fosa profunda, que tenía todo el aspecto de una

oscura brecha que llevaba al interior del inframundo mismo.

Con una creciente sensación de urgencia, Richard intentó moverse, cambiar de posición, de modo que pudiese levantarse rápidamente y defenderse. Fue entonces cuando reparó en que tenía las muñecas atadas a la espalda con lo que parecían correas de cuero. Cuando intentó retorcer las manos para extraerlas de las ligaduras, el cuero se le clavó más en la carne.

Hizo caso omiso del agudo dolor y tiró con todas sus fuerzas, pero no consiguió soltarse.

Un antiguo pavor a estar indefenso con las manos atadas lo invadió.

A su alrededor se alzaban soldados descomunales, algunos con corazas hechas de cuero, o a base de oxidados discos de metal, o con cotas de malla, mientras que otros no llevaban nada más que toscos chalecos de piel de animal. Sus armas colgaban de amplios cinturones y correas claveteadas. Ninguna de las armas era recargada. Eran simples herramientas de su oficio: cuchillos con empuñaduras de madera; espadas con tiras de cuero enrolladas en asideros de madera; mazas hechas de hierro toscamente fundido sobre una resistente asa de nogal o una barra de hierro forjado. La basta fabricación no las hacía menos efectivas en su tarea. Incluso la falta de adornos servía para recalcar su único propósito, y al hacerlo parecían más siniestras si cabe.

El cabello grasiento de aquellos que no se afeitaban la cabeza estaba apelmazado por la lluvia. Algunos soldados llevaban múltiples aros o púas de metal en orejas y nariz. Las capas de mugre de sus rostros parecían inmunes a la lluvia. Muchos hombres llevaban un oscuro tatuaje que les cruzaba la cara como una banda; algunos de los tatuajes eran casi máscaras, mientras que otros discurrían sobre mejilla, nariz y frente en salvajes dibujos sinuosos y espectaculares. Los llamativos tatuajes hacían que los hombres parecieran menos humanos, más salvajes aún. Los ojos de los soldados iban de un lado a otro a toda velocidad, deteniéndose raras veces en una cosa concreta, lo que les daba el aspecto de animales inquietos.

Richard tuvo que pestañear para eliminar el agua de lluvia de los ojos y poder ver. Sacudió la cabeza, quitándose mechones de pelo húmedo del rostro. Fue entonces cuando vio que había hombres a su izquierda también, en el barro, algunos llorando sin poderse contener. La sensación de pánico era palpable. El caudal de aquel pánico se extendió hasta Richard, elevándose a través de él, amenazando con ahogarlo.

No era real, lo sabía... pero, en cierto modo, lo era. La lluvia era fría. Tenía la ropa empapada. Algún escalofrío esporádico vibraba a través de él. El lugar olía peor que nada que pudiese recordar, una combinación de humo acre, sudor rancio, excrementos y carne en putrefacción. Los gritos de aquellos que lo rodeaban eran muy reales, y no creía que hubiese podido ser capaz de imaginar gemidos tan desprovistos de esperanza y al mismo tiempo tan desesperadamente aterrados. Muchos de los hombres temblaban de modo incontrolable, y no era por la fría lluvia. Richard comprendió, al mirarlos fijamente, que él era uno de ellos, simplemente uno de los muchos arrodillados en el barro, uno de los muchos con las manos atadas a la espalda.

Era tan imposible que resultaba desorientador: de algún modo estaba allí. Shota lo había enviado a aquel lugar, y no era capaz de concebir cómo podía ser posible una cosa así; tenía que estarlo imaginando.

Una roca oculta bajo el barro se le clavó dolorosamente en la rodilla izquierda. Un detalle tan trivial e imprevisible daba la impresión de que tenía que ser real. ¿Cómo era posible que pudiese imaginar cosas tan inesperadas? Intentó cambiar el peso del cuerpo, pero era difícil mantener el equilibrio. Consiguió empujar la rodilla un poco a un lado, fuera de la afilada roca. No podía estar imaginando una cosa así.

Empezó a preguntarse si era todo lo demás lo que había estado imaginando en realidad. Se preguntó si todo había sido simplemente un sueño_ una distracción, una jugarreta de su mente. Empezó a preguntarse si podría ser posible que el hechizo Cadena de Fuego le hubiese hecho olvidar lo que sucedía en realidad, o si la realidad era simplemente tan aterradora que la había ahuyentado de su mente, reclusándose en un mundo imaginario, y ahora, de improviso, bajo la tensión de la situación, había regresado de golpe a lo que era real. Empezó a darse cuenta de que, incluso aunque no sabía con exactitud qué estaba sucediendo o cómo podía estar tan confundido, lo que importaba de veras era que eso era real y de algún modo sólo ahora despertaba a ello. De hecho, era justo como se sentía, como si acabara de despertar, desorientado y confundido.

Si había estado desconcertado antes, ahora intentaba desesperadamente recordar, comprender cómo había llegado a estar donde se encontraba, cómo había acabado de rodillas en el barro entre soldados de la Orden Imperial. Parecía como si casi pudiera recordar cómo había llegado allí, casi rememorarle todo, pero permanecía justo fuera de su alcance, como una palabra olvidada que está perdida en algún punto en el oscuro pozo de la mente.

Richard miró a lo largo de la hilera a su izquierda y vio que un soldado agarraba un puñado de pelo de un hombre y le erguía la cabeza de un tirón. Richard pudo advertir sin problemas que, no obstante los esfuerzos frenéticos del hombre, éste no tenía ninguna posibilidad de escapar. Los sonidos de sus lacrimosas súplicas hicieron que a Richard se le pusieran los brazos de carne de gallina. El soldado situado detrás del hombre colocó un cuchillo largo y fino por delante de la garganta del hombre.

Una vez más, Richard intentó decirse que había tenido razón antes, que no era real, que sólo lo estaba imaginando. Pero pudo ver la muesca en el cuchillo toscamente afilado; ver al hombre tragando saliva una y otra vez, en jadeante pánico; ver la sonrisa repulsiva en el rostro complacido del soldado.

Cuando el cuchillo le rebanó la garganta al hombre, Richard dio un respingo, conmocionado por la visión, al mismo tiempo que el prisionero daba otro bajo el impacto del dolor.

El hombre se debatió, pero el soldado que lo sujetaba por el pelo no tuvo problemas para dominar a su víctima. Los músculos brillantes por la lluvia de su poderoso brazo sobresalieron mientras ejercía más fuerza para seccionar la garganta una segunda vez, más profundamente, y casi en redondo. Sangre, de un llamativo color carmesí bajo la luz gris, salió a chorros con cada latido del corazón, aún palpitante, del hombre. Richard se estremeció cuando el olor de ésta hizo que se le ensancharan los orificios nasales.

Intentó decirse que no era real, mientras contemplaba al moribundo retorcerse débilmente, cómo una pechera de sangre le crecía en el frente de la camisa y lo empapaba hasta la entrepierna de los pantalones. Todo resultaba demasiado real. Con un último esfuerzo, con el cuello totalmente abierto, el hombre dio una patada con la pierna derecha. El soldado, que seguía sosteniéndole por el pelo, lo alzó hacia atrás y lo tiró al interior de la fosa.

Richard oyó cómo el peso muerto chocaba con un fuerte chapoteo contra el fondo.

El corazón de Richard martilleó con tanta fuerza contra su caja torácica que le pareció que iba a estallar. Sentía náuseas. Pensó que acabaría vomitando. Pugnó frenéticamente por arrancar sus manos de las ataduras, pero el cuero sólo se clavó más profundamente en su carne. La lluvia arrastraba sudor al interior de sus ojos. Las correas de cuero llevaban tanto tiempo allí que el solo hecho de forcejear con ellas le producía tanto dolor en las heridas en carne viva que hacía aflorar nuevas lágrimas a sus ojos. Eso no lo detuvo, de todos modos,

y gruñó debido al esfuerzo, poniendo todas sus energías en romper las ataduras. Sintió como el cuero raspaba contra los tendones al descubierto de las muñecas.

Y entonces Richard oyó cómo gritaban su nombre. Reconoció la voz al instante.

Era Kahlan.

Toda su vida se detuvo de golpe cuando alzó la vista, miró al frente, y al interior de sus deslumbrantes ojos verdes. Toda emoción que hubiese sentido jamás le recorrió en un instante, dejando atrás una especie de agonía débil y terrible que le dolió hasta el tuétano. Había estado separado de ella tanto tiempo...

Verla, ver cada detalle de su rostro, ver el pequeño arco en la arruga de la frente del que se había olvidado, ver el modo exacto en que la espalda se curvaba mientras permanecía girada levemente, ver el modo en que su pelo se separaba naturalmente bajo el peso de la lluvia, ver sus ojos, sus hermosos ojos verdes, le dijo que no era posible que lo estuviera imaginando.

Kahlan alargó un brazo.

— ¡Richard!

El sonido de su voz lo paralizó. Hacía tanto tiempo que no había oído aquella voz singular, una voz que desde la primera vez que la había conocido lo había fascinado con su inteligencia, claridad, gracia y encanto cautivador. Pero en aquel momento no había nada de eso en la voz. Todas aquellas cualidades habían sido arrancadas, quedando tan sólo una angustia insoportable.

Igualando la congoja de la voz, las facciones exquisitas de Kahlan se crisparon horrorizadas al verlo arrodillado en el barro. Tenía los ojos enrojecidos, y las lágrimas le surcaban las mejillas junto con la lluvia.

Richard permaneció arrodillado en petrificado terror ante la visión de Kahlan, justo allí, tan cerca, y a la vez tan lejos. Petrificado al descubrir que ella estaba allí, en mitad de miles y miles de tropas enemigas.

— ¡Richard!

El brazo de Kahlan volvía a alargarse desesperadamente hacia él. Intentaba llegar hasta él, pero no podía.

La retenía un soldado corpulento con la cabeza rapada.

Richard advirtió por vez primera que los botones de la blusa de Kahlan habían desaparecido, arrancados, de modo que la camisa colgaba abierta, exponiéndola a las miradas lascivas de los soldados.

Pero a ella no le importaba. Únicamente quería que Richard la viese, como si eso fuera todo lo que importase en la vida, como si aquella sola visión de él fuese toda su vida. Como si necesitase sólo eso para vivir.

Sintió que se le hacía un doloroso nudo en la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Richard musitó su nombre, demasiado conmovido por la visión de Kahlan para poder decir nada más.

Desesperada, Kahlan volvió a alargar el brazo hacia él, luchando contra la sujeción de la mano rolliza del soldado, que la asía con tanta fuerza que le dejaba blancas marcas de dedos en la carne del brazo.

— ¡Richard! ¡Richard, te amo! ¡Queridos espíritus, te amo!

Mientras ella intentaba desasirse, abalanzarse hacia él, el soldado le rodeó la cintura con un poderoso brazo, por dentro de la blusa abierta, frenándola. El hombre pasó el otro brazo por delante y, con el índice y el pulgar, sujetó el pezón de Kahlan, retorciéndolo a la vez que alzaba la vista, mostrando una sonrisa burlona y asegurándose de que Richard veía lo que

hacía.

Un grito de sorprendido dolor escapó de la garganta de Kahlan, pero aparte de ello hizo caso omiso del soldado, chillando en su lugar el nombre de Richard.

Inflamado por la ira, Richard intentó furiosamente ponerse en pie. Tenía que llegar hasta ella. El soldado lanzó una carcajada mientras veía cómo se debatía Richard. Jamás volvería a presentársele otra oportunidad.

Mientras empezaba a ponerse en pie con un tremendo esfuerzo, un guardia estrelló una bota contra el vientre de Richard con tanta fuerza que le hizo doblarse al frente. Otro soldado le pateó en un lado de la cabeza, dejándolo casi sin sentido. El mundo perdió luminosidad.

Todos los sonidos se fundieron en un zumbido sordo. Richard pugnó por mantener la conciencia. No quería perder de vista a Kahlan. No había una visión en todo el mundo que significara más para él que verla a ella.

Tenía que hallar un modo de sacarla de en medio de aquella pesadilla. Mientras luchaba por recuperar el aliento, la manaza del soldado lo agarró por el pelo y tiró violentamente de él. Richard jadeó, intentando tomar aire para recuperarse del embotador dolor de los golpes. Sintió sangre cálida discurriéndole por el lado del rostro, arrastrando el frío barro por su cuello.

Al erguirle la cabeza, la mirada de Richard volvió a recaer sobre Kahlan, en la larga melena ahora enmarañada y apelmazada por la lluvia. Sus ojos verdes eran tan hermosos que pensó que el corazón le estallaría por el dolor de verla otra vez por no ser capaz de tomarla entre sus brazos.

Deseaba tan intensamente abrazarla, reconfortarla, protegerla.

En lugar de ello, otro hombre la sujetaba entre sus brazos. Ella intentó hurtarse a sus manos, y él le colocó una manaza sobre el seno, apretando, hasta que Richard pudo ver que le hacía daño. Ella lo golpeó con los puños, pero él la sujetó fuerte. Rió ante sus vanos esfuerzos a la vez que volvía a mirar hacia Richard.

Kahlan luchó contra él, pero al mismo tiempo hizo caso omiso de lo que él hacía, hizo caso omiso de la distracción. Lo que el soldado hacía no era lo que le importaba más. Richard era lo que más importaba, y los brazos de Kahlan se alargaron frenéticamente hacia él.

— ¡Richard, te amo! ¡Te he echado tanto de menos! —Se vio atenazada por sollozos de pura desdicha—. ¡Queridos espíritus, ayudadlo! ¡Por favor! ¡Qué alguien lo ayude!

A la izquierda de Richard, el siguiente hombre de la fila intentó con todas sus energías retroceder mientras le rebanaban la garganta. Richard pudo oír los frenéticos jadeos del hombre gorgoteando a través del tajo que le abría la tráquea.

Richard se sintió desfallecer por el pánico. No sabía qué hacer.

Magia. Debería de invocar su don. Pero ¿cómo iba a hacerlo? No sabía cómo invocar magia. Y sin embargo, en el pasado había sido capaz de hacerlo.

Cólera.

En el pasado su don siempre había funcionado a través de su cólera.

Ver al soldado sujetando a Kahlan, lastimándola, le proporcionó cólera más que suficiente. Ver a otro de aquellos monstruos acercarse más a ella, mirándola con lascivia, tocándola de modo íntimo, no hizo más que inflamar las llamas de su cólera.

Su mundo enrojeció de cólera.

Con cada fibra de su ser, Richard intentó poner en marcha su don con la esencia de aquella furia. Apretó la mandíbula, rechinando los dientes con la monumental concentración de su ira, y se estremeció de rabia, esperando un estallido de poder que igualase a aquella rabia. Vio lo que necesitaba hacer. Parecía estar tan cerca... La imaginó abatiendo a los soldados.

Contuvo la respiración ante la tormenta que estaba a punto de ser liberada. Fue como caer inesperadamente, sin ningún suelo bajo él para detener la caída. La lluvia siguió descendiendo del cielo gris como si quisiera ahogar su esfuerzo. Ninguna magia describió un arco a través del espacio vacío entre Richard y el hombre que sujetaba a Kahlan. No estalló ningún rayo conjurado. No hubo una justicia inminente. En toda su vida, si había algo, aquél era el momento en que habría acudido; eso lo sabía más allá de toda duda. No podía existir una necesidad más apremiante, no más deseo, no más cólera. Pero no había poder allí, no había redención inminente. Era lo mismo que si hubiese nacido sin el don. No tenía don. Había desaparecido. A Richard le pareció como si el mundo se derrumbara a su alrededor. Quería que todo redujera la velocidad, para darle tiempo a hallar una solución, pero todo se precipitaba. Todo sucedía demasiado deprisa. Era tan injusto tener que morir de aquel modo. No había tenido una oportunidad de vivir, de tener una vida con Kahlan. La amaba tanto, y en realidad no había podido estar con ella, sólo ellos dos, viviendo en paz. Quería sonreír y reír con ella, abrazarla, recorrer la vida con ella. Simplemente sentarse ante un fuego con ella una noche fría y nevada, sosteniéndola muy pegada a él, segura y caliente, mientras charlaban sobre las cosas que les importaban, sobre su futuro. Deberían tener un futuro. Era tan injusto. Quería vivir su vida. En su lugar, ésta iba a acabar en ese lugar miserable sin que existiera un buen motivo. Por nada. Ni siquiera era capaz de hacer que su muerte significara algo, morir combatiendo por la vida. En lugar de ello, iba a morir en la lluvia y el barro, rodeado de hombres que odiaban todo lo que era bueno en la vida, mientras a Kahlan la obligaban a contemplar cómo sucedía. No quería que ella lo viese. Sabía que ella jamás sería capaz de quitarse la visión de la cabeza. No quería dejarla con ese último recuerdo espantoso de él forcejeando en medio de los sangrientos estertores de la muerte. Hizo otro intento de levantarse, como hacían la mayoría de los otros hombres. El soldado que tenía detrás le pisó las pantorrillas, haciendo presión con todas sus fuerzas. El dolor pareció lejano. Richard estaba aturdido. Nada deseaba más en el mundo que alejar a Kahlan de los hombres que la sujetaban, que la manoseaban. Kahlan les chillaba enfurecida, los arañaba, blandía los puños contra ellos, y al mismo tiempo clamaba en impotente terror por Richard. Él se retorció con todas sus energías para soltarse de las correas de cuero que le ataban las muñecas pero, en lugar de partirse, éstas sólo se clavaron más. Se sintió como un animal cogido en una trampa. Las manos se le habían quedado entumecidas. Ya no sentía la sangre cálida que le goteaba de las yemas de los dedos. No quería morir. ¿Qué iba a hacer? Tenía que detener eso. Tenía que hacerlo. Pero no sabía cómo. En el pasado, la cólera era el medio para llegar hasta su don, para invocar su poder. Ahora, no había nada excepto una impotente confusión.

— ¡Kahlan!

No parecía capaz de evitar verse arrastrado por el terror que le producía, por el pánico ciego que le causaba. No podía evitar su precipitada embestida, y tampoco podía recuperar el control sobre sí mismo. Se veía arrastrado por un torrente de acontecimientos que no podía controlar ni detener. Todo carecía de sentido. Todo era tan abrumadoramente insensato, tan monumentalmente brutal.

— ¡Kahlan!

— ¡Richard! —clamó ella mientras volvía a alargar los brazos hacia él—. ¡Richard, te amo

más que a la vida! Te amo tanto... Lo eres todo para mí. Siempre lo has sido.

Los sollozos la dejaron sin aliento, convirtiéndose en jadeos.

—Richard... te necesito tanto...

A él se le partió el corazón. Sintió que le estaba fallando.

Un soldado agarró a Richard por el pelo.

— ¡No! —chilló Kahlan, extendiendo una mano—. ¡No! ¡Por favor: no! ¡Que alguien lo ayude! ¡Queridos espíritus, alguien... por favor!

El soldado se inclinó hacia abajo, con una sonrisa cruel en el rostro surcado de mugre.

—No te preocupes, yo me ocuparé de ella... personalmente —dijo riendo al oído de Richard.

—Por favor —se oyó decir Richard—, por favor... no.

— ¡Queridos espíritus, por favor, que alguien lo ayude! —gritó Kahlan a los que la rodeaban.

Ella no podía hacer nada, y lo sabía. No existía ninguna posibilidad para él, y ella lo sabía, así que se veía reducida a implorar un milagro. Eso alimentaba las llamas de abrasador temor que ardían dentro de él, el fin de todo.

—Es una auténtica preciosidad —dijo el soldado a la vez que miraba con ojos lascivos a Kahlan, demostrando lo que Richard sabía... que no había ningún milagro en camino.

—Por favor... dejadla en paz.

El soldado que tenía detrás rió. Eso era lo que había querido oír.

Richard se ahogaba en el sollozo que le ascendía por la garganta. Las lágrimas le corrían por el rostro junto con la lluvia. Ella era la única mujer a la que había amado jamás, la persona que lo significaba todo para él, que significaba más que la vida misma para él. Sin Kahlan no había vida, sólo había existencia. Ella era su mundo. Sin Kahlan la vida estaba vacía.

Sin él, lo sabía, la vida de Kahlan estaría igual de vacía.

Vio a otras mujeres no lejos de Kahlan, todas sujetas por soldados, todas dando voces por sus hombres. Las vio decir cosas muy parecidas a las cosas que Kahlan decía, ofreciendo las mismas palabras de amor, las mismas llamadas pidiendo que alguien los salvara. Los soldados zaherían a los hombres arrodillados en el barro con juramentos inmundos.

Uno de los prisioneros arrodillados a la derecha de Richard forcejeó con energía suficiente para ganarse una velocísima puñalada en el vientre. No lo mató, pero fue suficiente para impedir que peleara mientras aguardaba su turno. Mientras permanecía arrodillado, rígido, inmóvil, contemplaba con ojos como platos cómo sus propios intestinos, rosados y relucientes, iban saliendo por el tajo. Los alaridos de la esposa del hombre parecían capaces de escindir las nubes de lo alto.

El preso situado inmediatamente a la izquierda de Richard lanzó su último aliento, debatiéndose en movimientos descoordinados mientras el soldado que le sostenía en alto la cabeza pasaba el largo cuchillo de un lado a otro por la garganta al descubierto de su víctima. Cuando terminó, el soldado gruñó debido al esfuerzo de izar el peso muerto hacia atrás y al interior de la fosa abierta. Richard oyó como el cuerpo caía con un golpe sordo al fondo de la sepultura abierta, encima de otros cuerpos. Pudo oír jadeos borboteantes surgiendo del oscuro agujero.

—Tu turno —dijo el soldado que sujetaba a Richard a la vez que iba a colocarse detrás de él para asumir el papel de verdugo.

El tipo se inclinó muy cerca de él. El aliento le apestaba a cerveza y salchichas.

—Necesito acabar con esto. Tengo una reunión con tu encantadora esposa tan pronto como

haya acabado contigo. Kahlan, ¿verdad? Sí, así es..., una de las otras mujeres confesó que el nombre de tu esposa era Kahlan. No te preocupes, chico, no daré a Kahlan demasiadas ocasiones para afligirse con tus recuerdos. Tendré toda su atención... puedo prometerte eso. Una vez que ella me haya satisfecho, otros disfrutarán de su turno con ella.

Richard deseó partirle el cuello.

—Piensa en eso mientras tu alma malvada se desliza al interior de la oscura y eterna agonía del inframundo, mientras caes en las garras frías y despiadadas del Custodio. Ahí es a donde van los de tu clase..., a la justicia del padecimiento eterno..., y así es como debería ser, viendo como nosotros lo hemos sacrificado todo para venir hasta aquí, a esta tierra desolada, para traer la Luz divina y la ley de la Orden a todos vosotros, paganos egoístas. Vuestro pecaminoso estilo de vida, vuestra mera existencia, ofende al Creador..., y ofende a aquellos de nosotros que nos inclinamos ante Él.

El hombre iba adquiriendo una justificada cólera.

— ¿Tienes alguna idea de lo que he sacrificado por la salvación de las almas de tu gente? Mi familia pasó hambre, tuvo que pasar sin... se sacrificó... para poderlo enviar todo a nuestras valerosas tropas. Mi hermano y yo nos entregamos a la lucha por nuestra causa y por aquello en lo que creemos. Ambos vinimos al norte a cumplir nuestro deber con nuestro emperador y nuestro Creador. Ambos consagramos nuestras vidas a la causa de llevar la bondad a tu gente. Combatimos en incontables batallas sangrientas contra aquellos que se oponían a nuestros esfuerzos en aras de lo que es correcto y justo. Vimos morir a incontables de nuestros hermanos en esas batallas.

»Vi a nuestro glorioso ejército seguir adelante en la lucha por la salvación mientras tu gente enviaba a las perversas criaturas poseedoras del don contra nosotros. Esas personas con el don conjuraron cosas maléficas hechas de magia. A mi hermano le dejó ciego algo procedente de esa magia. Chilló presa de un suplicio atroz mientras la magia le ensangrentaba los ojos y le abrasaba los pulmones. Las infecciones que le sobrevinieron rápidamente hicieron que toda la cabeza se le hinchase y los ojos, ciegos, se le salieran de las órbitas. No podía hacer otra cosa que gemir de dolor. Lo abandonamos para que muriera solo, de modo que pudiéramos seguir adelante en nuestra noble lucha, como era lo correcto. »Tu esposa y aquéllas como ella se sacrificarán ahora para proporcionarnos una pequeña distracción en esta vida miserable mientras trabajamos incansablemente en esa noble lucha. Es un pequeño pago por la deuda de gratitud contraída por llevar la palabra de la Orden a aquellos que, de otro modo, le darían la espalda a su deber para con la fe.

»Algún día, tu pecadora esposa se reunirá contigo allí, en la oscuridad del inframundo, pero no hasta que hayamos terminado con ella. Simplemente no esperes que se reúna contigo en un futuro inmediato, ya que se prostituirá para nuestros valientes soldados de la Orden durante algún tiempo, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que gusta a los hombres ponerle las manos encima a una mujer de buen ver como ella para poder quitarse de la cabeza las fatigas de su honorable tarea. Espero que se la mantendrá bien ocupada, puesto que hay mucho trabajo honorable que hacer... —agitó el cuchillo ante los ojos de Richard—, como este trabajo que llevamos a cabo aquí. Con el alivio que obtengamos de ella, conseguiremos la energía necesaria para redoblar nuestra determinación de eliminar a todos aquellos que no quieren someterse a la Orden.

Era demencial. Richard apenas podía creer que existieran hombres hasta tal punto irracionales, tan consagrados a tales creencias sin sentido. Pero los había. Parecían emerger por todas partes, multiplicándose igual que gusanos, consagrados a destruir cualquier cosa que proporcionase felicidad y fuese beneficiosa para la vida.

Contuvo sus palabras, su cólera. Nada enfurecía a hombres como ése tanto como la razón, la verdad, la vida o la bondad. Tales cualidades no hacían más que incitar a tales hombres a la destrucción. Puesto que Richard sabía que cualquier cosa que dijera no haría más que provocar al hombre y empeorar las cosas para Kahlan, mantuvo silencio. Era todo lo que podía hacer ahora por ella.

Viendo que no había incitado a Richard para que suplicara, el soldado volvió a reír y arrojó un beso a Kahlan.

—Estaré contigo enseguida, amor... en cuanto haya acabado de divorciarte de tu despreciable esposo, aquí presente.

Era un monstruo, que dentro de nada iría a por la mujer que Richard amaba, hacia una mujer indefensa y aterrorizada, que aun conocería mayores ordalías.

Un monstruo.

¿Podría ser eso lo que Shota había querido decir?

La bruja había dicho en una ocasión que si Richard y Kahlan se casaban alguna vez y yacían juntos, ella concebiría un monstruo. Siempre habían supuesto que Shota había querido decir que si ellos concebían un hijo, entonces su hijo sería un monstruo porque aquel niño poseería el don de Richard y el poder de Confesora de Kahlan.

Pero a lo mejor aquél no era el auténtico significado que había tras la predicción de Shota. Al fin y al cabo, nada sobre lo que Shota les advertía resultaba ser jamás tal y como ella lo había hecho parecer, ni siquiera del modo que ella misma creía. Las advertencias y predicciones de Shota siempre parecían realizarse de una manera completamente imprevista, de un modo que jamás habían imaginado pero, al mismo tiempo, las predicciones de Shota siempre habían resultado ciertas.

¿Era eso lo que había querido decir realmente la predicción de la bruja? ¿Era ése el complejo conjunto de acontecimientos que finalmente alcanzaba el clímax de su profecía? Shota les había advertido que no se casaran o Kahlan daría a luz un monstruo. Ellos se habían casado. ¿Podría ser ése el modo en que se desvelaba la profecía de Shota? ¿Podría haber sido ése, desde el principio, el auténtico significado oculto tras la advertencia? ¿Iban esos monstruos a engendrar un monstruo?

Las lágrimas ahogaban a Richard. Su muerte no sería lo peor. Kahlan padecería una muerte en vida a manos de aquellos animales, sería la madre de su monstruo.

— ¡Richard, sabes que te amo! ¡Eso es todo lo que importa, Richard.... que te amo!

— ¡Kahlan, yo también te amo!

No se le ocurría nada más que decirle, nada que tuviese más significado. Imaginó que no había nada que tuviese más significado, nada que fuese más importante para él. Aquellas sencillas palabras expresaban toda una vida de significado, todo un universo de significado.

—Lo sé, mi amor —dijo ella con un breve destello de sonrisa en sus hermosos ojos—. Lo sé.

Richard vio cómo la hoja de un cuchillo pasaba veloz ante su rostro, e, instintivamente, retrocedió. El soldado clavó una rodilla entre los omóplatos de Richard, luego le alzó la cabeza tirando del pelo.

Kahlan, viendo lo que sucedía, volvió a chillar, debatiéndose contra los soldados que la sujetaban.

— ¡No les prestes ninguna atención, Richard! ¡Sólo mírame! ¡Richard! ¡Mírame! ¡Piensa en mí! ¡Piensa en lo mucho que te amo!

Richard sabía qué estaba haciendo Kahlan, qué pretendía.

— ¿Recuerdas el día que nos casamos? Yo lo recuerdo ahora, Richard. Lo recuerdo

siempre.

Intentaba darle el último regalo de un pensamiento agradable y lleno de amor.

—Recuerdo el día que me pediste que fuera tu esposa. Te amo, Richard. ¿Recuerdas nuestra boda? ¿Recuerdas la casa del espíritu?

También intentaba distraerle, impedirle pensar en lo que sucedía. Pero aquello no hacía más que recordarle la advertencia de Shota de que si se casaba con ella, ella concebiría a un monstruo.

—Conmover —dijo el soldado que tenía detrás—. Son las apasionadas como ella las que son buenas en el catre, ¿no crees?

Richard quiso arrancarle la cabeza, pero no dijo nada. El tipo quería que dijera algo, que suplicara, que protestara, que gimiera de dolor. Como un último acto de desafío, Richard le negaba esa satisfacción.

Kahlan le gritaba su amor, y que quería que recordase la primera vez que ella lo había besado.

A pesar de todo, eso le hizo sonreír.

En aquel momento, a Kahlan no le importaba lo que iba a sucederle a ella, sólo quería distraerle, hacer disminuir el dolor y terror de sus últimos instantes de vida.

Sus últimos instantes.

Era el fin de todo. Todo había acabado. No quedaba nada.

La vida había acabado. Su tiempo junto a la mujer que amaba había acabado. Ya no habría nada más.

El mundo tocaba a su fin.

— ¡Richard! ¡Richard! ¡Te amo tanto! ¡Mírame, Richard! ¡Te amo! ¡Mírame! ¡Eso es, mírame! ¡Eres el único al que he amado jamás! ¡Sólo tú, Richard! ¡Sólo tú! Eso es lo que importa..., que te amo. ¿Me amas? Dímelo, por favor, Richard. Dímelo. Dímelo ahora. Sintió como la hoja raspaba la fina capa de carne que le cubría la garganta.

—Te amo, Kahlan. Sólo a ti. Siempre.

—Conmover —repitió el soldado en su oído a la vez que sostenía la hoja contra la garganta de Richard—. Mientras tú estés abajo en la fosa, desangrándote, yo tendré mis manos por todo su cuerpo. Voy a violar a tu bonita esposa. Tú estarás muerto para entonces, pero antes de que mueras, quiero que sepas exactamente lo que voy a hacerle, y que no hay nada que puedas hacer para detenerlo, porque es la voluntad del Creador.

»Hace mucho que deberías haberte doblegado a las prácticas de la Orden, pero en su lugar has peleado para mantener tus hábitos pecaminosos, tus hábitos egoístas, y le has dado la espalda a todo lo que es correcto y justo. Por tus crímenes contra tu prójimo no sólo morirás, sino padecerás durante toda la eternidad a manos del Custodio del inframundo. Padecerás enormemente.

»Mientras marchas a la siniestra otra vida, quiero que vayas allí sabiendo que si tu preciosa Kahlan vive, será únicamente para ser nuestra prostituta. Si vive lo suficiente, y tiene un hijo varón, él crecerá para ser un gran soldado de la Orden, y para odiar a los que son como tú. Nos ocuparemos de que venga aquí algún día a escupir sobre tu tumba, a escupir sobre ti y sobre aquellos como tú que lo habrían criado según vuestras prácticas perversas, que lo habrían criado para que se negara a servir a su prójimo y al Creador.

»Piensa en eso mientras la oscuridad succiona tu espíritu. Mientras tu cuerpo se enfría, yo estaré con el agradable cuerpo cálido de tu amor, dándole un buen repaso. Quiero asegurarme de que sabes eso antes de morir.

Richard estaba ya muerto por dentro. Todo había acabado, la vida y el mundo habían

finalizado. Tantas cosas se habían perdido... Todo se había perdido... Por nada, aparte de un odio insensato de todo lo que tenía valor, de la vida misma, por parte de aquellos que había decidido abrazar el vacío de la muerte.

—Te amo ahora y siempre, con todo mi corazón —dijo con voz ronca—. Convertiste mi vida en un motivo de dicha.

Vio que Kahlan asentía para indicar que lo había oído, y que sus labios articulaban su amor por él.

Era tan hermosa...

Sobre todo, odiaba ver su inconsolable pesar.

Se miraron fijamente a los ojos, paralizados en aquel instante que sería el último que existiera el mundo.

Richard jadeó en un grito de terror, angustia y repentino dolor mientras sentía cómo la hoja le hería la carne, cómo le cortaba profundamente la garganta.

Era el fin de todo.

Capítulo 18

—Para —gruñó Nicci.

Richard parpadeó. La cabeza le daba vueltas. Nicci sujetaba la muñeca de Shota con mano férrea, manteniéndole la mano alejada de él. Pero Shota todavía le rodeaba la cintura con un brazo.

—No sé lo que estás haciendo —dijo Nicci en un tono tan peligroso que él pensó que Shota sin duda retrocedería asustada—, pero vas a detenerlo.

Shota no retrocedió, ni tampoco pareció temerosa.

—Hago lo que es necesario hacer.

Nicci no pensaba tolerarlo.

—Apártate de él, o te mataré.

Cara, agiel en mano y con un semblante aún más contrariado que Nicci, permanecía muy cerca al otro lado de la bruja, cerrándole el paso. Antes de que Shota pudiera devolver la amenaza, Richard se desplomó junto a la fuente.

Jadeaba, daba boqueadas, estaba en un estado de terror descontrolado. Mentalmente aún podía ver a Kahlan en las manos de aquellos matones, sentir aún la afilada hoja hundiéndose profundamente. Rozó con los dedos su garganta, pero no había ninguna herida abierta, ni sangre. Se negó con desesperación a dejar ir la visión de Kahlan, pero al mismo tiempo era un vislumbre tan espantoso del pavor desesperanzado que ésta sentía que nada quería más que borrarlo para siempre de su mente.

No estaba muy seguro de dónde se hallaba. No estaba exactamente seguro de qué sucedía.

No tenía nada claro qué era real y qué no lo era.

Se preguntó si estaba al borde de la muerte y si se trataba de algún confuso ensueño mientras moría antes de que toda su vida se apagara por completo, alguna vana ilusión final para torturar su mente mientras dejaba atrás la existencia. Buscó a tientas, intentando palpar otros cuerpos allí con él, en la fosa.

Mientras Cara permanecía de pie en actitud protectora ante él, protegiéndolo de la bruja, Nicci abandonó al instante el altercado con Shota para sentarse junto a él. Le rodeó los hombros con un brazo.

—Richard, ¿te encuentras bien? —Se inclinó hacia él, mirándolo a los ojos—. Parece como si hubieses visto a muertos vivientes.

Haciendo caso omiso de Cara, Shota cruzó los brazos mientras permanecía muy erguida ante ellos, observando a Richard.

En la mente del joven, el sonido de los gritos de Kahlan seguía resonando, la imagen de ésta mientras gritaba su nombre todavía le desgarraba el corazón. Hacía tanto tiempo que no la había visto que volver a verla de un modo tan repentino, y de aquella manera, era devastador.

—Richard, no pasa nada —dijo Nicci—. Estás aquí, conmigo, con todos nosotros.

Richard apretó una mano contra la frente.

— ¿Cuánto tiempo he estado fuera?

La frente de Nicci se crispó.

— ¿Fuera?

—Creo que Shota hizo algo. ¿Cuánto tiempo ha estado... haciéndolo?

—No le permití hacer nada. La detuve antes de que pudiera empezar. En el mismo instante en que te tocó bajo la barbilla la detuve. No tuvo tiempo suficiente para hacer nada.

Richard todavía podía ver a Kahlan mentalmente, todavía la veía llamándolo a gritos mientras las manos mugrientas de los soldados de la Orden Imperial la retenían.

Se pasó los temblorosos dedos por el pelo.

—Tuvo tiempo suficiente.

—Lo lamento tanto... —musitó Nicci—. Pensé que la detenía lo bastante pronto.

Richard no creía que pudiera seguir adelante. No creía que pudiera reunir la energía para volver a tomar otra bocanada de aire. No creía que jamás fuera a ser capaz de hacer nada que no fuese abandonarse a la desesperación.

No podía contener la angustia, el dolor, las lágrimas.

Nicci atrajo su rostro y lo apoyó contra su hombro, dándole mudo cobijo en el refugio de sus brazos.

Todo parecía tan fútil. Todo estaba acabando. Todo había terminado. Él siempre había dicho que no tenían ninguna posibilidad de derrotar al ejército de Jagang. La Orden era demasiado poderosa. Iba a ganar la guerra, y no había nada que Richard pudiera hacer al respecto, no quedaba nada por lo que vivir, salvo esperar a que el horror de la muerte los alcanzara a todos.

Shota fue a colocarse a uno de sus lados, junto al lugar donde estaba, al otro lado de donde se hallaba Nicci, e hizo intención de posarle una mano sobre el hombro. Cara agarró la muñeca de la bruja.

—Lamento haber tenido que hacer eso, Richard —dijo Shota, haciendo caso omiso de la mord-sith—, pero es necesario que veas, que comprendas, que...

—Cállate —la atajó Nicci—, y mantén las manos alejadas de él. ¿No crees que ya le has provocado suficiente dolor? ¿Es que todo lo que haces tiene que ser perjudicial? ¿Puedes ayudarle alguna vez sin hacerle daño o provocarle problemas al mismo tiempo?

Mientras Shota retiraba la mano, Nicci colocó la suya sobre el rostro de Richard y con el pulgar le limpió una lágrima de la mejilla.

—Richard...

Él asintió ante su tierna preocupación, incapaz de articular palabra. Todavía podía ver a Kahlan llamándolo a gritos mientras intentaba desasirse de las manos de aquellos hombres. Mientras viviera lo perseguiría aquella visión, y en aquel momento deseaba más que nada ahorrarle el dolor de verlo ejecutado y de verse ella misma en las garras crueles de la Orden. Quería regresar, hacer algo, salvarla de una violación tan inhumana. No podía soportar que el mundo de Kahlan finalizara mientras lo veía asesinado de aquel modo.

Pero no era real. Él no podía haber estado allí. Tal cosa era imposible. Sólo podía haberlo imaginado.

El alivio empezó a penetrar en su interior.

No era real. No lo era. Kahlán no estaba en las manos de la Orden. No estaba viendo cómo lo ejecutaban. No era más que un truco cruel de la bruja. Simplemente, otra de sus ilusiones.

Salvo que había sido real para todas aquellas personas de Galea así como para innumerables vecinos de otros lugares por los que había pasado la Orden. Incluso aunque no hubiese sido real para Richard, había sido muy real para ellos. Era así como había sido. Sus mundos habían finalizado justo de aquel modo, y él sabía exactamente lo que habían padecido. Sabía exactamente lo que se sentía.

¿Cuántas innumerables buenas gentes, desconocidas, anónimas, habían perdido la posibilidad de vivir justo de aquel modo, todo por las ambiciones espirituales de aquellos que provenían del Viejo Mundo?

Un temor nuevo lo abrumó de improviso. Él poseía el don. Él era un mago guerrero. Para la mayoría de aquellos que poseían el don, éste se manifestaba dentro de un área específica. Pero ser un mago guerrero significaba que poseía elementos de todos los aspectos del don, y un aspecto de la magia era la profecía. ¿Y si lo que había visto era en realidad una profecía? ¿Y si era lo que iba a suceder? ¿Y si lo que había visto era en realidad una visión del futuro?

Pero no creía que el futuro estuviese fijado. Aunque algunas cosas, como la muerte, eran inevitables, eso no significaba que todo estuviese fijado o que uno no pudiese trabajar en la obtención de metas dignas en la vida, que no pudiese evitar los desastres, que no pudiese alterar el curso de los acontecimientos.

Si era una profecía, únicamente significaba que había visto lo que era posible. No significaba que no pudiese intentar impedir que sucediese.

Después de todo, las profecías de Shota jamás parecían realizarse del modo en que ella las presentaba. Y en todo caso, lo que había visto, lo que acababa de experimentar, tenía muchas probabilidades de ser cosa de Shota.

Richard oprimió la mano de Nicci en silencioso agradecimiento. La otra mano de la hechicera, posada en su hombro, le devolvió el apretón. La inquietud de la mujer desapareció un poco bajo la calidez de una pequeña sonrisa de alivio al verlo recuperarse. Richard se alzó ante Shota de un modo que debería haberle hecho dar un paso atrás. La bruja se mantuvo impasible donde estaba.

— ¿Cómo te atreves a hacerme eso a mí? ¿Cómo te atreviste a enviarme a ese lugar?

— Yo no te envié a ninguna parte, Richard. Tu propia mente te llevó a donde quiso. No hice otra cosa que liberar los pensamientos que habías reprimido. Te ahorré lo que de otro modo habría acudido a ti en forma de pesadillas.

— Yo no recuerdo mis sueños.

Shota asintió mientras le estudiaba los ojos.

— Éste lo habrías recordado. Habría sido mucho peor que lo que acabas de padecer. Es mejor enfrentarse a tales visiones cuando puedes hacerles frente, teniendo en cuenta lo que son, y captar la verdad que puedan contener.

Richard sintió cómo le ardía el rostro.

— ¿Es eso lo que quisiste decir, la otra vez, cuando dijiste que si me casaba con Kahlán, ella daría a luz a un monstruo? ¿Es ése el auténtico significado oculto en tu enrevesada profecía?

Shota no mostró ninguna emoción.

—Significa lo que significa.

Richard seguía oyendo las palabras del soldado de la Orden Imperial contándole lo que le iba a hacer a Kahlan, contándole cómo la iban a tratar, contándole que ella daría a luz a niños que crecerían para escupir en las tumbas de aquellos que habían querido vivir sus propias vidas por sí mismos, aquellos que creían en todo lo que tenía valor para él.

Se abalanzó súbitamente sobre Shota y en un instante la tuvo agarrada por la garganta. El choque y su feroz determinación de derribarla los llevó a ambos por encima del murete y al interior de la fuente. Con Richard encima, forcejeando con ella, el impulso los arrastró a ambos bajo el agua.

Richard la izó por la garganta.

—¿Es eso lo que querías decir?

Chorreaba agua del rostro de la bruja, que tosió para expulsarla. Él la zarandeó.

—¿Es eso lo que querías decir?

Richard pestañeó. Estaba de pie. Estaba seco. Shota estaba de pie ante él. Estaba seca. Las manos de Richard seguían caídas a los lados.

—Contrólate, Richard. —Shota enarcó una ceja—. Todavía estás parcialmente en tus sueños.

Richard miró a su alrededor. Era cierto. No estaba mojado y tampoco lo estaba Shota. Ni un ondulado pelo de la cabeza de la bruja estaba fuera de sitio. La frente de Nicci se crispó cuando él le dirigió una veloz mirada. La hechicera parecía desconcertada ante lo que podría ser la causa de la confusión de Richard. Debía de ser cierto; seguía soñando.

Realmente no era más que un sueño, igual que su ejecución, igual que ver a Kahlan. Sólo había imaginado que tenía a Shota agarrada por la garganta.

Pero quería hacerlo.

—¿Fue eso lo que quisiste decir cuando dijiste que Kahlan daría a luz a un niño que sería un monstruo? —preguntó Richard, con voz un poco más sosegada, pero no menos amenazante.

—No sé quién es esa Kahlan.

La mandíbula de Richard se flexionó al apretar él los dientes, pensando en agarrarla por la garganta de verdad.

—¡Responde la pregunta! ¿Lo es?

Shota alzó un dedo en gesto amonestador.

—Créeme, Richard, no te conviene hacer enojar a una bruja.

—Y a ti no te conviene hacerme enojar a mí, así que respóndeme. ¿Es eso lo que querías decir?

Ella se alisó las mangas del vestido mientras elegía las palabras cuidadosamente.

—En primer lugar, te he revelado en distintos momentos, en las varias cosas que te he contado, lo que veo en el flujo de los acontecimientos en el tiempo. No recuerdo a esa mujer llamada Kahlan, ni tampoco recuerdo nada relacionado con ella. Así que no sé de qué acontecimiento o predicción estás hablando, ya que tampoco lo recuerdo.

El rostro de Shota adoptó la clase de expresión siniestramente peligrosa que le recordaba que hablaba a una bruja cuyo solo nombre inspiraba aterrados temblores a la mayoría de los habitantes de la Tierra Central.

—Pero te estás aventurando al interior de cuestiones serias, de grave peligro, en ese flujo de acontecimientos que tiene lugar en el tiempo. —Arrugó la frente con desagrado—. ¿Qué, exactamente, quieres decir con un... niño que sería un monstruo?

Richard se volvió para contemplar las quietas aguas de la fuente mientras pensaba en las cosas terribles que había visto. No podía soportar decirlo en voz alta. No podía soportar decirlo frente a los demás, sugerir siquiera en voz alta que Shota había efectuado en una ocasión una predicción que él temía que realmente significara que Kahlan concebiría a un hijo engendrado por los monstruos de la Orden Imperial. Le daba la impresión de que decirlo en voz alta podría de algún modo hacerlo realidad. Era una idea tan dolorosa que apartó a un lado toda aquella visión y decidió hacer otra pregunta.

Se volvió hacia ella.

— ¿Qué significa que no pudiera invocar mi don a través de la cólera?

Shota suspiró laboriosamente.

—Richard, tienes que comprender algo. No te di una visión. No hice nada más que ayudarte a liberar pensamientos ocultos que eran tuyos. No te di un sueño creado por mí, ni tampoco coloqué ninguna idea en tu mente. Simplemente hice que fueses consciente de tu propia cognición. No puedo decirte nada sobre lo que viste porque no sé qué viste.

—Entonces por qué tendrías que...

—Sólo sé que eres la persona que debe detener a la Orden. Ayudé a sacar tus propios pensamientos reprimidos a la superficie para ayudarte a comprender mejor.

— ¿Comprender qué?

—Lo que debes comprender. Sé tanto lo que eso es como sé lo que viste dentro de tu propia mente que tanto te ha alterado. Podrías decir que soy simplemente el mensajero. No he leído el mensaje.

—Pero me hiciste ver cosas que...

—No, no lo hice. Descorrí la cortina para ti, Richard. No creé la lluvia que viste por esa ventana. Intentas culparme por la lluvia, en lugar de reconocer el hecho de que no hice nada, aparte de descorrer la cortina para que pudieses verlo con tus propios ojos.

Richard dirigió una veloz mirada a Nicci. Ésta no dijo nada, y él, entonces, miró a lo alto de los escalones, a su abuelo, de pie, con las manos entrelazadas, que observaba en silencio. Zedd siempre le había enseñado a lidiar con la realidad, le había enseñado a no encolerizarse ante lo que algunos veían como la mano invisible del destino controlando y conjurando acontecimientos. ¿Estaba él haciendo eso con Shota? ¿Intentaba culparla por revelar cosas que él no había visto, o no había estado dispuesto a ver?

—Lo siento, Shota —dijo con voz más queda—. Tienes razón. Sí que me mostraste la lluvia. No tengo la menor idea de qué hacer al respecto, pero lo vi. No debería culparte por lo que otros están haciendo. Lo siento.

Shota sonrió levemente.

—Esa es parte de la razón de que seas la persona elegida, Richard..., la única que pude detener la locura. Estás dispuesto a ver la verdad. Por eso traje a Jebra con tales relatos horribles de lo que está sucediendo a manos de la Orden. Es necesario que conozcas la verdad de lo que sucede.

Richard asintió con la cabeza, sintiéndose peor aún, sintiendo aún más desesperanza por no tener la menor idea de cómo hacer lo que ella creía que él podía hacer.

Sus ojos se encontraron con la mirada inmutable de Shota.

—Has realizado un gran esfuerzo para traer a Jebra aquí. Has realizado un largo viaje. Tu futuro, tu vida misma, depende de esto tanto como mi vida y las vidas de todas las gentes libres, de todos aquellos que poseen el don. Si la Orden gana, todos morimos, incluida tú.

» ¿Hay algo que puedas decirme que me ayude a hacer algo para detener esta locura? Me iría bien cualquier ayuda que pudieses darme. ¿No hay nada que puedas contarme?

Ella lo miró fijamente por un momento antes de hablar, lo miró como si tuviese la mente en otros lugares.

—Siempre que te traigo información —dijo por fin—, ésta te enfurece; como si fuese yo quien crea lo que es, en lugar de simplemente informar de ello.

—Todos nos enfrentamos a la esclavitud, la tortura y la muerte, ¿y ahora de repente te molesta que puedan herir tus sentimientos? Muy a su pesar, Shota sonrió ante la descripción.

—Tú crees que me limito a arrancar revelaciones del aire, como quien coge una pera. La sonrisa desapareció mientras su mirada se concentraba en algún punto a lo lejos.

—No puedes ni imaginar el coste personal de revelar esa información. No deseo emprender una tarea tan formidable si esa información obtenida a tan alto coste no va a hacer otra cosa que alimentar un resentimiento.

Richard introdujo las manos en los bolsillos traseros.

—De acuerdo, comprendo a lo que te refieres. Si vas a hacer tal esfuerzo, esperas que yo lo tome en cuenta con seriedad. Todos nosotros lo tenemos todo en juego, Shota. Valoraré cualquier cosa que puedas contarme.

Si bien Richard creía de verdad que Shota le contaba lo que veía del fluir de los acontecimientos en el tiempo, no creía que el significado de tales predicciones fuese necesariamente simple o lo que Shota creía que significaban. Con todo, ella siempre le había ofrecido información que de algún modo había sido central para las cuestiones que tenía entre manos; siendo Cadena de Fuego la última de ellas. Si bien su revelación de las palabras «Cadena de Fuego» había estado desprovista de una explicación que pudiera ayudarle, aquella pista había alimentado su esfuerzo por encontrar una respuesta a lo que le había sucedido a Kahlan. Sin aquellas palabras jamás habría reconocido aquel libro en concreto como el que contenía la clave para descubrir la verdad.

Shota inspiró profundamente, soltando por fin el aire con resignación. Se inclinó hacia él de un modo apenas perceptible, como para recalcar lo muy en serio que lo decía.

—Sólo puedes oírlo tú.

Capítulo 19

Richard dirigió una ojeada a Cara y a Nicci. Por sus expresiones no hubo la menor duda en su mente sobre lo que pensaban de la sola idea de dejarlo sin su protección. Si bien sabía que estaban convencidas de la necesidad de estar a mano, él no creía realmente que estuviera más a salvo debido a su vigilante guardia. Shota ya lo había demostrado. No obstante, era evidente que ellas no compartían tal punto de vista.

Pensó que tal vez hallaría una solución que satisfaría a todo el mundo.

—Estamos del mismo lado. Qué diferencia...

—La diferencia es que es mi deseo. —Shota se volvió hacia la fuente, dándole la espalda, y cruzó los brazos—. Si quieres oír lo que tengo que decir, entonces satisfarás mis deseos. Richard no sabía si ella estaba siendo simplemente obstinada o no, pero sí sabía que no era el momento de disuadir. Si iba a obtener alguna ayuda de Shota, necesitaba mostrarle su confianza. Asimismo, Nicci y Cara iban a tener que confiar en él.

Indicó con un ademán los escalones.

—Por favor, las dos, subid ahí con Zedd y esperad.

A Nicci, evidentemente, la idea le gustó tan poco como a Cara, pero reconoció por la mirada que él le dedicó que necesitaba que hiciera lo que le pedía. La hechicera lanzó una

abrasadora mirada a la parte posterior de la cabeza de Shota.

—Si por cualquier motivo creo que estás a punto de hacerle daño, te reduciré a cenizas antes de que tengas oportunidad de actuar.

— ¿Por qué tendría que hacerle daño? —Shota miró atrás por encima de su hombro—. Richard es el único que tiene una posibilidad de detener a la Orden.

—Exactamente.

Richard observó cómo Nicci y Cara se daban la vuelta sin decir una palabra y ascendían los peldaños. Había esperado que Cara lo discutiera más, pero le alegró que no fuese así.

Compartió una larga mirada con su abuelo. Zedd parecía estar atípicamente silencioso y, bien mirado, también Nathan y Ann. Los tres lo contemplaban como quien estudia una curiosidad hallada bajo una roca. Zedd dedicó a Richard un único movimiento de cabeza, instándolo a seguir adelante, a hacer lo que fuese necesario hacer.

Richard oyó cómo la fuente que tenía detrás empezaba a manar súbitamente. Al darse la vuelta vio que las aguas salían disparadas al aire y que volvían a caer a chorros por los extremos de los cuencos para danzar por fin en el estanque.

Shota estaba sentada en el murete de mármol que rodeaba el estanque, mientras arrastraba pausadamente los dedos de una mano por el agua. Algo en su lenguaje corporal hizo que los pelos del codo de Richard se erizaran.

Cuando la mujer se volvió, Richard se encontró contemplando el rostro de su madre.

Le embargó una rigidez total.

—Richard.

La sonrisa triste mostró lo mucho que lo quería y echaba en falta. No parecía haber envejecido ni un día desde su último recuerdo de la infancia.

Mientras Richard permanecía paralizado donde estaba, ella se alzó con gesto grácil ante él.

— ¡Richard! —dijo con una voz tan clara y líquida como las aguas de la fuente—, cómo te he echado de menos. —Le deslizó un brazo alrededor de la cintura y le pasó los dedos de la otra mano por los cabellos, con ternura. Contempló con nostalgia sus ojos—. Hasta qué punto te he echado de menos...

Richard reprimió inmediatamente sus emociones. Sabía muy bien que no podía permitirse creer que era realmente su madre.

En su primer encuentro con Shota, ella había aparecido ante él como su madre, que había muerto en un incendio cuando Richard no era más que un niño. En aquel momento, Richard había querido decapitar a Shota con su espada por lo que interpretó como una estratagema cruel. Shota le había leído el pensamiento y se lo había reprochado, diciendo que aparecer como lo había hecho era un regalo inocente. Shota había dicho que tal detalle había tenido un coste para ella que él jamás podría comprender o apreciar.

Richard no creía que en esta ocasión le estuviese haciendo un regalo. No sabía qué hacía ella, ni por qué, pero decidió enfrentarse a ello con calma y sin sacar conclusiones precipitadas.

—Shota, te doy las gracias por el hermoso recuerdo, pero ¿por qué es necesario que aparezcas como mi madre?

La frente de Shota, bajo el aspecto de la de su madre, se arrugó pensativa.

— ¿Conoces el nombre... Baraccus?

Los pelos del codo de Richard, que apenas habían empezado a descender, volvieron a quedarse tiesos. Posó con cuidado las manos sobre la cintura de la mujer y con suma delicadeza la hizo retroceder.

—Había un hombre llamado Baraccus que fue Primer Mago en la época de la gran guerra.

—Con un dedo, Richard alzó el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Esto era suyo. Su madre asintió.

—Es él. Fue un gran mago guerrero.

—Así es.

—Como tú.

Richard se sintió sonrojar ante la idea de que su madre lo llamara «grande», incluso aunque fuese Shota disfrazada de ella.

—Él sabía usar su habilidad. Yo no.

Su madre volvió a asentir, con una leve sonrisa frunciéndole la comisura de los labios, justo tal y como él lo recordaba. Su madre había sonreído de aquel modo cuando había estado orgullosa de que él hubiese captado el sentido de una lección particularmente difícil. Se preguntó si Shota quería que aquel recuerdo tuviese significado.

—¿Sabes qué le sucedió a Baraccus?

Richard tomó una apaciguadora bocanada de aire.

—Sí, la verdad es que lo sé. Hubo problemas en el Templo de los Vientos. El Templo y su inestimable contenido habían sido enviados a la seguridad de otro mundo.

—El inframundo —corrigió ella.

—Sí. Baraccus fue allí para arreglar el problema.

Su madre sonrió mientras volvía a pasarle los dedos por el pelo.

—Igual que hiciste tú.

—Supongo.

Cuando por fin acabó de toquetearle los cabellos, sus hermosos ojos bajaron y su mirada volvió a posarse en la suya.

—Fue allí por ti.

—¿Por mí? —Richard la miró con desconfianza—. ¿De qué hablas?

—Habían encerrado la Magia de Resta en el Templo, en el inframundo, retirándola del mundo de la vida para que ningún mago volviera a nacer con ella.

Richard no sabía si ella se limitaba a repetir lo que él había averiguado o si le estaba proporcionando lo que creía que eran hechos.

—Por los informes de la época que he estudiado, eso es lo que he llegado a sospechar. En consecuencia, la gente ya no nacía con el lado de Resta del don.

Ella lo observó con una clase de sosegada seriedad que halló inquietante en extremo.

—Pero tú naciste con él —dijo ella por fin, con sencillez, pero con toda la fuerza de esas palabras.

Richard pestañeó.

—¿Estás diciendo que hizo algo mientras estaba en el Templo de los Vientos para que alguien volviera a nacer con Magia de Resta?

—Por «alguien», doy por sentado que te refieres... ¿a ti? —Enarcó una ceja como para subrayar la sensatez de la pregunta.

—¿Qué estas tratando de decir?

—Nadie ha nacido con Magia de Resta y lo que es más, ha nacido mago guerrero, desde entonces, desde que se envió al Templo de los Vientos fuera de este mundo.

—Mira, no sé con seguridad si eso es cierto pero incluso si lo es, no significa que...

—¿Sabes lo que el mago guerrero Baraccus hizo a su regreso del Templo de los Vientos?

La pregunta desconcertó a Richard, que se preguntó qué relevancia podía tener.

—Bueno, sí. Cuando regresó del Templo de los Vientos... se suicidó. —Richard indicó con un débil ademán el vasto complejo que se alzaba sobre ellos—. Se tiró desde un muro del

Alcázar del Hechicero, de la muralla exterior que daba al valle y a la ciudad de Aydindril, situada abajo.

Su madre asintió tristemente.

—Que daba al lugar donde, con el tiempo, se construiría el Palacio de las Confesoras.

—Eso supongo.

—Pero primero, antes de arrojarle desde esa pared, dejó algo para ti.

Richard bajó la mirada para contemplarla con fijeza, no del todo seguro de haberla oído correctamente.

— ¿Para mí? ¿Estás segura?

Su madre asintió.

—El informe que leíste no lo decía todo. Verás, cuando regresó del Templo de los Vientos, antes de tirarse desde un muro del Alcázar, entregó a su esposa un libro y la envió con él a su biblioteca.

— ¿Su biblioteca?

—Baraccus tenía una biblioteca secreta.

Richard sintió como si anduviese de puntillas por hielo quebradizo.

—Ni siquiera sabía que tenía una esposa.

—Pero Richard, tú la conoces. —Su madre sonrió de un modo que hizo que los cabellos ya rígidos del cogote le sobresalieran aún más. Richard apenas era capaz de respirar.

— ¿La conozco? ¿Cómo es eso posible?

—Bueno —dijo su madre, encogiendo un hombro—, sabes de ella. ¿Sabes quién era el mago que creó a la primera Confesora?

—Sí —repuso él, confundido por el cambio de tema—. Se llamaba Merritt. La primera Confesora era una mujer llamada Magda Searus. Hay un retrato de ellos a lo largo del techo abajo, en el Palacio de las Confesoras.

Su madre asintió de un modo que le provocó un nudo en el estómago.

—Ésa es la mujer.

— ¿Qué mujer?

—La esposa de Baraccus.

—No... —dijo Richard a la vez que se llevaba los dedos a la frente, intentando considerarlo detenidamente—. No, era la esposa de Merritt, el mago que la había convertido en una Confesora, no de Baraccus.

—Eso fue más tarde —replicó su madre con un gesto desdenoso—. Su primer esposo fue Baraccus.

— ¿Estás segura?

Ella asintió con firmeza.

—Cuando Baraccus regresó del Templo de los Vientos, Magda Searus lo esperaba donde él le había pedido que esperara, en el enclave del Primer Mago. Había aguardado durante días, temiendo que jamás regresaría junto a ella. Con gran alivio para Magda, él finalmente lo hizo. La besó, le habló de su amor imperecedero, y luego, en confianza, y tras hacerla jurar que guardaría silencio eternamente, la envió con un libro a su biblioteca secreta.

»Una vez que ella se hubo ido, dejó sus prendas..., las que tú llevas ahora, incluidas esas muñequeras de plata con relleno de cuero, la esclavina que parece como si la hubiesen tejido con oro y ese amuleto..., en el enclave del Primer Mago, las dejó para el mago que acababa de asegurarse de que nacería al mundo de la vida... las dejó para ti, Richard.

— ¿Para mí? ¿Estás segura de que realmente estaban pensadas para mí?

— ¿Por qué crees que hay tantísimas profecías que hablan de ti, que te esperan, que te

nombran: «el que nacerá con rectitud», «el guijarro en el estanque», «el portador de muerte», «el *Caharin*»? ¿Por qué crees que surgieron esas profecías que trataban sobre ti? ¿Por qué crees que has sido capaz de comprender algunas de ellas cuando nadie más durante siglos, durante milenios, ha sido capaz de descifrarlas? ¿Por qué crees que has hecho realidad otras?

—Pero eso no significa que fuese pensado explícitamente para mí.

Con un gesto displicente, su madre declinó tanto respaldar como negar su aseveración.

—¿Quién puede decir qué ocurrió, el lado de Resta, que escogió un niño, o que éste halló al niño específico? La profecía necesita una semilla que dé lugar a su crecimiento. Algo tiene que haber allí para engendrar lo que será, incluso aunque sea simplemente el color de tus ojos. Algo tiene que hacer que suceda. En este caso, ¿es casualidad o intención?

—Me gustaría pensar que una serie de acontecimientos al azar.

—Si te complace. Pero en este punto, Richard, ¿importa en realidad? Tú eres quien ha nacido con la capacidad que Baraccus liberó de su confinamiento en otro mundo. Tú eres el que se quería que naciera, bien por casualidad o bien con una intención específica. Al final, lo único que importa es lo que es. Eres el que nació con esa capacidad.

Richard supuso que tenía razón. Exactamente cómo sucedió no cambiaba lo que era.

Su madre suspiró a la vez que proseguía con el relato.

—De todos modos, no fue hasta entonces, después de que hubiese hecho los preparativos para que ocurriese lo que él deseaba, que Baraccus se quitó la vida saltando al vacío. Los que escribieron los informes no sabían que ya había estado de vuelta el tiempo suficiente para enviar a su esposa en una misión encubierta. Al regresar, ella lo halló muerto.

A Richard la cabeza le daba vueltas. No podía creer lo que oía. Se sentía aturdido por aquel inesperado relato de acontecimientos antiguos pero sabía, no obstante, por haber estado en el Templo de los Vientos, que tales cosas eran posibles. Él había renunciado a los conocimientos obtenidos allí para poder regresar al mundo de la vida. Aun cuando había perdido aquellos conocimientos, le quedó una sensación de lo profundos que éstos habían sido. El que le había exigido el pago de dejar atrás lo que había averiguado a cambio de regresar con Kahlan había sido el espíritu de Rahl el Oscuro, su auténtico padre.

—En su pena, Magda Searus se ofreció voluntaria para ser el sujeto de un experimento peligroso que se le había ocurrido a Merritt. Se ofreció para convertirse en una Confesora. Sabía que quizá no sobreviviría a los peligros desconocidos de aquel conjuro mágico, pero, con su amado esposo, el Primer Mago, muerto, su mundo había terminado. No creía que le quedara nada por lo que vivir, aparte de descubrir quién era el responsable de los aciagos acontecimientos que habían ocasionado la muerte de su esposo, así que se ofreció voluntaria para lo que todo el mundo esperaba que podría muy bien ser un experimento fatal.

»Sin embargo sobrevivió. Mucho más tarde empezó a enamorarse de Merritt, y él de ella. Su mundo retornó a la vida con él. Los informes de esa época están borrosos en algunos puntos, con pasajes que faltan o están fuera de su lugar en la cronología de los acontecimientos, pero lo cierto es que Merritt fue su segundo marido.

Richard tuvo que sentarse sobre el murete de mármol. Era casi demasiado para asimilarlo. Las implicaciones eran pasmosas. Tenía problemas para conciliar las coincidencias: que él había sido el primero en miles de años en nacer con Magia de Resta, que Baraccus había sido el último en ir al Templo de los Vientos hasta que lo hizo el mismo Richard, que Baraccus había estado casado con una mujer que se convirtió en la primera Confesora, que Richard se había enamorado y casado con una Confesora... la Madre Confesora, Kahlan.

—Cuando Magda Searus usó su recién nacido poder de Confesora sobre Lothain, descubrieron lo que éste había hecho en el Templo de los Vientos, que únicamente Baraccus había sabido.

Richard alzó los ojos.

—¿Qué hizo?

Su madre lo miró a los ojos como si mirara dentro de su alma.

—Lothain los traicionó cuando estuvo en el Templo al encargarse de que una magia muy específica que había sido encerrada allí fuese liberada en algún momento del futuro al mundo de la vida. El emperador Jagang nació con el poder que Lothain permitió que saliera de su confinamiento en otro mundo. Esa magia era el poder de un Caminante de los Sueños.

—Pero ¿por qué haría Lothain, el fiscal en jefe, algo así? Después de todo, se había ocupado de que el equipo del Templo fuese ejecutado por el daño que habían hecho.

—Es probable que Lothain hubiese acabado por creer, como hizo el enemigo en el Viejo Mundo, que había que eliminar la magia de la raza humana. Supongo que su fanatismo encontró una fijación nueva: se imaginó a sí mismo como el salvador de la humanidad. Con ese fin aseguró el regreso de un Caminante de los Sueños al mundo de la vida, para desterrar la magia del mundo.

»Por algún motivo, Baraccus fue incapaz de sellar la brecha creada por Lothain, fue incapaz de deshacer la traición. Así que recurrió a la mejor alternativa posible. Se encargó de que existiera un equilibrio, algo que contrarrestara el daño hecho, alguien para combatir a aquellas fuerzas empeñadas en destruir a los que poseían el don, alguien con la capacidad requerida.

»Ése serías tú, Richard. Baraccus se encargó de que tú nacieses para contrarrestar lo que Lothain había hecho. Por eso, Richard Rahl, eres el único que puede detener a la Orden. Richard pensó que iba a vomitar. Todo aquello le hacía sentir como si no fuese más que un peón cósmico al que estaban usando para propósitos ocultos, un incauto que no hacía nada más que interpretar un papel que habían ideado otros, un papel predeterminado para él en una batalla que se extendía a través de milenios.

Como si le leyera la mente, Shota, todavía con el mismo aspecto y la voz de su madre, le posó una mano en el hombro.

—Baraccus se ocupó de que existiera un equilibrio para contrarrestar ese daño. No determinó cómo funcionaría o actuaría ese equilibrio. No eliminó tu libre albedrío de la ecuación, Richard.

— ¿Crees que no? Me parece que no soy más que la pieza final de este juego, a la que por fin ponen en acción. No veo mi libre albedrío, mi propia vida, mi elección, en nada de ello. Parece que otros han determinado mi camino.

—No creo que eso sea cierto, Richard. Podrías decir que lo que han hecho no es distinto de adiestrar a un soldado para pelear. Ese adiestramiento crea la posibilidad de ganar la batalla, en el caso de que se liberara una. No significa que cuando la batalla llegue por fin el soldado no vaya a salir huyendo, que en lugar de ello vaya a quedarse y pelear, ni tampoco que si realmente pelea, usando todos sus conocimientos y adiestramiento, vaya a vencer. Baraccus se ocupó de que poseyeras el potencial, Richard, la armadura, las armas, la capacidad, para pelear por tu propia vida y la de tu propio mundo en el caso de que surgiera tal necesidad, nada más. Simplemente te echaba una mano.

Una mano ofrecida a través del abismo del tiempo. Richard se sintió agotado y confuso. Casi sintió como si ya no se conociera, no supiera quién era en realidad, o cuánto de su propia vida era cosa suya.

Le pareció como si Baraccus se hubiese materializado de improviso surgiendo del polvo de antiguos huesos, un fantasma venido a vagar por la vida de Richard.

Capítulo 20

Había una cosa que todavía lo irritaba, otro pedazo más que seguía sin tener sentido. ¿Cómo pudo el magistrado en jefe, Lothain, dar la espalda a sus creencias, volverse en contra de todos los habitantes del Nuevo Mundo? A Richard le parecía una explicación demasiado conveniente que cayera bajo el poder, la atracción, de las creencias del Viejo Mundo.

Y entonces se le ocurrió. La comprensión brotó a través de él en un torrente. Y casi lo dejó sin respiración. Algo en los antiguos relatos siempre lo había preocupado. Shota había despertado su recuerdo de cosas que habían sucedido y, al hacerlo, todas las piezas habían encajado de repente. Ahora comprendía lo que estaba mal en la historia, lo que siempre le había molestado en ella. Una vez que lo comprendió, no entendió por qué no se había dado cuenta mucho antes.

—Lothain era un fiscal entusiasta —dijo Richard, medio para sí, y todo surgió en una avalancha mientras hablaba, los ojos muy abiertos y sin pestañear—. No encontró una nueva fijación para su fanatismo. No se volvió contra ellos.

»No era un traidor. Era un espía.

»Siempre había sido un espía. Era como un topo, abriendo un túnel cada vez más cerca de su objetivo. Durante un largo período de tiempo trabajó arduamente para alcanzar una posición de poder. También tenía cómplices que trabajaban encubiertamente a sus órdenes.

»Lothain era un mago que había llegado a ser no tan sólo muy respetado sino poderoso.

Con su poder político tenía acceso a los puestos más elevados. Cuando la oportunidad finalmente se presentó, una oportunidad que había ayudado a propiciar, actuó. Se encargó de que a los conspiradores que colaboraban con él los asignaran al equipo del Templo. Exactamente igual que la Orden en la actualidad, Lothain y sus hombres tenían una gran fe en su causa. Fueron ellos los que corrompieron la misión. No fue un cambio de parecer. Lo habían planeado desde el principio. Fue deliberado.

»Estaban todos dispuestos a sacrificarse, a morir por lo que creían que era una causa más elevada. No sé cuántos del equipo eran realmente espías, o si todos ellos lo eran, pero el hecho es que pudieron llevar a cabo su objetivo. Incluso podría darse el caso de que convencieran a los demás de que los secundaran a partir de un equivocado sentido de obligación moral.

»Era inevitable, desde luego, que los demás magos del Alcázar advirtieran muy pronto que el proyecto del Templo de los Vientos había quedado comprometido. Cuando lo hicieron, Lothain no tuvo ningún inconveniente en procesar a todo el equipo del Templo, y ocuparse de que los ejecutasen a todos. No quería que quedase con vida nadie que pudiera revelar el alcance de lo que habían hecho.

»Desde el principio, la intención de Lothain había sido que sus acciones exactas se mantuvieran en secreto, de modo que no pudieran emprenderse contramedidas. Aquellos espías que Lothain había asignado al equipo del Templo se fueron a la tumba llevándose su secreto con ellos. Al procesar y sentenciar a todo el equipo del Templo, Lothain pudo enterrar toda la conspiración que había concebido. Eliminó a todo el que sabía algo del auténtico daño que se había causado. Tenía plena confianza en que un día su causa barrería a un lado toda oposición y ellos gobernarían el mundo. Cuando eso sucediese, él sería el

mayor héroe de la guerra.

»Sólo quedaba un problema menor. Tras el juicio, los que estaban al mando insistieron en que alguien tenía que ir al Templo de los Vientos para reparar el daño. Lothain no podía permitir que nadie más fuese, desde luego, porque descubrirían el auténtico alcance del sabotaje y tal vez podrían ser capaces de deshacerlo, así que se ofreció a ir él mismo. Ése había sido su plan desde el principio... hacer un seguimiento de lo llevado a cabo por el equipo, si era necesario, y encubrir la verdad.

»Al ser el fiscal en jefe, todo el mundo creyó que tenía la absoluta convicción de arreglar las cosas. Cuando Lothain llegó por fin al Templo de los Vientos, no sólo se ocupó de que los daños no pudiesen ser reparados, usó la información obtenida allí para empeorarlos, para asegurarse de que nadie hallaría y repararía la brecha. Luego tapó lo que había hecho, con la intención de hacer que pareciera como si todo hubiese quedado arreglado.

»Sólo hubo un problema: las alteraciones efectuadas, usando el saber del mismo Templo, resultaron ser suficientes para disparar las alarmas de protección del Templo. Desde el Templo, en aquel otro mundo, Lothain no tuvo conocimiento de las lunas rojas que el Templo había despertado en este mundo, y cuando regresó fue detenido. Aun así, no le importó; esperaba con ansia la muerte, obtener la gloria eterna en la otra vida por todo lo que había conseguido, tal y como Nicci explicó.

»Los magos del Alcázar necesitaban conocer el alcance del daño provocado por Lothain pero, aunque lo torturaron, Lothain no reveló la vastedad del plan. Para descubrir la verdad de lo que había sucedido, Magda Searus se convirtió en una Confesora. Pero carecía de experiencia y aprendía sobre la marcha. Aun cuando usó su poder de Confesora, no advirtió, en aquel momento, cuáles eran las preguntas correctas.

Richard alzó los ojos hacia el rostro de su madre.

—Kahlan me contó una vez que conseguir una confesión era fácil. La parte difícil era comprender cómo hacer las preguntas correctas para obtener la verdad. Merritt acababa de crear los poderes de una Confesora. Nadie comprendía todavía el modo en que funcionaban esos poderes.

»A Kahlan la adiestraron durante toda su vida para que fuese capaz de hacerlo como era debido, pero en aquel entonces, hace miles de años, Magda Searus todavía no dominaba la técnica de hacer las preguntas correctas, en el orden correcto. Aun cuando creía que había conseguido que Lothain confesara lo que había hecho, no consiguió dejar al descubierto el auténtico alcance de su traición. Era un espía, y no obstante haber utilizado a la primera Confesora, no consiguieron descubrirlo. Por consiguiente, jamás supieron hasta dónde llegaba la subversión llevada a cabo por los hombres de Lothain.

Su madre lo estudió por debajo de una frente crispada en concentración.

—¿Estás seguro de esto, Richard?

—Finalmente, todo tiene sentido para mí —dijo él, asintiendo—. Con lo que has añadido a la historia, todas las piezas que nunca antes conseguí encajar ahora encajan. Lothain era un espía y murió sin revelar jamás quién era en realidad, o que había colocado a sus propios hombres en el equipo del Templo. Todos ellos murieron sin revelar jamás el auténtico alcance del daño que habían causado. Nadie, ni siquiera Baraccus, comprendió hasta dónde llegaba.

Su madre suspiró y clavó la mirada a lo lejos.

—Eso ciertamente explica algunas de las lagunas en lo que llegó hasta mí. —Volvió a mirarlo como bajo una nueva luz—. Muy bien, Richard. Muy bien, ya lo creo.

Él se pasó una mano por los cansados ojos. No sentía ninguna gran sensación de orgullo

por introducir la mano en la oscura porquería de la historia y extraer tales hechos despreciables, hechos que todavía se deslizaban a través del tiempo para perseguirlo.

—¿Has dicho que Baraccus dejó un libro para mí?

Ella asintió.

—Lo envió con su esposa para que lo pusiera a buen recaudo. Era para ti.

Richard suspiró.

— ¿Estás segura?

—Sí. —Su madre entrecruzó cuidadosamente los dedos—. Mientras estaba todavía en el Templo de los Vientos, Baraccus escribió el libro con la ayuda del saber que reunió allí. Sólo sus ojos lo han leído. Ninguna persona viva ha abierto ni tan sólo la tapa desde que Baraccus acabó de escribirlo y cerró él mismo la tapa. Desde ese momento, ha permanecido en su biblioteca secreta sin que nadie lo tocara.

Tal imagen produjo un escalofrío a Richard. No tenía ni idea de dónde podía estar una biblioteca así, pero incluso si encontraba la biblioteca correcta, eso no le diría lo que necesitaba saber. No pensaba que existiese una posibilidad, pero preguntó de todos modos:

— ¿Tienes alguna idea de cómo se llama el libro? ¿O tal vez de lo que trata?

Su madre asintió solemnemente.

—Se titula *Secretos del poder de un mago guerrero*.

—Queridos espíritus... —musitó Richard a la vez que alzaba la vista hacia ella.

Con los codos sobre las rodillas, hundió el rostro en las manos. Estaba tan abrumado que no parecía capaz de asimilarlo todo. El último hombre que había visitado el Templo de los Vientos, tres mil años antes de que lo hiciera Richard, de algún modo, mientras estaba allí, se había ocupado de que el Templo liberara Magia de Resta, con la que Richard había nacido, en parte, de modo que pudiera penetrar en el Templo de los Vientos para detener una plaga iniciada por un Caminante de los Sueños que había nacido porque un mago, Lothain, había estado allí primero y se había asegurado de que naciera un Caminante de los Sueños con el objetivo de que pudiera gobernar el mundo y destruir la magia. Y además de eso, aquel mismo hombre que se había ocupado de que Richard naciera con Magia de Resta había dejado a Richard un libro de enseñanzas sobre la misma magia que, al parecer, había conferido a Richard para que pudiera derrotar al Caminante de los Sueños.

Después de que Baraccus regresara y se suicidara, los magos habían abandonado cualquier otro intento de penetrar en el Templo de los Vientos para responder a la llamada de las lunas rojas, o por cualquier otro motivo, considerándolo algo imposible. Jamás consiguieron entrar para deshacer el daño que el equipo del Templo y luego Lothain habían hecho. Únicamente Baraccus había sido capaz de tomar medidas para contrarrestar la amenaza.

Era muy posible que el mismo Baraccus se hubiese asegurado de que nadie más pudiera entrar en el Templo de los Vientos, probablemente para que no existiera la posibilidad de que otro espía pudiera echar por tierra lo que Baraccus había hecho para asegurar que existiría un contrapeso a la amenaza, a saber, el nacimiento de Richard.

Richard alzó la mirada. Su madre ya no estaba allí. En su lugar estaba Shota de pie, con las puntas sueltas del vestido flotando con suavidad, como a impulsos de una brisa. A Richard le entristeció que su madre ya no estuviese pero al mismo tiempo era un alivio, ya que resultaba desorientador intentar hablar a Shota a través del espectro de su madre.

—Esa biblioteca a la que Baraccus envió a su esposa con el libro *Secretos del poder de un mago guerrero*, ¿dónde está?

Shota sacudió la cabeza con tristeza.

—Me temo que no lo sé. No creo que nadie, excepto Baraccus y su esposa, Magda Searus, lo supieran.

Richard llevaba puesto el equipo de mago guerrero que había llevado Baraccus la última vez, llevaba el amuleto que había llevado Baraccus, llevaba con él el don de la Magia de Resta muy posiblemente debido a Baraccus. Y Baraccus le había dejado lo que sonaba como un libro de enseñanzas sobre cómo usar el poder con el que había nacido Richard, gracias a sus artes.

—Hay tantas bibliotecas... La biblioteca privada de Baraccus podría estar entre cualquiera de ellas. ¿Tienes alguna idea de cuál podría ser?

—Únicamente sé que no es una biblioteca más. La biblioteca que Baraccus creó era sólo suya. Cada libro que hay allí fue sólo suyo. Los ocultó bien. A día de hoy siguen sin haber sido descubiertos.

—¿Y por algún motivo estimó conveniente no dejar esos libros en la seguridad del enclave del Primer Mago?

— ¿Seguridad? No hace mucho, Hermanas de las Tinieblas, enviadas por Jagang, profanaron ese lugar. Llevaron libros al emperador. Jagang busca libros porque contienen conocimientos que lo ayudan en su lucha por gobernar el mundo. De haber sido dejado aquí, en el Alcázar, el libro que Baraccus escribió para ti, bien podría estar ahora en manos de Jagang. Baraccus fue sensato al no dejar tal poder aquí, donde cualquiera podía encontrarlo, donde todo Primer Mago que le sucediera podría haberlo descubierto y alterado, o incluso destruido.

Eso era lo que le había sucedido al *Libro de las sombras contadas*. Ann y Nathan, debido a las profecías, habían ayudado a George Cypher a llevarlo de vuelta a la Tierra Occidental, con la intención de que cuando fuese lo bastante mayor, Richard memorizara el libro y luego lo destruyera para que no cayese en las manos equivocadas. Resultó que Rahl el Oscuro acabaría por necesitar ponerle las manos encima a aquel libro para poder abrir las cajas del Destino; las mismas cajas que estaban en funcionamiento en la actualidad debido a las antiguas Hermanas de Ann, que ahora tenían a Kahlan, la última Confesora, quien, a causa de lo que estaba escrito en aquel libro, le había ayudado a derrotar a Rahl el Oscuro. Richard alzó el amuleto que llevaba colgado, el amuleto que en su día había pertenecido a Baraccus. Contempló fijamente los símbolos que constituían la danza con la muerte. Era demasiado para que resultara todo una coincidencia.

Alzó la vista para mirar con atención a Shota.

— ¿Estás diciendo que Baraccus previó lo que sucedería y puso el libro en un lugar más seguro?

Shota se encogió de hombros.

—Lo siento, Richard, no lo sé. Puede ser que simplemente estuviese siendo cauto.

Teniendo en cuenta sus razones, y lo que está en juego, tal cautela parece no tan sólo haber sido justificada, sino sensata.

»Te he dicho todo lo que puedo. Conoces todas las piezas del rompecabezas, de la historia, que yo ignoro. Eso no significa que esto sea todo lo que hay, pero de otras fuentes conoces también partes adicionales de la historia, así que ahora sabes más sobre ella que yo.

Probablemente, ahora sabes más sobre ello que cualquier persona viva desde que el mago guerrero Baraccus era Primer Mago.

De todo lo que ella le había contado, nada le haría el menor servicio a menos que pudiese encontrar el libro que Baraccus había querido que tuviese. Sin aquel libro, para Richard sus poderes de mago guerrero eran un misterio y prácticamente inútiles. Sin aquel libro, parecía

que no existía ninguna esperanza de derrotar al ejército que había ascendido desde el Viejo Mundo. La Orden gobernaría el mundo y la magia sería erradicada del mundo de la vida, tal y como Lothain había planeado. Sin el libro, el plan de Baraccus era un fracaso, y Jagang iba a vencer.

Richard alzó la mirada hacia la claraboya situada a treinta metros por encima de su cabeza, que dejaba entrar algo de la luz sombría del atardecer y se sumaba al resplandor de las lámparas de la habitación. Se preguntó cuándo se habían encendido las lámparas, pues no recordaba que hubiese sucedido.

—Shota, no podría existir mayor necesidad de tal saber... ¿Cómo se supone que voy a conseguir detener a la Orden si no puedo usar mi capacidad como mago guerrero? ¿Puedes darme algo, alguna idea, de cómo encontrar ese libro? Si no encuentro algunas respuestas, y pronto, estoy muerto. Todos lo estamos.

Ella le cogió la barbilla con una mano a la vez que lo miraba a los ojos.

—Espero que sepas, Richard, que si supiera cómo conseguirte ese libro, lo haría. Sabes lo mucho que quiero detener a la Orden Imperial.

—Bueno, pero ¿de dónde provienen esas informaciones que me das? ¿Cómo es que vienen a ti en momentos, como ahora? ¿Por qué no la primera vez que te vi? ¿O cuando intentaba entrar en el Templo de los Vientos para detener la plaga?

—Supongo que provienen del mismo lugar del que tú consigues respuestas o inspiración cuando reflexionas sobre un problema. ¿Por qué se te ocurren de repente respuestas a ciertos problemas? Yo pienso en una situación y a veces la respuesta acude a mí.

Fundamentalmente, no es distinto, supongo, del modo en que acuden las ideas a la gente. Simplemente sucede que mis ideas sólo se dan en la mente de una bruja y tienen que ver con acontecimientos en el flujo del tiempo. Creo que es muy parecido a como tú de repente supiste la verdad sobre lo que Lothain había hecho. ¿Cómo acudió eso a ti? Imagino que funciona de un modo muy parecido en mi caso.

»Si supiera dónde está el libro *Secretos del poder de un mago guerrero*, o tuviese alguna idea de cómo hallarlo, no vacilaría en decírtelo.

Richard exhaló un profundo suspiro y se levantó.

—Lo sé, Shota. Gracias por todo lo que has hecho. Intentaré encontrar un modo de que todo lo que me has contado sirva de ayuda.

Shota le oprimió el hombro.

—Debo irme. Tengo que encontrar a una bruja. Al menos, gracias a Nicci, ahora sé su nombre.

Una idea pasó por la mente de Richard.

— ¿Me pregunto por qué la llaman Seis?

El semblante de Shota se ensombreció.

—Es un nombre despreciativo. Una bruja ve muchas cosas en el flujo del tiempo, en especial aquellas que tienen que ver con una hija que va a dar a luz. Para una bruja, el séptimo hijo es especial. Llamar a una criatura Seis es decir que está por debajo de lo requerido, que no es perfecta. Es un insulto manifiesto, desde el nacimiento, porque la bruja ya sabe cómo será su hija. Es una declaración de que su hija es imperfecta.

»Llamarla Seis probablemente hizo que la madre muriera a manos de esa hija.

—Entonces, ¿por qué declararía la madre tan abiertamente algo así? ¿Por qué no dar a la hija otro nombre y evitar, de paso, la posibilidad de que su hija la asesine?

Shota lo contempló con una sonrisa triste.

—Porque hay brujas que son partidarias de la verdad, porque la verdad ayudará a otros a

evitar el peligro. Para tales mujeres, una mentira es la semilla de un problema mucho mayor. Para nosotras, la verdad es la única esperanza para el futuro. Para nosotras, el futuro es vida.

—Bueno, parece que el nombre encaja con el problema que está causando.

La sonrisa de Shota, triste como había sido, desapareció, y su frente se crispó con una expresión sombría. Alzó un dedo en señal de advertencia.

—Una mujer así podría fácilmente ocultar su nombre. Ésta, en su lugar, lo revela tal y como una serpiente muestra los colmillos. Tú preocúpate de todo lo demás, y déjamela a mí. Una bruja es sumamente peligrosa.

Richard sonrió un poco.

—¿Cómo tú?

Shota no devolvió la sonrisa.

—Como yo.

Richard permaneció junto a la fuente mientras contemplaba a Shota ascender los peldaños. Nicci, Cara, Zedd, Nathan, Ann y Jebra estaban apiñados a un lado, ocupados en una conversación susurrada entre ellos. No prestaron ninguna atención a Shota cuando ésta pasó, como una aparición invisible.

Richard la siguió con la mirada mientras subía. En la entrada, recortada en la luz, Shota se volvió, casi como si hubiese visto una aparición ella misma. Alargó un brazo y durante un momento apoyó una mano sobre el marco de la puerta.

—Otra cosa más, Richard. —Shota lo miró a los ojos un momento—. Cuando eras joven, tu madre murió en un incendio.

Richard asintió.

—Así es. Un hombre inició una pelea con George Cypher, el hombre que me crió, el hombre que pensaba por entonces que era mi padre. El hombre que inició la pelea con mi padre hizo caer un quinqué de la mesa incendiando la casa. Mi hermano y yo dormíamos en el dormitorio trasero en aquel momento. Mientras el hombre arrastraba a mi padre fuera y le pegaba, mi madre corrió dentro y nos sacó a mi hermano y a mí de la casa en llamas. Se aclaró la garganta por el dolor que todavía lo perseguía. Recordaba la veloz sonrisa de alivio de su madre por tenerlos a salvo, y el último beso veloz que le había dado en la frente.

—Después de que mi madre estuviese segura de que estábamos a salvo, volvió a correr al interior para salvar algo. Jamás supimos qué. Sus alaridos hicieron que el hombre recuperara el buen juicio, y él y mi padre intentaron salvarla, pero no pudieron... era demasiado tarde. El calor de las llamas les hizo retroceder, y no pudieron hacer nada por ella. Embargado por la culpa y la repugnancia ante lo que había provocado, el hombre huyó sollozando que lo sentía.

»Fue una tragedia terrible, especialmente porque no había nadie más en la casa y nada digno de salvar, nada que valiera su vida. Mi madre murió por nada.

Shota, de pie, recortada en la entrada, con una mano apoyada en el quicio de la puerta, lo miró fijamente durante lo que pareció una eternidad. Richard aguardó en silencio. Había como cierta disposición terrible en la postura de la bruja, en sus ojos almendrados.

Finalmente habló en voz baja:

—Tu madre no fue la única que murió en aquel incendio.

Richard sintió que se le ponía la carne de gallina. Todo lo que había sabido durante casi toda su vida pareció evaporarse en un instante merced al efecto fulminador de aquellas palabras.

— ¿De qué hablas? ¿Qué quieres decir?

Shota negó tristemente con la cabeza.

—Juro por mi vida, Richard, que no sé nada más.

Él se le acercó y le agarró el brazo, teniendo cuidado de no sujetarlo tan fuerte como podría haber hecho por su ardiente necesidad de saber más.

— ¿Qué quieres decir con que no sabes nada más? ¿Cómo puedes decir algo tan inconcebible y luego simplemente decir que no sabes nada más? Cómo puedes decir algo como eso sobre la muerte de mi madre... y luego simplemente no saber nada más. Eso no tiene sentido. Debes saber algo más.

Shota posó una mano en una mejilla de Richard.

—Hiciste algo por mí la última vez que viniste a las Fuentes del Agaden. Rechazaste mi oferta y dijiste que yo era digna de algo más que tener a alguien en contra de su voluntad. Dijiste que merecía tener a alguien que me valorase por ser quien soy.

»Enojada como estaba contigo en aquel momento, ello me hizo pensar. Nadie me había rechazado antes, y tú lo hiciste por las razones correctas: porque yo te importaba, te importaba que tenga lo que hará que mi vida valga la pena. Te importaba lo suficiente para arriesgarte a provocar mi cólera.

»Cuando adopté el aspecto de tu madre, ese regalo en cierto modo influyó en el flujo de información que venía a mí. Debido a eso, justo ahora, cuando estaba a punto de irme, ese solitario pensamiento ha acudido a mi consciencia: Tu madre no fue la única que murió en ese incendio.

»Al igual que todas las cosas que saco del flujo de los acontecimientos en el tiempo, llegó hasta mí como una especie de visión intuitiva. No sé qué significa, y no sé nada más sobre ello. Lo juro, Richard, no lo sé.

»En circunstancias corrientes no habría revelado ese pequeño retazo de información porque abre demasiadas posibilidades y preguntas, pero éstas no son precisamente circunstancias corrientes. Pensé que deberías saber lo que vino a mí. Pensé que deberías saber todo trocito de todo lo que sé. No todo lo que averiguo del flujo del tiempo es útil; por eso no siempre revelo a las personas cosas aisladas como ésta. En este caso, no obstante, pensé que deberías saberlo por si acaso llega a significar algo para ti, por si acaso pudiese resultarte de ayuda.

Richard se sintió aturdido y confuso. No estaba seguro de que creyera que realmente significaba lo que parecía significar.

— ¿Podría significar que no fue la única en morir porque una parte de nosotros murió con ella ese día? ¿Qué nuestros corazones jamás serían los mismos? ¿Podría significar que no fue la única en morir en aquel incendio en ese sentido?

—No lo sé, Richard, realmente no lo sé, pero podría ser. Aunque podría ser insignificante para tu actual tarea. No siempre lo sé todo sobre lo que el flujo del tiempo revela o si tiene importancia. Podría ser como tú dices y nada más.

»Sólo puedo ser de ayuda si transmito información fielmente, y por lo tanto eso es lo que he hecho. Es el modo exacto en que vino a mí: tu madre no fue la única que murió en aquel incendio.

Richard sintió cómo le corría una lágrima por la mejilla.

—Shota, me siento tan solo. Trajiste a Jebra para contarme cosas que me produjeron pesadillas. No sé qué hacer a continuación. No lo sé. Muchas personas creen en mí, dependen de mí. ¿No hay algo que puedas contarme que al menos me dirija en la dirección correcta antes de que estemos todos perdidos?

Con un dedo, Shota le limpió la lágrima de la mejilla, y aquella simple acción de algún modo le dio un poco de ánimo.

—Lo siento, Richard. No conozco las respuestas que te salvarían. Si las supiera, por favor, cree que las daría de buen grado. Pero conozco la bondad que hay en ti. Creo en ti. Sé que tienes dentro de ti lo que debes tener para lograr el éxito. Habrá momentos en los que dudarás de ti mismo. No te rindas. Recuerda entonces que creo en ti, que sé que puedes conseguir lo que debes conseguir. Eres una persona excepcional, Richard. Cree en ti mismo.

»Has de saber que creo que puedes hacerlo.

En el exterior, antes de iniciar el descenso por los peldaños de granito, se dio la vuelta, una figura negra recortada en la luz que se desvanecía.

—Si Kahlan fue alguna vez real o no ya no importa. Todo el mundo de la vida, la vida de todo el mundo, está ahora en juego. Debes olvidar esa vida concreta, Richard, y pensar en todas las demás.

—¿Una profecía, Shota? —Richard se sentía demasiado acongojado para alzar la voz—. ¿Algo procedente del flujo del tiempo?

Shota negó con la cabeza.

—Simplemente el consejo de una bruja. —Empezó a andar hacia el cercado para recoger su caballo—. Hay demasiado en juego, Richard. Tienes que dejar de perseguir a ese fantasma. Cuando Richard regresó al interior, todo el mundo estaba alrededor de Jebra, sumidos en queda conversación, compadeciéndose de la dura prueba por la que había pasado.

Zedd calló en mitad de lo que estaba diciendo cuando Richard se unió a ellos.

—Un poco extraño, ¿no te parece, muchacho?

Richard paseó una veloz mirada por sus semblantes perplejos.

—¿Qué es extraño?

Zedd extendió las manos.

—Qué en algún punto en mitad del relato de Jebra, Shota sencillamente desapareciera.

—Desapareciera... —repitió Richard con cautela.

Nicci asintió.

—Pensábamos que permanecería por aquí y tendría algo que decir una vez que Jebra finalizara.

—A lo mejor tenía que ir en busca de alguien a quien intimidar —dijo Cara.

Ann suspiró.

—A lo mejor quería ponerse en camino para ir tras esa otra bruja. —A lo mejor, siendo una bruja, no es muy amiga de las despedidas —sugirió Nathan.

Richard no dijo nada. Había visto a Shota hacer aquello antes, como cuando había aparecido en su boda con Kahlan y entregado a Kahlan el collar. Nadie la había oído entonces, tampoco, cuando había hablado a Richard y a Kahlan. Nadie la había visto marchar.

Todo el mundo regresó a su conversación, salvo su abuelo. Zedd parecía distante y alterado.

—¿Qué sucede? —preguntó Richard.

Zedd meneó la cabeza a la vez que posaba un brazo alrededor de los hombros de su nieto, inclinándose más cerca mientras le hablaba confidencialmente:

—Por algún motivo, encuentro que mi mente divaga hacia pensamientos sobre tu madre.

—Mi madre...

Zedd asintió.

—Realmente, la echo de menos.

—Yo también —repuso Richard—. Ahora que lo mencionas, imagino que también la he tenido en mi mente.

Zedd clavó la mirada a lo lejos.

—Parte de mí murió con ella ese día.

Richard tardó un momento en recuperar la voz.

—¿Tienes alguna idea de por qué regresó al interior de la casa en llamas? ¿Crees que había algo importante allí dentro? ¿Tal vez alguien que no sabíamos?

Zedd negó insistentemente con la cabeza.

—Yo estaba seguro de que tenía que haber existido algún buen motivo, pero registré las cenizas yo mismo. —Lo ojos se le llenaron de lágrimas—. No había nada allí dentro, aparte de sus huesos.

Richard dirigió una veloz mirada al otro lado de la puerta y vio cómo la figura espectral de Shota montada en su caballo iniciaba el descenso por la calzada sin mirar atrás.

Capítulo 21

Rachel vaciló en las profundidades de la oscura entrada. Empezaba a resultar difícil ver, y deseó no poder distinguir lo que estaba dibujado en las paredes, aunque lo cierto era que sí podía. Durante todo el trayecto por la cueva había intentado no mirar con demasiada atención las extrañas escenas que cubrían las paredes de piedra. Algunas de las imágenes le ponían la carne de gallina, y aunque era incapaz de imaginar por qué alguien querría dibujar cosas tan horribles y crueles, sí podía comprender por qué estaban en la cueva, porque querían ocultar tales pensamientos siniestros de la luz del día.

El hombre la empujó inesperadamente. Rachel dio un traspié al frente y cayó de bruces.

Tomó aire entrecortadamente para recuperar el resuello y escupió tierra a la vez que se izaba sobre los brazos. Estaba demasiado enfadada para llorar.

Cuando echó un vistazo atrás vio que, en lugar de vigilarla, él miraba al frente, al interior de la oscuridad con aquellos inquietantes ojos dorados suyos, como si su mente hubiese vagado sin rumbo fijo y se hubiese olvidado de ella. Rachel se preguntó si podría conseguir superar las largas piernas del hombre. Razonó que podía simular ir en una dirección y luego efectuar un veloz quiebro en la opuesta. Podría funcionar. Pero él era mucho más grande que ella y sin duda podía correr más rápido incluso aunque ella no tuviese las piernas tan temblorosas por haber estado atadas durante tanto tiempo. Si al menos no le hubiese quitado los cuchillos. Con todo, si era rápida, pensó que podría conseguir una delantera suficiente como para lograrlo.

Antes de que tuviera una posibilidad de intentarlo, el hombre volvió a prestarle atención. La agarró por el cuello del vestido y luego la empujó al frente, más al interior de las oscuras fauces de la cueva. Rachel pasó apuros para mantener el equilibrio en los afloramientos rocosos y para saltar fisuras. Al ver movimiento más adelante, se detuvo.

—Vaya, vaya... —le llegó una voz fina como una cuchilla desde la oscuridad—. Visitas. La última palabra casi sonó como el siseo de una serpiente.

A Rachel se le heló la carne mientras miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, al interior de la oscuridad, temiendo quién podría ser el propietario de tal voz.

Surgiendo de la oscuridad, como del inframundo mismo, una sombra se materializó en la tenue luz.

Las sombras no sonreían, sin embargo, comprendió Rachel. Se trataba de una mujer, una

mujer alta con largas vestiduras negras; también su largo e hirsuto cabello era negro. En contraste, su piel era tan pálida que hacía que el rostro casi pareciera flotar por sí solo en la oscuridad. Recordó a Rachel la piel de una salamandra albina, que se oculta bajo las hojas del bosque durante el día, sin que jamás la alcance la luz solar. Toda ella, desde la burda tela negra del vestido hasta la tirante carne por encima de sus nudillos y su pelo tieso, parecía tan reseca como el cuerpo desecado por el sol de un animal muerto.

Lucía la clase de sonrisa que Rachel imaginó que luciría un lobo cuando la cena hacía su aparición inesperadamente.

Si bien sus ojos eran azules, era un azul tan descolorido como su piel, por lo que casi daba la impresión de que podría ser ciega. Pero el modo en que aquellos ojos evaluaron a Rachel no dejó ninguna duda de que era una mujer que no sólo podía ver perfectamente a la luz, sino que, probablemente, también en la oscuridad total.

—Espero que esto merezca la pena —dijo el hombre situado detrás de Rachel—. La mocosa me clavó un cuchillo en la pierna.

Rachel lanzó una mirada furibunda por encima de su hombro. No sabía el nombre del hombre. Él jamás se había molestado en decírselo. Desde que la había capturado, había hablado muy poco, de hecho, como si ella no fuese alguien sino algo —un objeto— que simplemente había recogido. El modo en que la había tratado la hizo sentir como si no fuese nada más que un saco de grano en la parte posterior de la silla de montar de aquel hombre; pero en aquel momento, la pena, el miedo, la sed y el hambre padecidos durante el largo viaje no eran más que vagas molestias en el fondo de su mente.

—Mataste a Chase —dijo—. Mereces más de lo que hice. La mujer frunció el entrecejo.

—¿Quién?

—El hombre que estaba con ella.

—Ah, él —repuso la mujer de negro—. ¿Y lo mataste? —Sonó sólo levemente curiosa—.

—¿Estás seguro? ¿Lo enterraste?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que está muerto. Las personas no se recuperan de tales heridas. El hechizo me ocultó lo suficientemente bien, como prometisteis que haría, así que no advirtió mi presencia en ningún momento. No dediqué tiempo a enterrarle, ya que sabía que me queráis de vuelta lo antes posible.

La fina sonrisa de la mujer se ensanchó. Acercándose más, finalmente alargó un brazo y pasó los largos dedos huesudos por los espesos cabellos del hombre. Los espectrales ojos azules lo estudiaron con atención.

—Muy bien, Samuel —arrulló—. Muy bien.

Samuel adoptó la expresión de un sabueso al que rascan tras las orejas.

—Gracias, ama.

— ¿Y has traído el resto?

Él asintió con entusiasmo, y una sonrisa le avivó el rostro. Rachel lo había considerado un hombre frío, quizá debido a los extraños ojos dorados, pero cuando sonrió, la sonrisa pareció enmascarar su naturaleza. Con aquella sonrisa resultaba un hombre más apuesto que la mayoría, aunque para Rachel era, y siempre lo sería, un monstruo. Una sonrisa afectuosa no iba a cambiar lo que había hecho.

Samuel pareció sentirse de buen humor de improviso. Rachel no lo había visto en ningún momento tan feliz. Aunque gran parte del tiempo lo había pasado en un saco sobre el lomo de su caballo, de modo que no sabía si él había estado de buen humor o no. En realidad, no le importaba.

Simplemente lo quería muerto. Había matado a Chase, que era lo mejor que le había sucedido a la niña en toda su vida. Chase era el mejor hombre que había vivido nunca. Chase la había acogido después de que ella escapara de la reina Milena, del castillo de Tamarang, y de aquella terrible princesa, Violet. Chase la había querido y cuidado; le había enseñado a cuidar de sí misma, y tenía una familia que lo amaba y lo necesitaba.

Pero ahora ellos lo habían perdido.

Chase era tan grandote y tan bueno con sus armas que Rachel no había creído que nadie pudiese vencerle jamás, y menos un hombre solo. Pero Samuel había aparecido igual que un fantasma y atravesado a Chase mientras éste dormía, le había atravesado con aquella hermosa espada que Rachel sabía que no podía pertenecerle. A la pequeña le horrorizaba pensar en cómo habría obtenido él aquella espada, y a quién más había hecho daño con ella. Samuel permaneció de pie con cara de imbécil, con los brazos colgando, los hombros caídos, mientras la mujer le pasaba los dedos hacia atrás por los cabellos, susurrando reconfortantes lisonjas. Parecía una actuación totalmente impropia de él. Hasta aquel momento, Samuel siempre había parecido seguro de sí mismo, y siempre dejó claro a Rachel que él estaba al mando. Siempre sabía lo que quería. No obstante, en presencia de aquella mujer, era diferente. Rachel medio esperó verle sacar la lengua y empezar a babear.

—Has dicho que has traído el resto, Samuel —dijo la mujer con su voz sibilante.

—Sí. —Alzó un brazo atrás, en dirección a la luz—. Está en el caballo.

—Bien, no lo dejes ahí fuera —dijo la mujer, y su voz adoptó un deje de impaciencia—. Ve y tráelo.

—Sí... sí, al momento —Pareció ansioso por hacer lo que le ordenaba y salió disparado.

Rachel lo contempló retroceder a toda velocidad por la cueva, abriéndose paso entre las rocas que encontraba en su camino, a veces colocando las manos en el suelo para mantener el equilibrio. Reparó entonces en que titilaba luz sobre las oscuras paredes, y cuando oyó el chisporroteante crepitar, comprendió que era luz procedente de una antorcha. Giró en redondo y se encontró con otra persona, que llevaba una antorcha, saliendo de la oscuridad. Rachel se quedó boquiabierta.

Era la princesa Violet.

—Vaya, vaya, pero si es la huérfana Rachel que regresa con nosotras —dijo Violet a la vez que insertaba la antorcha en un soporte de la pared de roca. Luego fue a colocarse junto a la mujer de negro.

Rachel sintió como si los ojos fuesen a saltarle de las órbitas. No parecía ser capaz de obligar a su boca a cerrarse, y su voz había huido al interior de la boca del estómago.

—Vaya, Violeta, querida. Realmente creo que habéis dejado aterrada a la pequeña. ¿Te has quedado sin lengua, pequeña?

La princesa Violet era quien se había quedado sin lengua. Pero ahora la había recuperado. De algún modo, por imposible que pareciera, la había recuperado.

—Princesa Violet...

La espalda de Violet se tensó a la vez que la muchacha erguía las amplias espaldas. Su tamaño parecía haber aumentado en un cincuenta por ciento desde la última vez que Rachel la había visto, y tenía un aspecto más rollizo. Parecía mayor.

—Reina Violet, ahora.

Rachel pestañeó atónita.

—¿Reina...?

Violet sonrió de un modo que habría podido helar una hoguera.

—Sí, así es. Reina. Mi madre, sabes, fue asesinada cuando aquel hombre, Richard, escapó.

Fue culpa suya. Es responsable de la muerte de mi madre, de la muerte de nuestra amada reina anterior. Nos trajo a todos sólo pesar y tiempos terribles. —Suspiró profundamente—. Las cosas han cambiado. Ahora soy la reina.

Rachel no conseguía hacer que la mente lo procesara... Reina. Todo ello parecía imposible. Principalmente, no obstante, resultaba pasmoso que Violet pudiera volver a hablar tras haber perdido la lengua.

Una sonrisa forzada se extendió por los labios de Violet a la vez que la frente se le crispaba. —Arrodíllate ante tu reina.

Rachel parecía incapaz de entender las palabras.

La mano de Violet surgió de la nada, golpeando a Rachel con tal fuerza que la derribó cuan larga era.

—¡Arrodíllate ante tu reina!

El alarido de Violet resonó a un lado y a otro en la oscuridad.

Jadeando por el dolor y el sobresalto, Rachel sostuvo una mano contra su rostro mientras se arrodillaba penosamente. Sintió sangre cálida descendiéndole por la barbilla. Violet era mucho más fuerte que antes.

El doloroso bofetón fue como si su pasado cayera violentamente sobre ella otra vez, como si todo hubiese sido un sueño y volviera a despertar a la pesadilla de su vida anterior.

Volvía a estar totalmente sola, sin Giller, sin Richard, sin Chase para ayudarla. Volvía a estar indefensa ante Violet, sin un amigo en el mundo.

La sonrisa de Violet había desaparecido. Mientras clavaba la mirada en Rachel arrodillada ante ella, frunció el ceño de un modo que hizo que la niña tuviera que tragar saliva.

—Me atacó, ya sabes. En la época en que era Buscador, Richard me atacó, me hizo daño, sin motivo. —Se puso en jarras—. Me hizo mucho daño. ¡Atacó y lastimó a una niña! Mi mandíbula quedó rota. Mis dientes quedaron hechos añicos. Mi lengua fue seccionada, tal y como había prometido hacer en una ocasión. Me quedé muda.

Su voz descendió para convertirse en un gruñido que dejó a Rachel helada hasta la médula.

—Pero ése fue el menor de mis padecimientos.

Violet tomó una bocanada de aire para tranquilizarse. Con las palmas de las manos se alisó el vestido de raso a la altura de las caderas.

—Ninguno de los consejeros de mi madre fue de la menor ayuda. Fueron unos idiotas incompetentes cuando se trató de hacer algo que mereciera la pena. Propusieron innumerables pociones y cataplasmas, y aromas y ensalmos. Ofrecieron oraciones y efectuaron ofrendas a los buenos espíritus. Aplicaron sanguijuelas y tarros calientes. Nada funcionó. A mi madre la enterraron sin que yo estuviera allí. Yo estaba inconsciente en aquel momento.

»Ni siquiera las estrellas tenían nada que decir sobre mi estado. En su mayor parte, los consejeros se quedaron allí parados retorciéndose las manos... y probablemente conspirando para ver quién robaría la corona cuando yo muriera. Sospecho que si no hubiese sido pronto, alguno me habría ayudado a pasar a la otra vida con mi madre. Oí sus preocupados susurros sobre la posibilidad de que yo me convirtiera en reina.

Tomó otra tranquilizadora bocanada de aire.

—En mitad de mi pesadilla de dolor y sufrimiento, de angustia y pesar, de mi creciente inquietud por ser asesinada, Seis apareció y me ayudó. —Indicó con la mano a la mujer de pie junto a ella—. Justo cuando más lo necesitaba, Seis llegó y ayudó a salvarme, ayudó a salvar la corona y a Tamarang mismo, cuando nadie más podía o quería.

—Pero, pero —tartamudeó Rachel—, no eres lo bastante mayor para ser reina.

Supo que era un error en el mismo instante en que sus palabras abandonaban su lengua, antes de que su buen juicio tuviera tiempo de detenerlas. La otra mano de Violet salió disparada, golpeando a Rachel en la otra mejilla. Violet la agarró por los cabellos y tiró bruscamente de ella. La niña posó una mano sobre el nuevo dolor punzante y con la otra se limpió sangre de la boca.

Violet se encogió de hombros, indiferente al dolor y la sangre que había provocado.

—De todos modos, crecí estos últimos años. Ya no soy la niña que era en aquella época, cuando tú vivías aquí, disfrutando de nuestra benevolencia y generosidad.

Rachel no pensaba que Violet hubiese crecido lo suficiente para ser una reina, pero sabía que era mejor no volver a decirlo. También sabía muy bien que la esclavitud no era «benevolencia».

—Seis me ayudó a recuperarme. Me salvó.

Rachel alzó los ojos hacia el rostro pálido y sonriente.

—Ofrecí mis servicios. Violet me acogió en el castillo. Los consejeros de su madre ciertamente no le estaban haciendo ningún bien.

—Seis usó su poder para curar mi mandíbula rota y terriblemente infectada. Yo me había debilitado al no poder hacer otra cosa que sorber caldo. Con la ayuda de Seis finalmente fui capaz de volver a comer y recuperar fuerzas. Incluso me salieron dientes nuevos. No creo que a nadie le haya salido nunca un tercer juego de dientes, sin embargo, a mí sí.

»Pero seguía sin poder hablar, así que, cuando estuve lo bastante bien, lo bastante fuerte, Seis usó sus excepcionales poderes para hacer que me creciera una nueva lengua. —Sus puños se cerraron con más fuerza a sus costados—. La lengua que perdí debido al Buscador.

—El anterior Buscador —la corrigió Seis por lo bajo.

—El anterior Buscador —reconoció Violet, considerablemente más calmada.

Una sonrisa satisfecha regresó aquel rostro regordete. Era una sonrisa que Rachel conocía muy bien.

—Y ahora te han traído a ti de vuelta. —El tono expresaba una amenaza que las palabras no habían formulado.

—¿Y todos los demás? —preguntó Rachel, intentando conseguir tiempo para pensar—.

¿Todos los consejeros de la reina?

—¡Yo soy la reina! —Parecía que al igual que ella, el mal genio de Violet también había crecido.

Un suave toque en la espalda por parte de Seis dio como resultado una breve mirada y la aparición de una sonrisa en el rostro de Violet, que volvió a inhalar para tranquilizarse, casi como si le hubiesen recordado que tenía que vigilar sus modales.

Finalmente, contestó a la pregunta de Rachel:

—No necesito a los consejeros de mi madre. Eran, al fin y al cabo, unos inútiles. Seis desempeña ese papel ahora, y lo hace mucho mejor que ninguno de esos estúpidos.

»Bien mirado, ninguno de ellos pudo hacer que me creciera otra lengua, ¿no es cierto?

Rachel alzó los ojos hacia Seis. La sonrisa de lobo había regresado, y sus espectrales ojos azules parecían mirar fijamente al interior del alma desnuda de la niña.

—Tal cosa estaba muy lejos de sus capacidades —repuso la mujer con una voz sosegada, pero con ecos de su profundo poder—. Sin embargo, estaba perfectamente dentro de las mías.

Rachel se preguntó si Violet habría ordenado ejecutar a todos los consejeros. La última vez que había estado en el castillo, Violet, junto con su madre, acababa de empezar a ordenar

ejecuciones. Ahora que era reina, con Seis para respaldarla, no habría nada que reprimiera los caprichos de Violet.

—Seis me devolvió la lengua. Me devolvió la voz. El Buscador pensó que me había arrebatado todo eso, pero ahora vuelvo a tenerlo. Tamarang está a buen recaudo en mis manos.

De no haber sido un pensamiento tan aterrador, un concepto tan horripilante, Rachel podría haber reído ante la sola idea de Violet siendo reina. Rachel había sido la compañera de juegos de Violet, su dama de compañía; en realidad, nada más que su esclava personal. La madre de Violet, la reina Milena, había sacado a Rachel de un orfanato, con la intención de que fuese alguien sobre quien Violet pudiese practicar sus dotes de mando, alguien más joven a quien Violet pudiese manejar y maltratar sin problemas.

Rachel no sólo había escapado, sino que se había llevado con ella la valiosa caja del Destino de la reina Milena que, finalmente, había entregado a Richard, Zedd y Chase. Eso había sido hacía mucho tiempo. Violet parecía estar en la mitad de la adolescencia en la actualidad, aunque Rachel no solía calcular bien la edad de personas mayores. Había aumentado de tamaño desde la última vez que Rachel la había visto, de eso estaba segura. Su pelo, de color apagado, era aún más largo. Sus huesos se habían vuelto más gruesos. Como el resto de ella, la cara todavía era regordeta pero, con aquellos ojillos oscuros y calculadores, había perdido su cualidad infantil. El pecho tampoco estaba plano, sino que se había vuelto femenino. Parecía una adulta a punto de salir del capullo. Siempre había sido mucho mayor que Rachel, pero ahora parecía haber acelerado su crecimiento y ampliado la brecha.

Aun así, no parecía ni con mucho lo bastante mayor para ser una reina. Pero era reina.

A Rachel, las rodillas, desnudas sobre la roca, le dolían una barbaridad; pero no osó pedir permiso para levantarse. En su lugar, dijo:

—Violet...

Bofetón.

Antes de que tuviera tiempo para pensar, Violet la había golpeado, aparentemente sin venir a cuento, como si hubiese estado esperando una excusa. Rachel lo vio todo terriblemente borroso. Daba la impresión de que el golpe podría haberle hecho saltar algunos dientes. Rachel palpó con cautela con la lengua para asegurarse de que todos estaban en su lugar.

—Reina Violet —gruñó Violet—. No vuelvas a cometer ese error o se te torturará como instigadora de traición.

Rachel engulló el nudo de terror de su garganta.

—Sí, reina Violet.

Violet sonrió triunfal. Desde luego que era la reina.

Rachel sabía que a Violet le gustaban solamente las cosas más exquisitas, la decoración más elaborada, tanto si era en colgaduras como en platos de comida, los vestidos más hermosos y las joyas más valiosas. Insistía en rodearse de lo mejor de todo... y eso había sido cuando no era más que una princesa, lo que hacía que fuese mucho más extraño el que estuviese en una cueva.

—Reina Violet, ¿qué hacéis en este lugar horrible?

Violet bajó los ojos hacia ella un momento, luego agitó lo que parecía un trozo de tiza ante el rostro de Rachel.

—Mi patrimonio, mi herencia.

Rachel no comprendió.

—¿Vuestro qué?

—Mi don. —Se encogió de hombros—. Bueno, no exactamente el don, pero algo afín a él. Veras, provengo de un largo linaje de artistas. ¿Recuerdas a James? ¿El artista de la corte? Rachel asintió.

—Tenía sólo una mano.

—Sí —respondió Violet, arrastrando la palabra—. Un hombre un poco impertinente para su propio bien. Simplemente porque era pariente de la reina pensaba que podía cometer ciertas indiscreciones con impunidad. Se equivocaba.

Rachel pestañeó.

—¿Pariente?

—Primo lejano, o algo parecido. Compartía algún pequeño vestigio del linaje real. Ese linaje extraordinario lleva con él un don único para... el arte. La familia de los gobernantes de Tamarang todavía lleva el vestigio de ese antiguo talento. Mi madre no poseía la capacidad pero, a través de ese linaje, resulta que sí me la pasó a mí. En su momento, no obstante, el único que sabíamos que todavía poseía ese raro talento era James. Así fue como llegó a servir como artista de la corte, a servir a la Corona, a mi madre, la reina Milena.

»El Buscador, el anterior Buscador, Richard, antes de provocar los problemas que acarrearón el asesinato de mi madre, también asesinó a James. Nuestro país estuvo por primera vez en la historia sin los servicios de un artista que protegiera a la Corona.

»En aquel momento no éramos conscientes de que yo llevo conmigo ese antiguo talento. —Indicó con un ademán a la mujer alta que tenía al lado—. Seis lo vio en mí, no obstante. Me habló de mi excepcional habilidad, y me ha estado ayudando a aprender a usarla, guiándome en mis... clases de arte.

»Muchas personas se opusieron a que me convirtiera en reina; algunas, incluso, entre los consejeros de más alto rango de la Corona. Afortunadamente, Seis me descubrió los complots. —Alzó la tiza ante el rostro de Rachel—. Los traidores hallaron dibujos de sí mismos aquí abajo, en estas paredes. Me aseguré de que todo el mundo sepa lo que les sucede a los traidores. Con eso, y con la ayuda y consejo de Seis, me convertí en reina. La gente ya no se opone a mí.

Cuando había vivido en el castillo, Rachel había pensado que Violet era sumamente peligrosa, pero no había tenido ni idea entonces de hasta qué punto iba a serlo. Rachel sintió una sensación de aplastante desesperanza.

Violet y Seis alzaron los ojos al oír que Samuel regresaba corriendo. Temiendo que Violet pudiese volver a golpearla, Rachel decidió no darse la vuelta y mirar. Podía oír jadear a Samuel, no obstante, a medida que se acercaba.

Violet agitó una mano en el aire, ordenando a Rachel hacerse a un lado y salir de en medio. La niña se apartó al instante, gateando apresuradamente, muy contenta de quedar fuera del alcance del brazo de Violet, aunque no de su autoridad.

Samuel llevaba una bolsa de cuero que un cordón mantenía cerrada. Depositó la bolsa en el suelo con cuidado y la abrió. Miró a Seis. Ella movió una mano, instándole a seguir adelante.

Parecía ser una especie de caja. Cuando salió de la bolsa, Rachel vio que era tan negra como la condenación misma y pensó que podrían muy bien verse succionados al interior de aquel vacío negro y desaparecer en el inframundo.

Con una mano, Samuel sostuvo el siniestro objeto en alto, en dirección a Seis. Sonriendo, ella lo tomó de su mano.

—Tal y como prometí —dijo a Violet—, os entrego la caja del Destino de la reina Violet. Rachel recordó a la reina Milena alzando aquella misma caja con la misma clase de

sobrecogida veneración. Sólo que ahora no estaba toda recubierta de plata, oro y piedras preciosas. Zedd había contado a Rachel que la auténtica caja del Destino estaba debajo de aquellas piedras preciosas. Ésta tenía que ser aquella caja que Rachel se había llevado del castillo tal y como el mago Giller le había pedido que hiciese.

Ahora Giller estaba muerto, Richard ya no tenía su espada, y Rachel volvía a estar en las garras de Violet. Y ahora, la misma Violet tenía una valiosa caja del Destino, como la había tenido su madre.

Violet mostró una sonrisa de suficiencia.

—¿Ves Rachel? ¿Qué necesidad tengo de esos consejeros ancianos e inútiles? ¿Podrían haber hecho algo de lo que he llevado yo a cabo? Verás, a diferencia de esas gentes débiles con las que te asociaste, yo siempre persevero hasta que tengo éxito. Eso es lo que hace falta para ser una reina.

»Tengo de nuevo la caja del Destino. Te tengo de nuevo a ti. —Agitó la tiza otra vez—. Y tendré de nuevo a Richard para que se enfrente a su castigo.

Seis suspiró.

—Se acabó la feliz reunión. Tenéis lo que pedisteis. Samuel y yo tenemos que ir a celebrar una charla sobre su siguiente misión, y vos necesitáis regresar a vuestra clase de arte.

Violet sonrió con expresión conspiradora.

—Sí, mi lección. —Dirigió una mirada feroz a Rachel—. Hay una jaula esperándote en el castillo. Y luego está la cuestión de tu castigo.

Seis inclinó la cabeza.

—Me iré, entonces, mi reina.

Violet agitó la mano en un gesto de despedida. Seis agarró el brazo de Samuel y empezó a alejarse con él. El hombre tenía que vigilar para no perder pie mientras pasaba por encima o alrededor de rocas, en tanto que Seis parecía deslizarse a través de la tenue luz sin la menor dificultad.

—Vamos —dijo Violet en una especie de fingido tono alegre que hizo que a Rachel se le helara la sangre—. Puedes contemplarme dibujar.

Mientras Violet agarraba la antorcha, Rachel se levantó sobre sus piernas temblorosas, luego siguió a la reina, con la luz de la llama iluminando paredes cubiertas de interminables dibujos de cosas terribles. No había ni un punto en las paredes que no tuviese alguna escena horrorosa. Rachel echaba en falta a Chase de un modo espantoso, echaba de menos sus palabras tranquilizadoras, su sonrisa cuando ella había hecho algo bien, su mano reconfortante sobre el hombro. Lo quería tanto. Y Samuel lo había matado, había matado todas las esperanzas y sueños de Rachel. Sintió una aturdida desesperación mientras seguía a Violet más al interior de la oscuridad, más al interior de la locura.

Capítulo 22

Nicci divisó a Richard en un extremo de la larga muralla, de pie ante el almenado muro exterior, no lejos de la base de una torre que se alzaba vertiginosamente hacia el cielo, contemplando la ciudad desierta situada muy por debajo. El crepúsculo había apagado los colores del agonizante día, convirtiendo en grises los distantes campos ondulantes de color verde. Cara estaba no muy apartada de él, silenciosa pero vigilante.

Nicci conocía a Richard lo bastante bien como para poder interpretar la acentuada tensión de su cuerpo, y a Cara lo suficiente para ver el reflejo de aquel estrés acechando en su apariencia de intensa calma. La hechicera presionó su mano sobre el nudo de ansiedad que

se intensificaba en su estómago.

Sobre sus cabezas discurrían las nubes color gris pizarra, soltando alguna que otra gruesa gota de lluvia. Truenos lejanos retumbaban por los pasos de montaña, prometiendo la llegada de una noche tempestuosa. A pesar de las nubes oscuras y tormentosas, el aire estaba curiosamente inmóvil. El calor del día había desaparecido bruscamente, como si hubiera huido ante la tormenta que estaba a punto de desatarse.

Cuando se detuvo, la hechicera posó una mano sobre la pared almenada y tomó una profunda bocanada del húmedo aire.

—Rikka dijo que necesitabas verme. Dijo que era urgente.

El semblante de Richard era equiparable a la tormenta que se avecinaba.

—Tengo que partir. Al instante.

Sin saber por qué, Nicci había esperado justo eso. Miró más allá de Richard, a Cara, pero la mord-sith no mostró ninguna reacción. Richard llevaba días absorto en sus cavilaciones. Se había mostrado muy distante mientras consideraba todo lo que había averiguado a través de Jebra y Shota. Zedd había aconsejado a Nicci que lo dejara con sus deliberaciones, aunque ella no había necesitado tal consejo; probablemente conocía sus estados de ánimo más sombríos mejor que nadie.

—Voy contigo —dijo, dejando claro que no quería discutirlo. Él asintió distraídamente.

—Será una buena cosa tenerte conmigo. En especial para esto.

A Nicci le alivió que él lo aceptara, pero el nudo de ansiedad se tensó con la última parte de lo que había dicho. Había una palpable sensación de peligro en el aire. En aquel momento lo que le preocupaba era asegurarse de que —fuera lo que fuese lo que él iba a hacer— le proporcionaría toda la protección que estaba en su mano dar.

—Y Cara también.

Él siguió con la mirada fija a lo lejos.

—Desde luego.

Advirtió que miraba en dirección sur.

—Ahora que Tom y Friedrich están de vuelta, Tom insistirá en venir también. Sus habilidades serán valiosas.

Tom era miembro de un cuerpo de élite de protectores del lord Rahl, y a pesar de su aspecto afable, era más que temible en el cumplimiento de su deber. Los hombres como él no eran ascendidos a tales puestos de responsabilidad consagrados a la protección del lord Rahl porque tuviesen sonrisas agradables. Como otros protectores d'haranianos del lord Rahl, Tom había llegado a una entrega total por proteger a Richard.

—No puede venir con nosotros —dijo Richard—. Iremos en la sliph. Únicamente Cara, tú y yo podemos viajar en la sliph.

Nicci tragó saliva ante la idea de un viaje como aquél.

—¿Y adónde vamos a ir, Richard?

Finalmente, sus ojos grises se volvieron hacia ella, y la miró de aquel modo tan suyo, como si mirara dentro de su alma.

—Lo he comprendido —respondió.

—Has comprendido ¿qué?

—Lo que debo hacer.

Nicci pudo sentir cómo los dedos le hormigueaban con un temor informe. La mirada de terrible determinación de los ojos de Richard hacía que se le doblasen las rodillas.

—¿Y qué debes hacer, Richard?

Él caviló por un momento.

— ¿Llegué a darte las gracias por detener a Shota cuando lo hiciste, *cuando me estaba tocando*?

A Nicci no le desconcertó el brusco cambio de tema de Richard. Había aprendido que era la forma de ser de éste, y que era característico en él cuando estaba sumamente preocupado. Cuanto más agitado estaba, más cosas parecían pasar por su cabeza al mismo tiempo, como si sus pensamientos estuvieran sumidos en un torbellino de actividad.

—Me lo dijiste, Richard. Como cien veces.

Él asintió levemente.

—Bueno, gracias.

Su voz se había vuelto ausente, distante, mientras descendía de nuevo al interior de las oscuras profundidades de alguna ecuación interior de la que dependía el futuro.

—Ella te estaba haciendo algo doloroso...

No era una pregunta, sino una afirmación que Nicci había acabado por creer cada vez más en los días siguientes a la visita de Shota. No sabía qué había hecho Shota, pero deseaba no haber permitido aquel breve contacto. No había forma de saber lo mucho que la bruja podía haber transmitido en aquel contacto, no obstante, lo breve de éste. El rayo, al fin y al cabo, también era breve. Richard no había dicho nunca qué le había mostrado Shota, pero era un terreno que Nicci, por algún motivo, temía pisar.

Richard suspiró profundamente.

—Sí. Me estaba mostrando la verdad. Esa verdad es en parte la razón de que haya llegado a comprender por fin qué debo hacer. Por mucho que me horrorice...

Cuando volvió a quedarse silencioso, Nicci lo aguijoneó:

—Así pues, ¿qué has comprendido que debes hacer?

Los dedos de Richard se cerraron con más fuerza sobre la piedra mientras volvía a contemplar la campiña cada vez más oscura situada muy por debajo de ellos, y luego al sombrío revoltijo de montañas que se alzaba más allá.

—Yo tenía razón al principio. —Su mirada se dirigió hacia Cara—. La vez que os llevé a ti y a Kahlan lejos, a las montañas situadas muy al interior de la Tierra Occidental.

Cara frunció el entrecejo.

—Recuerdo que dijisteis que volvíamos al interior de aquellas montañas desiertas porque habíais llegado a comprender que no podíamos ganar la guerra peleando contra el ejército de la Orden Imperial. Dijisteis que no podíais conducirles en tal batalla porque era seguro que perderían.

Richard asintió.

—Y tenía razón. Lo sé ahora. No podemos ganar contra su ejército. Shota me ayudó a verlo. Puede haber estado intentando convencerme de que debo librar esa batalla, pero en parte debido a todo lo que ella y Jebra me mostraron, ahora sé que no podemos ganarla.

»Ahora, sé lo que debo hacer.

— ¿Y qué es eso? —insistió Nicci.

Richard se apartó finalmente del merlón de piedra.

—Tenemos que irnos. No tengo tiempo para exponerlo todo ahora.

Nicci empezó a seguirle.

—Reuní unas cuantas cosas. Están preparadas. Richard, ¿por qué no puedes decirme lo que has decidido?

—Lo haré —respondió él—, más tarde.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo Cara por lo bajo a Nicci a la vez que se colocaba a su lado, detrás de Richard—. Ya he estado intentando sacarle yo algo hasta que al final me

cansé de seguir insistiendo.

Richard, oyendo el comentario de Cara, tomó a Nicci del brazo y tiró de ella al frente.

—No he acabado de planearlo detenidamente. Necesito acabar de encajarlo todo. Lo explicaré cuando lleguemos allí, se lo explicaré a todo el mundo; pero justo ahora no tenemos tiempo. ¿De acuerdo?

—¿Cuando lleguemos adónde? —preguntó Nicci.

—Al ejército d'haraniano. La fuerza principal de Jagang no tardará en dirigirse hacia D'Hara. Tengo que decir a nuestro ejército que no tenemos ninguna posibilidad de ganar la batalla que se avecina.

—Eso los animará —comentó Cara—. Nada hace sentir mejor a un soldado la víspera de la batalla que el que su líder les diga que están a punto de perderla y morir.

—¿Quieres que les cuente una mentira? —preguntó él.

La única respuesta de Cara fue mostrar cara de pocos amigos.

Al final de la muralla, Richard abrió de un tirón la gruesa puerta de roble de la torre. Dentro había una habitación donde algunas de las lámparas estaban ya encendidas. Nicci pudo oír gente que ascendía a toda prisa los peldaños de piedra situados en un lateral.

—¡Richard! —Era Zedd que iba detrás del fornido y rubio d'haraniano llamado Tom.

Richard se detuvo, aguardando a que su abuelo alcanzara lo alto de los peldaños y penetrara en la sencilla habitación de piedra. Zedd llegó a toda prisa, tomando aire a bocanadas.

—¡Richard! ¿Qué sucede? Rikka vino como una exhalación diciendo que os ibais.

Richard asintió.

—Quería que supieses que tengo que irme, pero no estaré fuera mucho tiempo. Regresaré en pocos días. Tengo la esperanza de que, entre tanto tú, Nathan y Ann podáis hallar algo en los libros que ayude con el hechizo Cadena de Fuego. Tal vez incluso podáis dar con alguna solución a la contaminación creada por los repiques.

Zedd agitó la mano con irritación.

—¿Y mientras estamos en ello, te gustaría que además conjurase esa tormenta eléctrica del cielo?

—Zedd, no te enojas conmigo, por favor. Tengo que irme.

—De acuerdo, pero ¿adónde vas... y por qué?

—Estoy listo, lord Rahl —dijo Tom a la vez que entraba a toda prisa en la habitación.

—Lo siento —le respondió Richard—, pero no puedes venir. Es necesario que viajemos en la sliph.

Zedd alzó los brazos al cielo.

—¡La sliph! ¿Haces todo lo posible por convencerme de que la magia está dejando de funcionar, y ahora piensas poner tu vida en las manos de una criatura mágica? ¿Te estás volviendo loco, Richard? ¿Qué sucede?

—Soy consciente del peligro, pero debo correr ese riesgo. —Richard hizo un ademán—.

¿Conoces ese símbolo de un estallido de estrellas que hay sobre la puerta del enclave del Primer Mago, ahí arriba? —Cuando Zedd asintió, Richard dio un golpecito a la parte superior de su muñequera de plata—. Es el mismo que este de aquí.

—¿Y qué pasa? —preguntó su abuelo.

—¿Recuerdas que te conté que tenía un significado? Es una admonición para que no permitas que tu visión se bloquee sobre una única cosa. Es una advertencia de que mires a todas partes a la vez, de que no veas ninguna cosa que signifique la exclusión de todo lo demás. Significa que no debes permitir que el enemigo atraiga tu atención y te obligue a concentrarte en lo que desea que veas. Si lo haces, estarás ciego a todo lo demás.

»Eso es lo que he estado haciendo. Jagang me ha estado obligando... obligando a todo el mundo... a concentrarse en una cosa. Como un idiota, yo he estado haciendo justo eso.

—Su ejército —adivinó Nicci—. ¿Es eso a lo que te refieres? ¿A que todos nos hemos estado concentrando en su fuerza invasora?

—Así es. Este estallido de estrellas significa que tenemos que estar receptivos a todo lo que hay, sin decidirnos sólo por una cosa, incluso cuando estás abatiendo al enemigo. Significa que en lugar de concentrarte en una única cosa, debes abrir la mente a todo, incluso cuando es necesario mantener esa amenaza en el centro de tu atención.

Zedd ladeó la cabeza.

—Richard, tienes que concentrarte en la mayor amenaza. Su ejército tiene millones de hombres. Vienen a aplastar toda oposición y a esclavizarnos a todos.

—Lo sé. Por eso no podemos pelear contra ellos. Perderemos.

El rostro de Zedd enrojeció.

—¿Así que propones permitir que su ejército entre en el Nuevo Mundo sin hallar oposición? ¿Tu plan es dejar que el ejército de Jagang invada tranquilamente ciudades y permitir que sucedan todas las cosas que Jebra nos contó que habían sucedido en Ebinissia? ¿Quieres permitir que todas esas personas sean masacradas o esclavizadas?

—Piensa en la solución —recordó Richard a su abuelo—, no en el problema.

—No es un consejo muy reconfortante para aquellos a los que degüellan.

Richard se quedó totalmente inmóvil, y clavó la mirada en su abuelo, al parecer acallado de golpe por las palabras de Zedd.

—Mira —dijo por fin Richard, pasándose los dedos por los cabellos—. No tengo tiempo para esto ahora. Hablaré contigo sobre ello cuando regrese. El tiempo es esencial. Ya he malgastado demasiado. Solamente espero que aún nos quede suficiente.

—¿Suficiente tiempo para qué! —rugió Zedd.

Nicci oyó unas pisadas que subían a la carrera por la escalera. Jebra entró disparada en la habitación.

—¿Qué sucede? —preguntó a Zedd.

Zedd agitó una mano en dirección a Richard.

—Mi nieto ha decidido que debemos perder la guerra, que no debemos luchar contra el ejército de Jagang.

—Lord Rahl, no podéis hablar en serio —dijo ella—. No podéis considerar seriamente el permitir que esos animales...

La voz de Jebra se apagó a la vez que la mujer avanzaba, mirando con atención a Richard. Se quedó inmóvil en mitad de la zancada, y dio un paso atrás.

Se quedó lívida.

La mandíbula se le desencajó y tembló mientras ella intentaba sin éxito hacer salir las palabras. Sus facciones quedaron flácidas por el pavor.

Sus ojos azules se pusieron en blanco al tiempo que perdía el sentido.

Mientras se desplomaba, Tom la cogió entre sus brazos y la depositó con delicadeza sobre el suelo de granito. Todo el mundo se congregó alrededor de la mujer desmayada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Tom.

—No lo sé —contestó Zedd a la vez que se arrodillaba junto a la mujer y le colocaba los dedos sobre la frente—. Se ha desmayado, pero no estoy seguro de por qué.

Richard fue hacia la puerta que daba a la escalera que descendía por el interior de la torre.

—Dejaré que te ocupes de ella, Zedd... tú eres el experto en curar. Estará en buenas manos. No puedo permitirme perder más tiempo justo ahora.

Se volvió dando la espalda a la entrada.

—Regresaré en cuanto pueda... lo prometo. Deberíamos estar de vuelta en pocos días.

—Pero Richard...

Él ya había iniciado el descenso por los peldaños de hierro.

—Regresaré —les gritó a todos ellos, la voz resonando desde la penumbra.

Sin una vacilación, Cara lo siguió.

Nicci no quería dejar que llegara demasiado lejos sin ella, pero sabía que tendría que llamar a la sliph, así que disponía de unos instantes. Mientras Zedd comprobaba diferentes puntos de la cabeza de Jebra, Nicci se acucilló junto a la desvanecida mujer, al otro lado de donde estaba él.

La hechicera le palpó la frente.

—Está ardiendo.

Zedd alzó la mirada de un modo que casi detuvo el corazón de Nicci.

—Es una visión.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé cosas sobre los videntes en general y ésta en particular. Ha tenido una visión poderosa. Jebra es más sensible que la mayoría de los videntes. Sus emociones, ante ciertas visiones, en ocasiones la superan. Esta visión tiene que haber sido tan potente que la ha dejado sin sentido.

—¿Crees que era sobre Richard?

—No hay modo de saberlo —dijo el anciano mago—. Tendrá que ser ella quien nos lo diga.

Puede que Zedd no hubiese estado dispuesto a aventurar una conjetura, pero Jebra había alzado la mirada hacia los ojos de Richard justo antes de desmayarse. Nicci no tenía tiempo para ser discreta. No podía permitir que Richard marchase sin ella —y sabía que lo haría si ella no estaba allí cuando estuviese listo—, pero al mismo tiempo ella no podía irse sin saber si Jebra había tenido una visión sobre él que pudiese revelar algo importante. Deslizó la mano bajo el cuello de la mujer, presionando los dedos sobre la base del cráneo de Jebra.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Zedd con suspicacia—. Si estás haciendo lo que creo, eso no sólo es temerario sino peligroso.

—También lo es la ignorancia —dijo Nicci a la vez que liberaba un flujo de poder.

Los ojos de Jebra se abrieron de golpe y la mujer lanzó un grito ahogado.

—No...

—Vamos, vamos —la confortó Zedd—. Todo va bien, querida. Estamos aquí, contigo.

—¿Qué viste? —preguntó Nicci, yendo directa a la cuestión. Los ojos llenos de pánico de Jebra se volvieron hacia Nicci. Alzó la mano y le agarró el cuello del vestido.

—¡No lo dejes solo!

Nicci no necesitaba preguntar a quién se refería Jebra.

—¿Por qué? ¿Qué has visto?

—¡No lo dejes solo! ¡No lo pierdas de vista... ni por un instante!

—¿Por qué? —volvió a preguntar Nicci—. ¿Qué sucederá si se queda solo?

—Si lo dejas solo, lo perderemos.

—¿Cómo? ¿Qué has visto?

Jebra alzó las manos y con ambos puños acercó más el rostro de Nicci.

—Ve. No dejes que esté solo. Lo que vi no importa. Si no está solo, entonces no puede suceder. ¿Entiendes? Si permites que se separe de ti y de Cara, no importará lo que he

visto... no importará para ninguno de nosotros. No puedo decirte cómo tendrá lugar la separación, únicamente que, no importa cómo, no debes permitir que suceda. Eso es todo lo que importa. ¡Ve! ¡Permanece junto a él!

Nicci tragó saliva a la vez que asentía.

—Será mejor que hagas lo que dice —indicó Zedd a Nicci—. No hay nada que yo pueda hacer al respecto. Es cosa tuya.

Alargó el brazo y le cogió la mano, no como Primer Mago, sino como el abuelo de Richard.

—Permanece junto a él, Nicci. Protégelo. En muchísimos aspectos él es el Buscador, el lord Rahl, el líder del Imperio d'haraniano, pero en otros muchos sigue siendo un guía de bosque en el fondo. Es nuestro Richard. Protégelo, por favor. Todos dependemos de ti.

Nicci se lo quedó mirando, contemplando una súplica que parecía inesperadamente personal, una súplica que parecía alzarse por encima de todas las necesidades más generales de proteger la libertad del Nuevo Mundo y reducirlo todo a un simple amor por Richard, el hombre. Comprendió en aquel instante que sin la preocupación sincera y sencilla por Richard como individuo, nada del resto importaba.

Cuando empezaba a levantarse, Jebra volvió a tirar de Nicci.

—Ésta no es una visión que pueda ser una posibilidad. Esto es seguro. No permitas que esté a solas o estará a su merced.

—¿A la merced de quién?

Jebra se mordió el labio inferior a la vez que los ojos azules se le llenaban de lágrimas.

—De la bruja oscura.

Nicci sintió que un escalofrío de gélido pavor reptaba por sus hombros.

—Ve —musitó Jebra—. Por favor, ve. Date prisa. No permitas que se vaya sin ti.

Nicci se irguió de un salto y cruzó corriendo la habitación. En la entrada hizo una pausa y se dio la vuelta. El corazón le martilleaba con tanta fuerza que trastabilló.

—Te lo juro, Zedd. Tendrá mi protección mientras me quede un hálito de vida.

Contempló como Zedd asentía, con una lágrima corriéndole por la curtida mejilla.

—Date prisa.

Nicci se dio la vuelta y bajó corriendo los escalones de hierro, tomándolos de dos en dos y haciendo resonar sus pisadas por toda la enorme torre. Se preguntó qué más había visto Jebra en su visión que aguardaba a Richard si quedaba separado de ellas, si se quedaba a solas, pero al final decidió que no importaba en realidad cuál era aquel destino, sólo importaba que, sin importar lo que pasara, Nicci no permitiera que sucediera.

Algunos murciélagos aletearon en nubes ondulantes ascendiendo por la torre y dirigiéndose al exterior a través de las ventanas abiertas de lo alto, mientras Nicci corría escaleras abajo. El sonido de la desbandada de miles de alas palmeadas hacía que pareciera como si la torre exhalase un largo y quedo gemido. Dejó atrás puertas de hierro, sin detenerse, y en ocasiones tuvo que agarrarse a la barandilla para mantener el equilibrio. Una vez en el fondo recorrió a la carrera la pasarela que rodeaba el agua fétida estancada en el fondo de la torre. Las negras aguas se ondularon a medida que criaturas pequeñas se deslizaban al interior de su negro refugio.

Nicci cruzó corriendo la entrada que había volado por los aires cuando Richard había destruido la gran barrera que en el pasado separaba el Viejo Mundo del nuevo. Las torres que mantenían en funcionamiento aquella barrera habían resistido en pie desde la gran guerra, tres mil años antes, y en épocas más recientes, habían mantenido a raya a Jagang y su ejército de la Orden Imperial, impidiéndoles cruzar. Pero Richard había destruido aquellas torres para poder regresar al Nuevo Mundo tras haber estado retenido en el Palacio

de los Profetas, y a raíz de ello la Orden Imperial había penetrado sin problemas en el Nuevo Mundo. La guerra no era culpa de Richard, pero no podría haberse reavivado sin aquella acción.

Richard y Cara estaban de pie, aguardando junto al enorme pozo de la sliph, la criatura que había quedado cercada junto con el Viejo Mundo durante todo el tiempo que la gran barrera había seguido en pie.

Detrás de Richard y Cara el rostro de azogue de la sliph contempló a Nicci mientras ésta entraba presurosa en la habitación.

—¿Deseas viajar? —preguntó la sliph con aquella voz sobrecogedora que resonaba por toda la habitación.

—Sí, deseo viajar —respondió Nicci sin resuello a la vez que recogía su mochila, que Cara debía de haber colocado allí para ella—. Gracias —dijo a la mord-sith.

Richard alargó la mano al tiempo que Nicci deslizaba un brazo a través de una correa y se colgaba la mochila a su espalda.

—Vamos.

Nicci le cogió la mano, dejando que la izara a lo alto del muro con un potente tirón. La hechicera sentía como si tuviese el corazón en un puño. Había viajado antes con la sliph, de modo que conocía el abrumador éxtasis de aquella experiencia y, sin embargo, no podía dejar de sentir miedo por respirar en el azogue vivo que era la sliph. Aquello sencillamente iba en contra de la idea misma del aliento vital.

—Serás complacida —dijo la sliph cuando Nicci se unió a los otros, y Nicci no discutió.

—En marcha —dijo Richard—, deseo viajar.

Una mano reluciente se alzó fuera del estanque para rodear a Richard y a Cara, pero no a Nicci.

—¡Aguarda! —dijo Nicci—. Debo ir con ellos. —La sliph se detuvo—. Escúchame, Richard. Tienes que coger la mano de Cara y la mía. No te sueltes por nada del mundo.

—Nicci, has hecho esto antes. Será...

—¡Escucha! Cara y yo confiamos en ti, y tú tienes que confiar en nosotras. No puedes quedar separado de nosotras. Por nada del mundo. Ni siquiera por un instante. Si eso sucede, entonces te habremos perdido. Si eso sucede, lo que sea que hayas planeado no sucederá.

Richard le estudió el rostro por un momento.

—¿Ha tenido Jebra una visión en la que me sucedía algo? —Únicamente si quedas separado de nosotras. Únicamente si estás solo. —¿Qué ha visto?

—A la bruja, a Seis. Jebra la llamó «la bruja oscura».

Richard le estudió el rostro un instante.

—Shota va tras de Seis.

—Puede ser, pero Seis ya ha usurpado la autoridad de Shota en su propio territorio.

—Quizá por el momento. Pero no me gustaría ser ella cuando Shota la atrape. Shota cubrió su trono con el pellejo de la última persona que fue a apoderarse de su hogar, y era un brujo.

—No pongo en duda lo peligrosa que es Shota, pero no sabemos lo peligrosa que es Seis. El don es diferente según los individuos. Al final, Shota podría no estar a la altura de la habilidad de Seis. Yo sé que las Hermanas de las Tinieblas le tenían miedo. Jebra tuvo una visión terrible y dice que no se te debe permitir estar solo. No pienso permitir que su visión tenga la menor posibilidad de cumplirse.

Él debió de ver la determinación en el rostro de la hechicera, y asintió.

—De acuerdo. —Tomó su mano y luego la de Cara—. No os soltéis, y así no tendremos que preocuparnos por ello.

Nicci le oprimió la mano en señal de acuerdo. Se inclinó por delante de él para hablar a Cara.

—¿Lo entiendes? No podemos perderle de vista. Ni por un instante.

La frente de Cara se crispó.

—¿Desde cuándo he querido que esté fuera de mi vista?

—¿Adónde deseas viajar? —preguntó la sliph.

Nicci echó una veloz mirada a Richard y a Cara y comprendió que la pregunta iba dirigida a ella.

—A donde sea que ellos vayan.

El rostro plateado se tornó malicioso.

—No puedo revelar lo que mis otros clientes hacen cuando están dentro de mí. Dime lo que deseas y te complaceré.

Nicci frunció el entrecejo levemente mirando a Richard.

—Jamás revela nada sobre otra persona; es una especie de confidencialidad profesional. Vamos al Palacio del Pueblo.

—El Palacio del Pueblo —dijo Nicci—. Deseo viajar al Palacio del Pueblo.

—Viene con Cara y conmigo —indicó Richard a la sliph—. Al mismo lugar. ¿Lo comprendes? Tiene que permanecer con nosotros mientras viajamos allí.

—Sí, amo. Viajaremos. —El rostro, que tenía el aspecto de una estatua sumamente pulida, sonrió—. Serás complacido.

El líquido brazo plateado los envolvió a los tres, arrastrándolos. La mano de Nicci se cerró con fuerza sobre la de Richard.

Mientras se sumergían en la oscuridad total de la sliph, Nicci contuvo la respiración. Sabía que tenía que respirar, pero la idea misma de respirar aquel líquido plateado la aterraba.

Respira.

Al final lo hizo, una inhalación desesperada que introdujo a la sliph en sus pulmones. Colores, luces y formas se fusionaron a su alrededor en una exhibición espectacular. Nicci aferró con fuerza la mano de Richard mientras resbalaban al interior de la sedosa distancia. Era una gloriosa e indolente sensación de flotar en una corriente imparable, a una velocidad imposible.

Inhaló otra bocanada embriagadora de la esencia de la sliph. Era una liberación gloriosa de todo lo que la obsesionaba, del peso aplastante de su alma. Únicamente tenía la conexión con Richard. No había nada más. No había nadie más.

Era el éxtasis.

No quería que acabara nunca.

Capítulo 23

Kahlan observó cómo las tres Hermanas escudriñaban la distancia, en busca de cualquier movimiento. Con el sol poniéndose, las sombras empezaban a fundirse en una lóbrega neblina. En la línea del horizonte, en el sur, una esquirla de agonizante luz solar brillaba bajo amenazadoras nubes grises que se alzaban imponentes en el cielo cárdeno. Una franja de luz roja rozaba la parte superior de las nubes y proporcionaba al atardecer un curioso carácter de irrealidad.

El cielo en aquel lugar, tan a menudo repleto de nubes monumentales y ondulantes, parecía

abrumadoramente inmenso, dejando a Kahlan con una sensación de pequeñez e insignificancia. Las llanuras se extendían interminables hasta el solitario horizonte. Poca vegetación crecía en un lugar tan desolado, y la que sí crecía se hallaba principalmente en las zonas bajas.

Las nubes arrastraban columnas de lluvia pero, vasto como era el lugar, las lluvias nunca parecían otra cosa que un fenómeno distante y aislado. Kahlan sospechaba que si uno se quedaba en el mismo punto durante un año, aguardando a que uno de aquellos aguaceros pasara sobre su cabeza, posiblemente eso no sucedería. El árido paisaje hacía que la vida pareciera frágil y desolada. Sólo las montañas situadas al norte y al este parecían capaces de provocar la lluvia. Como resultado, los árboles no se aventuraban a descender de su refugio en las montañas.

Cuando los caballos resoplaron y golpearon el suelo con sus cascos, Kahlan tensó más las riendas y frotó distraídamente a uno de los animales bajo la quijada para tranquilizarlo. El caballo le dio un golpecito con el hocico, pidiendo más. Mientras aguardaba, Kahlan dio la espalda a la inquietante desolación y se dedicó a rascar al animal.

A lo lejos podía ver dónde menguaba la barrera de montañas, hasta convertirse en un promontorio. Aquel promontorio, igual que la cola de alguna bestia dormida, parecía ser el extremo meridional de las montañas que habían estado siguiendo en dirección sur. Kahlan deseó estar de vuelta en aquellas montañas. Las montañas le proporcionaban una sensación de refugio, probablemente porque, a diferencia de las llanuras abiertas, no se sentía como si cualquiera en kilómetros a la redonda pudiera verla. En la llanura se sentía desnuda y desprotegida. Reparó en que no sabía en realidad por qué tenía que sentirse de ese modo, puesto que difícilmente podría estar en circunstancias peores que ser una esclava de las Hermanas.

Pensó que podía ver lo que parecían edificios arriba, en el lejano promontorio. Si sus ojos no la engañaban, esos edificios tenían el aspecto de no ser otra cosa que ruinas. Pocas de las construcciones daban la impresión de tener tejados. Lo que en un principio no tenía sentido finalmente empezó a tenerlo cuando consideró que aquello podían ser paredes desmoronadas mucho tiempo atrás. Eso explicaría las curiosas formas. No vio ninguna señal de personas. Probablemente, también ellas habían caído en el olvido hacía tiempo. Incluso aunque realmente fuesen edificios abandonados, lugares en los que no vivía gente desde hacía mucho tiempo, eso no hacía que las Hermanas fuesen menos cautelosas. En ese lugar, no obstante, Kahlan compartía su aprensión.

Las tres Hermanas habían estado calladas durante la mayor parte del día, hablando sólo cuando era necesario. La parte posterior del hombro de Kahlan todavía emitía un dolor punzante allí donde la hermana Ulicia la había golpeado inesperadamente. No había sido un castigo por alguna infracción —real o imaginaria—, sino más bien se lo había administrado como una severa advertencia de que no provocase ningún problema. Las Hermanas en ocasiones procuraban expresar su superioridad sobre otras personas, incluso si era demostrando que podían lastimar a alguien simplemente porque querían hacerlo. Kahlan tuvo que contenerse, no fuera a ser que una de las Hermanas captara lo que pensaba del tratamiento recibido. Se había tragado la dignidad junto con los pensamientos y limitado a decir: «Sí, Hermana.»

Kahlan no pensaba que fuese una buena idea ir dando tumbos por la oscuridad, en especial cuando empezaban a encontrarse con un paisaje lleno de profundos surcos y erosionado en algunos lugares por aflujos de agua. Los caballos podían partirse una pata fácilmente. Pero, en su ansia por llegar a Caska, las Hermanas no habían querido parar cuando el crepúsculo

empezó a envolverlas. Lo que las Hermanas querían, las Hermanas lo obtenían. Kahlan no esperaba que acabasen acampando en la oscuridad.

—Creo que hay alguien ahí —dijo la hermana Armina con voz queda mientras clavaba la vista en la oscuridad.

—También yo percibo algo —murmuró la hermana Cecilia. La hermana Armina le echó una ojeada, expectante.

—A lo mejor es Tovi.

—Podría no ser otra cosa que una mula salvaje. —La hermana Ulicia no parecía de humor para quedarse por allí especulando—. Vamos. —Echó una mirada atrás a Kahlan—.

Quédate cerca.

—Sí, Hermana —respondió ella.

La hermana Cecilia, mayor que sus compañeras, gruñó por el esfuerzo de subirse a la silla.

—Mis recuerdos de los raros mapas que había en los sótanos del Palacio de los Profetas me dicen que deberíamos estarnos acercando al lugar.

—Recuerdo haber visto un mapa antiguo —dijo hermana Ulicia, una vez sentada sobre su caballo—. Llamaba a este lugar la Profunda Nada. Eso significaría que tiene que ser Caska lo que está encima de ese promontorio.

La hermana Armina exhaló un suspiro impaciente mientras instaba a su caballo a avanzar tras los otros.

—Entonces por fin encontraremos a Tovi allí.

—Y cuando finalmente nos reunamos con ella —dijo la hermana Cecilia—, va a tener que dar algunas explicaciones.

La hermana Armina indicó con un ademán el distante promontorio.

—Ya conocéis a Tovi... siempre haciendo caso omiso de lo que se supone que tiene que hacer porque cree que ella sabe más que las demás. Es la mujer más tozuda que he conocido nunca.

Desde el punto de vista de Kahlan, Armina no era quién para hablar sobre eso.

—Veremos lo tozuda que es cuando le ponga los dedos alrededor de la garganta —dijo la hermana Cecilia.

La hermana Armina instó a su montura a colocarse junto a la de Ulicia.

—¿Tú no pensarás que pueda estar tramando algo, verdad Ulicia?

—¿Tovi? —La hermana Ulicia echó una ojeada atrás—. No, no realmente. Puede ser exasperante a veces, pero tiene el mismo objetivo que todas nosotras. Además, sabe muy bien que necesitamos las tres cajas. Sabe lo que está en juego.

»Pronto tendremos las tres cajas juntas de nuevo... eso es todo lo que importa en realidad... y ya estaremos en Caska, así que supongo que no habría servido de nada alcanzar a Tovi antes de ahora. Habríamos tenido que venir aquí de todos modos.

—Pero ¿por qué tendría que largarse del modo en que lo hizo? —insistió la hermana Cecilia.

La hermana Ulicia se encogió de hombros. A diferencia de las otras dos, parecía estar un tanto tranquilizada ahora que Caska estaba a la vista.

—Podría ser que descubriera que las tropas de la Orden Imperial estaban cerca y simplemente quiso evitar problemas, de modo que abandonó la zona. Probablemente estaba usando la cabeza, eso es todo. Sabía que teníamos que venir aquí. Vio una oportunidad de escabullirse y la aprovechó. Tal cautela nos presta un mejor servicio. Al fin y al cabo, iba al lugar al que planeamos ir desde el principio, así que no veo en realidad qué jugada podría estar tramando.

—Supongo —La hermana Cecilia parecía un tanto decepcionada por no tener a nadie a quien hacerle pagar su enfado.

Cabalgaron en silencio durante casi una hora más antes de que resultase evidente que si iban a caballo por tal terreno, en la oscuridad, no sólo se arriesgaban a que una montura se partiera una pata, sino también a que una de ellas se partiera el cuello. Por lo que Kahlan podía ver, no estaban mucho más cerca del promontorio de lo que habían estado la mayor parte del día. En la llanura, las distancias eran mucho mayores de lo que parecían. Lo que en un principio daba la impresión de estar a un par de kilómetros podía hallarse a varios días de marcha. Las Hermanas, a pesar de su afán por llegar a Caska y a Tovi, estaban cansadas.

La hermana Ulicia desmontó, entregando las riendas a Kahlan.

—Monta el campamento. Estamos hambrientas.

Kahlan agachó la cabeza.

—Sí, Hermana.

Maniató inmediatamente a todos los caballos para que no pudieran alejarse, luego se dirigió al lugar donde estaban los animales de carga para empezar a sacar los bártulos. Estaba muerta de cansancio pero sabía que probablemente pasarían horas antes de que pudiese dormir algo. Había que montar el campamento, había que preparar comida, y luego había que alimentar a los animales, darles de beber y cepillarlos.

La hermana Ulicia agarró el brazo de la hermana Armina y la acercó a ella.

—Mientras preparamos el campamento, quiero que compruebes la zona. Quiero saber si eso era simplemente una mula.

La hermana Armina asintió y se alejó inmediatamente en la oscuridad.

La hermana Cecilia contempló cómo la hermana Armina desaparecía en la noche.

—¿Realmente crees que era una mula?

La hermana Ulicia le lanzó una mirada siniestra.

—Si es una mula, se mantiene a la misma distancia a medida que viajamos. Si es alguien que nos vigila, entonces Armilla lo localizará.

Kahlan sacó los sacos de dormir cuando las Hermanas pidieron algo más blando sobre lo que sentarse que el yermo suelo. Luego sacó una de las ollas para empezar a preparar la cena.

—Nada de fuego esta noche —dijo la hermana Ulicia al ver a Kahlan con la olla.

Kahlan se la quedó mirando un instante.

—¿Qué os gustaría entonces para cenar, Hermana?

—Queda pan de maíz. Podemos tomar eso y un poco de cecina. También tenemos piñones.

—Dirigió la mirada hacia la noche—. No quiero una fogata aquí, en campo abierto, donde cualquiera, de horizonte a horizonte, podría vernos. Límitate a sacar uno de los faroles más pequeños.

Kahlan no tenía ni idea de qué podía preocupar a las Hermanas. Entregó el farol a la hermana Armina, quien lo encendió con un veloz movimiento de un dedo, luego lo depositó en el suelo ante ella y la hermana Ulicia. No era una luz que proporcionase mucha iluminación a Kahlan mientras acababa de desempaquetar las cosas, pero era mejor que nada.

En el pasado, patrullas de soldados habían topado con ellas, pero las Hermanas jamás se habían sentido especialmente asustadas por tales encuentros. Las tres mujeres habían dado cuenta de los soldados sin problemas... ni misericordia.

Las veces que habían tropezado con patrullas, las Hermanas tuvieron buen cuidado de no

permitir que escapara ningún testigo, aparentemente para que no existiera ninguna posibilidad de que llegaran informes al ejército. Kahlan supuso que era posible que tales informes dieran como resultado un número mayor de hombres furiosos yendo tras ellas. Las Hermanas no parecían especialmente preocupadas por tal posibilidad. Daba más la impresión de que sencillamente tenían cosas que hacer y no querían que las demorase nada. Llegar hasta Tovi y la última caja era de primordial importancia para ellas, y habían hecho un duro viaje para llegar tan lejos con tanta rapidez. A Kahlan le sorprendía en cierto modo que no hubiesen atrapado a Tovi hasta el momento, ya que nada parecía tan importante para las Hermanas como sus preciosas cajas.

Excepto que eran las cajas de lord Rahl. Las Hermanas las habían robado del palacio de Richard Rahl.

En una ocasión, en su prisa, habían tropezado con un destacamento numeroso de enormes brutos de la Orden Imperial. Las Hermanas habían estado impacientes por dejar atrás a los soldados, pero los hombres no parecían tener prisa por apartarse de su camino. Las Hermanas habían aguardado hasta medianoche y luego cruzado su campamento. Cada vez que un soldado las veía, una de las Hermanas lanzaba un hechizo silencioso que despachaba al hombre sin más; no habían mostrado ningún reparo en matar a cualquiera que estuviese por casualidad en su camino. Recorrieron el campamento con rapidez, sin temor. Kahlan vio morir a muchos hombres aquella noche. Para las Hermanas, no había sido más memorable que pisotear unas hormigas.

Pero eso había sido hacía mucho y no habían visto tropas desde entonces. El ejército de la Orden Imperial se hallaba ahora muy lejos, detrás de ellas, y hacía tiempo que ya no les preocupaba. Eso no significaba que no pudieran existir otros peligros y, por lo tanto, las Hermanas frecuentemente se mostraban nerviosas como gatos. No obstante, sin advertencia previa, podían convertirse en tan peligrosas como las víboras.

Mucho después de que la hermana Armina regresara sin encontrar a nadie por allí, y de que las tres Hermanas hubiesen comido, Kahlan todavía estaba ocupada en sus tareas. Estaba almohazando los caballos cuando le pareció que oía un quedo sonido de pisadas sobre el escabroso suelo. El sonido la sacó de sus pensamientos, y la mano que sostenía la almohaza se detuvo.

Volvió la cabeza y la sobresaltó ver a una niña delgada de pelo oscuro y corto, de pie, en el extremo de la tenue luz que proporcionaba el farol.

Con la luna asomando sólo de vez en cuando entre las nubes que pasaban, el campamento quedaba iluminado la mayor parte del tiempo únicamente por la luz del solitario farol situado más atrás, junto a las Hermanas, de modo que era difícil ver, pero Kahlan podía distinguir los ojos pálidos de la jovencita clavados en ella.

En aquellos ojos aparecía una clara mirada de reconocimiento. La jovencita veía a Kahlan.

—Por favor... —dijo la niña.

Kahlan se llevó un dedo a los labios, no fueran a oír las Hermanas a la niña. Del mismo modo que el hombre de la posada, esa niña veía y recordaba a Kahlan. Ésta estaba atónita, y al mismo tiempo temerosa de que le sucediera a la niña lo mismo que le había sucedido al hombre.

—Por favor —repitió la niña en un quedo susurro—, ¿puedo comer algo? Estoy hambrienta.

Kahlan echó un vistazo a las Hermanas. Estaban conversando entre ellas. Kahlan introdujo la mano en su alforja, que estaba en el montón situado cerca de sus pies, y sacó un pedazo de carne curada de venado. Volvió a colocar un dedo sobre sus labios y entregó la carne a

la niña. Ésta asintió para indicar que comprendía y no hizo ningún ruido. Tomando la carne con avidez en ambas manos, le arrancó un bocado.

—Vete, ahora —musitó Kahlan—, antes de que te vean. Date prisa. La niña alzó los ojos hacia Kahlan, luego miró tras ella. Los ojos se le abrieron como platos y dejó de masticar.

—Bien, bien —se oyó decir a una voz amenazadora por encima del hombro de Kahlan—, pero si tenemos aquí a nuestra pequeña mula, que ha venido a robarnos.

—Por favor, tenía hambre —dijo Kahlan, con la esperanza de apagar la cólera de la hermana Ulicia antes de que estallara—. Pidió algo que comer. No lo robó. Le di mi comida, no le di nada de la vuestra.

A la hermana Ulicia se le unieron las otras dos, de modo que parecían tres buitres puestos en fila. La hermana Armina alzó el farol para ver mejor. Las tres daban la impresión de estar dispuestas a no dejar ni los huesos de la niña.

—Probablemente estaba aguardando que nos durmiésemos —dijo la hermana Ulicia a la vez que se inclinaba más cerca de ella— para podernos degollar.

Unos ojos color cobrizo aparecieron a la luz del farol cuando la aterrorizada jovencita alzó la mirada hacia ellas.

—Yo no estaba al acecho. Estaba hambrienta. Pensé que podría conseguir un poco de comida, eso es todo. La pedí, no robé.

La jovencita recordó a Kahlan un poco a la niña de la Hostería del Caballo Blanco, la niña que Kahlan había prometido proteger, la niña que la hermana Ulicia había asesinado de un modo tan brutal. Por la noche, antes de dormirse, el recuerdo de aquella criatura todavía perseguía a Kahlan, y el no haber podido mantener su promesa de protegerla todavía le ardía en el alma. Kahlan odiaba haber hecho tal promesa y luego no haber sido capaz de mantenerla.

Esta muchachita era un poco mayor, un poco más alta. Kahlan también pudo ver en sus ojos una callada comprensión de la dimensión real de la amenaza que tenía delante. Había una especie de cautela perspicaz en sus ojos. Pero seguía siendo una niña. La condición de mujer todavía era un misterio para ella.

La hermana Armina asestó un manotazo a la jovencita. El golpe la hizo girar en redondo, derribándola al suelo. La Hermana saltó sobre ella. La niña se cubrió la cabeza con los brazos mientras hacía todo lo posible por emitir una disculpa. La hermana Armina le toqueteó la ropa en las pausas entre golpes.

Cuando se levantó, la mujer sostenía un cuchillo que Kahlan no reconoció. Lo meneó a la luz del farol, luego lo arrojó al suelo, a los pies de la hermana Ulicia.

—Llevaba esto. Como dijiste, probablemente tenía intención de degollarnos una vez que nos hubiésemos dormido.

—¡No quería hacer ningún daño! —gritó la niña mientras la hermana Ulicia alzaba su vara de roble.

Kahlan sabía muy bien lo que se avecinaba y se arrojó sobre la asustada niña, cubriéndola, protegiéndola.

La vara de la hermana Ulicia descendió violentamente sobre la espalda de Kahlan en su lugar, justo en el punto donde la habían golpeado antes. La niña se estremeció ante el chasquido. Kahlan lanzó un grito y, con todas sus fuerzas, empujó a la jovencita más lejos de las Hermanas, intentando mantenerla a salvo de cualquier daño.

—¡Dejadla en paz! —chilló—. ¡Es sólo una niña! ¡Tiene hambre, eso es todo! ¡No puede haceros daño!

Dominados por el pánico, los brazos largos y flacos de la niña se aferraron al cuello de

Kahlan, como si fuesen una raíz solitaria colgando en el borde de un precipicio. Si Kahlan hubiese podido matar a las Hermanas en aquel momento, lo habría hecho, pero en su lugar no hizo más que escudar a la niña; sabía que si intentaba pelear contra ellas, las Hermanas la apartarían para tomar represalias y entonces no podría protegerla. Eso era lo máximo que Kahlan podía hacer por la niña.

Una vez más, la hermana Ulicia golpeó a Kahlan en la espalda. Kahlan apretó los dientes para resistir el dolor. Una y otra vez la mujer le asestó golpes con la vara.

—¡Suelta a la mocosa! —aulló la hermana Ulicia mientras golpeaba a Kahlan.

La niña jadeaba, aterrada.

—No pasa nada —consiguió decir Kahlan entre boqueadas—. Te protegeré. Lo prometo.

La jovencita le musitó un «gracias» al oído.

Además de su desesperado deseo de proteger a una criatura inocente como aquélla, Kahlan deseaba con desesperación no perder su conexión con el mundo. La niña sabía que Kahlan existía. Podía verla, oírla, recordarla. Kahlan necesitaba aquel cabo salvavidas que la devolvía al mundo de las personas.

La hermana Ulicia dio una zancada para acercarse más a la vez que lanzaba nuevos golpes sobre Kahlan, poniendo todas sus energías en la paliza. Kahlan sabía que estaba en graves problemas, pero no iba a permitir que hicieran daño a esa niña como habían hecho con la última. La niña no había hecho nada para merecer lo que Kahlan sabía que le harían.

—¿Cómo te atreves...?

—Si deseáis matar a alguien —chilló Kahlan a la hermana Ulicia—, entonces matadme, ¡pero dejadla en paz! No es ninguna amenaza para vosotras.

La hermana Ulicia pareció contentarse con hacer justo eso, gruñendo por el esfuerzo de apalear a Kahlan, golpeando una y otra vez frenéticamente. Kahlan empezaba a sentirse mareada por el dolor, pero no quiso moverse, para impedir que la Hermana llegara hasta la muchacha.

La jovencita se ocultaba bajo la protección del cuerpo más grande de Kahlan, chillando asustada, no por lo que las Hermanas podrían hacerle, sino angustiada por lo que le hacían a su protectora. La vara emitió un sonido escalofriante al golpear la parte posterior del cráneo de Kahlan. Dejó a ésta casi sin sentido, pero con todo, no soltó a la muchacha. La sangre le apelmazó el pelo y le corrió por el rostro.

Y entonces la vara se rompió contra la espalda de Kahlan. El pedazo más grande salió despedido al interior de la noche, y la hermana Ulicia se quedó, jadeando, ciega de ira, sosteniendo el fragmento inútil. Kahlan supuso que la matarían, pero ya no le importaba. No existía posibilidad de escapar. No existía futuro para ella. Si no podía pelear por la vida de una muchacha inocente, entonces la vida no tenía ningún valor.

—Ulicia —susurró Armina al tiempo que agarraba la muñeca de la Hermana—. Ella ve a Kahlan. Igual que aquel hombre en la posada.

La hermana Ulicia contempló fijamente a su compañera, aparentemente sobresaltada por la idea.

La hermana Armina enarcó una ceja.

—Es necesario que averigüemos qué está pasando.

La hermana Cecilia, con una siniestra mirada iracunda crispándole las facciones, no habiendo oído lo que la hermana Armina había dicho, se acercó más y se alzó amenazadora ante Kahlan.

—¿Cómo te atreves a desafiar a una Hermana? Vamos a despellejar viva a esta mocosa y haremos que lo contemples todo para darte una lección.

— ¿Hermana? —preguntó la niña—. ¿Son todas ustedes hermanas?

La noche pareció de improviso increíblemente silenciosa. El mundo de Kahlan daba vueltas asquerosamente. Cada vez que respiraba sentía como cuchillos retorciéndosele entre las costillas. Lágrimas producidas por el dolor de los golpes le corrían por la cara. No podía dejar de temblar, pero con todo se negaba a abandonar a la niña.

La hermana Ulicia arrojó el extremo de la vara rota a un lado.

—Somos Hermanas. ¿Qué pasa? —preguntó con suspicacia.

—Tovi me dijo que estuviera atenta a vuestra llegada, aunque a mí no me parece que tengáis mucho aspecto de ser hermanas de Tovi.

Todas se quedaron inmóviles.

— ¿Tovi? —preguntó la hermana Ulicia con cautela.

La niña asintió. Echó un vistazo más allá del hombro de Kahlan.

—Es una mujer más vieja. Es grande, más grande que cualquiera de ustedes y, en realidad, no parece que sea su hermana, pero me dijo que saliera y esperara la llegada de sus hermanas. Dijo que a las tres las acompañaba otra mujer.

— ¿Y por qué una niña como tú tendría que aceptar hacer lo que Tovi pedía?

La niña se apartó los oscuros cabellos de la cara. Vaciló, luego respondió:

—Tiene cautivo a mi abuelo. Dijo que si no hacía lo que decía, lo mataría.

Ulicia sonrió del modo en que Kahlan imaginaba que sonreiría una serpiente, si una serpiente pudiese sonreír.

—Vaya, vaya, supongo que realmente conoces a Tovi. ¿Dónde está, pues?

Kahlan se incorporó sobre un brazo. La niña señaló en dirección al promontorio.

—Allí. Está en un lugar donde hay libros viejos. Hizo que le mostrara dónde estaban guardados los libros. Me dijo que las guiara hasta ella.

La hermana Ulicia compartió una mirada con las otras dos.

—A lo mejor ha localizado ya el emplazamiento principal de Caska.

La hermana Armina lanzó una risotada de alivio mientras daba una jovial palmada a la hermana Cecilia en el hombro. La hermana Cecilia le devolvió el gesto.

— ¿A qué distancia está? —preguntó la hermana Ulicia.

—Harán falta dos días completos, a lo mejor tres, si partimos con las primeras luces del día.

La hermana Ulicia escrutó la oscuridad por un momento.

—Dos o tres días... —Se dio la vuelta—. ¿Cómo te llamas?

—Jillian.

La hermana Ulicia pateó a Kahlan en el costado, y el inesperado golpe la hizo rodar fuera de la niña.

—Bien, Jillian, puedes usar el saco de dormir de Kahlan. No va a necesitarlo. Va a permanecer de pie toda la noche como castigo.

—Por favor —dijo Jillian a la vez que posaba una mano sobre el brazo de Kahlan—, de no ser por ella, estarían sin un guía al lugar donde está Tovi. Por favor no la castigue. Les hizo un favor.

La hermana Ulicia lo consideró durante un momento.

—Te diré lo que haremos, Jillian. Puesto que has hablado a favor de nuestra desobediente esclava, permitiré que te asegures de que no se sienta durante la noche. Si nos desobedece, le daré tal paliza que la dejaré con una dolorosa cojera de por vida. Pero tú puedes impedir eso asegurándote de que permanece de pie toda la noche. ¿Qué te parece eso?

Jillian tragó saliva, pero no respondió.

La hermana Ulicia agarró a Kahlan por el pelo y tiró de ella para ponerla en pie.

—Asegúrate de que permanece de pie, o lo que le hagamos será culpa tuya por no asegurarte de que hacía lo que se le dijo. ¿Comprendido?

Jillian, con los ojos muy abiertos, asintió.

La hermana Ulicia mostró una sonrisa maliciosa.

—Bien. —Se volvió hacia las otras dos—. Vamos. Durmamos un poco.

Una vez que se hubieron ido, Kahlan posó con delicadeza una mano en la cabeza de la niña sentada a sus pies.

—Me alegro de conocerte, Jillian —susurró para que las Hermanas no la oyeran.

Jillian le sonrió alzando la cabeza, y susurró:

—Gracias por protegerme. Cumpliste tu promesa. —Tomó con cuidado la mano de Kahlan y se la llevó a la mejilla—. Eres la persona más valiente que he visto desde Richard.

— ¿Richard?

—Richard Rahl. Estuvo aquí. Salvó a mi abuelo, la otra vez, pero ahora...

La voz de Jillian se apagó mientras apartaba los ojos de la mirada de Kahlan. Ésta le acarició la cabeza, con la esperanza de reconfortar su pena. Hizo una seña, indicando con la barbilla.

—Mete la mano en esa alforja, la de ahí, Jillian, y coge algo de comer. —Temblaba de dolor, y deseaba muchísimo tumbarse, pero Kahlan sabía que la hermana Ulicia no las había amenazado en vano—. ¿Luego si quisieras, por favor... simplemente pasar la noche sentada a mi lado? Me iría bien tener una amiga esta noche.

Jillian le sonrió. Y a Kahlan le emocionó ver una sonrisa tan sincera.

—Por la mañana otro amigo se reunirá con nosotras. —Cuando Kahlan frunció levemente la frente, Jillian señaló al cielo—. Tengo un cuervo, llamado *Lokey*. Cuando sea de día vendrá y nos distraerá con algunos de sus trucos.

Kahlan sonrió ante la idea de tener a un cuervo por amigo. La niña apretó la mano de Kahlan.

—No te dejaré esta noche, Kahlan. Lo prometo.

A pesar del dolor atroz que sentía, a pesar de lo sombrío que parecía su futuro, Kahlan estaba jubilosa. Jillian estaba viva. Kahlan acababa de ganar su primera batalla, y ese logro era estimulante.

Capítulo 24

Mientras caminaba entre los soldados allí reunidos, Richard respondía a sus saludos con una sonrisa y un movimiento de cabeza. No estaba de humor para sonreír, pero temía que lo malinterpretarían si no lo hacía. Tenían los ojos llenos de expectativas y esperanzas mientras lo contemplaban pasar entre ellos. Muchos permanecían de pie en silencio con un puño sobre el corazón, no tan sólo como saludo sino en un gesto de orgullo. Richard no podía de ningún modo explicar a cada uno de aquellos hombres las cosas horripilantes que Shota le había mostrado, y por lo tanto sonreía tan afectuosamente como le era posible. Más allá del campamento, parpadeaban los relámpagos en el horizonte. Incluso por encima de los sonidos de la vida de campamento, de los miles de hombres y caballos, del martilleo de los herreros, del descargar de suministros, de la distribución de provisiones, de las órdenes que se gritaban, Richard podía oír el retumbo de la tormenta discurriendo por las llanuras Azrith. Nubes de tormenta reunían una creciente carga de sombras negras. De vez en cuando, violentas ráfagas que alzaban banderas y gallardetes alteraban el aire inmóvil y húmedo. Casi tan pronto como llegaba, el viento se desvanecía bruscamente, como una

avanzadilla que se replegaba a toda velocidad tras haber sido informado de la tormenta que se avecinaba.

A nadie parecía importarle el amenazador cielo, no obstante. Todos querían poder echar un vistazo a Richard mientras éste recorría el campamento. Hubo un tiempo en que aquel mismo ejército estaba resuelto a matarle o capturarlo; pero eso fue antes de que Richard se convirtiese en el lord Rahl.

Una vez que hubo asumido esa responsabilidad, había dado a aquellos hombres la oportunidad de defender una causa digna, en lugar de portar las armas al servicio de la tiranía. Había habido algunos que habían acogido aquella oferta con un odio manifiesto y se habían pasado a la causa de la Orden y asolado el territorio con brutalidad ciega, buscando exterminar la idea de que cualquier hombre tenía derecho a su propia vida.

Pero el resto de ellos, la mayoría de hecho, no tan sólo habían aceptado el desafío de Richard, lo habían abrazado con una clase de fervor que sólo podían mostrar hombres que habían vivido bajo la represión. Aquellos hombres, los primeros en generaciones a los que se ofrecía libertad real, captaron verdaderamente lo que significaba ésta para sus vidas y se aferraron a la oportunidad de vivir en la clase de mundo que Richard les había mostrado que era posible. No existía mayor regalo que aquellos hombres pudieran hacer a sus familias y seres queridos que esa oportunidad de vivir la vida en libertad. Muchos habían muerto en tal noble esfuerzo.

De un modo muy parecido a como lo hacían las mord-sith, esos hombres lo seguían ahora porque elegían hacerlo, no porque les obligasen a ello. Cuando le llamaban «lord Rahl», el nombre tenía un significado para ellos que no había tenido nunca antes.

Pero esos hombres se enfrentaban ahora al afilado acero que blandía una creencia que decía que ellos y sus seres queridos no tenían derecho a sus propias vidas. Richard no ponía en duda el ánimo de esos hombres, pero sabía que no podían vencer en una batalla contra el ingente número de invasores de la Orden Imperial. En este día precisamente, tenía que ser el lord Rahl. Si había de existir un futuro que valiera la pena vivir, Richard tenía que ser el lord Rahl en el sentido más puro de la palabra, el lord Rahl a quien importaban aquellos a los que mandaba. Tenía que hacerles ver lo que él veía.

Verna, andando deprisa junto a él, apretó la mano que tenía cerrada sobre su brazo mientras se inclinaba un poco más cerca.

—No puedes imaginar cómo les eleva el ánimo verte antes de la batalla a la que se enfrentarán, Richard, la batalla que las profecías han estado prediciendo durante miles de años. No puedes ni imaginarlo.

Richard dudó que los hombres pudieran imaginar lo que estaba a punto de pedirles.

Echó una veloz mirada en dirección a la sonrisa de Verna.

—Lo sé, Prelada.

Debido a que avanzaban a un ritmo constante hacia el sur para ir al encuentro de la amenaza de la Orden Imperial, la cabalgada desde el Palacio del Pueblo para alcanzarles había requerido bastante más tiempo que la última vez que había ido a ver a aquellos soldados. Una vez que la Orden penetrara en D'Hara, este ejército era todo lo que se alzaba contra ellos. Estos hombres eran la última esperanza del Imperio d'haraniano. Eso era lo que estaban llamados a hacer, su deber.

Y Richard sabía sin la menor duda que perderían esa batalla.

La tarea que tenía ante él era convencerlos de la certeza de su inminente derrota y muerte.

Cara y Nicci, justo detrás de él, andaban prácticamente pisándole los talones. El no creía que necesitasen estar tan cerca para protegerlo, pero también sabía que no era probable que

ninguna de ambas aceptara su opinión al respecto. Cuando echó una ojeada atrás, Nicci le dedicó una sonrisa tensa.

Se preguntó qué diría ella una vez que oyera lo que él estaba a punto de contar a los soldados. Supuso que comprendería. De todos aquellos que oírían lo que tenía que decir, ella era la única persona que creía que lo comprendería. De hecho, contaba con ello. Su comprensión y respaldo eran en ocasiones lo único que hacía que siguiese adelante. Había momentos en que había estado dispuesto a rendirse y Nicci le había proporcionado la energía para proseguir.

Richard sabía que Cara, por otra parte, se alegraría de lo que iba a decir, aunque fuese por motivos totalmente distintos.

Aunque Cara tenía un aspecto tan torvo como siempre, como si fuera a matar a todo el ejército en el caso de que repentinamente decidieran atacar a Richard, él podía darse cuenta por el modo en que sus dedos toqueteaban una costura de su traje de cuero rojo que estaba ansiosa por ver al general Meiffert —a Benjamín— otra vez. Desde la última vez que habían estado allí, ella se mostraba menos reticente a mostrar sus sentimientos por el apuesto general d'haraniano. Richard sospechaba que Nicci tenía algo que ver con ello. Abrumado como se sentía por un mundo que parecía estarse desplomando a su alrededor, lo satisfacía que una mord-sith pudiera llegar a tener tales sentimientos, y aún más que finalmente estuviese dispuesta a demostrarlos. Era la confirmación de que, más allá del adiestramiento brutal de aquellas mujeres, éstas tenían deseos y aspiraciones largo tiempo reprimidos que no se habían marchitado y muerto, y que la auténtica persona que había dentro podía volver a florecer, era como hallar una hermosa flor en un inmenso páramo. A medida que pasaba junto a hileras de tiendas, carromatos, caballos estacados, puestos de herreros y zonas de aprovisionamiento, Richard podía ver a hombres acercándose desde todas direcciones, que abandonaban sus tareas vespertinas de cuidar de animales, reparar equipos, ocuparse de los suministros, cocinar y alzar aún más tiendas. Una veloz mirada a las espesas nubes le dijo que les convendría acabar de montar las tiendas.

Divisó al general Meiffert en medio de una multitud de uniformes oscuros. Se alzaba muy tieso entre oficiales en el exterior de una gran zona de mando. Al mirar atrás, Richard pudo ver por la sonrisa de Cara que ella también lo veía.

Los oficiales reunidos eran demasiados para caber en una tienda, así que se habían congregado en medio de una explanada. Se habían tendido toldos, sobre la zona, de modo que los oficiales estuvieran protegidos en el caso de que empezara a llover. A Richard no le pareció que eso fuese a protegerlos del viento, pero los mantendría secos en gran parte mientras se encargaban de los detalles de dirigir un ejército de aquel tamaño.

Richard se inclinó un poco hacia Verna mientras un trueno zarandeaba el suelo.

—¿Tus Hermanas estarán allí?

Verna asintió.

—Sí. Envié mensajeros a decirles que las querías allí junto con todos los oficiales. Hay unas pocas efectuando reconocimientos en zonas distantes, pero el resto estará ahí.

—Lord Rahl —lo saludó el general Meiffert a la vez que se llevaba un puño al corazón.

Richard inclinó la cabeza.

—General. Me alegro de verlo bien. Los hombres tienen un aspecto magnífico, como siempre.

—Gracias, lord Rahl —Sus ojos azules contemplaban ya a Cara, y le dedicó una inclinación desde la cintura—. Ama Cara.

Cara sonrió.

—Eres una grata visión para mis ojos, Benjamín.

De no haber estado Richard tan angustiado por las cosas que lo habían llevado allí, le habría proporcionado un gran placer verles mirarse a los ojos. Recordó haber mirado a Kahlan de ese modo, recordó su felicidad al verla.

El capitán Zimmer, con su armadura de cuero moldeado acentuando su poderosa musculatura, estaba a poca distancia del general. Algunos de los otros oficiales, en uniformes parecidos, aunque menos sencillos, aguardaban cerca, en un grupo, mientras que la mayoría estaban ya reunidos bajo el toldo, conversando en tono serio. Todos callaron y se volvieron para recibir a lord Rahl, el gobernante del Imperio d'haraniano. Richard no tenía tiempo para cumplidos, de modo que fue directamente al grano.

—¿Están todos los oficiales aquí, general? —preguntó Richard. El aludido asintió.

—Sí, lord Rahl. Todos los que estaban en el campamento, al menos. Hay algunos de patrulla. De haber sabido de vuestra llegada y deseos, los habría llamado de vuelta. Si lo deseáis, les enviaré un mensaje de inmediato para que regresen.

Richard alzó una mano para atajar tal sugerencia.

—No, no es necesario. Siempre y cuando la mayoría de ellos estén reunidos aquí, servirá. Al resto se les puede informar más tarde.

Había demasiados soldados en el campamento para que a Richard le pudieran oír todos ellos, así que su intención era hablar en detalle a los oficiales, y luego hacer que transmitieran la información entre la tropa. Había suficientes oficiales reunidos para poder llevar a cabo esa tarea.

El general, de un modo informal pero claramente autoritario, hizo una seña a los reclutas que rodeaban la zona de mando, observando el acontecimiento. Éstos empezaron a dispersarse al instante, regresando a sus trabajos.

El general Meiffert alargó un brazo, invitando a Richard y a su escolta a entrar en la zona resguardada. Richard miró primero al cielo, calculando que había muchas posibilidades de que la lluvia empezara a caer pronto y con ganas. Bajo la extensa lona, había cientos de hombres apiñados. Richard se golpeó el corazón con el puño, devolviendo el colectivo golpe sordo de sus vehementes saludos.

—Estoy aquí hoy —empezó a decir al tiempo que escrutaba todos los ojos que lo observaban— por la más grave de las cuestiones... la inminente batalla final con el ejército de la Orden Imperial.

»No debe existir confusión sobre lo que voy a decir. Necesito que cada uno de vosotros comprenda lo que está en juego, lo que os voy a pedir, y por qué. Nos jugamos nuestras vidas. No os ocultaré nada y responderé con sinceridad y lo mejor que pueda a cualquier cosa que queráis saber. Por favor, no tengáis reparos en hacer vuestras preguntas, en expresar vuestras objeciones, o incluso en discrepar de ciertos puntos a medida que expongo lo que he decidido. Valoro vuestros amplios conocimientos y habilidades. Confío en vuestra capacidad y experiencia.

»Pero he tenido que sopesar y considerar cuestiones que están fuera de vuestro ámbito y, tras ello, he tomado mi decisión. Puedo darme cuenta de que, al no tener tal información, puede que no comprendáis del todo mi razonamiento, así que haré todo lo posible por explicarlo, pero no habrá disenso respecto a mi conclusión.

La voz de Richard adoptó un tono de total determinación.

—Seguiréis mis órdenes.

Todos los hombres intercambiaron miradas. Era la orden más severa que Richard les había dado jamás.

En el silencio de la tarde, Richard empezó a pasear lentamente de un lado a otro, escogiendo las palabras con cuidado. Finalmente, indicó con un ademán al gran número de personas que tenía delante.

—Como oficiales, como hombres al mando, ¿qué os preocupa más?

Tras un momento de confundido silencio, un oficial habló:

—Supongo que todos pensamos en lo que ya habéis mencionado, lord Rahl: la batalla final.

—Así es, la batalla final —dijo Richard a la vez que se detenía—. Es lo que todos pensamos, que todo se reducirá a ese momento definitivo, el clímax de los esfuerzos de todos, y que habrá una magnífica batalla final que lo decidirá todo: quién gana, quién pierde; quién gobierna, quién sirve; quién vive, quién muere. Así es como Jagang piensa también.

—No sería su líder si no lo hiciera —dijo un oficial de más edad. Se oyeron unas risitas esporádicas.

—Muy cierto —repuso Richard con voz solemne—. En especial en el caso del emperador Jagang. Su objetivo es esa batalla final y en ese enfrentamiento concluyente aplastarnos de una vez para siempre. Es un adversario muy inteligente. Ha conseguido que nos concentremos en esa batalla final. Su estrategia ha funcionado.

Las risas se habían apagado. Los hombres parecieron un tanto contrariados porque Richard concediera a aquel hombre tanto reconocimiento. A militares como aquéllos no les gustaba conceder al enemigo demasiada superioridad, no fuera a ser que sus propios hombres padecieran una mengua de valor.

Richard no tenía ningún interés en hacer que Jagang pareciese una amenaza menor de la que era. Más bien al contrario; quería dar a aquellos hombres una visión precisa de a qué se enfrentaban, y las auténticas dimensiones de la amenaza.

—Jagang es un fanático de un juego llamado Ja'La dh Jin. —Viendo asentir a algunos de los hombres, Richard comprendió que estaban un tanto familiarizados con el juego—. Tiene su propio equipo de Ja'La, de un modo muy parecido a como la Fraternidad de la Orden tiene su propio ejército. La preocupación primordial de Jagang, cuando envía a su equipo a jugar, es ganar en el Ja'La. Con ese fin reunió a los jugadores más fornidos y duros para que formaran parte de su equipo. No lo ve como una competición, como hacen algunos. Su intención no es simplemente salir victorioso en cualquier partido de Jala, sino aplastar al adversario.

»El equipo de Jagang perdió en una ocasión. Su solución no fue esforzarse más la siguiente vez, entrenar y preparar a sus jugadores, hacerlo mejor la siguiente vez. En su lugar consiguió otros jugadores. Creó un equipo con los hombres más grandes, fuertes y rápidos. A propósito, Jala dh Jin tiene como traducción «el juego de la vida».

»Al principio, cuando unía a los distintos reinos y tierras del Viejo Mundo en una nación, Jagang perdió batallas. Aprendió las lecciones de la vida. Se hizo con el ejército más grande y mezquino que pudo y al final unió a todo el Viejo Mundo bajo el estandarte de la Orden. Cuando se embarcó en esta guerra, a instancias de la Fraternidad de la Orden, Jagang se aseguró de que tendría a su disposición los recursos necesarios para garantizar que tendría una fuerza lo bastante numerosa para llevar a cabo la tarea. Vosotros no haríais menos.

»Jagang, de vez en cuando, todavía perdía batallas. Volvió a aprender. Se ocupó de que le proporcionaran más hombres. El resultado es que hoy posee una fuerza tan abrumadora que puede aplastar toda oposición. Sabe que ganará. Así que espera con ansia la batalla final.

»Además de eso, el emperador Jagang es un Caminante de los Sueños, un hombre con

poderes que le han sido concedidos a través de antigua magia. Usó esa habilidad para invadir las mentes de otros no sólo para obtener información, sino para controlarlos. Hoy en día, como sabéis, controla a personas con el don, Hermanas de la Luz y de las Tinieblas entre ellas. De este modo está al mando tanto de la fuerza del acero como de la magia.

—Lord Rahl —dijo uno de los oficiales de más edad, interrumpiendo el discurso y el paseo de Richard—, infravaloráis a nuestros hombres con demasiada facilidad. La mayor parte de nuestro ejército lo componen fuerzas d'haranianas y al resto los hemos adiestrado. Estos hombres saben lo que está en juego. No son reclutas novatos. Son soldados experimentados que saben luchar. Tenemos a esos soldados y a las Hermanas de la Luz, y tenemos la razón de nuestro lado.

—La Orden Imperial no está predestinada a perder simplemente porque son malvados. A la larga, el mal se revolverá sobre sí mismo, pero para nuestras vidas y las vidas de aquellos que protegemos eso es un pobre consuelo. El mal todavía puede dominar a la humanidad durante mil años, dos mil, o incluso más antes de que acabe por morir por su propio veneno.

Richard empezó a pasear otra vez mientras hablaba con gran pasión.

—Hay momentos en la historia en que las cosas podrían haber ido tanto en una dirección como en otra, de no ser por los valientes esfuerzos de algunos individuos, os lo concedo. De hecho, cuento con ello. Éste es el momento en que decidiremos cuál será nuestro futuro. Éste es el momento en que debemos hacer lo que debe hacerse, a pesar de lo doloroso que será, si nosotros y nuestros hijos hemos de tener un futuro. Nuestro futuro, el futuro de la libertad, depende de nosotros y de lo que hagamos, de si tenemos éxito o no.

—Lord Rahl —dijo el oficial de más edad con firmeza—, los hombres saben que estamos contra la pared. Pelearán, si es eso lo que sugerís.

Richard comprendió que no estaban comprendiendo adónde quería llegar. Paró y se colocó frente a ellos al tiempo que entrelazaba las manos a la espalda. En lo más profundo de su mente podía ver la espectral imagen que Shota le había mostrado del sangriento final de todo aquello. Era como un peso intentando arrastrarlo hacia el fondo.

Finalmente dijo:

—Siempre he dicho que no puedo ser quien nos lidere en la batalla final con la Orden, o perderíamos. Han sucedido cosas desde la última vez que estuve con vosotros que me hacen creer eso ahora más que nunca.

Muestras de descontento igualaron los retumbos de los truenos que sacudían los cielos de la tarde. Antes de que pudieran objetar, Richard prosiguió:

—El ejército de la Orden va a empezar muy pronto a avanzar al interior de D'Hara subiendo desde el sur en su camino hacia el Palacio del Pueblo. Vosotros iréis hacia el sur para ir a su encuentro. Ellos lo saben. Esperan eso. Quieren eso. Marchamos según las órdenes de Jagang. Controla nuestras tácticas. Nos está atrayendo a una batalla que sabe que no podemos ganar y que él no puede perder.

Estallaron voces de protesta, todas gritando que el futuro no estaba fijado, que podían vencer.

Richard alzó una mano para detener las voces.

—Si bien el futuro no está fijado, la realidad es la que es. Como soldados planeáis vuestras tácticas de acuerdo con lo que sabéis, no con lo que deseáis.

»Incluso si por algún milagro somos capaces de ganar esa batalla que se avecina, no resultará tan decisiva. Tal batalla acabaría siendo simplemente un combate más que ganaríamos a un gran coste, y la Orden se limitaría a volver a atacarnos con una fuerza aún

mayor. Incluso aunque ganásemos la inminente batalla... algo que sé que no podemos hacer... tendríamos luego que librar otra batalla contra aún más hombres, y luego otra.

» ¿Por qué? Porque cada vez que peleamos contra ellos perdemos hombres y nos debilitamos más. Tenemos pocas reservas a las que recurrir. Cada vez que Jagang los necesita, obtiene un flujo constante de refuerzos casi ilimitados y no hace más que fortalecerse.

»Perderíamos al final por una razón muy simple: ninguna guerra se gana jamás luchando a la defensiva. Si bien una batalla defensiva se puede ganar, una guerra no se puede ganar así.

—Así pues —preguntó un oficial—, ¿qué proponéis? ¿Qué hagamos un llamamiento a la paz?

Richard rechazó la idea con un gesto despreocupado, aunque irritado.

—La Orden no nos concedería unas negociaciones de paz. Quizá hace mucho, al principio, habrían aceptado nuestra rendición, nos habrían permitido inclinarnos y besarles las botas, nos habrían permitido colocarnos las cadenas de la esclavitud, pero no ahora. Ahora quieren únicamente una victoria obtenida a costa de nuestra sangre. Pero ¿qué diferencia supondría eso? En cualquier caso, el resultado final sería el mismo: el asesinato y sometimiento de nuestra gente. Cómo perdamos, en su mayor parte, es irrelevante.

Rendición o derrota acaban con el mismo resultado. De un modo u otro todo se pierde.

—Entonces... ¿qué? —tartamudeó el hombre con voz acalorada—. ¿Debemos seguir peleando hasta que finalmente nos maten o capturen?

Todos miraron atónitos al oficial de rostro enrojecido que había hablado. Eran militares que habían combatido a la Orden durante mucho tiempo, que no escuchaban nada que no supiesen ya. Y, sin embargo, combatir a los invasores era todo lo que podían hacer. Era su deber. Era la única cosa que sabían.

Richard se volvió y estudió a Cara. Allí, de pie, con su traje de cuero rojo, los pies separados, las manos entrelazadas a la espalda, parecía como si creyera que podía enfrentarse a la Orden ella sola.

Richard indicó con la mano a la mujer que estaba junto a Cara.

—Nicci, aquí presente, en una ocasión sirvió a su lado. —Cuando oyó susurros sobre que había un enemigo entre ellos, añadió—: De un modo muy parecido a como todos vosotros estuvisteis en una ocasión al servicio de la tiranía cuando servíais a Rahl el Oscuro, y algunos de vosotros incluso a su padre, Panis Rahl. No teníais elección. A Rahl el Oscuro no le importaba lo que vosotros queríais hacer con vuestras vidas. Únicamente le importaba que siguieseis sus órdenes. Al daros a elegir, os comprometéis con nuestra causa. Nicci también lo ha hecho.

»Los hombres de la Orden son diferentes. Vosotros combatíais porque os obligaban bajo amenaza de violencia o incluso de muerte. Ellos combaten porque creen en una causa. Ansían combatir.

»Puesto que estuvo allí, con Jagang, Nicci posee información de primera mano. Ha visto cosas que os pueden ayudar a poner las cosas en perspectiva.

Volvió a girarse hacia Nicci. Ésta parecía una estatua, la piel tersa y clara, los cabellos rubios cayendo sobre los hombros. No había nada en su rostro, en su figura, que Richard hubiese cambiado de ser quien esculpiera una estatua suya. Era la imagen de la misma belleza, una que había visto una fealdad más allá de lo imaginable.

—Nicci, por favor cuenta a estos hombres lo que les sucederá si los captura la Orden Imperial.

Richard no tenía ni idea de lo que diría, de lo que sabía, pero sí sabía, en especial por las

cosas que Jebra les había contado, que la Orden sólo sentía desprecio por la vida.

—La Orden no ejecuta a sus cautivos inmediatamente.

Con una calma tremenda, Nicci se deslizó un paso más cerca de todos los oficiales, que la miraban fijamente. Aguardó junto a Richard hasta que el silencio resultó doloroso y tuvo la atención unánime de cada uno de los hombres que tenía delante.

—Primero —dijo—, cada hombre capturado es castrado.

Una colectiva exclamación de sorpresa se alzó.

—Después de eso, después de que hayan padecido sufrimientos y humillaciones insoportables, torturan a los que sigan con vida. Los que sobreviven a la tortura son ejecutados finalmente de modo brutal.

»A los que se rinden a la Orden sin pelear se les ahorra tal tratamiento. Ese es el propósito que hay tras la crueldad para con los cautivos: meter miedo a un adversario potencial de modo que se rinda sin pelear. El tratamiento que dan a los civiles de las ciudades capturadas es igual de brutal y tiene el mismo objetivo. Por lo tanto, muchas ciudades han caído en manos de la Orden sin pelear.

»Vosotros les habéis combatido largo y tendido. No se os ahorrará nada de todo ello. Si las fuerzas de Jagang os capturan, no hay esperanza para vosotros. Harán que deseéis de todo corazón no haber nacido. La muerte será vuestra única liberación.

»Tampoco es que importe. La vida bajo la Orden no es muy diferente de aguardar a la muerte. La vida bajo la Orden es una muerte lenta y extenuante. Simplemente, se tarda más en morir. El suplicio se alarga a través de los años.

»Únicamente aquellos que odian la vida, y todo lo bueno, prosperan. La Orden, de hecho, acoge y alienta a aquellos que odian los aspectos buenos de la vida. Sus enseñanzas, al fin y al cabo, están conformadas a partir de un amargo odio por lo que es bueno. El entorno que tales creencias crean es la miseria más abyecta e universal. Los que viven para odiar disfrutan con las desgracias de los otros, ya que lo que es bueno les enfurece. Si os capturan, esas personas que lo odian todo serían vuestros amos.

Todos permanecían en un anonadado silencio. En aquel silencio, Richard oyó el suave tamborileo de la lluvia sobre el toldo tendido sobre sus cabezas. La tormenta pasaba sobre ellos.

Nicci siguió hablando como si tal cosa en medio del silencio:

—Los testículos fritos de sus enemigos son un majar muy valorado por los soldados de la Orden Imperial. Las personas que siguen al campamento se dedican a registrar el campo de batalla tras la lucha, buscando botín, y cualquier herido al que puedan castrar. Esas sangrientas prendas recolectadas de un enemigo vivo son un producto valioso y muy codiciado durante la orgía de alcohol con que se celebra una victoria. Los soldados creen que tal exquisitez les proporciona fuerza y virilidad. Después, vuelven su atención a las mujeres cautivas.

Richard se pellizcó el caballete de la nariz.

—¿Algo más?

Nicci enarcó una ceja.

—¿No es eso suficiente?

Richard lanzó un suspiro y dejó caer la mano.

—Supongo que sí.

Se volvió hacia los oficiales.

—La sencilla verdad es que no hay modo de que ganéis la batalla que se avecina. Vais a perder.

Inspiró profundamente y por fin pronunció las heréticas palabras que había venido a pronunciar:

—Por eso no habrá batalla final. No combatiremos al emperador Jagang y a su ejército de la Orden Imperial. Como lord Rahl, líder del Imperio d'haraniano, me niego a permitir tal insensato acto de autodestrucción. No peharemos contra ellos.

»En su lugar, he venido a dispersar nuestro ejército. No habrá batalla final. Jagang tendrá al Nuevo Mundo sin oposición.

Richard vio cómo las lágrimas aparecían en los ojos de muchos hombres.

Capítulo 25

Las palabras de Richard fueron recibidas como un bofetón. Un oficial furioso gritó:

—Entonces, ¿por qué pelear? Llevamos años librando esta guerra. Muchos de nuestros camaradas ya no están aquí, con nosotros, porque sacrificaron sus vidas para preservar nuestra causa y a nuestros seres queridos. Si no hay ninguna posibilidad, si simplemente vamos a perder al final, entonces, ¿por qué nos hemos molestado en pelear? ¿Por qué tendríamos que molestarnos en proseguir con esta lucha?

Richard sonrió amargamente.

—Ésa es la cuestión.

—¿Qué cuestión? —gruñó el hombre.

—Si la gente no ve ninguna posibilidad de triunfar, ninguna posibilidad de ganar, y ve en su lugar que sólo tiene ante sí ruina y muerte, entonces empieza a perder la voluntad de pelear. Si ven que no tienen ninguna posibilidad de extender sus creencias, que se enfrentan sólo a la muerte si continúan intentando hacer eso, empezarán a no querer saber nada de una guerra así.

Aquel hombre no hizo otra cosa que enfurecerse más, como les sucedía a muchos de los otros oficiales.

—¿Así que nos estáis diciendo que nos olvidemos de la guerra? ¿Qué no podemos vencer contra la Orden? ¿Qué, puesto que no podemos vencer, no hay nada por lo que pelear?

Richard entrelazó las manos a la espalda a la vez que alzaba la barbilla con determinación. Aguardó hasta estar seguro de contar con la atención de todos.

—No. Os digo que quiero hacer que la gente del Viejo Mundo se sienta así.

Los hombres fruncieron los entrecejos con desconcierto, mascullando preguntas entre ellos, pero se calmaron rápidamente cuando Richard siguió diciendo:

—Jagang trae a su ejército al interior de D'Hara. Quiere enfrentarse a nosotros en combate.

¿Por qué? Porque cree que nos puede derrotar. Yo creo que tiene razón. No creo que os falte valentía, adiestramiento, fuerza o habilidad, sino simplemente sé lo vastos que son sus recursos. Pasé un tiempo en el Viejo Mundo. Sé el lugar tan inmenso que es. Hasta cierto punto, porque he viajado a través del Viejo Mundo, sé cuánta gente tienen, cuánto ganado, cosechas y otros activos. He visto cosas a una escala que no había visto nunca antes. Tienen reservas que no podéis ni imaginar.

»Jagang ha reunido una fuerza enorme de salvajes que están consagrados a sus creencias.

Tienen la intención de aplastar a todo el mundo y a todo lo que se les oponga. Anhelan ser conquistadores, extender su fe. A Jagang se le ha proporcionado todo lo que su experiencia le dice que necesitará, y luego lo ha doblado. Y sólo para asegurarse, luego lo volvió a doblar.

»Jagang no tiene empachos morales en librar una guerra sin emplear más efectivos de los

que posee el enemigo... no aplica la equidad en el combate. No le interesa un combate igualado... ni tendría por qué. Únicamente le interesa sojuzgarnos. Ésa es su tarea.

»Con ese fin, quieren que nos defendamos desde la posición en que somos más vulnerables, que luchemos allí donde estamos en peor situación: en el campo de batalla, en una batalla tradicional. Ahí han ido dedicados los esfuerzos de Jagang. Quieren enfrentarse a nosotros de ese modo porque no tenemos la menor posibilidad de ganar a una fuerza tan grande. Sencillamente, no hay modo de que tengamos efectivos suficientes para vencer. Entonces nos aplastarán.

»Después, celebrarán su gran victoria... como si se hubiese dudado alguna vez de ese logro... friendo todos vuestros testículos y a continuación en una orgía de alcohol ¡violarán a vuestras esposas, hermanas e hijas!

Richard se inclinó hacia los hombres y se golpeó la sien con un dedo.

— ¡Pensad! ¿Estáis tan absorbidos por el concepto de una batalla final tradicional que habéis olvidado su propósito? ¿Estáis colocando la costumbre por delante de la razón? La única razón para tal batalla es vencer al enemigo, zanjar el asunto de una vez por todas. Ese concepto de batalla final ha evolucionado hasta ser considerado como el modo en que debe de hacerse, porque es el modo en que siempre se ha hecho.

»Dejad de estar atados inútilmente a esa idea. Pensad. Dejad de estar cegados por lo que habéis hecho antes. Dejad de lanzaros a vuestras propias tumbas como si fuera lo acostumbrado. Pensad... *pensad*... en cómo conseguir nuestro objetivo.

— ¿Lo que queréis decir es que tenéis una idea mejor que pelear contra ellos? —preguntó un oficial más joven que, como la mayoría, parecía perplejo.

Richard tomó aire en un esfuerzo por controlar su genio. Bajó la voz y paseó la mirada por todos aquellos rostros serios mientras proseguía:

—Sí. En lugar de hacer lo que se espera y arrojarnos a una batalla final, quiero destruirles. Eso es, después de todo, el objetivo fundamental de una magnífica batalla. Si tal batalla no va a cumplir ese objetivo, entonces tenemos que hallar otro modo.

»A diferencia de aquellos que pelean por las creencias de la Orden, ninguno de nosotros necesita alardear de una victoria gloriosa en el campo de batalla. No hay gloria en tales cosas. Simplemente hay éxito o fracaso. El fracaso significa una nueva edad oscura. El éxito significa vivir libres. La civilización pende de un hilo. Es así de simple.

»No existe un campo de batalla definido en una lucha como ésta, por la vida; una lucha por nuestra propia supervivencia contra hombres impulsados por el deseo de asesinarlos, porque creen que no tenemos derecho a existir. Una lucha así no es una batalla por una parcela de tierra, una guerra por un territorio, sino que tiene su base en las mentes de las personas, se fundamenta en las ideas que la motivan.

»A nuestros seres queridos no les beneficiará gran cosa una victoria en un campo de batalla. Únicamente, les beneficiará que vencamos en esta lucha de ideas.

El general Meiffert alzó finalmente una mano para hablar.

—Lord Rahl, ¿si no es enfrentándonos a ellos en combate, entonces cómo proponéis que llevemos a cabo tal tarea contra un adversario que acabáis de explicar que de tan vasto es imbatible? Al fin y al cabo, aunque los impulsan sus creencias, es con sus espadas con quienes tenemos que vérnoslas.

Los hombres asintieron, contentos de que su general hubiese hecho la pregunta que todos tenían en la mente. También era una pregunta que Richard había estado esperando. Había desalentado su esperanza de una victoria en una batalla tradicional echando por tierra su forma de pensar. Ahora tenía que mostrarles cómo ganar la guerra.

Mientras el tamborileo de la lluvia sobre la lona aumentaba, Richard, con las manos entrelazadas a la espalda, estudió todos los rostros que lo observaban.

—Debéis ser el trueno y el rayo de la libertad. Debéis ser la venganza desatada sobre unas personas que no sólo han permitido que el mal habite en sus corazones, sino que lo han autorizado y alimentado.

»Debemos librar la guerra a nuestro modo. Debemos librarla basándonos en lo que es en realidad; no con ejércitos en un campo de batalla actuando como sustitutos de ideas, sino como una guerra por el futuro de la humanidad.

»Como tal, es una guerra en la que el Viejo Mundo está completamente comprometido, en la que todos los que están de su lado están entregados a la lucha. *Creen* en lo que hacen. Creen que tienen la razón de su lado, que actúan moralmente, que llevan a cabo los deseos del Creador, y que, por lo tanto, tienen una justificación para asesinar a quienquiera que deseen a fin de definir cómo vivirá la humanidad.

»Todos están invirtiendo sus propiedades, su trabajo, su riqueza y sus vidas en la contienda. Su gente... no tan sólo su ejército... quiere subyugarnos y hacer que nos dobleguemos a sus creencias. Quieren que seamos esclavos de su fe, tal y como ellos lo son. Alientan a su ejército a atacar a inocentes aquí, en el Nuevo Mundo, con el fin de obligarnos a aceptar sus creencias. Quieren que nosotros, como seguidores de la misma fe que ellos, sacrifiquemos nuestras vidas a esa fe, que vivamos las vidas que desean que vivamos, dictar lo que nuestros hijos creerán... por la fuerza si es necesario.

»Todas las personas que creen en las prácticas de la Orden, que contribuyen, que trabajan, que rezan para que sus soldados nos aplasten, son parte de su esfuerzo bélico. Cada una de esas personas añade algo a la causa. Como tales, son nuestro enemigo tanto como los soldados que blanden las espadas por ellos. Son los que alimentan sus espadas con reemplazo de hombres y todo lo que necesitan para venir a por nosotros, desde comida a apoyo moral.

Richard señaló al sur.

—De hecho, esas personas que hacen posible esta guerra son tal vez un enemigo mayor porque cada una hace todo lo que puede para hacernos daño desde lejos, que odia por elección, que cree que el hecho de obligarnos a acatar su voluntad no les acarrea consecuencias.

»Lo obtenido con los saqueos va a ellos como recompensa por su apoyo. Obtienen esclavos para trabajar. Sus demandas de fe se imponen a base de sangre y lágrimas.

»Esas personas han elegido pensar que tienen un derecho sobre nuestras vidas, han elegido hacer cualquier cosa que sea necesaria para gobernarnos. Las elecciones que han hecho deben tener consecuencias, en especial cuando sus elecciones arruinan las vidas de otros que no les han hecho ningún daño.

Richard abrió las manos.

—¿Y cómo vamos a llevar a cabo eso?

Cerró los puños.

—Debemos llevar esta guerra a las personas que la respaldan y animan. No deben ser solamente las vidas de nuestros amigos, nuestras familias, nuestros seres queridos, las que sean arrojadas al sangriento caldero que esas personas del Viejo Mundo alimentan. Ahora deben ser también sus vidas.

»Ellos ven esto como una lucha por el futuro de la humanidad. Pienso encargarme de que lo sea. Quiero que comprendan a la perfección que si ellos pretenden asesinarnos y sojuzgarnos... cualquiera que sea la razón..., habrá consecuencias.

»Desde este día en adelante, libraremos una guerra auténtica, una guerra total, una guerra inmisericorde. No nos impondremos normas sin sentido sobre lo que es «justo». Nuestro único mandato es vencer. Es el único modo en que nosotros, nuestros seres queridos y nuestra libertad, sobrevivirán. Quiero que cualquier partidario de la Orden pague el precio de su agresión. Quiero que paguen con sus fortunas, su futuro, sus propias vidas.

»Ha llegado el momento de ir tras esas personas con una fría y negra cólera en nuestros corazones.

Richard alzó un puño.

— ¡De aplastar su huesos hasta convertirlos en sangre y polvo!

Hubo un momento de silencio mientras todo el mundo inhalaba a la vez y luego estalló una aclamación atronadora, como si todos hubiesen sabido sin admitirlo que no tenían ninguna posibilidad de tener éxito y estaban condenados a enfrentarse sólo a la muerte y el fracaso al final, pero ahora les hubiesen mostrado que había un modo de vencer. Había, por fin, una auténtica posibilidad de salvar sus hogares y seres queridos, de salvar el futuro.

Richard permitió que el júbilo se prolongara durante un tiempo, luego alzó una mano para hacer que lo escucharan mientras seguía hablando:

—El ejército de la Orden tiene el respaldo de las gentes de su tierra natal. Los soldados de la Orden saben que sus familias, amigos y vecinos los respaldan. Los hombres de la Orden necesitan tener noticias de aquellos que están en el Viejo Mundo. Las noticias que quiero que reciban los hombres de la Orden son lamentos llenos de desesperanza. Quiero que sepan que sus hogares están siendo incendiados hasta los cimientos, sus ciudades y poblaciones arrasadas, sus negocios y cosechas destruidos, y que sus seres queridos se han quedado sin nada.

»La Orden predica que la vida en este mundo no es nada salvo sufrimiento. Haced que sea así. Arrancad la fina capa de civilización que ellos tanto desprecian.

Richard miró a Verna y a las mujeres que la acompañaban, Hermanas de la Luz, todas.

—Odian la magia. Haced que se sientan aterrados por ella. Creen que aquellos que poseen magia deben ser destruidos. Hacedles creer que no pueden ser destruidos. Quieren un mundo sin magia. Hacedles desear no volver a enojarnos nunca más. Quieren conquistar. Haced que no quieran otra cosa que rendirse.

Mientras los relámpagos chisporroteaban a través del lóbrego aire de la tarde, y la lluvia empujada por el viento golpeaba contra el toldo sobre sus cabezas, Richard volvió otra vez su atención a los hombres. Cuando el último crepitar del trueno se apagó, prosiguió:

—Para lograr nuestro propósito, debemos tener un plan coordinado. A tal fin, algunas de nuestras fuerzas deben dedicarse al importante objetivo de perseguir y eliminar sus convoyes de suministros. Esos convoyes son esenciales para la supervivencia de la Orden. No sólo reciben los refuerzos que necesitan, sino que esos convoyes envían un torrente continuo de suministros que les son indispensables para sobrevivir. Las fuerzas de la Orden Imperial saquean a su paso, pero no es ni con mucho suficiente para sustentarlas. Su tamaño abrumador es también su vulnerabilidad. Tenemos que negarles esas provisiones que necesitan para sobrevivir. Debemos cortar esa conexión vital. Si los soldados de la Orden Imperial mueren de hambre, estarán tan muertos como si mueren de otro modo. Cualquier soldado de la Orden que muera de hambre es uno menos del que tenemos que preocuparnos. Eso es todo lo que nos importa.

»Asimismo, los reclutas que suben desde el sur serán mucho más vulnerables, puesto que aún no se habrán unido a hombres experimentados, ni acabarán siendo una ingente cantidad de soldados. Están mal adiestrados y son poco más que matones jóvenes que marchan a

violar y saquear. Acabad con ellos antes de que vayan al norte y tengan esa posibilidad. Cada vez será más difícil alistar nuevos reclutas si se les elimina en su propio suelo. Aún mejor si son pequeñas unidades que se están reuniendo en sus propios pueblos. Llevadles la guerra. Matadlos antes de que tengan una oportunidad de hacérsela a nosotros. Si los jóvenes saben que si se ofrecen voluntarios jamás llegarán a ser héroes, jamás pondrán las manos en botines y jóvenes cautivas, y ven que no llegarán muy lejos antes de que caigan sobre ellos hombres que no pelean como esperaban, que no se lanzan a una fútil batalla final sin la menor posibilidad de vencer, su pasión por unirse a la lucha se helará. Ver los cuerpos de esos jóvenes, futuros héroes, descomponiéndose a las puertas de sus casas, ayudará a aniquilar el ánimo de los habitantes del Viejo Mundo.

Richard evaluó las miradas atentas antes de seguir adelante.

—La idea de una batalla final muere aquí, muere hoy. Hoy nos desvanecemos en el aire. Después de hoy no habrá un ejército del Imperio d'haraniano al que la Orden Imperial pueda enfrentarse en una batalla final y destruir. Quieren hacerlo, al fin y al cabo, para poder despojar a nuestra gente de nuestra protección, dejándolos expuestos y vulnerables. No vamos a permitirlo. Hoy empezamos a librar esta guerra de un modo nuevo... nuestro modo... un modo pensado racionalmente por nosotros, un modo que vencerá.

»Quiero que todo el mundo en el Viejo Mundo os tema como si fueseis espíritus vengativos. A partir de hoy os convertiréis en las legiones fantasma d'haranianas.

»Nadie sabrá dónde estáis. Nadie sabrá cuándo atacareis. Nadie sabrá dónde atacareis a continuación. Pero quiero que todos en el Viejo Mundo sepan sin la menor duda que iréis a por ellos y que atacareis como si el inframundo mismo se hubiese abierto para aniquilarlos. Quiero que teman a las legiones fantasma d'haranianas como si fueseis la misma muerte.

»Desean morir para alcanzar la gloria eterna de la otra vida... otorgadles su deseo.

Uno de los hombres situados cerca del fondo carraspeó y luego dijo:

—Lord Rahl, personas inocentes ahí abajo van a morir. No son soldados lo que atacaremos. Muchos niños van a morir.

—Sí, eso es desgraciadamente cierto, pero no dejes que un argumento traicionero, parcial y falaz obnuble tu mente o mine tu determinación. La Orden es responsable de llevar a cabo una guerra de agresión contra inocentes que no les han hecho ningún daño; incluidos mujeres y niños. Nosotros únicamente buscamos poner fin a la agresión con la mayor rapidez posible.

»Es cierto que personas inocentes, incluidos niños, resultarán heridos o muertos. ¿Qué alternativa tenemos? ¿Continuar sacrificando a buenas personas por temor a lastimar a algún inocente? Todos nosotros somos inocentes. Nuestros hijos son todos inocentes, y les están haciendo daño, ahora. El gobierno de la Orden acabará por hacer daño a todos, incluidos esos niños del Viejo Mundo. La Orden convertirá a muchos de ellos en monstruos. Muchas más personas morirán al final si la Orden vence.

»Es más, las vidas de los habitantes del Viejo Mundo no son nuestra responsabilidad, son responsabilidad de la Orden. Nosotros no iniciamos esta guerra; ellos atacaron. Nuestro único objetivo es poner fin a la guerra tan deprisa como sea posible. Éste es el único modo de hacer eso. Al final, es lo más humano que podemos hacer porque eso significará una menor pérdida de vidas.

»Siempre que sea posible, deberéis evitar hacer daño a inocentes, pero ése no es vuestro objetivo primordial. Poner fin a la guerra es vuestro objetivo. Para hacer eso, debemos destruir su capacidad para hacer la guerra. Como militares, ésa es vuestra responsabilidad.

»Defendemos nuestro derecho a existir. Si tenemos éxito, ayudaremos a muchos a vivir en

libertad a su vez. Pero no es nuestro propósito liberar a su pueblo. Si desean ser libres, pueden unirse a nosotros en nuestros esfuerzos.

»De hecho, conozco a personas en el Viejo Mundo que ya se han sublevado contra la Orden y están con nosotros en esta lucha. Un simple herrero llamado Víctor y sus fuerzas en Altur'Rang, por ejemplo, han encendido la llama de la libertad en el Viejo Mundo y están ya luchando a nuestro lado. Allí donde podáis hallar a esas personas que ansían ser libres, debéis alentarlas y conseguir su respaldo. Verán de buen grado que sus pueblos y ciudades ardan si esas hogueras destruyen a las alimañas que les roen la vida.

»En todo lo que hagáis, no olvidéis jamás que vuestra finalidad es impedir que la Orden nos mate y hacer lo que debamos para conseguir que pierdan la voluntad de luchar. Para hacer eso, tenemos que llevarles la guerra a ellos.

»Me aflige la pérdida de vidas inocentes, pero su pérdida es un resultado directo de las acciones inmorales de la Orden. No es responsabilidad nuestra sacrificar nuestras vidas para impedir que los inocentes de su bando resulten lastimados. No podemos hacernos responsables de sus vidas en una contienda que no hemos provocado.

»Tenemos todo el derecho a defender nuestra libertad, a vivir en libertad. No permitáis que nadie os diga nunca lo contrario. La amenaza debe ser eliminada. Cualquier otra cosa es simplemente cavar nuestra propia sepultura.

Todos permanecían sombríos e inmóviles bajo la ondulante lona que los protegía del aguacero. Nadie tenía ninguna objeción que hacer. Llevaban mucho tiempo librando una guerra perdida y habían visto morir a miles de ellos. Comprendían que en aquellos momentos no existía otro modo.

Richard hizo una seña al capitán Zimmer, un joven de mandíbula cuadrada y cuello corto y ancho que estaba con los brazos cruzados sobre el fornido pecho, y había escuchado a Richard sumido en profunda concentración. Aquel hombre se había convertido en el jefe de las fuerzas especiales cuando Kahlan había ascendido al capitán Meiffert a general en jefe de las fuerzas d'haranianas. Kahlan también había contado a Richard que el capitán Zimmer y sus hombres eran muy buenos en lo que hacían, que tenían experiencia, que eran eficientes bajo presión, incansables, intrépidos y mataban con una fría eficacia. Lo que hacía palidecer a la mayoría de los soldados a ellos les hacía sonreír. Kahlan también le había contado que coleccionaban las orejas del enemigo.

—Capitán Zimmer, como parte de nuestra nueva campaña coordinada, tengo una tarea especial para usted.

El hombre mostró una radiante sonrisa a la vez que dejaba caer los brazos y se erguía más.

— ¿Sí, lord Rahl?

—Es de fundamental importancia la eliminación de cualquiera... cualquiera... que predique los principios de la Orden. Esas personas son la fuente del odio, el origen de las creencias corrompidas que envenenan la vida.

»La Fraternidad de la Orden se ha puesto como objetivo conquistar a toda la humanidad, con el propósito de dominarla bajo sus estrictas enseñanzas. Propugnan la eliminación de todos aquellos que no se inclinan ante sus creencias. Las ideas de esos hombres son la chispa que ha dado lugar a tantas masacres. De no ser por esas enseñanzas, ellos no estarían aquí matando a nuestra gente.

»La Orden es una víbora que existe debido a sus creencias, sus ideas, sus enseñanzas. Esa víbora se extiende hasta aquí desde el corazón del Viejo Mundo. A partir de este momento, su objetivo es decapitar a la serpiente. Mate a todo hombre que predique sus creencias. Si dan un sermón, a la mañana siguiente quiero que encuentren su cadáver en mitad de una

plaza muy pública, y quiero que le quede claro a todo el mundo que no murieron por causas naturales. Quiero que se sepa que profesar las creencias de la Orden es buscarse una muerte rápida.

»Cómo los maten es irrelevante, pero hay que matarlos. Una vez muertos ya no pueden difundir su veneno y suscitar las pasiones de otros hombres para que nos maten. Ése es su trabajo: matarlos. Cuanto menos tiempo empleen en matar a uno, antes podrán matar a otros.

»Tenga en cuenta, no obstante, que los sumos sacerdotes de la Fraternidad de la Orden poseen el don. Si bien debe ser cauteloso y muy consciente de que esos hombres son magos, también tenga en cuenta que incluso tales magos siguen teniendo corazones que bombean sangre a través de sus venas. Una flecha los matará igual que mataría a cualquier otro hombre.

»Lo sé porque no hace mucho casi me mató una flecha disparada durante un ataque sorpresa a mi campamento. —Richard indicó con un ademán a las dos mujeres que tenía detrás—. Tuve la suerte de que Cara y Nicci estaban allí para salvarme la vida. La cuestión es que, a pesar de su poder, esos hombres son vulnerables. Pueden eliminarlos.

»Al fin y al cabo, ¿cuántas veces no he oído decir que seréis el acero contra el acero para que yo pueda ser la magia contra la magia? Implícita en esa máxima está la verdad fundamental de que los que poseen el don son mortales y vulnerables a los mismos peligros que todos los hombres.

»Sé que usted y sus hombres encontrarán modos de eliminar a esos hombres. Quiero que todo aquel que predique el odio de las creencias de la Orden descubra que la muerte es la consecuencia. No deben tener ninguna duda de que no van a escapar a ese destino sólo porque posean el don. Usted y sus hombres tienen que descargar esa verdad sobre ellos.

»Esto trata, después de todo, de la verdad y de la ilusión, es una batalla sobre a cuál de esos conceptos servirá la humanidad. Ellos predicen unas creencias ilusorias, que no son reales, unas creencias basadas en la fe y la fantasía, de reinos en otros mundos, de castigos y recompensas una vez que ya no existamos. Matan para obligar a las personas a inclinarse ante esa fe.

»La réplica a eso será la realidad de las consecuencias de hacernos daño. Esa promesa debe mantenerse. Esa promesa debe ser cierta. Si fracasamos en esta lucha, entonces la humanidad se sumirá en una larga era oscura.

Richard inspeccionó a los silenciosos oficiales y dijo en voz queda, pero en un tono que cada uno de los hombres oyó:

—Cuento con vuestra experiencia y criterio para llevar a cabo lo que debemos hacer. Si veis algo que creéis que es útil para ellos, destruidlo. Si alguien intenta interponerse en vuestro camino, matadle. Quiero sus cosechas, hogares, pueblos y ciudades quemados hasta los cimientos. Quiero ver al Viejo Mundo ardiendo desde aquí. No quiero que quede ni un solo ladrillo sobre otro. Quiero que el Viejo Mundo padezca tal ruina que abandonen su propósito de extender sus intenciones asesinas. Quiero ver destruida su voluntad de luchar. Quiero ver aplastados sus espíritus.

»Confío en que seréis capaces de dar con modos de llevar a cabo todo esto. No os dejéis limitar por lo que os digo. Pensad en qué es un recurso valioso para ellos y en qué lo convertiría en un buen objetivo para nosotros. Pensad en el mejor modo de cumplir vuestras nuevas órdenes.

Observó los ojos de los hombres a los que se invitaba a hacer lo que jamás habían esperado que fuese su trabajo.

—No habrá batalla final con el ejército de la Orden. No nos enfrentaremos a ellos del modo en que desean. En su lugar, los perseguiremos hasta la tumba.

Los oficiales reunidos se llevaron todos el puño al corazón. Richard se volvió hacia el capitán Zimmer.

—Tiene mis órdenes sobre su objetivo. Sea implacable. No debe tolerarse ninguna alternativa para esos hombres. Su muerte es el único resultado aceptable. Háganlo rápido, de un modo certero y sin misericordia.

El capitán Zimmer se irguió en toda su estatura.

—Gracias, lord Rahl, por permitirme a mí y a mis hombres librar al mundo de aquellos que predicán ese veneno.

—Hay otra cosa que me gustaría que usted y sus hombres hicieran por mí.

—¿Sí, lord Rahl?

—Tráiganme sus orejas.

El capitán Zimmer sonrió al tiempo que se llevaba un puño al corazón.

—No habrá escapatoria ni misericordia para ellos, lord Rahl. Os traeré la prueba.

A medida que se dedicaban a pensar en el nuevo objetivo, los oficiales empezaron a adelantarse con sugerencias tanto para blancos como para métodos de destruirlos. El entusiasmo que sentían les animaba los semblantes, como si se hubiesen acostumbrado tanto a la idea de que no había otra elección que no fuese sufrir un continuo desgaste a manos de un enemigo implacable que sus rostros hubieran adquirido arrugas bajo el peso de aquella carga. Ahora, Richard podía ver un nuevo vigor en ellos, un entusiasmo porque había una solución, un final a la vista.

Los hombres propusieron salar campos, envenenar suministros de agua con cadáveres putrefactos de animales y personas, destruir presas, talar plantaciones de árboles frutales, matar ganado e incendiar molinos. Nicci rechazó algunas sugerencias, explicando por qué no funcionarían o implicarían demasiado esfuerzo, y ofreció alternativas en su lugar. Pulió otras ideas para convertirlas en más devastadoras.

Hasta cierto punto, a Richard le enfermaron las cosas que oyó y el saber que era el arquitecto de tal pandemónium, pero pensó en la visión que le había proporcionado Shota de Kahlan, de cómo aquellos mismos horrores, y más aún, eran reales para incontables inocentes, y le satisfizo que por fin fueran a contraatacar de un modo que tenía una posibilidad de acabar con tales horrores. La Orden, al fin y al cabo, lo había provocado ella misma.

—El tiempo es de fundamental importancia —indicó Richard a los oficiales y Hermanas allí reunidos—. Cada día que pasa la Orden captura más lugares, subyuga, tortura, viola y asesina a más personas.

—Estoy de acuerdo —repuso el general Meiffert—. Esto no puede ser una marcha hacia el sur.

—No, no puede —dijo Richard—. Quiero que cabalguéis a toda velocidad y atacéis con energía. La Orden tiene un ejército enorme y todo lugar al que asedian en el Nuevo Mundo cae bajo sus espadas. Pero, debido a su tamaño, son lentos y pesados. Necesitan mucho tiempo para moverse por el territorio. Jagang utiliza su lenta marcha como una táctica; hace que cada ciudad que se halle en su camino padezca la agonía de la espera, imaginando lo que será de ellos. Da tiempo a que el miedo crezca hasta ser insoportable.

»A decir verdad poseemos una ventaja: si usamos caballería y mantenemos las unidades reducidas y ágiles, podemos atacar como el rayo en un lugar tras otro. Ellos buscan asediar ciudades y luego ocuparlas. No debemos dejarnos arrastrar a ese desgaste de recursos

humanos y energías. Simplemente tenemos que arrasar todo lo que podamos y luego trasladarnos al instante al siguiente objetivo. Debemos hacer que todo el mundo en el Viejo Mundo sienta miedo, sienta que no hay dónde estar a salvo de nuestra venganza.

—No tenemos ni con mucho caballos suficientes para todos nosotros —comentó un oficial barbudo.

—Entonces necesitáis encontrar rápidamente caballos para todos los hombres —dijo Cara—. Obtenedlos donde podáis.

El oficial se rascó la barba mientras reflexionaba. Sonrió a Cara.

—No os preocupéis, los encontraremos.

Otro hombre tomó la palabra.

—Conozco algunos lugares en D'Hara donde se crían caballos. Creo que podemos reunir lo que necesitaremos en un poco tiempo. —Cuando Richard asintió, dando su aprobación, el hombre se golpeó el corazón con el puño—. Me ocuparé de ello inmediatamente —dijo antes de salir a la lluvia.

—Es necesario dividir el ejército en unidades más pequeñas —dijo Richard al general Meiffert—. No deben permanecer juntos en una fuerza armada de gran tamaño.

El general miró a lo lejos mientras cavilaba.

—Los formaremos en varias fuerzas de ataque y los enviaremos al sur de inmediato. Tendrán que depender de sus propios recursos, apañárselas por sí mismos. No pueden confiar en que el mando dirija todos los detalles de sus acciones o les suministre nada.

—Necesitaremos establecer alguna clase de comunicación —dijo uno de los oficiales de más edad— pero tenéis razón, no creo que vaya a ser posible coordinarlos a todos. Es necesario que demos a cada uno instrucciones precisas y luego les dejemos que lleven a cabo su tarea. Hay mucho Viejo Mundo que atacar.

—Sería mejor si no se mantienen en contacto —indicó Nicci, y cuando varios de los hombres la miraron con asombro, siguió diciendo—: Todo mensajero que sea capturado será torturado. La Orden tiene expertos en tortura. Cualquier hombre que capturen les dirá lo que sepa. Si todas las unidades se mantienen en contacto, entonces pueden ser traicionadas. Si ninguna persona que sea capturada sabe dónde están las otras unidades, entonces no podrá revelar esa información.

—Parece un consejo sensato —dijo Richard.

—Lord Rahl —dijo el general Meiffert en un tono cauteloso—, dispersar a todo nuestro ejército por el Viejo Mundo, sin una fuerza enemiga que los refrene, causará una devastación sin precedentes. Dispersarlos con un objetivo así, todos ellos a caballo, bueno, arrasarán el Viejo Mundo a una escala como no se ha visto antes.

El hombre daba a Richard una última oportunidad de cambiar de idea, y una última oportunidad de dejar claro que no iba a perder su motivación para la lucha final. Richard no rehuyó la pregunta implícita. En su lugar inspiró profundamente a la vez que entrelazaba las manos a la espalda.

—Sabes, Benjamín, recuerdo una época en la que la simple mención de los soldados d'haranianos me metía el miedo en el cuerpo.

Los hombres que había cerca asintieron, lamentando haber perdido aquella ventaja.

—Al atraernos a una batalla final que es imposible que ganemos —les dijo Richard—, Jagang ha conseguido hacer que los soldados d'haranianos parezcan débiles y vulnerables. Ya no se nos teme. Porque ahora nos ven débiles, creen que pueden hacer lo que quieran con nosotros.

»Creo que ésta es nuestra última oportunidad de ganar la guerra. Si dejamos que se nos

escape, estamos perdidos.

»No quiero desperdiciar esta oportunidad. No hay que perdonar nada. Quiero que a Jagang, un mensajero tras otro, le lleve la noticia de que todo el Viejo Mundo está en llamas.

Quiero que piensen que el inframundo mismo se ha abierto para engullirles.

»Quiero que la gente vuelva a temblar con un miedo paralizante ante la sola idea de que los soldados d'haranianos van tras ellos. Quiero que todo hombre, mujer y niño del Viejo Mundo tema a las legiones fantasmas de los d'haranianos. Quiero que todo el mundo en el Viejo Mundo llegue a odiar a la Orden por hacer caer tal padecimiento sobre ellos. Quiero que se alce un alarido desde el Viejo Mundo pidiendo el fin de la guerra.

»Eso es todo lo que tengo que decir, caballeros. No creo que tengamos un momento que perder, así que pongámonos a ello.

Hombres rebosantes de una determinación nueva saludaron a medida que desfilaban ante Richard, dándole las gracias y diciendo que llevarían a cabo la tarea. Richard les contempló salir corriendo a la incesante lluvia en dirección a sus tropas.

—Lord Rahl —dijo el general Meiffert, acercándose más—, quiero que sepáis que incluso aunque no estéis con nosotros, nos habéis conducido en esta batalla. Si bien puede que no sea una gran batalla como todo el mundo esperaba, habéis dado a los hombres algo que no habrían tenido sin vos. Si esto funciona, vuestro liderazgo es el que habrá invertido el rumbo de la guerra.

Richard contempló como la lluvia goteaba por el borde del toldo en una cortina de cuentas de agua. El suelo estaba embarrado bajo las botas de los soldados mientras éstos corrían en todas direcciones. El espectáculo recordó a Richard la visión de estar arrodillado en el lodo, con las muñecas atadas a la espalda y un cuchillo en la garganta. Mentalmente, podía oír a Kahlan chillando su nombre. Recordó la impotencia que había sentido, la sensación de que su mundo finalizaba, y tuvo que tragar saliva para hacer retroceder el creciente terror. El sonido de los gritos de Kahlan le dolía hasta la médula.

Verna fue a colocarse junto al general.

—Tiene razón, Richard. No me gusta la idea de arrastrar a personas que no sean soldados a la lucha, pero todo lo que dijiste es cierto. Fueron ellos los que provocaron esto. Esto trata de la supervivencia de la civilización y por eso se han convertido a sí mismos en parte de la batalla. No hay otro modo. Las Hermanas harán lo que has pedido, tienes mi palabra como Prelada.

Richard había temido que ella se opusiera al plan, y no tenía palabras para agradecerle que no lo hubiese hecho. La abrazó con fuerza y susurró:

—Gracias.

Siempre había creído que los que estaban a su lado no tan sólo tenían que comprender los motivos por los que luchaban, sino hacerlo con o sin él, hacerlo por ellos mismos. Ahora creía que realmente habían captado todo lo que estaba en juego, y pelearían no sólo porque era su deber, sino por ellos mismos.

Verna sostuvo a Richard a cierta distancia de ella y le escrutó los ojos.

—¿Qué te sucede?

Richard sacudió la cabeza.

—Simplemente estoy tan harto de las cosas terribles que le están sucediendo a la gente.

Sólo quiero que esta pesadilla acabe.

Verna esbozó una sonrisa.

—Nos has mostrado el camino para hacer que eso suceda, Richard.

—¿Qué parte planeáis representar en esto, lord Rahl? —preguntó el general cuando

Richard se apartó de Verna—. Si puedo preguntar, claro.

Richard suspiró mientras devolvía su mente a la cuestión que tenían entre manos. Al hacerlo, la terrible visión desapareció.

—Me temo que existe un serio contratiempo con la magia. La Orden Imperial es sólo una de las amenazas de las que hay que ocuparse.

El general Meiffert frunció el entrecejo.

—¿Qué clase de contratiempo?

Richard no creía que pudiera explicar toda la historia otra vez, así que se mostró breve y conciso.

—La mujer que te convirtió en general ha desaparecido. Está en manos de unas Hermanas de las Tinieblas.

El hombre pareció perplejo.

—¿Me hizo general? —Entornó los ojos para contemplar la nebulosa que era su memoria—. No puedo recordar...

—Está todo relacionado con el contratiempo que ha surgido con la magia.

El general y Verna intercambiaron una mirada.

—Era la esposa de lord Rahl, Kahlan —dijo Cara—. Ésa es la persona, Benjamín, que te nombró general. —La expresión del oficial se convirtió en una de asombro, pero Cara se encogió de hombros—. Es una larga historia que os contaré en otro momento —añadió al tiempo que le posaba una mano sobre el hombro—. Ninguno de nosotros, salvo lord Rahl, la recuerda. Fue por un hechizo llamado Cadena de Fuego.

—Cadena de Fuego... —Verna se mostró aún más suspicaz—. ¿Qué Hermanas?

—La hermana Ulicia y sus acólitas —dijo Nicci—. Encontraron un antiguo hechizo llamado Cadena de Fuego y lo pusieron en marcha.

Verna contempló a Nicci con cierta frialdad.

—Supongo que tú debes saber bien qué clase de contratiempo son esas mujeres, ya que fuiste una de ellas.

—Sí —repuso Nicci en tono cansino—, y tú capturaste a Richard y lo llevaste al Palacio de los Profetas. Si no lo hubieses hecho, él no habría destruido la gran barrera y la Orden Imperial estaría en el Viejo Mundo en estos instantes, no en el Nuevo. Si quieres empezar a asignar culpas, las Hermanas de las Tinieblas jamás habrían dado con Richard de no haberlo capturado tú para empezar y haberlo llevado contigo al Viejo Mundo.

Verna apretó los labios con fuerza. Richard conocía esa mirada y sabía lo que se avecinaba.

—Muy bien —dijo Richard con voz queda antes de que ellas pudieran enzarzarse—. Todos hicimos lo que teníamos que hacer en aquel momento, lo que creímos mejor. Yo he cometido mis equivocaciones también. Sólo podemos dar forma al futuro, no al pasado.

La boca de Verna se crispó con una expresión que indicaba que nada le gustaría más que seguir con la discusión, pero que sabía que no debía.

—Tienes razón.

—Claro que la tiene —dijo Cara—. Es el lord Rahl.

Muy a pesar suyo, Verna sonrió.

—Supongo que así es, Cara. Ha venido a cumplir la profecía incluso aunque no fuese su intención hacerlo.

—No —dijo Richard—, he venido a ayudarnos a todos a salvarnos. Esto no ha terminado aún, y la profecía tiene un significado distinto del que supones.

La suspicacia de Verna regresó de golpe.

—¿Qué significado?

—No tengo tiempo para entrar en ello ahora. Necesito regresar y ver si a Zedd y los otros se les ha ocurrido algo.

—¿Os referís sobre encontrar a vuestra esposa, lord Rahl?

—Sí, general, pero la cosa empeora. Otras cosas están sucediendo. Hay problemas básicos con la magia.

—¿Cómo cuáles? —insistió Verna.

Richard lo miró los ojos.

—Es necesario que sepas que los repiques han contaminado el mundo de la vida. La magia misma ha sido corrompida. Partes de ella han fallado ya. No hay forma de saber cuándo más de ella fallará, o cuánto tiempo tardará en hacerlo. Tenemos que regresar y ver qué se puede hacer... si se puede hacer algo. Ann está allí junto con Nathan, y están trabajando con Zedd para encontrar algunas respuestas.

Antes de que Verna pudiera embarcarse en una andanada de preguntas, Richard volvió su atención al general.

—Una última cosa. Sin un ejército aquí para interponerse en su camino, estoy seguro de que Jagang intentará tomar el Palacio del Pueblo.

El general Meiffert se rascó la cabeza mientras lo meditaba.

—Supongo. —Alzó la mirada—. Pero el palacio está en lo alto de una meseta enorme. Sólo hay dos modos de subir: la pequeña calzada con el puente levadizo, o a través de las grandes puertas interiores. Si las puertas están cerradas, no va a haber ningún asalto, y la calzada es del todo inútil para un ataque de gran magnitud.

»Con todo —siguió el general—, sólo por si acaso, aconsejaría que enviásemos a algunos de nuestros mejores hombres arriba, al palacio, como refuerzos. Con todos nosotros dirigiéndonos al sur, el general Trimack y la Primera Fila se enfrentarán a todo el ejército de Jagang totalmente solos... Pero... ¿un asalto al palacio? —Movié la cabeza con escepticismo—. El palacio es impenetrable.

—Jagang tiene a personas con el don con él —le recordó Cara—. Y no lo olvidéis, lord Rahl, esas Hermanas consiguieron entrar en el palacio antes, tiempo atrás, cuando empezó todo. ¿Recordáis?

Antes de que Richard pudiera contestar, Verna cogió a éste del brazo y le hizo volverse hacia ella con cara de pocos amigos.

—¿Por qué tendrían esas Hermanas que poner en marcha ese hechizo que mencionaste, ese hechizo Cadena de Fuego?

—Para conseguir que la gente olvidase a Kahlan.

—Pero ¿por qué querrían hacer tal cosa?

Richard suspiró.

—La hermana Ulicia quería que Kahlan fuera al Palacio del Pueblo para robar las cajas del Destino. El hechizo Cadena de Fuego estaba pensado para hacer invisible a una persona y, con ese hechizo sobre Kahlan, nadie la recuerda. Nadie recuerda que entró allí y sacó las cajas del Jardín de la Vida.

—Sacó las cajas... —Verna pestañeó, atónita—. ¿Para qué diantre?

—La hermana Ulicia las puso en funcionamiento —dijo Nicci.

—Querido Creador —exclamó Verna a la vez que se llevaba una mano a la frente—.

Dejaré algunas Hermanas allí con una severa advertencia.

—Tal vez deberías ser una de ellas —dijo Richard mientras miraba fuera y veía cómo el viento se alzaba para rachear la lluvia de vez en cuando—. No podemos permitir que el palacio caiga. Provocar estragos en el Viejo Mundo requiere conjuros relativamente

simples para las Hermanas. Defender el palacio de la horda de Jagang y las personas con el don que lo acompañan puede ser un desafío mucho mayor.

—Quizá tienes razón —admitió ella a la vez que se apartaba de la cara un mechón de pelo arrastrado por el viento.

—Entre tanto, veré qué puedo hacer para detener a Ulicia y a sus Hermanas de las Tinieblas. —Richard echó una mirada a Nicci y a Cara, y luego más allá a los hombres que corrían de un lado a otro por entre la lluvia—. Tengo que regresar.

El general Meiffert se golpeó el corazón con el puño.

—Seremos el acero contra el acero, lord Rahl, de modo que podáis ser la magia contra la magia.

Verna acarició la mejilla de Richard y sus ojos castaños se llenaron de lágrimas.

—Ten cuidado, Richard. Todos te necesitamos.

Él asintió y le dedicó una sonrisa afectuosa, diciendo más con ella de lo que las palabras podían expresar.

El general Meiffert rodeó la cintura de Cara con un brazo.

— ¿Podría escoltaros hasta vuestros caballos?

Cara le sonrió de un modo muy femenino.

—Creo que nos gustaría.

Nicci se subió la capucha de la capa mientras se agachaban para salir al aguacero. Echó una mirada a Richard y frunció el entrecejo con suspicacia.

— ¿De dónde sacaste una idea como esa de la «legión fantasma»?

Él le posó una mano en la cintura y la guió hacia el chaparrón.

—Shota me dio la idea cuando dijo que era necesario que dejase de perseguir fantasmas.

Dio a entender que a un fantasma no se le puede encontrar, no se le puede atrapar. Quiero que esos hombres sean fantasmas.

Ella le pasó con delicadeza un brazo por los hombros mientras echaban una carrera hasta los caballos.

—Has hecho lo correcto, Richard.

Debía haber visto la pena que había en sus ojos.

Capítulo 26

Rachel bostezó. Aparentemente sin venir a cuento, Violet giró en redondo y le asestó un tortazo tan fuerte que la derribó de la roca en la que había estado sentada.

Aturdida, Rachel se incorporó sobre un brazo. Acunó la mejilla en una mano, aguardando a que el embotador dolor aflojara, aguardando a que todo a su alrededor volviera a recuperar la nitidez. Satisfecha, Violet regresó a su trabajo.

Rachel había estado tan atontada por no haber podido dormir que no había estado prestando atención, por lo que el golpe de Violet la cogió totalmente por sorpresa. Los ojos se le llenaron de lágrimas debido al hormigueante dolor, pero sabía bien que no debía decir nada ni demostrar que le dolía.

—Bostezar es de mala educación en el mejor de los casos, irrespetuoso en el peor. —El rostro regordete de Violet atisbó atrás, por encima de su hombro—. Si no te comportas, la próxima vez usaré el látigo.

—Sí, reina Violet —respondió Rachel con voz sumisa, pues sabía perfectamente que Violet no amenazaba en vano.

Rachel estaba tan cansada que apenas conseguía mantener los ojos abiertos. En una ocasión

había sido la «compañera de juegos» de Violet, pero ahora parecía no ser otra cosa que objeto de malos tratos.

Violet había empezado a preocuparse de llevar a cabo su venganza. Por la noche hacía que sujetaran un aparato de hierro a la boca de Rachel. Era un proceso aterrador. Obligaban a Rachel a meter la lengua en una abrazadera en forma de pico hecha con dos piezas planas de hierro con incisiones. A continuación apretaban las dos piezas entre sí para sujetarle la lengua.

Rachel había averiguado que si se resistía, se ganaba una azotaina y, acto seguido, los guardias le abrían la boca por la fuerza y luego usaban unas dolorosas tenacillas sobre la tierna lengua para colocarle la abrazadera. Siempre ganaban al final; la lengua no tenía dónde ocultarse. Una vez que la abrazadera estaba sobre la lengua, se cerraba alrededor de su cabeza la máscara de hierro que formaba parte de ella para mantenerle la lengua inmóvil. Una vez que estaba colocada, Rachel no podía hablar. Era difícil incluso tragar saliva. Tras eso, Violet la encerraba en su vieja jaula de hierro para que pasase la noche. Decía que quería que Rachel supiera lo que era estar muda y sentir dolor.

Y era doloroso. Estar encerrada en su jaula toda la noche con aquel terrible aparato sujetándole la lengua casi la había vuelto loca. Al principio, loca de terror por la sensación de estar atrapada y sola, incapaz de salir, incapaz que quitarse aquella cosa dolorosa, había chillado y chillado. Con una risita divertida, Violet se limitó a arrojar una gruesa alfombra sobre la jaula para ahogar los gritos de la niña. Llorar y chillar, no obstante, sólo conseguía que las mandíbulas de hierro que le pellizcaban la lengua dolieran más y le hicieran sangre. Pero lo que finalmente hizo que dejara de llorar y chillar fue que Violet se acercó y colocó el rostro justo a la altura de la pequeña ventana y dijo que si Rachel no estaba callada, haría que Seis le cortara la lengua de verdad. Rachel sabía que Seis lo haría si Violet lo pedía. Después de eso no lloró ni protestó. En su lugar se enroscó en su pequeña prisión de hierro e intentó recordar todas las cosas que Chase le había enseñado. Eso, al final, fue lo que la tranquilizó.

Chase le habría dicho que no pensase en su actual situación, sino que siguiera esperando el momento en que pudiera escapar de ella. Chase le había enseñado a buscar pautas en el modo en que las personas actuaban, y oportunidades a las que no prestasen atención. Así pues, eso era lo que hacía mientras estaba tumbada en la jaula cada noche, incapaz de dormir mientras aguardaba a que llegara la mañana, esperaba a los hombres que la sacarían de la jaula y le retirarían el terrible aparato hasta la noche siguiente.

Rachel apenas podía comer debido a que tenía la lengua en carne viva; aunque tampoco es que le dieran mucho de comer. Cada mañana sentía un dolor punzante en la lengua durante horas después de que retirasen la abrazadera. Las mandíbulas le dolían, también, debido a que el aparato mantenía la boca abierta toda la noche. Comer le producía dolor. Pero luego, cuando comía, todo sabía a metal sucio. También le dolía hablar, así que sólo hablaba cuando Violet le preguntaba algo. Violet, viendo que Rachel evitaba hablar, sonreía en ocasiones de un modo desdeñoso y llamaba a Rachel «su mudita».

La niña se sentía totalmente desanimada al volver a estar en las garras de una persona tan perversa, y más triste que nunca porque Chase no estaba. No podía quitarse de la cabeza el recuerdo del modo brutal en que lo habían herido, y lloraba sin parar por él. Su pena, su sufrimiento y su total soledad parecían insoportables. Cuando Violet no estaba en sus clases de dibujo, ordenando a la gente que hiciera cosas, comiendo, probándose joyas o haciendo que le tomaran medidas para confeccionarle vestidos, se divertía lastimando a Rachel. A veces, recordando a Rachel el modo en que en una ocasión la había amenazado con un

tizón, Violet agarraba a la niña de la muñeca y le colocaba una brasa candente sobre el brazo. Con todo, la pena de Rachel por Chase era más dolorosa que cualquier cosa que Violet pudiera hacerle. Desaparecido Chase, casi no le importaba lo que le sucediera a ella. Violet necesitaba «disciplinar» a Rachel, como ella lo había expresado, por todas las cosas terribles que Rachel había hecho. Violet había decidido que la pérdida de su lengua había sido, de algún modo, en gran parte culpa de Rachel. La perversa muchacha había dicho que Rachel iba a tardar mucho en ganarse el perdón por transgresiones tan graves, y también por escapar del castillo. Violet consideraba la huida de Rachel como un rechazo vergonzoso de lo que denominaba la «generosidad» de ella y su madre hacia una huérfana despreciable. A menudo hablaba y hablaba largo y tendido sobre todas las molestias que ella y su madre se habían tomado por Rachel, para que luego ésta resultara ser una desagradecida. Cuando Violet acabara por cansarse de hacerle daño, Rachel sospechaba que la ejecutarían. Había oído a Violet ordenar las muertes de prisioneros acusados de «delitos de Estado». Si alguien la contrariaba lo suficiente, o si Seis le contaba que la persona era una amenaza para la corona, Violet ordenaba su ejecución. Si la persona había cometido el grave error de cuestionar abiertamente la autoridad de Violet, su forma de gobernar, entonces Violet decía a los guardias que hicieran que fuese una muerte lenta y dolorosa. En ocasiones iba a observar, sólo para asegurarse de que lo era.

Rachel recordaba la época en que la reina Milena había ordenado ejecuciones y Violet había empezado por primera vez a ir a verlas. Como su compañera de juegos, Rachel tenía que acompañarla. Rachel siempre había desviado los ojos del espantoso espectáculo. Violet jamás.

Seis había organizado todo un sistema mediante el cual la gente podía dar parte secretamente de los nombres de aquellas personas que decían cosas contra la reina. La mujer había dicho a Violet que las personas que efectuaban tales denuncias tenían que ser recompensadas por su lealtad, así que Violet pagaba con esplendidez por los nombres de traidores.

Desde la época en que Rachel había estado con ella antes, Violet había adquirido un nuevo gusto por infligir dolor. Seis comentaba a menudo que el dolor era un buen maestro, y Violet se había encariñado sobremedida con la idea de que controlaba las vidas de otros, que a una palabra suya se podía hacer sufrir a otras personas.

También se había vuelto sumamente desconfiada respecto con todo el mundo. Todo el mundo, excepto Seis, claro, de quien había llegado a depender como la única persona en la que podía confiar. Violet desconfiaba enormemente de la mayoría de sus «leales súbditos», a los que se refería con frecuencia como unos don nadie. Rachel recordaba que Violet acostumbraba a llamarla una don nadie.

Cuando Rachel había vivido en el castillo, la gente había tenido cuidado de fijarse en lo que hacía, no fuesen a contrariar a las personas equivocadas, pero todavía sonreían y reían de vez en cuando. Las lavanderas cotilleaban, las cocineras alguna que otra vez confeccionaban caras divertidas con la comida, el personal de limpieza silbaba mientras llevaba a cabo sus tareas, y los soldados se contaban chistes mientras recorrían los pasillos del castillo durante su guardia.

Ahora había silenciosos temblores siempre que la reina Violet o Seis andaban por ahí. Ninguno de los miembros del personal de limpieza, las lavanderas, las costureras, las cocineras o los soldados sonreían o reían jamás. Todos parecían asustados todo el tiempo mientras iban a toda prisa a cumplir con sus labores. La atmósfera en el castillo ahora estaba siempre cargada con el terror de que, en cualquier momento, se podía señalar a

cualquiera. Todo el mundo se desvivía por mostrar abiertamente respeto por la reina, en especial delante de su alta y sombría consejera. La gente parecía temer a Seis tanto como a Violet. Cuando Seis sonreía con aquella sonrisa extraña y vacua de serpiente que tenía, la gente se quedaba petrificada donde estaba, con los ojos muy abiertos y las frentes perlándoseles de sudor, y luego tragaban saliva después de que ella hubiese desaparecido de la vista con paso majestuoso.

—Justo aquí —dijo Seis.

—Justo aquí, ¿qué? —preguntó Violet mientras se comía un bastoncillo de pan.

Rachel volvió a encaramarse con cuidado en la roca en la que había estado sentada. Se recordó que tenía que prestar más atención. El bofetón había sido culpa suya por aburrirse y no prestar atención.

No, no lo era, se dijo. Era culpa de Violet. Chase le había dicho que no aceptase las culpas de los demás.

Chase. El corazón se le volvió a caer a los pies pensando en él. Tenía que poner la mente en otras cosas, no fuera a ser que se entristeciera tanto pensando en él que empezara a llorar.

Violet no toleraba nada de lo que Rachel hacía sin permiso, y eso incluía el llorar.

—Justo aquí —repitió Seis con exagerada paciencia, y cuando Violet se limitó a mirarla fijamente, pasó un largo dedo por la superficie de la pared de roca iluminada por la luz de la antorcha—. ¿Qué falta?

Violet se inclinó al frente, mirando detenidamente la pared.

—Esto...

— ¿Dónde está el sol?

—Bueno —respondió Violet con una vocecita insolente a la vez que volvía a colocarse muy tiesa y agitaba un dedo en dirección al disco amarillo—, justo ahí. Sin duda puedes ver que esto es el sol.

Seis la miró con ferocidad durante un momento.

—Sí, desde luego veo que es el sol, mi reina. —La sonrisa vacía regresó—. Pero ¿dónde está en el cielo?

Violet se dio golpecitos en la barbilla con la tiza.

—¿El cielo?

—Sí. ¿Dónde está en el cielo? ¿Justo arriba? —Seis apuntó con el dedo en dirección al cielo—. ¿Debemos entender que estamos mirando directamente al sol? ¿Es pleno mediodía?

—Bueno, no, desde luego que no es mediodía. Sabes que no puede serlo. Se supone que es a últimas horas del día. Sabes eso, también.

— ¿De veras? ¿Y cómo vamos a saber eso? Al fin y al cabo, no tiene la menor importancia lo que sé que tiene que ser. El dibujo debe decir lo que es. No puede suscitarme dudas, ¿verdad?

—No supongo que no —admitió Violet.

Seis volvió a pasar el dedo a través de la pared por debajo del sol.

—¿Qué falta, entonces?

—Falta, falta... —farfulló Violet—. ¡Oh! —Dibujó rápidamente una línea recta justo donde Seis había indicado con el dedo—. El horizonte. Necesitamos fijar la hora del día con el horizonte. Me dijiste eso antes. Imagino que se me fue de la cabeza. —Dirigió una mirada airada a Seis—. Son muchas cosas que recordar, ya sabes. Cuesta conseguir hacer como es debido todo esto.

Seis mantuvo la fría sonrisa sin alterarla un ápice.

—Sí, mi reina, desde luego que lo es. Me disculpo por olvidar lo difícil que fue para mí aprender todas estas cosas hace mucho tiempo, cuando tenía vuestra edad.

El dibujo en el que Violet trabajaba era más complejo que cualquier otro de la cueva, pero Seis estaba siempre allí para recordar a Violet qué tenía que dibujar en el momento oportuno.

Violet agitó la tiza ante Seis.

—No estaría de más que no olvidases eso.

Seis entrecruzó cuidadosamente los dedos.

—Sí, mi reina, desde luego. —Frunció los labios y finalmente apartó la mirada furiosa de Violet cuando ésta se volvió hacia la pared—. Ahora, en este punto necesitamos la carta astral. Puedo daros la lección sobre los motivos específicos más tarde, si queréis, pero por ahora ¿por qué no me limito a mostraros lo que se necesita?

Violet dirigió una ojeada al lugar que señalaba Seis y se encogió de hombros.

—Claro. —Chupó el bastoncillo de pan mientras aguardaba.

Seis abrió un libro pequeño. Violet se inclinó al frente, entornando los ojos bajo la parpadeante luz. Seis dio un golpecito a la página con una larga uña mientras Violet daba un mordisco al crujiente bastoncillo de pan.

—¿Veis el azimut? ¿Recordáis la lección sobre el ángulo de remisión con el horizonte para esta estrella, aquí?

—Sí... —repuso Violet, arrastrando la palabra, dando la impresión de que realmente sabía de qué le hablaba Seis—. Eso involucraría esta referencia angular, aquí. ¿Correcto?

—Sí, así es. Es un aspecto del agente vinculante que lo enlaza todo.

Violet asintió.

—A su vez enlazándolo con él... —dijo pensativamente.

—Así es. El enlace es un elemento que hace falta para fijarlo en su lugar en el momento de la conexión final. Eso, por su parte, hace que el horizonte que acabas de dibujar sea necesario para fijar este ángulo. De lo contrario sería una correlación flotante.

Violet volvía a asentir.

—Creo que veo, ahora, por qué tienen que conectar. Si la interrelación no está fijada... —se irguió e indicó con un gesto un arco de símbolos—, entonces éstos podrían suceder en cualquier momento. Hoy, mañana, o, o, no sé, dentro de una docena de años.

Seis sonrió de un modo malicioso.

—Correcto.

Violet sonrió triunfal ante su talento.

—Pero ¿dónde obtenemos todos estos símbolos, y cómo sabemos dónde ponerlos en el dibujo? Es más, ¿cómo sabemos que son necesarios en los puntos precisos en los que haces que los dibuje?

Seis tomó aire pacientemente.

—Bueno, podría enseñároslo, pero eso llevará unos veinte años de estudio. ¿Estáis dispuesta a esperar todo ese tiempo para vengaros?

El semblante de Violet se ensombreció.

—No.

Seis se encogió de hombros.

—Entonces sugiero que el atajo que soy yo, ayudando a dirigir el dibujo, es la ruta más corta para obtener el resultado.

Violet hizo una mueca.

—Supongo.

—Tenéis lo esencial, mi reina. Lo hacéis muy bien para estar en esta fase del desarrollo de vuestro talento. Os aseguro que, aun cuando os estoy ayudando con algunas de las complejidades, nada de esto funcionaría sin vuestro considerable talento. No podría hacer que esto funcionase sin vuestra habilidad.

Violet sonrió como un alumno laureado. Echando otra cuidadosa mirada al volumen que Seis sostenía abierto, Violet regresó por fin a la pared, dibujando con cuidado los elementos que necesitaba a partir del libro.

Rachel estaba sorprendida de lo bien que Violet era capaz de dibujar, en realidad. Todas las paredes de la cueva, desde la entrada hasta llegar a la profunda zona en la que estaban trabajando estaban cubiertas de dibujos. En algunos lugares parecía que los habían hecho caber en pequeños espacios que quedaban entre dibujos más antiguos. Algunos de los dibujos eran muy buenos, con detalles como el sombreado. La mayoría, no obstante, eran dibujos sencillos de huesos, fustas, serpientes u otros animales. Había retratos de personas bebiendo en jarras con calaveras y huesos cruzados en ellas. En un lugar, una mujer, que parecía como si estuviese hecha de palos, salía corriendo de una casa que estaba en llamas; también la mujer estaba cubierta de llamas. En otro punto un hombre estaba en el agua junto a una embarcación que se hundía. En otra escena, una serpiente mordía el tobillo de un hombre. Las paredes también estaban cubiertas de dibujos de ataúdes y tumbas. Todas las pinturas tenían una cosa en común: eran de cosas terribles.

Pero no había un solo dibujo en toda la cueva que se aproximara siquiera a la complejidad de lo que estaba dibujando ahora Violet.

Unos pocos dibujos eran retratos a tamaño natural de personas y sólo tenían unas pocas cosas añadidas, como rocas cayendo sobre ellas, o caballos pisoteándolos. La mayoría de los dibujos mostraban las mismas cosas pero tenían unos pocos palmos de anchura. Aquel dibujo de Violet, sin embargo, seguía y seguía decenas de metros, desde el suelo hasta tan alto como ella podía alcanzar, avanzando más al interior de la cueva. Violet lo había dibujado todo ella misma, con Seis guiándola a lo largo del proceso.

Lo que más alarmaba a Rachel, no obstante, era que después de que Violet hubiese estado trabajando en el dibujo durante bastante tiempo, después de que hubiese dibujado estrellas y fórmulas, diagramas y símbolos complejos, finalmente había dibujado en el centro la figura de una persona.

Richard.

El dibujo de Violet no se parecía a ninguna otra cosa de la cueva. Hacía que todos parecieran sencillos y toscos en comparación. Todos los otros dibujos tenían cosas sencillas y obvias en ellos, como quizá una nube de tormenta con unas líneas en ángulo para indicar la lluvia, o un lobo mostrando los dientes, o un hombre que simplemente se llevaba las manos al pecho mientras caía hacia atrás.

El dibujo de Violet estaba cubierto de cosas que eran totalmente distintas. Había números y dibujos, palabras en idiomas extraños, algunas escritas a lo largo de líneas de diagramas, números cuidadosamente colocados donde se unían ángulos, y había extraños símbolos geométricos colocados en todas partes. Cada vez que Violet dibujaba cualquiera de aquellos símbolos Seis permanecía cerca, concentrándose, musitando indicaciones para cada una de las líneas, en ocasiones corrigiendo el lugar donde Violet estaba a punto de colocar la tiza, impidiéndole incluso que ésta tocara la pared con la tiza para trazar la siguiente línea, no fuera a quedar fuera de lugar. Una vez Seis incluso se alarmó y agarró la muñeca de Violet antes de que ésta pudiera tocar la pared con la tiza. Con un suspiro de alivio, la mujer movió entonces la mano de la joven y la ayudó a empezar en el lugar

correcto.

A diferencia de todos los demás dibujos de la cueva, el de Violet estaba hecho con diferentes colores. Los otros dibujos que se adentraban profundamente en la cueva eran simples dibujos en tiza. El dibujo de Violet tenía árboles verdes en un punto, agua azul en otro, un sol amarillo, y nubes rojas. Algunos de los motivos estaban hechos enteramente en color blanco, mientras que otros eran multicolores.

Y, a diferencia de cualquier otro dibujo, cuando abandonaban la cueva y miraba atrás, Rachel podía ver que algunos elementos del dibujo brillaban en la oscuridad. No era la tiza lo que los hacía brillar, porque la misma tiza en otros lugares no resplandecía en la oscuridad.

También había una parte de un símbolo que resplandecía al quedarse a oscuras. Era un rostro desconocido que refulgía surgiendo de un dibujo por lo demás oscuro, hecho de complejos trazos. Siempre que la antorcha estaba cerca, el rostro no era visible y sólo parecía un entramado de líneas. Rachel jamás podía ver qué trazos del dibujo podían conformar el rostro. Pero en la oscuridad éste la miraba fijamente, los ojos la seguían, observando cómo se iba.

Lo que realmente le ponía la carne de gallina a la niña, no obstante, era el retrato de Richard. Era un dibujo tan bien hecho que Rachel podía reconocerle a la primera.

A la niña la dejaba estupefacta lo bien que Violet dibujaba. Había otras cosas que revelaban quién era Richard, de todos modos, incluso aunque el dibujo no hubiese sido tan bueno. La vestimenta negra estaba representada con exactitud, tal y como Rachel la recordaba. Incluso tenía algunos de los símbolos misteriosos dibujados alrededor del borde de la túnica. Seis había sido muy cuidadosa dirigiendo a Violet en ese dibujo. En él, Richard también llevaba la ondulante esclavina que parecía hecha de oro hilado.

El modo en que Violet la había dibujado hacía que casi pareciera como si él estuviese sumergido en agua.

A su alrededor, también, había onduladas zonas coloreadas que Seis llamaba «auras». Cada color tenía fórmulas y dibujos complejos dispuestos entre ellos y Richard. Seis había dicho que al final, como último paso, aquellos elementos interpuestos entre él y su esencia se conectarían para formar una barrera intermedia. Rachel no sabía qué significaba eso, pero no cabía duda de que era importante.

Seis parecía especialmente orgullosa de aquella parte, de los elementos de la barrera intermedia, y a veces permanecía allí de pie largos períodos de tiempo sin hacer otra cosa que mirarlos fijamente.

En el dibujo, Richard tenía la *Espada de la Verdad*, pero estaba dibujada tenuemente, como si estuviera allí con él, pero no del todo. Violet la había dibujado con Richard sosteniéndola de modo que le cruzaba el pecho, sin embargo, Rachel no podía decir con seguridad si realmente se suponía que la empuñaba porque estaba dibujada muy tenuemente. Violet se había esforzado mucho para hacer que tuviera ese aspecto. Seis se la hizo repetir varias veces porque dijo que tenía demasiada «sustancia».

A Rachel le intrigaba que dibujaran la espada con Richard, ya que Samuel tenía la espada de Richard en la actualidad. Con todo, de algún modo parecía lo correcto que a Richard lo dibujaran con la espada. A lo mejor Seis también creía lo mismo.

Violet se apartó, ladeando la cabeza y evaluando su trabajo. Seis permaneció como paralizada, contemplándolo fijamente como si no hubiese nadie más allí con ella. Alargó la mano, con cierta vacilación, y tocó ligeramente los dibujos que rodeaban a Richard.

— ¿Cuánto falta para que efectuemos la conexión final de los elementos? —preguntó

Violet.

Mientras los dedos de Seis se movían lentamente, sin apenas tocarlos, por los dibujos, algunos de los elementos interpuestos respondieron a su tacto, centelleando y resplandeciendo en la tenue luz.

—Pronto —musitó—. Pronto.

Las siguientes personas han sido de inestimable ayuda para dar vida a *La bruja del Viejo Mundo*.

Brian Anderson

Jeff Bolton

R. Dean Bryan

Doctora Joanne Leovy

Mark Masters

Desirée y el doctor Roland Miyada

Keith Parkinson

Phil y Debra Pizzolato

Tom y Karen Whelan

Ron Wilson.

Cada una de estas personas ha estado a mi lado cuando más las he necesitado. Todas ellas poseen unas aptitudes únicas que desempeñaron un papel clave en la consecución de este libro. Cada una de ellas lleva alegría a mi vida simplemente por el hecho de ser ellas mismas.

En recuerdo de Keith Parkinson.